

MADRID EN LA NOVELA II

Estudio y selección de
Joaquín Álvarez Barrientos



MADRID EN LA LITERATURA





ESTRATEGIAS DE ENSEÑANZA PARA EL DESARROLLO DE LA COMPETENCIA DE COMUNICACIÓN







Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Esta versión digital de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

www.madrid.org/edupubli

edupubli@madrid.org



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

MADRID
EN
LA NOVELA
II





MADRID EN LA NOVELA II

Estudio y selección de
Joaquín Álvarez Barrientos



Comunidad de
Madrid

Consejería de Educación
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Servicio de Publicaciones
C/ Alcalá, n.º 30-32
28014 MADRID



MADRID EN LA LITERATURA



Comunidad de
Madrid

Ref. : 0444



Biblioteca Virtual
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Cubierta: *La feria de Madrid en la plaza de la Cebada*, Museo del Prado de Madrid, depositado en el Museo Municipal de Madrid

Dirección editorial: Agustín Izquierdo

Diseño de cubierta: M^a González-Conejero Hilla

Gestión administrativa: Sección de Publicaciones de la Consejería de Educación y Cultura

Fotocomposición: Diseño Gráfico Gallego y Asociados, S.L.

- © Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura
Secretaría General Técnica, 1993
- © Del estudio y la selección, Joaquín Álvarez Barrientos

Depósito Legal: M. 27.670-1993

I.S.B.N.: 84-451-0695-7

Imprenta de la Comunidad de Madrid

Impreso en papel reciclado y ecológico



Presentación

La Comunidad de Madrid, a través de la colección «Madrid en la literatura», pretende ofrecer a los ciudadanos la imagen especular, tanto de su ciudad como del resto de la región, que a lo largo de la historia han dejado en sus obras literarias generaciones de escritores. La refundación de la ciudad, que tuvo lugar cuando ésta dio cabida a la Corte de los reyes españoles, vino acompañada de numerosos escritos, pertenecientes a todos los géneros literarios, cuyo objeto era la Villa y Corte, produciéndose así la invención literaria de Madrid, lo que le permitió ocupar un lugar preeminente dentro del universo de las ciudades literarias.

Poetas, novelistas, dramaturgos, no han dejado desde entonces de construir en la ficción una ciudad en constante devenir, una ciudad que continúa inventándose en la actualidad, tanto en la experiencia como en la imaginación. La reunión de esta serie de textos, agrupados por su pertenencia a los distintos géneros literarios, hace posible que nazca en el lector una visión rica y variada, llena de registros, de la villa y sus alrededores, de lo que hoy definimos como Comunidad de Madrid, cuyos múltiples aspectos permanecerían de otro modo ocultos e insospechados.

Estoy seguro de que la riqueza y calidad de estos textos acrecentará en el lector su atracción por este Madrid diverso y polifacético y, a través de él, su amor por la mejor literatura de todos los tiempos.

JAIME LISSAVETZKY DÍEZ
Consejero de Educación y Cultura

INSTRUMENTO

El presente instrumento tiene por objeto...

En fe de lo cual...

Introducción

Escribiendo Madrid

Los años comprendidos entre 1700 y 1850 fueron de gran importancia para Madrid y para el género narrativo. En el caso de la primera, porque se asentó como capital del reino y, para mostrarlo, los gobernantes remodelaron sus calles y edificios, asistiendo en los últimos decenios del siglo XVIII a la erección de palacios y monumentos, así como al levantamiento de fuentes, apertura de calles y avenidas y adorno en general de una ciudad cuya imagen como capital de un reino que se quería reformador, ilustrado, europeo y moderno se deseaba realzar. Madrid debía ser el espejo de la grandeza del reino, su mascarón de proa, y tenía que ofrecer el aspecto de modernidad que sus gobernantes pretendían. Fue durante el reinado de Carlos III, especialmente mientras José Antonio de Armona y Murga estuvo al frente del Corregimiento, cuando la ciudad conoció la mayor parte de estas primeras reformas, que tenían que ver con todos los aspectos de la vida social. Se la distribuyó en barrios y manzanas, numerándose las casas, se iluminaron las calles con faroles e incluso se establecieron los primeros “taxis” de su historia; se dio un papel más destacado a la policía, sobre todo desde el motín de Esquilache de 1766; se legislaron las diversiones públicas, se reformó la enseñanza media y se hicieron mejoras urbanísticas de diverso orden.

El planteamiento de estas reformas tendía, como se ha dicho ya, a ofrecer a los extranjeros y a los nacionales una imagen nueva,

moderna, de la ciudad, que nada tuviera que ver con la idea de la antigua ciudad barroca: un Madrid que fuera realmente cabeza del reino e identificara a sus habitantes con la idea de una monarquía ilustrada, reformista y hasta cierto punto dirigida por miembros de la naciente clase media, y, si bien no todas estas mejoras tuvieron continuidad ni llegaron a calar entre la población que, en gran medida, siguió mal viviendo en casas pobres, sí sirvieron para establecer las bases sobre las que después estadistas e intelectuales del XIX propondrían sus reformas, siendo las más conocidas las de Ramón de Mesonero Romanos en su Rápida ojeada sobre el estado de la capital y medios para mejorarla de 1835 y, posteriormente, en su Proyecto de mejoras generales de Madrid de 1846.

La población madrileña había pasado de sus 147000 habitantes en 1757 a los 164000 de 1787, a los que había que añadir la gran masa de población flotante que constituían los pretendientes y los cuerpos del ejército. Si la población había aumentado, no sucedía lo mismo con el espacio disponible para ese vecindario. La ciudad seguía constreñida por las tapias, de modo que en 1779 se pensó en aprovechar los solares yermos. Conventos, huertos de esos conventos y casas que pertenecían a la Iglesia, principalmente, además de edificios privados, empezaron a ser el objetivo de una campaña gubernamental para mejorar la vivienda. Se quería que esos espacios vacíos se pusieran a la venta para levantar en ellos viviendas, y se multaría a aquellos que no pusieran sus terrenos en venta o que no edificaran en ellos. También se concedían ciertos beneficios a los que reedificaran con más pisos, pero la medida no surtió efecto, y los problemas de la ciudad se agravaron.

Las reformas que en ese siglo se verificaron no tendieron a mejorar el nivel de vida de los habitantes, sino a ofrecer una ciudad fachada de lo que se pretendía fuera el reino. De igual modo, se arreglaron y dispusieron diferentes accesos a Madrid, pero sobre todo aquellos que comunicaban la ciudad con los Reales Sitios.

La población siguió creciendo, pero hasta 1868 limitada por las murallas. En 1848 se había llegado a los 200000 habitantes, alcanzando la cifra de 275000 en 1858. En gran medida, el Madrid que conocieron los habitantes de finales del siglo XVIII era muy semejante al que podían conocer los madrileños de los años treinta e incluso de mediados del siglo XIX, y ello se percibe en los textos que aquí se recogen: los problemas sin resolver seguirán siendo los mismos y las

formas de vida y los medios para sobrevivir en Madrid también. Aparte las convulsiones políticas, cuya importancia en la vida de la ciudad es evidente, quizá el cambio más significativo en el panorama urbano fuera la llegada del ferrocarril en 1850 y la aparición de los ómnibus algunos años antes. En esta primera mitad del siglo, Madrid no es todavía una ciudad con industria; su industrialización se produce a partir del tercer cuarto del siglo. Las pequeñas fábricas y las artesanías dejan paso a fundiciones metalúrgicas, imprentas, a la fábrica del gas, a la industria ferroviaria, a la de electricidad, alcanzándose a final de siglo una población obrera de alrededor de los 100000 trabajadores. Lo que contrasta con el censo de 1843, en el que la mitad, aproximadamente, de los cincuenta mil censados son trabajadores domésticos, una cuarta parte obreros industriales y el resto empleados públicos.

Pero se producen cambios en la vida social. Cambios que comienzan a tener relevancia en los últimos tiempos del siglo ilustrado y que en el XIX encontraremos ya consolidados. Lo que podemos llamar movilidad de las clases, su permeabilidad, es un fenómeno que desde los años sesenta del siglo XVIII viene siendo objeto de reflexión por parte de los literatos, de los políticos y de todos aquellos que no se conforman con su suerte y quieren medrar en la escala social. Los textos en los que se alude a la dificultad de diferenciar a las personas por su indumentaria, como era posible hacer en los tiempos antiguos, son numerosos, llegándose a hablar de revolución en el trato social, tanto porque es imposible reconocer los orígenes de los individuos a través de sus vestidos, como porque las relaciones han cambiado. Los signos externos que antes servían para colocar a cada persona en su clase y ambiente, en esos años del siglo XVIII, se indiferencian, perdiendo su utilidad. Esto, que es criticado en el siglo de la Ilustración, aparece como un hecho que no se puede alterar en el XIX: los trajes, los adornos, la calidad de ellos, llevar coche y que éste vaya tirado por un número determinado de caballos, son elementos que ya no sirven para situar a las personas en la escala social. No serán en el XIX objeto de crítica, sino de burla.

Y, junto a este cambio decisivo en la alteración de la conducta pública, se dio otro no menos importante. Porque si todos podían ser iguales, al menos en lo exterior, también podían todos expresar igualmente sus opiniones. A este respecto, la aparición de los cafés a finales del XVIII marca un hito destacable, ya que se podrá hacer uso

de la palabra, de forma pública y abierta. Un diálogo en el que conocidos y desconocidos intercambian sus ideas. Es una diferencia importante respecto a las tertulias que antes se venían realizando y que siguieron verificándose después, ya que estas tenían un carácter privado: reuniones de contertulios en lugares que no gozaban de esa condición abierta y pública que tenía el café. La importancia de este recinto ha quedado señalada en la literatura de la época de manera inequívoca, tanto en obras de teatro, como en novelas y periódicos, y a las personas que pueblan los cafés —así como para aquellos que los vigilan— se dirigió una nueva literatura y un nuevo instrumento literario: el periódico. Café y periódico son mediadores de la opinión, y para ellos surgió un personaje que adquirió una importancia capital en esa época: el periodista, el hombre que comenta lo que sucede en la calle, que observa sentado en una esquina del café cuanto se discute y comenta a su alrededor. Un tipo de escritor que no se encierra en su gabinete, sino que escribe desde la calle, desde la ciudad, y para los que la habitan. Un escritor, por tanto, político. La ciudad es para él materia literaria, como lo será también para los novelistas. Uno y otros escriben sobre la ciudad, pero también escriben la ciudad, le dan forma, densidad, rasgos peculiares e identificativos: construyen la imagen novelesca de Madrid, haciendo que pase de ser un marco geográfico a ser un espacio para la ficción.

La prensa daba cabida a las novedades políticas, sociales, artísticas y económicas, no sólo españolas, de un modo rápido; permitía la discusión, el intercambio y, al mismo tiempo, propiciaba un ambiente pluralista, dialógico y en cierto modo dialéctico, que preparaba la época vivaz y bullidora que es la España del siglo XIX y, muy especialmente, el Madrid de esos años. Periódicos como el Duende especulativo de 1761 o El Censor de 1781, el Memorial literario que comienza a publicarse en el año 1784 y tiene una larga vida, junto a otros como El escritor sin título, de 1763, los Discursos mercuriales y tantos más crearon el ambiente material y espiritual necesario para que la prensa se desarrollara en el siglo XIX, a pesar de las prohibiciones y censuras.

Periódicos y cafés caminan parejos en la creación de una España moderna. Si unos y otros soportaron la prohibición y censura, la vigilancia de la policía, fue porque ambos se habían constituido en medios de subversión, en instrumentos de agitación y de intercambio de ideas. El ocio y las diversiones que habían intentado regular las

autoridades ilustradas se quisieron controlar también en esos años del siglo XIX, de manera que pudiera dirigirse a la población, cada vez más dada a salir a la calle, a tomar parte en los hechos históricos que sucedían y a comentarlos: defensa de Madrid durante la Guerra de la Independencia, entrada en la ciudad de José Bonaparte, posterior llegada de Fernando VII, sucesivos cambios políticos, pronunciamientos militares varios y golpes de estado, entrada de Riego, ominosa década, sublevaciones absolutistas, abolición de la ley sálica, cierre de las universidades, primera guerra carlista, Constitución de 1837, desamortizaciones, abdicación de María Cristina, mayoría de edad de Isabel I, matrimonio de Isabel II con Francisco de Asís, desalojo de las Cortes por Narváez, etc., etc. Los que en principio no eran sino un medio de instrucción y diversión —el periódico— y un lugar para el ocio —el café— se habían convertido en medio y lugar peligrosos para el poder, lo que hacía necesaria su vigilancia y regulación en la medida de lo posible.

Por lo que se refiere a la novela, ésta se desarrolla casi al mismo paso que la prensa y el café. De hecho, durante algunos años a periodistas y novelistas se les aplica un mismo nombre: noveleros, novelistas, identificándoseles por el hecho de ser nuevos personajes en la República Literaria y por ofrecer una mercancía literaria cuyo objetivo era relativamente semejante, además de por considerar precisamente a la literatura como mercancía.

El género novelesco había padecido desde finales del siglo XVII hasta casi mediados del XVIII una grave crisis por la cual apenas se escriben novelas. La ficción se refugía en géneros de carácter moral y en misceláneas, mientras que el teatro adquiere una preponderancia de primer orden en el gusto del público, instrumentalizado en gran medida y apoyado por los órganos de propaganda de la monarquía. Hay que esperar hasta los años centrales del siglo para asistir a un resurgir del género, en parte propiciado por el conocimiento de la literatura narrativa que se hacía fuera de España, y en parte debido al cambio que se estaba dando en el concepto de imitación literaria. Se pasa de hacer una imitación de carácter universal a preferir la de carácter particular, dirigida sobre todo a mostrar literariamente o a recrear la sociedad circundante, y es ahí donde periodistas y novelistas se encuentran porque toman como objeto literario cuanto les rodea y lo devuelven al lector —a menudo protagonista de esas mismas obras— reelaborado de una forma en la que puede reconocerse. La

novela se revela como el género más apropiado para reflejar la modernidad del período. La que se escribe en los años ochenta y noventa del siglo XVIII en España se hace eco de cuanto preocupa a la naciente clase media, a ese grupo social que se va haciendo con las riendas del poder, que incluso, en una forma perversa de infiltración, presta su dinero a los gobernantes para que la máquina del Estado siga moviéndose, para que la monarquía se sostenga. En esas novelas los protagonistas mediatizan mensajes que afianzan los valores nuevos de la burguesía, una burguesía que, si aún no tiene solidez y cuerpo como clase, sí tiene actitudes y entidad suficiente para reconocerse como un grupo aparte y distinto de la aristocracia, cada vez más desprestigiada como clase pero a la que se quiere acceder, y distinto también de las clases trabajadoras más pobres. El modelo de hombre, y el de mujer, que se ofrece en esas novelas nada tiene que ver con el aristócrata ni con el representante de las clases populares, y es un proceso que se da tanto en España como fuera de nuestras fronteras: suele ser el comerciante, el abogado, el hombre productivo y útil, el que se propone como ideal de conducta; el que muestra su valía personal e individual frente a privilegios de clase. En ese mismo proceso, y como ejemplo de los cambios que se estaban dando en la sociedad, lo que se escribe se desarrolla en las ciudades y, principalmente, en Madrid. La ciudad y sus habitantes han conseguido la relevancia que antes gozaban los personajes del campo y de poblaciones pequeñas. El rústico y el campo han dejado el lugar al urbano y a la ciudad y, en este cambio, no será menor el peso de la crítica a cuanto sucede en las ciudades —sobre todo en las novelas de los años sesenta del siglo XVIII—, entendidas como lugar donde reina el demonio y la corrupción, que la consideración de la urbe como ejemplo de la modernidad.

Es de esta forma como se asiste, con vacilaciones, a la consideración de Madrid como ente de ficción. Proceso en el que intervienen de manera muy notable los escritores costumbristas y aquellos que escriben sobre la ciudad desde un punto de vista arquitectónico o urbanístico. Son los años, entre la década de los treinta y la de los cuarenta, en que se desarrolla la llamada “novela de costumbres”, la única que, al parecer de muchos, tenía cabida en el panorama literario. No debemos olvidar que la novela, como género, nunca había sido considerada en los tratados de preceptiva literaria y que, por tanto, era un género desprestigiado: otro de los argumentos que

vincula a la novela con el periodismo, aparte la coincidencia en el momento de su aparición y su semejante objetivo, ya que, al hablar de “aparición” de la novela me estoy refiriendo al nacimiento de la novela moderna, que se da en Europa durante el siglo XVIII.

Es ya en el siglo XIX, y mediante la novela por entregas y el cuadro de costumbres sobre todo, que se publicaban en los periódicos, cuando Madrid comienza a ser descrita y escrita, tanto desde el punto de vista de su estado moral, como del de sus aspectos urbanístico, arquitectónico, festivo. Y se pasará, de insertar la narración ficticia en una geografía real, descrita con pelos y señales siguiendo los escritos de Mesonero Romanos, a que la fabula se desarrolle también en un Madrid, no menos real, pero integrado ya, como elemento de ficción en la narración. Algo que alcanza Galdós en sus novelas de manera evidente, en las que calles, casas, tipos ciudadanos y alrededores, sin dejar de tener un referente real, un nombre, adquieren su dimensión ficticia, realista precisamente por tener un nombre situado en un concreto lugar de la ciudad, pero ideal por inscribirse dentro de la ficción novelesca.

En las novelas de Salas y Quiroga, de Tapia, de Martínez Villergas y en las de sus contemporáneos se da un recurrente interés por inscribir la ficción dentro de unos hechos históricos muy recientes; más bien la anécdota ficticia es la excusa para narrar unos hechos políticos muy cercanos de los que se quiere dejar constancia: es como si no se fiaran de los historiadores y quisieran servirse de un género accesible al gran público para explicar los hechos, así como dejar testimonio a la posteridad de la “realidad” de aquellos sucesos. En casi todas esas novelas no se da la integración de lo histórico con lo ficticio, dando la impresión de que uno y otro elemento constituyente de la narración son bloques que se tocan o yuxtaponen sin llegar a filtrarse, armonizándose mediante el empleo del recurso melodramático. Son obras, como gran parte del teatro que se escribió en esas fechas, políticas. Novelas políticas en las que se da una vinculación o compromiso del autor con el género en el que trabaja, ya que se utiliza la literatura para combatir ideologías políticas opuestas. Por ello se da una importancia exagerada al hecho histórico, abundando las notas que ilustran con datos lo que se novela en un procedimiento ciertamente desnovelizador, e identificándose la verosimilitud histórica con la política y, por fin, con la estética.

Pero los errores y defectos que se pueden encontrar en estas novelas

no les quitan la importancia que como testimonios históricos, ideológicos y de evolución del género tienen. Y, de hecho, el que se sintiera este género y no otro como el apropiado para narrar y dejar constancia de la Historia más reciente —como señaló Navarrete en un artículo sobre la novela española— pone de manifiesto su modernidad frente a otras expresiones literarias. Historia y novela discurren juntas durante gran parte de la historia del género narrativo, ya en tanto que motivo argumental, ya como modelo narrativo, ya como subgénero: la novela histórica.

Por otra parte, nos encontramos en unos años —finales del siglo XVIII y comienzos del XIX— en el que se sucede toda una serie de cambios que dan paso a la modernidad y que hacen necesaria la explicación de esos cambios, del nuevo lugar que pasa a ocupar el hombre en el mundo y de cuanto le rodea. Las escalas de valores se alteran y se siente, en muchos casos como un desgarró, la pérdida de cuantos vestigios quedaban aún del Antiguo Régimen. Se utilizó la novela, el periódico y cierto tipo de teatro para explicar esos cambios, para resituar al hombre en sociedad —concepto nuevo que se “descubre” a finales del siglo XVIII— y es precisamente en los novelistas que peor manejan los recursos narrativos, la imaginación y la prosa en tanto que medio de ficción en los que mejor se puede percibir ese intento de explicación del nuevo hombre.

La selección de novelas es, como toda antología, parcial. Se pueden echar en falta, tal vez, obras de autores más importantes o fragmentos más significativos; sin embargo, he preferido dar cabida a autores y obras más bien desconocidos que famosos, en la idea de que tienen también interés suficiente como para figurar en estas páginas y en la historia literaria de esas fechas.

La grafía y la puntuación se han modernizado siempre salvo en aquellos casos en que el autor denota algún rasgo identificador mediante el habla de los personajes. También se mantienen los laismos.

JOAQUÍN ALVAREZ BARRIENTOS
(CSIC) Madrid

Fulgencio Afán de Ribera y Antonio Muñoz

Las obras de estos autores forman parte del grupo de textos que, a comienzos del siglo XVIII, sin ser propiamente novelas, integran elementos de ficción y se sirven de una trama argumental para llevar a cabo una crítica de las costumbres. El objetivo de estos dos autores es más crítico y moral que artístico. Lo que se pretende es hacer una crítica del cambio de las costumbres, más evidente en el caso de la Virtud al uso y mística a la moda (1729) que en las Aventuras del insigne poeta y su discreto compañero (1739). En la primera el hilo argumental es mínimo, construyéndose la obra a base de colocar una detrás de la otra distintas situaciones que se refieren a conflictos de orden moral, preferentemente urbanos. El tono cínico e irónico es el característico de las obras de ficción de esos años, apropiado para criticar la hipocresía que, según los escritores, reina en las relaciones sociales.

Lo significativo de la obra de Fulgencio Afán de Ribera es cómo se enfrenta a la realidad de una forma crítica y satírica, haciéndose discípulo del Quijote, novela a la que se refiere en distintos momentos, si bien él la entiende como una sátira y no como una novela.

Esta obra conoció un gran éxito de público llegando a editarse hasta mediados del siglo XX ininterrumpidamente. Es una obra de gran modernidad por los asuntos a los que se refiere y por el modo irónico de tratarlos. El estudio de la conducta exterior frente a los verdaderos sentimientos es el objetivo de Afán de Ribera. El autor se da cuenta de los cambios que se están dando en las relaciones sociales, para él desdeñables e hipócritas, y los fustiga desde la ironía, pero la

obra de Afán es más importante por el hecho de que su autor percibe la importancia cada vez mayor que tiene la apariencia en la valoración de las personas. Naturalmente, en el mundo urbano, ya que su obra se desarrolla en la ciudad, en Madrid. Esto no sucedería en el campo.

Algo semejante ocurre con la obra de Antonio Muñoz, Aventuras del insigne poeta. En esta obra, tampoco novela en sentido estricto, la presencia de la ciudad, de Madrid, Valladolid y otras, como decorado de la ficción y objeto de crítica es mayor que en la de Afán. A éste le interesa más el estado moral de los habitantes, mientras que a Muñoz le ocupa el estado moral de la ciudad en sí misma, de manera más global. En el caso de este autor, este aspecto viene asegurado por su otra obra, Morir viviendo en aldea y vivir muriendo en la corte, en la que la crítica de las costumbres urbanas se explicita más, al compararse con la plácida e ideal vida rústica, si bien es cierto que Muñoz no llega a los extremos de otros, pues también opone a las virtudes ciudadanas, que algunas ve, los defectos e inconvenientes del campo. Esta obra, entretenida pero tópica, tiene interés, pero, a diferencia de Aventuras del insigne poeta, su alcance es menor, ya que se centra en aspectos de educación y conducta más generales, mientras que en la aquí seleccionada se ofrece además el retrato visual de la ciudad y sus alrededores.

Tanto en la obra de Afán como en la de Muñoz, aunque más en la de éste, se asiste al inicio de la conceptualización tópica de determinados lugares de la capital que van a centrar a lo largo del XVIII y del XIX gran parte de la ficción que tiene por escenario a Madrid. Aparecen en ellas lugares como el Prado, la Puerta del Sol y calles adyacentes distinguiéndose con rasgos que poco a poco los irán identificando y haciendo peculiares. Estos lugares, esta topografía, había aparecido antes en el teatro y en escritos de carácter moralizante como las obras de Francisco de Santos o Juan de Zabaleta, pero en estas sólo es un marco en el que encuadrar la crítica ejemplarizante. A partir de ahora, esos lugares se irán caracterizando novelescamente.

El nombre de Afán de Ribera es un pseudónimo, parece que encubre a fray Manuel Bernardo de Ribera, del que no se sabe prácticamente nada. Con Antonio Muñoz hay también ciertos problemas, ya que éste fue el pseudónimo que utilizó Enrique Ramos, militar. Sin embargo, por la cronología de sus obras, no pueden ser el mismo autor; ahora bien, todavía está por dilucidar si el autor de

Aventuras del insigne poeta es el mismo catedrático de artes que enseñó en Salamanca y publicó en 1770 una Oración fúnebre.





Virtud al uso, y mística a la moda

Prólogo al lector

Con motivo de haber venido a esta corte a la prosecución de un pleito matrimonial que tengo pendiente en la Nunciatura, porque estoy resuelto a morir degollado antes que casarme, en uno de los cuartos del mesón del Peine, que es mi pobre morada, uno de los despojos que había dejado mi antecesor habitante (a más de un poco de sarna que me dejó en las sábanas, por lo que me acuerdo de él muchas veces al día) fue un pliego de papel, cuyo título era: *La Virtud al uso, y Mística a la moda*. Leílo, y su contenido me picó en la fantasía, aún mucho más que la sarna que tengo en el cuerpo. y como, gracias a Dios, la bendita leyenda caía en varón constante. preocupado con la misma melancolía (por haber vivido muchos años entre un grandísimo atajo de bribones y bribonas que hacen trato de la virtud, unos para *comer*, otros para *gobernar*, y otros para *suponer*), saqué mi navaja y corté la pluma. Las especies me bullían, y como bandadas de pájaros me levantaban el casco de mi poco seso. Entre si escribo o no escribo se me acordó una noticia que oí a mi abuela; y fue que en sus tiempos estaban tan válidos los libros de las caballerías, que eran el único y total embeleso de las gentes; y para su destierro los señores obispos tomaron diferentes providencias, ya enviando misiones, ya expidiendo cartas pastorales; pero nada aprovechó, hasta que Cervantes tomó la pluma y escribió los libros de *don Quijote*; ¡cosa rara, que lo que no pudo conseguir la desnuda verdad, voceada de los prelados y ministros eclesiásticos. fue reser-



vado triunfo a la débil armadura y esfuerzo de una ingeniosa ficción! Si yo, o cualquiera otro, quisiera solicitar el destierro de estos bergantes, con serias sentenciosas cláusulas, los engañados se quedarían en su engaño, y los engañantes en su engañadura y garatusa; pues ropa afuera, dije, y veamos si lo que no puede vencer una desnuda verdad, puede ser trofeo de una bien vestida ficción; si lo que no pueden las veras, pueden alcanzar unas bien afectadas burlas. En este pensamiento estaba, cuando entró en mi cuarto un notario apostólico, con su golilla, acreedora a todos los piojos del Hospital General; y me notificó un auto de traslado de mi perseguidora novia; yo, que estoy a dar largas al pleito, por ver si este demonio, cansada de esperar, se desespera, en todo traslado me mamo los nueve días de las tres rebeldías que se me acusan. En este término escribí lo restante al pliego que hallé; allá va, léelo si quieres, y si no, déjalo estar, que al cabo, con lo que me pone a la mesa mi mesonera del Peine y con la otra mitad que me hurta lo pasaré honradamente, hasta que en mi pleito se dé sentencia definitiva; la que, si fuese favorable, me ahorrará de pesadumbres; y si fuese adversa, en Roma me hallarás, siguiendo en la Rota mi defensa; y finalmente, todo lo peor que podrás ver en mí será verme en las galeras del Papa o ahorcado; pero casado, cristiano lector, no me verás, porque tengo a más infelicidad lo segundo que no lo primero. Adiós, amigo, y encomiéndame a Dios, que si alcanzases de Su Majestad que yo me vea libre de esta mujer, yo conseguiré de la Santísima Trinidad que tú te veas libre de caer en manos de la justicia; y siendo esto así, no se yo cuál de los dos quedará mejor. Adiós. [...]

Documento VII

Tendrás dos confesores, uno para el gusto, y otro para el gasto. Más claro, uno para tu buena opinión, y otro para que lleve los talegazos de tus fechorías. Eres tan tonto, que no me fío de tu necedad para la inteligencia de esta importantísima máxima; quiero decir, que has de tener dos confesores, para fregar con el uno, y enjuagar con el otro. Vayan dos cuartos a que no me has entendido. Mira, hijo, has de buscar un hombre docto, de mucha fama y opinión



en la corte, de estos que tienen planteadas tres o cuatro pretensiones en la cámara, y acuden mucho a la Covachuela, y que sea hombre de rompe y rasga. Asimismo has de buscar un clerizontón, capellán de un hospital, o confesor del Buen Suceso; con éste has de confesar tus picardagüelas; esto es fregar. Para enjuagar irás al sabiondazo, gimiendo y llorando, quejándote de las sequedades que padeces en la oración, ponderando que son tales, que no te da Dios impulsos para formar ni un acto de atrición. Le pedirás licencia para delatarte a la Santa Inquisición por hereje, pues te hallas en tales tinieblas de lo sobrenatural, que casi casi te atreverás a jurar que no tienes fe, porque imaginas que el misterio de la Encarnación, cuando en la oración te pones a considerarlo, es una quimera; y como si fuera quimera tal, así sacas los afectos, sin que tu espíritu halle motivo alguno de amor ni agradecimiento a tan imponderable beneficio. [...]

Considero muy de mi obligación darle a su merced cuenta de todos mis progresos. Habiendo puesto en práctica los documentos de mi padre, confieso que con el que he sentido muchísimo alivio para mi panza y bolsillo ha sido la práctica del documento VI, en el que se me encomienda la ficción de sinceridad y candidez; y en prueba de ello, referiré a su merced lo que habrá ocho días que me sucedió. Como ya tengo bien sentada mi opinión de virtud, tengo letra abierta para encajarme en los estrados, aunque haya visitas: en esta suposición, habrá de saber mi padre que el día de San Isidro, con el motivo de ver la procesión que por la tarde con tanta solemnidad se celebra en esta corte, cierta casa de la Plazuela de la Cebada, por la coordinación de sus muchos y muy dilatados balcones, es golosina de la curiosidad de las señoras, para el mejor registro de ella: así que vi tanta gente de estofa, me metí allá como piojo en costura: pero mi virtud hizo rancho, y me metí en medio, como Pedro entre ellas, danzando la pavana; a porfía andaban sobre a cuyo lado se había de sentar el hermano Carlos del Niño Jesús. Yo, por no descontentar a ninguna y contentar a todas, con cada una me arrimé un poquito, les contaba un ejemplito del libro *Gritos de las ánimas*, y luego me mudaba con otra, y la encajaba aquello de «caminando un ermitaño por una espesa montaña, etc.» Pasábame a otra, y la embanastaba un retazo de historia de la cueva de san Patricio, y así di vuelta a todo el ganado. Reconocí el campo, y había señoras de todas suertes: unas eran mujeres de alcaldes de corte; otras de oidores del Consejo de Ordenes; otras eran señoras de títulos, recientemente impresos, que



aún mantienen el nombre y apellido que tenían en el siglo; otras señoras había cuya grandeza y antigüedad se puede disputar con el mismo Adán. En esta confusión de cosas, tuve presente el citado documento VI, y así a las primeras las di el tratamiento de su eminencia; a las segundas, de su alteza: a las terceras, de su majestad; y a las cuartas, de su merced. Entre tiple y bajo celebraban las buenas señoras mi simplicidad, y yo, en secreto natural, echaba el contrapunto con reírme de la suya.

Pasó la procesión, y la gente de la casa, dándose por agradecidos de haber tenido tan buenos huéspedes, aunque era un pobre guarnicionero, sacó el vulgar refresco de hospital, de agua de limón, azúcar esponjado y chocolate; yo me negué al favor, con el pretexto de mis dolores de estómago, flatos, destilación y vaguíos, de lo que di tan extensa relación, que quedaron todas lastimadas de mi trabajo; con esto emboqué mi bola, y renuncié gustoso una jícara para adquirir doscientas pastillas de chocolate; pero lo más cierto es porque entre mi beata y yo teníamos dispuestas ciertas empanadas de tocino de Algarroba, con un buen frasco de lo que se pisa en Esquivias, para eso de las siete de la tarde, a puerta cerrada. [...]

Ahora anda muy valida la Academia Española; si acaso se ofreciese hablar de ella, di que es la mayor obra del mundo, que mentira más o menos será; agua bendita, golpe de pechos y bendición episcopal te sacarán de ese trabajo, frente tiesa y ese cuerpo derecho, y vamos a lo que importa; y quéjate de mi, si tu perdieras la baza. El motivo de prevenirte esto es porque hay entre los académicos algunas personas de caudal, y alabándoles sus obras, los heredarás en vida; ellos se quedarán tan tontos como son, y tú te hallarás más rico de lo que eres, según dice una coplilla, que yo sabía, que dice así:

Su renta tiene segura
El que lisonjea a necios,
Que a quien los hace eruditos
Instituyen heredero. [...]

Documento XII

El tratar con monjas es contrabando, porque como ellas no dan más que conversación, se prohíbe a todo beato gastar la pólvora en salvas.

El que no fuere botero
Con las monjas no me trate,
Que sólo trata con monjas
El que trata en cosas de aire.

No obstante, tienen su voto para tu opinión, porque creen de ligero cualquiera virtud; y así, visítalas el día de su patriarca no más. Los frailes son escollo en que te quebrarás la cabeza si los tratas mucho, porque por lo regular son doctos y picarones, con que a dos por tres descubrirás la caca. Busca entre ellos algunos legos que dicen misa, porque estos suelen ser bellísimos para tu intento. Cuéntales tus mentidas virtudes, los pondrás blandos como un guante, y si tienen algún manejo, lo harás común de dos. Para quien no te doy permiso ni licencia para que los veas ni oigas, aún desde cien leguas, ni me atraveses las puertas de su iglesia, aunque sea día de Santa Teresa de Jesús, es a los carmelitas descalzos. Estos son unos demoniones blancos para nuestro intento, porque son tan versados y diestros en la verdadera, genuina y fundamental teología mística, que a dos veces que te echen la vista sobre el hombro, te han de conocer la musa, y no habrá más remedio que irte a vivir cien mil leguas de Madrid, o llevarte en cuerpo y alma a la calle de Leganitos, donde te darán doscientos chochos por las calles acostumbradas, por embustero. Y así, guárdate de estos animalicos, si quieres guardar el almarío. [...]

Añadirás que para asimilarte a San Gregorio, ya tienes partida de dolor de estómago, pero quisieras imitarle en su virtudes; pero ¡oh Señor, que soy gran pecador! Hemos de suponer que toda esta plata no la has de hacer en el barrio de Lavapiés, porque allí no sirve, si no es en casas de estofa; y si no es que tengan corazones de bronce, milagro será si no lloviesen sobre ti libras de chocolate. Concluirás diciendo: Este es ejercicio que Dios me ha dado.





Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero

En una de las opulentas ciudades de nuestra España residía, como hijo suyo, un célebre Ingenio, aunque (como por lo regular) muy mal empleado, pues teniendo, como tenía, Don Eusebio (que así era su nombre) mil habilidades, no tenía una que le diese de comer, y así estaba siempre su pobre fantasía discursiva y aguda como lesna: adonde más se inclinó el buen hombre (para acabar de morir de hambre) fue a hacer coplas; y era en extremo tan aficionado, que si fuera capaz de tener dinero le diera porque le diesen y celebrasen un coplón. Tenía para esto adelantado, demás de su pobreza, la contextura, que toda era de poeta, y el vestido no le desayudaba; pues estando su amo en pie (por tener poco asiento) él solía caerse a pedazos: lo demás de su ajuar era correspondiente; pues por no tener noticia, ni aún padres, no hay que hablar de casa ni hogar; porque él era como las liebres que cada noche tienen distinta cama, y en distinto paraje; el refectorio era como la cama: y no habiendo en la ciudad muchísimas partes donde mudar, si algo llegó a tener el pobre Don Eusebio fue hambre, no obstante que en casa de un caballero de la misma ciudad le solían dar una escudilla de caldo, con tal cual telaraña o pellejo de carne, que él colaba por el embudo de San Blas, sin riesgo de ahogarse. Este caballero de ciudad, o ciudadano caballero, tomó alguna afición, más que a otro, a Don Eusebio, o bien movido de compasión, o bien por oírle sus disparates, pues no le ayudó poco a llenar la cabeza de viento sus lisonjeras y maliciosas alabanzas. [...]



Con esta conversación, y haber estado un rato descansando, aunque sobre una peña, tomaron algún aliento; y como bajar es tan fácil, como difícil el subir, fueron descendiendo sin fatiga, y admirando la multitud de arroyos, peñascos y árboles, pudieron llegar (sin el afán de atar las ruedas del carruaje) a los molinos; y reconociendo que los suyos tendrían allí muy poco que moler, pasaron a Guadarrama, donde viéndolos pobres, no los querían admitir en parte alguna. Mas como Dios no falta a nadie, ya hallaron acogida en un mesón, donde encontrando unos caballeros que venían a Madrid, les dieron de cenar, y luego Don Jacinto les hizo un rato la Corte, de lo que ellos entendían muy poco, pues confesaron no haber entrado jamás en ella, y ahora que estaban a la puerta, estaban confusos, discurriendo cómo sería la entrada y el registro de ella, que temían, aún sin llevar cosa de contrabando. Luego reconoció Don Jacinto en los huéspedes, por las preguntas que le hicieron, que nada tenían de avisados, especialmente el uno, cuya traza era fatal, y correspondía todo lo demás. Preguntaron a los licenciados si habían estado en Madrid. Y Don Jacinto le dijo, que muchas veces, con lo que intentaron ir juntos la jornada que faltaba, lo que rehusó Don Jacinto, diciendo: «Nosotros venimos a pie, y cansados, y no podemos aguantar lo que sus mulas de ustedes; demás de que nuestro intento es, ya que estamos aquí, ir por el celebrado Escorial, donde hay tantas y tan maravillosas cosas que ver; y si ustedes no lo han logrado, vamos por allí, que creo no les pesará». Luego que tal oyó uno de los caballeros, dijo: «Por todo el mundo entero no perdería yo un día de jornada, que tengo mucha precisión de volverme a mi lugar». El otro dijo: «¡Jesús, María! ¿nosotros habíamos de andar por rodeos, por ver la fábrica del Escorial? Demás que aunque yo lo diga, quien ha visto el cementerio de la iglesia de mi lugar, nada tiene que apetecer; pues el señor cura, que es hombre entendido, y tan leído como el que más, dice que no le ha visto como él». Entonces conocieron Don Jacinto y su compañero lo que podían ser tales sujetos; y dándoles las gracias por la cena, que ésta no fue tan mala (porque duraba la alforja de su lugar) se despidieron, y fueron a tirarse por allí en cualquier rincón, que esta era su acostumbrada cama. Por la mañana lo primero que oyeron fueron las voces de uno de aquellos caballeros, que no debía de conformarse con la cuenta del mesonero, y decía, dando voces y más voces: «Juro a Dios, que con lo que aquí hemos gastado esta noche, trayendo que cenar,



pasamos en mi lugar seis meses, éste es un robo manifiesto». Como los licenciados tenían pocas cuentas que ajustar, luego que se pusieron en pie, se pusieron en camino, dejando los caballeros en el mesón con su desazón, por lo que no quisieron despedirse. A su acostumbrado paso llegaron a dar vista a aquel Real Monasterio de San Lorenzo; y al ver su primer fachada, dijo uno: «Por bien empleado podemos dar los pasos del rodeo, por ver esto; bien dicen, que es la octava maravilla». Fuéronse acercando, y luego dieron con un religioso, que informado de quiénes eran, y su designio, los amparó, les dio bien de comer, y les hizo ver con facilidad claustros, iglesia, pinturas, alhajas, y en todo tuvieron mucho gusto y admiración. Ya en este medio tiempo Don Jacinto había dicho al religioso la habilidad de su compañero, a quien le dijo: «Amigo, no por paga de lo poco que he podido hacer por ustedes, sí por el gusto de oírle, estimaré que diga alguna cosita a este Real Sitio». «Corto panegirista busca V. Rma.», dijo Don Eusebio, «para tan grande asunto; pero por obedecer, y que vea la diferencia que hay de lo que esto es, a lo que yo explico, digo así:

SONETO

Relicario el más rico y más sagrado,
cuyo elevado ser y fortaleza
da a entender lo precioso y la grandeza
que un rey Felipe a tu altivez ha dado.
Admiración de todos, y cuidado,
eres con tus adornos y belleza,
supuesto que no acaba aquel que empieza
de ponderar tus piedras grado a grado.
¿Qué mucho, si a las faldas de esa sierra
en ti tienes las cosas más cabales,
que el arte pule, y que la esfera encierra?
Díganlo ya tantas personas reales,
como en tu corazón reserva y cierra,
porque sean sus hechos inmortales».

Con gran gusto oyó el religioso a Don Eusebio, y dando parte a muchos de sus hermanos de esta habilidad, la disfrutaron tres días, en cuyo tiempo estuvieron los huéspedes muy asistidos y regalados, y los religiosos sumamente divertidos con las poesías de Don



Eusebio, que así él como su compañero sentían que el hospedaje no durase siquiera un año; pero siendo preciso dejarlo, lo ejecutaron una mañana, en la que vinieron a hacer tránsito a Colmenarejo [...]

Con este gran disparate echaron el a Dios a Dios, y sin dejar de la memoria ni de la voluntad esta última patrona, y primera en su estimación, hablando siempre en ella, llegaron a dar vista a las torres, chapiteles y más altos edificios de Madrid, con lo que parece se alegraron, y aun olvidaron lo que traían tan presente, pues siempre con lo más se ahorra lo menos. Apenas Don Jacinto pisó los primeros arenales de sus cercanías, cuando muy formal dijo a Don Eusebio: «Amigo mío, ya estamos, como ves, casi a las puertas de esta gran Babilonia de Madrid, cuyo centro encierra tantas cosas, como tu irás viendo, y yo no puedo explicar; pero sí antes de hollarla prevenirte muchas cosas que hasta aquí no te he dicho, porque no eran tanto del caso como ahora lo son; y así por lo mucho que te quiero, te advierto lo que sigue. Lo primero, de nada te has de admirar, porque la admiración es hija de la ignorancia. No dejes de ser cortés con todo el mundo, que este es el sobrescrito más cierto de un hombre de bien. En tu afición a hacer coplas (que no quiero llamarla facultad) fuera mejor que no las hicieras; pero teniendo esto por dificultoso, te encargo más que cuantas cosas hay, que no hagas la menor copla contra persona alguna, ni en ellas satirices ni des que sentir, mayormente en materia grave; pues además de no poderse hacer en conciencia, tiene otros mil inconvenientes inexplicables. En parte alguna me seas entremetido, y así no serás desairado. Di en todo tiempo la verdad, y no tengas juntas con quien te pueda deslucir, o por ser más, o por ser menos. En tres cosas no has de ser fácil, que son, *en querer*, *en creer* y *en ofrecer*. El trato aquí con las mujeres es lo más difícil de practicar, pues por experiencia vemos lo que ellas ganan, y lo que los hombres pierden, y no hay que fiar en años ni en sabidurías, pues aquel tan celebrado como sabio rey fue a quien más le engañaron; y así dijo un discreto: “Que más vale la maldad del hombre que la bondad de la mujer; y menos mal te hará un hombre que te persiga, que una mujer que te siga”. Has de tener siempre presente con los que trates, que todos te pueden hacer mal, y pocos bien. Procura tener todos los amigos que pudieses, pero enemigos ninguno; y sobre todo, el bien obrar da segundo ser; pues si el primero fue humilde, el otro te puede ilustrar, pues nuestro común adagio castellano dice que cada uno es hijo de sus obras.



Muchas más cosas te pudiera decir muy al alma, que las excuso, por no hacerme odioso, y que quizá me digas, que soy el Diablo Predicador. Todo lo que de mí has oído, no te lo digo por el estado en que ahora estás, sí por el que puedes tener en adelante, pues nadie sabe para qué Dios le tiene guardado. Los más de estos documentos no son míos, que son de distintos autores, que a la repetición de sus leyendas se han impreso en mi memoria; y a ti te lo expresa mi voluntad, y con ella el deseo de tu aprovechamiento, mayor acierto y conveniencia». A todo estuvo mudo Don Eusebio, y viendo que ya había acabado su razonamiento, le abrazó, dándole muchas gracias por sus buenos consejos, los que le dio palabra no olvidar jamás, y que siempre estaría debajo de su orden, como experimentaría. Con esto se fueron acercando, y sobre la misma conversación, sin el ruido de caballería ni calesas, ni peligro de contrabando en las puertas, entraron por la del Parque, con admiración de Don Eusebio. Sigámoslos, y sabremos lo que les sucede dentro de Madrid.

Llegan a Madrid el poeta y su compañero

Apenas entraron por la referida Puerta, cuando tan vagos como confusos, admirados, andaban a buscar alojamiento; y al cabo de varias diligencias hallaron uno (como para ellos) donde a fuerza de su cansancio pudieron dormir. Por la mañana después de haberse cada uno espetado un zoquetillo *superávit* de su corta alforja, hicieron lo que todos los forasteros desocupados, que fue presentarse en el gran teatro de la Puerta del Sol. Apenas vio Don Eusebio aquel hormiguero de gentes tan diversas, cuando se quedó extático y admirado con todo lo que le había dicho su compañero. A breve rato de haber estado allí, ya se les había pegado un amigo, tal como ellos, y éste informaba al poeta de todas las circunstancias del sitio, al que todos estaban aficionados, porque el tiempo parece que pasaba allí, dejando más gusto que en otras partes. El amigo pegadizo, sabiendo la habilidad de Don Eusebio, le dijo que bien podía hacer un romance a la Puerta del Sol, y que éste le podía vender a los ciegos, que (aunque no mucho) algo darían por él. Tal que oyó el poeta, cuando dijo: «Si hubiera dónde, al punto le haría». Y el nuevo amigo le dijo: «Por eso no le deje Vmd., que en una de estas librerías tengo



yo conocimiento, y me darán papel y recado de escribir». Fueron allá, y viendo Don Jacinto que esto no tenía riesgo, le dio libertad al poeta, y él hizo este

ROMANCE

*Esta es de aquel dios Apolo
la más celebrada Puerta,
cuyos umbrales habitan
gente de todas esferas.*

*Esta es la Puerta del Sol,
si se puede llamar Puerta,
aquesta, que en ningún caso
ni se entorna ni se cierra.*

*Esta es de todo Madrid
la más celebrada mezcla,
y la botica mayor
adonde todo se encuentra.*

*Aquí predicán de Dios
la palabra verdadera,
y entretanto andan los gatos
limpiando las faltriqueras.*

*Aquí se escuchan los ciegos
cantar la jácara nueva,
y un galopo cerca de ellos
de todo cuanto hay reniega.*

*Allí dice uno: Agua fría;
otro dijo: Brevas, brevas;
otro: Pepinos; y la otra:
Bollitos de Villanueva.*

*Una dice, ramilletes,
cuando el otro berenjenas,
otro, pajarillos nuevos,
cuando los ciegos, gacetas.*

*El otro abre allí su cartas,
y ve cosas de su tierra;
interín le acecha uno,
y si puede se la pega.*

*Allí se escucha un soldado
contar cosas de la guerra,
y si alguno le replica,
reniega, y se desespera.*

*Aquí en todas las esquinas
hay uno que galantea,
y está al acecho a ver
cuando pasa la mozuela.*

*Allí hay un corro, dos corros,
todos de gente perversa,
que urden cuatro mil mentiras,
para que uno de ellos teja.*

*Allí está otro descuidado,
cuando de repente encuentra
un amigo que ha veinte años
le conoció en otra tierra.*

*Allí llega una de manto,
implorando la clemencia,
haciéndose vergonzante,
sin conocer la vergüenza.*

*Otra muy escolimada
va a misa, y lleva tras ellas,
tres o cuatro que la van
crujiendo el pellejo a señas.*

*Allí se mira otro corro
de gentes, que por las señas
son de forma, y sólo hablan
de pleitos y de pendencias.*

*Allí hay otros bachilleres
que todo el mundo gobiernan,
y olvidados de sus casas,
se meten por las ajenas.*

*Allí está un hombre suspenso
con una casaca vieja,
una corbata muy larga,
y una camisa muy negra.*

*Un sombrero muy disforme,
zapatos con mucha suela,
y todos al verle dicen:
esta traza es forastera.*

*Luego le embisten de pronto
un golilla y una vieja,
ésta le pide limosna,
y el otro a un lado le espera.*

*Apenas ve coyuntura,
cuando le hace reverencia,
y le pondera muy bien
su nacimiento y nobleza.*

*Después encaja un suspiro,
que lo pone en las estrellas,
y una mujer y seis hijos
con necesidad extrema.*

*Créelo al punto el forastero,
y corrido de vergüenza,
sus ocho cuartos le alarga,
y le acompaña en su pena.*

*El golilla los agarra,
y parte de tal manera,
que la mitad da al estanco,
lo demás a la taberna.*

*Allí se ve otro a la esquina,
con curiosidad atenta,
leyendo edictos, y mira
que sobran compras y ventas.*

*Otro mira un papelón
con unas muy grandes letras,
y éste convida a unos toros,
y otros a ópera y comedias.*

*Allí hay una alojería
siempre de gente tan llena,
que en un continuo tropel
unos salen y otros entran.*

*Con aquesta confusión
algunos vasos se quiebran,
y otros se ran, y no ruelren
a pagar lo que refrescan.*

*Otros son tan generosos
con las damas que allí encuentran,
que pagan pronto lo que
suelen cobrar allá fuera.*

*Allí se ve Mariblanca
envidiada de las negras,
y aunque mira cuanto pasa,
siempre se ve hecha una piedra.*

*En la fuente hay cien coritos
armando dos mil quimeras,
con cántaros remendados,
sobre quien llena o no llena.*

*Allí se ve el Buen Suceso,
a cuya sagrada iglesia
van a misa a la hora que
en mi lugar se merienda.*

*Los coches cruzan y pasan
con tal ímpetu y carrera,
que no dan lugar a que
se conozcan sus libreas.*

*Dan allí por su alquiler
mulas, forlones, calesas;
y como huelan dinero,
con esto, (y algo más) ruegan.*

*Todos están descuidados,
cuando viene una marea,
que salió por muchos ojos,
y por las narices entra.*

*Allí el asqueroso escupe,
el forastero reniega,
y el petrimetre de que
le han salpicado se queja.*

*Agua sueltan los chirriones,
corren las arrastraderas,
andan escobas, y todos
pasan con esta tarea.*

*Ahora una melindrosa
por puercos los versos deja,
y limpios no pueden ser,
cuando es sucia la materia.*

*Lo que sucede de noche
aquí el diablo que lo sepa,
supuesto que él es quien anda
de continua centinela.*

Apenas hubo acabado el romance, cuando le leyeron en alta voz, y muchas gentes que allí se habían juntado, todos le celebraron, y uno de ellos dijo: «Este es lástima darle a los ciegos, por lo que ellos han de pagar soy yo acreedor, no tan común, y de mejor gusto, y así ahí tiene Vmd. por él ese peso gordo para que esta tarde pueda refrescar en mi nombre». Tomóle Don Eusebio muy agradecido, y los más de los circunstantes se le aficionaron y ofrecieron a ir con él por donde gustase. Y saliendo de allí llegaron a las covachuelas, y mirando el poeta tal variedad de cositas, a instancia de los compañeros dijo esta

DÉCIMA

*No hay que culparme, no, a mí,
porque si mucho me apuras,
yo conozco mil figuras
que habrán salido de aquí.
Yo las traté, yo las vi
muy ufanas y muy huecas,
más al uso que a las ruelas,
con sus lindes y señales;
con que sin duda estos tales
son hijos de estas muñecas.*

Algo serio se le puso Don Jacinto cuando oyó la Décima; y le dijo que mal se acordaba de sus advertencias. Don Eusebio le satisfizo diciendo que él no agraviaba persona alguna, supuesto que no la señalaba, y que hablaba en común. A lo que volvió a replicar Don Jacinto, que aquello era por no nombrar uno agraviar a muchos. Todos dijeron: «Hombre, no sea Vmd. escrupuloso, que esto nada importa»; y con esta zumba llegaron a la Plaza Mayor, y luego que la vio Don Eusebio quedó absorto, e informándole los amigos de todo lo que en ella pasaba, y él por entonces no podía ver, a instancias del que le había pagado el romance, hizo de repente estas



OCTAVAS

I

*Adornado recinto, donde el arte
te dio entre variedad tanta grandeza,
que al verte es imposible retratarte,
ni poder delinear tanta belleza,
permite que (si puedes) parte a parte
diga de ti, quien a pisarte empieza,
que tu fábrica, ser y hermoso suelo
bajaron por milagro desde el cielo.*

II

*No pueden ponderarte estos borrones,
mirando tu altivez y arquitectura,
en que incluyes cinco altos de balcones,
que a tus frentes le dan tanta hermosura,
como a los que te ven admiraciones;
siendo en ti (ya se ve) cosa segura,
ver que en las hermosuras de tu cierro
el acierto mayor fabricó el yerro. [...]*

VI

*Tus arcos se perciben más cabales,
viendo la variedad de mercaderes
que habitan (con sus lonjas) tus portales,
siendo sus alegrías y placeres
hacer de cosas vastas cosas reales
para vestir los hombres y mujeres;
y unos y otros por ver tus perfecciones,
desean verte libre de cajones.*

Con sumo placer oyeron las octavas, y, prosiguiendo su buen humor y deseo de andar, se fueron toda la calle de Atocha adelante, viendo y celebrando sus cosas más especiales que en ella hallaron, y entre unas y otras llegaron a Antón Martín, donde dijo Don Jacinto: «Aquí ni aun de chanza quisiera entrar»; y explicándole el por qué a Don Eusebio, de su motivo propio hizo estas dos

DÉCIMAS

*Llegan las cosas a fin,
y cuando no se reparan,
si son lascivas, y paran,
paran en Antón Martín:
aquí no se oye un festín,
todo es ayes y dolor,
todo yerros y rigor;
y si alguno se levanta,
aunque es gallo ya no canta,
porque está de mal humor.
Entran mil, ¡qué compasión!
¡qué delirio, qué locura!
y cualquiera que no es cura,
a todos les da la unción.
Excusada prevención
es la que hace aquí la ciencia,
pues vemos por experiencia,
que en cesando los dolores,
como mejoren de humores,
luego empeoran de conciencia.*

Mucho rieron las décimas, y Don Jacinto le dijo: «Hombre, jamás has hecho cosa más de mi gusto, porque es la primera vez que los poetas no mentís en algo, y tu has dicho ahora en todo la verdad». Viendo que era tarde quisieron despedirse, como lo hicieron, y los compañeros compadecidos de Don Eusebio, habiendo experimentado su fidelidad, le dieron cada uno lo que pudo, encargándole acudiese a la librería, que allí habría especies en donde pudiese emplear su concertado numen. Así lo hicieron, pues al siguiente día se juntaron todos y algunos más en el aplazado sitio. A muy poco rato de haber estado allí pasó una mozueta de mantilla corta, muy presumida, y detrás de ella una vieja, que callando decía lo que un papel blanco puesto en un balcón, que no hay tonto que sin saber leer no lea: Esta casa se alquila. Al pasar por una esquina estaba un mozueto de capita y sombrero redondo, y yo no sé qué le dijeron al paso, que al punto las siguió. [...]

Luego que oyeron la décima la celebraron, y como gente vaga se cansaron de estar allí, y juntos y de mancomún dispusieron ir al



Prado de Recoletos, donde luego que llegaron vieron un paseo disforme con muchísimos coches, y muchos jinetes con lucidos caballos y multitud de gente a pie, que todo le hacía sumamente divertido. Así lo estuvo Don Eusebio, y hecho cargo de todas sus circunstancias, le gustó tanto, que de repente le dijo estas

ENDECHAS ENDECASÍLABAS

*Festivo y bello Prado,
cuyo nombrado sitio
tiene sus vecindades
en los reales contornos del Retiro.*

*A ti es a quien te buscan
los coches más lucidos,
las más bellas carrozas,
a quien hombres y brutos hacen tiro.*

*Tus árboles recrean,
tus fuentes hacen ruido,
tus arenas se postran
a mirar un concurso de prodigios.*

*Aunque no ando tus calles,
desde aquí noto y miro
en un coche otro cielo
más ventajoso que el de su artificio.*

*Los rayos de sus ruedas
son rayos atractivos,
que aunque abrasan y queman,
nunca abrasan y queman muy nocivos.*

*Los caballos hermosos
con jinetes lucidos
pasean tus carreras,
ostentando arrogancias con sus bríos.*

*En ti se ven las gentes,
se encuentran los amigos,
se adquieren las noticias,
con que al tiempo le das más divertido.*

*Las noches de verano
das fresco a los sentidos,
y músicas sonoras
con que al viento suspende sus desvíos.*

*Si llegan forasteros
a pasear tus caminos,
se quedan elevados,
mirando las grandezas que has tenido.*

*Las gentes que no pueden
entrar con coche al circo
forman en variedades
con las plantas hermosos laberintos.*

*No faltará quien diga
que todos son peligros;
pero el que los conoce
tiene fácil remedio con huirlos.*

*Si alguno te aborrece,
para mí es claro indicio
de que no tiene coche
para venir a ver lo que no ha visto.*

Tan apasionado estaba del Prado Don Eusebio, que aún hubiera dicho más a no ser tarde; por cuya razón fueron desfilando, y al paso encontraron mil aventuras, de que todos se aprovecharon, menos Don Jacinto, que revestido de padre maestro, a todos los reprehendía con el semblante. Con este género de vida estuvieron algunos días, y uno de ellos, como gente desocupada, fueron a la comedia, costeando un amigo las entradas de todos. Luego que entraron en el Corral, empezaron a observar la diversidad de gentes que iban entrando, y los muchos embozaditos, que unos hacían cocos a las rejas, y otros a la cazuela, la que estaba muy llena de mantos de tejadillo, y otros hacia el vestuario, y estos eran los que fingían más negocio. Todas estas y otras cosas que pasaban, no hacían molesto el esperar [...]

Empezó la Comedia, la que oyeron atentamente, y Don Jacinto celebró mucho lo bien que lo habían ejecutado, y dijo: «Esta es una diversión muy sosegada y muy racional viniendo sólo a la comedia: pero en mezclándose otra cosa, no vale tanto». Con esta conversación salieron, y aunque el poeta vio cosas dignas de glosa hacia la puerta, o por cansado, o por no detenerse, sólo dijo estas seis seguidillas a un embozado, que vio seguir la silla de una comedianta. [...]

En suma, ellos llegaron locos a la posada, y en toda la noche sosegaron ni pararon en pensar en el dinero, propia pensión de quien

Lo tiene: mil cosas querían con ello, y a nada se resolvían, hasta que ya Don Jacinto dijo así: «Pues Dios nos ha dado esta fortuna por mano de esta señora, a mí me parece que lo mejor será que compremos dos vestidos (que es de lo que más necesidad tenemos) y nos pongamos siquiera decentes, porque en Madrid le estiman a uno según le ven portado, y porque si de aquí a mañana Dios nos deparase alguna conveniencia, no la perdamos por desnudos». «Como tu dispusieres», dijo Don Eusebio; y con esta obediencia y el dinero se pusieron en un instante en los portales de la Calle Mayor, donde sin ultrajar las obras de misericordia, vistieron a todo desnudo. Después de varios recateos en el ajuste, ya encontraron cosa que les viniera; y cargados de vestido, y ligeros de bolsa, fueron a la posada a desmentir el uno lo pobre, y el otro lo poeta: dos cosas que rara vez se pueden encubrir. [...]

Al asunto de que en Madrid muchas cosas parecen lo que no son:

Contar ahora se ofrece,
sin cuestión, guerra ni lid,
que en la Villa de Madrid
nada es de lo que parece.

Allí se ve caminar
uno en coche muy severo,
todos le creen caballero,
y es un maestro de danzar.

Allí va una muy tocada,
y muy preciada de Aurora,
todos la creen señora,
y no es sino la criada.

Otro marcha a lo señor,
con bastón de buen metal,
todos creen que es general,
y no pasa de un doctor.

Allí dos mujeres van
con lunares (¡cosa rara!)
y creen que es buena la cara,
y es barniz y tafetán.

Crean un coche relumbrón
de mujeres muy cabales,
pero ellas son unas tales
en ruedas de Don Simón.

Otra ostenta mucha manga,
y lleva atrás el guión,
las creen honradas, y son
el Pericón y Pendanga.

En un coche (no te asombres)
va uno y parece un marqués,
y tan solamente es
un criado gentilhomme.

Otros van con lindos trajes
muy soplados y limpitos,
todos los creen duquecitos,
y son unos pobres pajes.

Otro camina a compás,
y parece en lo portado
un caballero cruzado,
y es un sastre, cuando más.

Uno está allí (¡que dolor!)
de jaquetilla y sombrero,
todos creen que es calesero,
y no es sino un gran señor.

Aquel le juzgan marqués
porque le ven bien portado,
pero visto con cuidado
ayuda de cámara es.

Otro millares ostenta,
y le creen un hombre rico,
pues no hay que llegar al pico
ni un maravedí de renta.

Limosna, cual pregonero,
pide aquel en plata o cobre,
todos le juzgan muy pobre,
y suele tener dinero.

Otro trae un peluquín
muy bien puesto y muy peinado,
júzganle pelo extremado,
y son cerdas de un rocín.

En la iglesia en oración
se ve uno en una tarima,
júzgale bueno, y se arrima
uno, a quien limpia el bolsón.

Corteja uno con afán
a una dama muy rendido,
todos le creen su marido,
y no es sino su galán.

Cada uno por lo que ve
puede seguir su capricho,
que todo esto que yo he dicho
no es artículo de fe. [...]



Con esto se citaron para el anochece; y juntándose, fueron a la casa donde habían dicho los amigos: entraron, y encontraron en el estrado más de una docena de mujeres, a cual más bizarra y más empapillotada. Notó Don Jacinto que aquellas mujeres tenían poquísimos asientos, pues no cesaban de mudar puestos, y buscarse unas a otras; y cogidas por la mano andaban de balcón en balcón hechas unas cotorras. Al tiempo de beber las juntaron a fuerza; y siendo hora de que también los hombres estuviesen allí, cada una llamó al que era más de su devoción; y tomando chocolate en una jícara, y haciéndose uno a otro muchas finezas, todo estaba apareado, y todos tan embelesados, que no sabían unos de otros, sin más que el poeta y su compañero que lo notasen; pues dos señoras mayores, que allí asistían, la una era sorda, y la otra casi ciega, y aun los pajes les servían de mala gana el agasajo. Esto duró más de una hora, en la que hubo muchos apartes, confiándolo todo al abanico; y todo esto parecióle tan mal a Don Jacinto, que sin irle ni venirle estaba desesperado. Don Eusebio de todo se reía, y sólo pensaba en que habiendo pasado la bandeja de los dulces dos veces, había tomado muy pocos. Estando en esto, despertó uno de los dormidos en el favor, y dijo: «¿No ha venido Don Octavio?». «Sí, señor», respondió un paje; y le dijeron: «Pues por Dios haga Vmd. que entre»; y al punto se apareció en el estrado un hombre como un escarabajo

haciendo mil reverencias; y le sirvió de consuelo a don Eusebio considerar que era mucho peor que él, aunque la traza para poeta era mejor. Luego les mandaron decir algo de repente, que oyesen aquellas señoras, y los poetas pidieron asunto; y un caballero de aquellos dijo diría una copla para que la glosasen, alabando uno en ella las mujeres, y el otro en la misma glosa vituperándolas. [...]

Con estas y otras aventuras fueron pasando algunos meses, y en ellos experimentaron que ya el poeta no tenía el aplauso que antes, que los amigos no le buscaban, que en las casas no le llamaban, ni encargaban una copla, tanto, que estaban tan sumamente necesitados, que se vieron obligados a ir a los conventos por el zoquete y escudilla de caldo con sus zurrapas. Afligidos se lamentaban el uno al otro, y D. Eusebio decía a su compañero: «Que mi poesía haya cansado no lo extraño, y en suma tuvo su valimiento, y dio de sí alguna cosilla; pero que un hombre como tú, hábil, discreto y sagaz no haya tenido habilidad para acomodarse en Madrid es lo que más me aturde». Muy aburrido respondió Don Jacinto, y dijo: «No hay que extrañar, ni que atribuirlo a otra cosa que a desgracia mía; y en cuanto a no tener valimiento tu poesía, debo decirte, que tengo bastante conocido a Madrid en el tiempo que le habito; y no digo yo en tu poesía, que es una friolera, pero en las cosas de más entidad sucede lo mismo; los primeros días hablan de ella todos generalmente, y después la olvidan tan a un tiempo, que nadie la vuelve a nombrar; y creo que es pensión de todas las cortes, por las muchas cosas que en ellas ocurren; y así soy de dictamen que nos determinemos, y vamos a probar fortuna a otra parte; salgamos de España, veamos cómo nos prueba». «Estoy pronto», dijo el poeta; «pero la dificultad está en que nada tenemos ni para el viaje ni para salir de Madrid, y es preciso pagar al ama lo que tan justamente la debemos». Díole la razón Don Jacinto, y dijo: «Para el camino, marchando como pobres que somos, nada es menester: para salir de aquí puedes hacer un buen romance, veremos si hay forma de imprimirle, y dado a los ciegos para que le vendan y pregonen puede dejarnos algún útil». «No era mal medio», dijo el poeta, «si tuviésemos algún asunto de gusto y del tiempo». Sobre esto echaron varias líneas, y nada les gustaba, hasta que Don Jacinto dijo: «Soy de dictamen que lo hagas pintando las visitas de señoras de todas clases de Madrid, que uno y otro son curiosos, y se despachará». Convenidos en esto se puso el poeta a trabajar con todo cuidado, y escribió así:

ROMANCE

*Ya que en damas y en estrados
tenemos la Poesía,
por Dios escucha, y sabrás
lo que pasa en las visitas.*

*En la casa donde la hay
antes tres o cuatro días,
la señora se alborota,
y alborota la familia.*

*Si el recibimiento le hace
la gente de mayor guisa,
con unos papeles de N.
se llaman y solicitan.*

*Cuando son particulares,
adonde no hay señorías,
las va citando un criado,
a modo de cofradía.*

*Llegan al día aplazado,
y cada una solicita
ostentar su vanidad,
su gala y su bizarría.*

*Una llama a papillote,
otra a una criada antigua,
a otra riza un conocido,
y otra se peina a sí misma.*

*Todo en la cabeza es hierros,
todo engrudo, todo harina,
que soltó un maldito fuelle,
o una borla mal torcida.*

*Excuse soplos el fuelle
en la parte que se riza,
porque por allí sobrado
les sopla la fantasía.*

*Mil veces el fuego y hierro
la cabeza martirizan,
pero el sufrimiento está
con entredicho aquel día.*

*Mil lunares y tembleques
ponen con mucha codicia,
pero cuantos más se ponen
están más desconocidas.[...]*

*Un Criado la da el brazo,
otro es quien abre la silla:
va a entrar, no cabe el tontillo,
y le recoge y empina.*

*Si es mujer solo de coche,
también tiene su familia,
para que en caso como este
la den el brazo y la sirvan.*

*Si es particular sin coche,
ésta tiene mil fatigas,
y para ir no hay más remedio
que es avisar a una amiga.*

*Ya llegó la hora del caso,
y aquellas que son más finas
y parientas de la casa
están para recibirla.*

*El estrado está compuesto
con taburetes y sillas,
y lo demás de la casa
con alhajas exquisitas.*

*Entra un paje, y dice que
está allí Doña Lucía,
y a la puerta salen las
que reciben la visita.*

*Luego se abrazan, y dicen:
¿cómo lo pasas, amiga?
y aunque estén buenas, se quejan
siempre de alguna cosilla.*

*Por sus turnos van entrando
con la ceremonia misma,
y empiezan en el estrado
la segunda cortesía.*

*Aunque haya mil y quinientas,
una a una solicitan
el saber como lo pasan
hijos, marido y familia. [...]*

*En aquestas ceremonias
pasa una hora muy cumplida,
y después cada una va
a buscar sus conocidas.*

*Allí hay mil conversaciones,
y arman una gritería,
hablando todas a un tiempo,
que es una comedia oírlas.*

*Una habla de la criada,
otra del que la visita,
aquella del buen peinado,
y otra de lo bien vestida.*

*Allí hablan de los tontillos,
más allá de las cotillas,
otra de un hábito que hizo,
ofrecido a San Elías.[...]*

*Las viejas sacan sus tiempos,
y los de ahora abominan,
diciendo que no hay mujeres,
si no es monadas y niñas.*

*Otra va por lo espiritual,
y dice que ha muchos días
que no ve su confesor:
¡válgame Dios, qué desdicha!*

*Con esto están todas ellas
gustosas y divertidas,
que este es su centro, su gloria,
su placer y su delicia.*

*Ya es hora del agasajo,
y de repente se miran
unos pajes muy cargados
de platos y de salvillas.*

*Sobre quien ha de tomar
antes hay mil cortesías,
y en tanto están los que sirven
como en misa, de rodillas.*

*Si es visita donde hay hombres
(las señoras no lo estilan)
cada una llama su pique
para que puntual la sirva.*

*Él entonces muy ufano
llega a la señora mía,
y al descuido y con cuidado
se mama dos finecitas.*

*Si es visita de llaneza,
lo menos, en tales días
hay buen dulce de platillo,
chocolate y agua fría.*

*Hay, cuando es de cumplimiento,
dulces de Francia, y bebidas,
bizcochos, roscas, y más
tortas de confitería.*

*Cuando es visita de boda,
con tan colmada alegría
hay ramilletes y flores,
con helados a porfía.*

*Hay huevos hilados, dobles,
moles puestos en cajillas,
y estatuas de caramelo
tan rojas como su almíbar.*

*Entonces, por lo común,
dulces dan a las familias,
y pillan libra por barba
en las casas conocidas.*

*Hay tres mil pajes traviosos,
que por agarrar dos libras
mudan de puesto y librea
con la mayor agonía.*

*Aquellos que andan sirviendo
son las aves de rapiña,
que después de agarrar llevan
una arroba en la barriga.*

*Paje hay que descose el forro
de la casaca más rica,
donde hace un almacén
de dulces y de tortillas.*

*Cuando los pajes son chicos
guardan estas golosinas;
cuando son grandes las dan
a todas sus conocidas.*

*También entre las Señoras
hay su poco de avaricia;
pero es por coger las flores,
porque a esto las más se inclinan.*

*También las que tienen ya
la edad algo más crecida
cargan bien; pero al guardarlos
el criado se los sisa.*

*Acabado el agasajo,
si son señoras castizas,
unas entran y otras salen
como en hormiguero hormigas.*

*Cuando son particulares,
mezcladas con señorías,
no desamparan el puesto
hasta la hora precisa.*

*Éstas unas veces juegan,
otras bailan, otras brincan,
otras cantan, con que están
todo el año divertidas.*

*Las Grandes nunca hacen esto,
con que así son visitas
como las noches de invierno,
cuando no heladas, muy frías.*

*Apenas llega la hora,
cuando entra un paje, y avisa,
que Doña Fausta y su hermana
tienen allí su familia.*

*Con aquesto se levantan,
y empieza la despedida,
expresando que estuvieron
gustosas y divertidas.*

*Llegan a casa cansadas,
fatigadas y rendidas,
y con todo eso apetecen
lo mismo noches y días.*

*Luego vienen las criadas,
y cuanto llevan la quitan,
dejando aquella mujer
tan pobre como antes rica.*

*El marido que lo gana,
de ello nada participa,
puesto que regularmente
se va de casa aquel día.*

*Esto en las casas es sarna,
peste, destrucción, polilla,
que come hasta que las deja
empeñadas y perdidas.*

*Demos fin; pero no sea
decir que no haya visitas,
que el mundo así le encontramos,
y enmendarlo es bobería.*

Acabado su romance, tuvieron forma de darle a la prensa, y aunque no vendieron muchísimos, no obstante despacharon algunos, con lo que pudieron juntar más de doscientos reales, y con ellos pagaron sus deudillas, y se aviaron para la marcha. Discordes estuvieron sobre por donde la tomarían, y después convinieron en irse a Cádiz, sitio desde donde estaban prontos para cualquier determinación. De nadie se despidieron sino es de mi persona; y últimamente les debí la confianza de entregarme todos sus papeles, y decirme: «Vmd. délos a la prensa, y si tuviesen aceptación avísenos a Cádiz, que nos volveremos acá con aprestos para un segundo tomo; y si no mereciese aplauso (como lo esperamos) avísenos también, para que con el desengaño podamos tomar nuestra derrota donde jamás volvamos a España». Con esta resolución marcharon una mañana muy de madrugada, y saliendo por la Puerta de Alcalá, oyeron sus guardas al poeta, que decía así:

*A Dios, Corte florida, cuyo seno
incluye mucho malo y mucho bueno,
habiendo entre la plebe y caballeros
muchos discretos y muchos majaderos.*

*A Dios, centro apacible de mujeres,
donde, aunque no haya buenos pareceres,
se hace apetecer aun el desaire
a vista del gracejo y el donaire.*

*A Dios, patria de todos, donde cabe
el bufón, el risueño, el serio, el grave,
con tanta variedad en rostros y semblantes,
que eres tejido de enanos y gigantes.*

*A Dios, escuela donde, si bien se atiende,
de lo malo y lo bueno en ti se aprende,
dando esta norma, esta luz y guía
o la buena o la mala compañía.*

*A Dios, golfo de bienes y de males,
pues ostentas palacios y hospitales,
aquellos con magníficas grandezas,
y éstos con humildades y pobreza.*

*A Dios, gran laberinto, cuya puerta
raro o ninguno para salir la acierta,
porque en breves razones,
eres la confusión de confusiones.*

*A Dios, mundo abreviado, donde el día
se carga de pesar y de alegría,
pues cuando uno el placer festivo implora,
el otro sus desdichas gime y llora.*

*A Dios, sima de frutos y manjares,
que produce la tierra y dan los mares,
adonde sin compás, peso ni cuenta,
todo viviente pasa y se alimenta.*

*A Dios, estancia de preciosos coches,
descanso de los días y las noches,
donde va el que tiene hueco y vano
gustoso en el invierno y el verano.*

*A Dios, Madrid, cuyo famoso nombre
merece en todas partes el renombre
de la más opulenta y noble Corte,
por tus calles, tus plazas y tu porte.*

*A Dios, vuelvo a decir, con un suspiro,
supuesto que te dejo, y no te miro;*

*A Dios, que si las cosas van propicias
yo volveré a gozar de tus delicias.*

Con estas últimas palabras, y cargados de lágrimas, vieron marchar a los dos compañeros. Dios les dé feliz viaje, y a todos,

cuando hagamos el preciso e inexcusable, sus divinos auxilios, para poder con ellos llegar a los palacios del Eterno Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.



Diego de Torres Villarroel

Torres Villarroel nació en Salamanca en 1694 y murió en 1770 en la misma ciudad. La obra y la vida de este autor son suficientemente conocidas. Fue Torres uno de los primeros escritores españoles que tuvo conciencia de lo que eso suponía desde el punto de vista de la profesionalización del escritor, al poder vivir con desahogo de lo que escribía. Sus pronósticos, que se publicaban sin interrupción y que encontraban una excelente acogida entre el público, son obras que mezclan elementos de ficción con crítica social, predicciones y conocimientos astrológicos.

Es un autor que continúa la línea moral y burlesca de algunos escritores del Siglo de Oro, esencialmente de Quevedo, como podrá observarse en estas páginas. Torres hace una crítica moral de las relaciones humanas al contrastar el estado actual de ellas con el del tiempo pasado, el de Quevedo, que era mejor. Esa es la impresión que se quiere dar. En los tiempos de Quevedo las costumbres eran españolas, las mujeres eran respetadas y ellas mismas guardaban su honor. Por el contrario, en el siglo XVIII el trato y las normas de conducta se han alterado al entrar en contacto con las de otros países. La crítica que ejerce Torres es intrínsecamente moral y se muestra en ella el deseo de volver a formas de relación antiguas.

El autor se sirve de Francisco de Quevedo, al que numerosas veces se llama sabio —autorizando de esta forma sus aseveraciones—, como guía para atravesar la ciudad, que se reviste de unos tintes casi fantasmagóricos al ser recorrida por el narrador y su acompañante, a menudo de noche. Es uno de los representantes del recurso del “diablo



cojuelo”, de la posibilidad de entrar y salir de las casas sin ser visto ni notado. Es un Madrid por dentro y por fuera moral. Lo público y lo privado, de esta forma, se muestran al lector, que recorre con Torres y Quevedo tanto las diversas casas, calles, tertulias, bailes de Madrid, como la catadura moral de los personajes que pueblan ese alrededor: casi todas las profesiones pasan por el cedazo de estos críticos desengañosos ofreciéndonos el panorama madrileño de la moralidad ciudadana.

La ciudad, su estado moral, se compara no con el campo, como sucede en otros casos, sino con unos ideales cristianos, con un programa que debe regir la conducta de los hombres y que en Madrid, a juicio de Torres, no se verifica. Esta perspectiva religiosa, entendiendo la moral desde un punto de vista no ético ni laico, sino cristiano, caracterizará tanto a Torres como a numerosos autores de esta primera mitad del siglo XVIII: irá desapareciendo a medida que nos adentremos en la centuria.

El desengaño, ese rasgo que caracteriza al estilo barroco y al hombre del barroco, es el eje sobre el que gira la obra de Torres. Él quiere desengañar, tanto a los madrileños como a los que los tienen por modelo, porque esa no es la forma de vida cristiana que el hombre debe llevar.

La ciudad para él es una geografía moral en la que puede desplegar su capacidad para la alegoría —otra de las características barrocas—, que recorre valiéndose del faro recto y de segura moral que es su Quevedo de ficción. Para el salmantino, la ciudad sólo tiene entidad en tanto que teatro moral, apenas de costumbres. En las Visitas no se describen costumbres, tampoco fachadas de edificios, sino muy someramente. La ciudad son calles, nombres de calles habitados por personajes pecadores, corruptos, tahimados, ocupados en sí mismos y en su ahora, sin pensar en el más allá trascendente, en la salvación de su alma.

Esta obra, como se tituló a partir de su edición de 1743, es un vasto sueño moral de Torres dirigido a la restauración del antiguo orden ideal que supone, literariamente, que reinaba en la época de Quevedo, o simplemente, dirigido a proponer, de forma crítica, un estado ideal de la conducta humana. No es una novela, aunque posea una relativa acción, pero sí contiene elementos de ficción. Algo semejante a lo que sucede con su autobiografía, durante mucho tiempo considerada una novela picaresca, y hoy tenida por una de las primeras biografías que

se escribió en España en la Edad Moderna. Torres utiliza en ella a veces fórmulas narrativas novelescas, construye personajes, sobre todo se construye a sí mismo como personaje y nos ofrece una imagen literaria de su yo, pero no escribe una novela, aunque es posible que en la época hubiera quien la leyera como si de una novela por entregas se tratara.





Visiones y visitas de Torres con Don Francisco Quevedo por la corte

(1727- 1728)

Visión y visita primera. Los barberos

Por el Caballero de Gracia arriba íbamos los dos; y a poco trecho se nos colgó de las orejas un sonido entre acento de rabel y dejo de rebuzno, y a veces tan rabioso, que pareció maullo concebido en caniculares de lujuria gatesca.

— ¿Quién toca tan desapacible? —dijo Quevedo, a la sazón que llegamos a una tienda de barrer cachetes y desplumar guargueros.

— Vuelve la cara —le respondí—, sabio mío, a ese zaguán.

Volvímosla uno y otro; y divisamos por la media puerta que dejaba libre una cortina de holán gallego, estampada a nubarrones de aceite y mugre, a un mozuelo semimacho, más rapado que sotana de sopón, más relamido que plato de dulce en poder de pajes, en medio de ruedas de amolar, sillas despellejadas, bancos, escalfadores, bacías, demandas, redomas, paños sucios y moharraches. Estaba sentado en el sillón de pelar entrecejos, sirviéndole de cabalgadura uno de los muslos al otro, y aserrándole las cuerdas a un violín con tal desconsuelo, que parecía salir el son de entre agallas de burro melancólico.

— Ves —aquí le dije a Quevedo—; éste es el que tocaba antes, que es un aprendiz de basurero de barbas, fregón de rostros y desmontador de traseros lanudos.

— Esto es cosa nueva —dijo el muerto sabio—. Desde ahora empiezo a descubrir la alteración de las cosas de mi siglo. Los ratos



que vacaban los aprendices de barbero, tañían cuatro pasacalles en una vihuela.

— Otras novedades de mayor nota irás descubriendo en el prolijo discurso de estas visitas, que te han de suspender más la admiración —le respondí—. Eso que tú dices, difunto de mi alma, era en tiempo que se usaban doncellas. Entonces acudían las barbas al sonido de las vihuelas, y ahora se convocan a los que están afelpados de carrillos al reclamo de los rabeles. Esto no es cosa digna de reparo; y si hemos de parar la vista y la atención en menudencias tan ridículas, no saldrás de Madrid en veinte siglos. Caminemos adelante, que ya hallarás novedades más desentonadas y lastimosas, y ellas mismas te han de reñir las advertencias y sátiras que escribiste contra las costumbres de tu mejor edad. [...]

Visión y visita octava. Los comadrones

Así venía yo conversando con mi compañero difunto, atravesando la calle de Jacometrezo con intención de encaminar nuestros pasos a la de Fuencarral para hacer una larga visita en el Hospicio. Y en dicha calle cuasi nos hubo de atropellar un coche en que venían embutidos dos o tres físicos de ingles (que la velocidad del movimiento me perturbó el número); y apenas los vi, exclamé diciendo:

— ¡Dios te dé buena hora, pobrecita, seas quien fueres! Su piedad te libre de las manotadas de esos osos, de los arrepelones de esos tigres y de las hocicadas de esos marranos.

— ¿En qué angustia consideras al prójimo —dijo Quevedo—, por cuya libertad así gritas al cielo? ¿Es la pestilencia esa gente que has visto? ¿Es la ira de la tempestad, o el espíritu de la fornicación?

— Cuasi lo mismo —le respondí—; porque esos que van arrastrados de aquel coche son vendimiadores de vientres, pasteleros de úteros, segadores de menstruos, hurones de pocilgas humanas y buzos de orines, que empujando vaginas y haciendo allá a las tubas falopianas, entran a chapuzo por los que se anegan en la profundidad de los riñones.

— No te entiendo —dijo don Francisco.

—Pues son —le volví a decir— rateros de la herramienta del parir, que han hurtado a las comadres sus trebejos y se han alzado

con su oficio; que esta facultad en la Corte es hermafrodita, porque tiene ya macho y hembra. Ya con las licencias de un sexo y el desenfado del otro se entran por todas partes. Gente tan sucia y tan idiota, que no saben cuántas son cinco, ni tres, ni aun uno, porque no entienden de nones; que toda su aritmética es con las pares. Ultimamente, éstos son sacaniños como sacamuelas.

— ¿Qué dices? ¿Otro hombre, no siendo el que la Iglesia le elige, llega a tocar la más escondida y delicada preciosidad de las bellezas españolas? —dijo Quevedo, y prosiguió, santiguándose—. Pues ¿qué se hizo aquel rubor que salpicaba de corales sus mejillas a la más leve insinuación de un cortesano rendimiento? ¿Yace tan pálido, que no bermejea a los golpes de tan asqueroso desacato? ¿Dónde se huyó aquel melindre, aquel asco a la libertad, que aun la decente satisfacción les amargaba en el oído? Y, en fin, ¿en dónde para aquella entereza cristiana, aquel valor contra su mismo natural, que antes se determinaban a morir que a desenvolverse? Y en ellos, ¿qué se hizo aquel cuidado, celo y veneración a sus esposas, a quien celaba de sus permisiones? Yo no puedo creer que sean tan insolentes los cortesanos. ¡Estos, que vivían ofendidos de la más remota sospecha, mortificados de su propia imaginación y cautelosos del más ausente deseo! ¡Estos, que en casándose querían represar los inseparables progresos del apetito común y se acatarraban a un sople de la general concupiscencia! ¡Estos, que por añadir un triunfo al templo del recato despreciaban las vidas y los bienes! ¡Estos han parado en entregar sus compañeras al indecente informe de esos bárbaros!

— Sí, señor —le respondí—. Todo el *noli me tangere* de esos caballeros vive hoy manoseado de esos mullidores de barrigas, albañiles de medio cuerpo abajo, que trastejan a toda broza; pues en las partes más defendidas de la imaginación han hecho pasadizo para todas las tentaciones; y de aquellas tablas nunca holladas del deseo, han formado solar a los sucios zancajos de sus pulgares. Desde que yo vi que los peones de cirugía encaramaron sus verduguillos al vello de su hermosura, y desde que los españoles se deslanaron el bigote, conjeturé en lo que había de parar este desuello. Conque para mí, señor don Francisco, es sólo calificación lo que para ti novedad e ignorancia.

— No extraño —dijo el sabio muerto— que con la capa del estilo, adorno del uso y traje de la política, se haya inficionado la



Corte de estas y otras pestes; porque la corrupción de la edad, el paso frecuente a las naciones y el trato con las sectas trabucan y barajan los usos y costumbres provinciales, nos llevan unas y nos dejan otras, y los vicios y virtudes continuamente viven peregrinas por el mundo. Y con especialidad, los españoles siempre fueron los micos de la especie: todo lo quieren imitar, viven con los ojos antojadizos y los gustos avarientos; y sin consultar a la razón, enamorados de las superficies, califican de mejorías las extravagancias. Lo que más siento es que vivan tan necios los maridos, que crean que sin los remos de estos hombres no puedan desembarcar sus mujeres; cuando desde que fletó para España la especie humana los primeros fardos de la racionalidad, llegaron al puerto de otra mujer. Adiós, que no quiero ver más Corte, habiendo tocado tan notable extravío de la pureza.

— Muy somero tienes el enojo, habiendo cuasi noventa años que estás muerto. No te vayas, que aún te falta mucho que admirar. Y pues has venido a ver esta bola del mundo, ten paciencia y déjala rodar; que en marchando yo a tu esfera, si acaso voy al mismo lugar, verás cómo lo dejo correr. Por esta calle arriba hemos de subir a la de Fuencarral, en cuyo extremo has de ver lo que en tu tiempo se empezó y el auge en que vive su providencia.

Llegamos a la gran casa de los pobres del *Ave María*, y le dije a mi discreto difunto lo que verá el que quisiere leer.

Visión y visita novena. Los pobres del Hospicio

— Este es el Hospicio de los desahuciados de la suerte, de los incurables de la fortuna. Aquí recoge la providencia política y cristiana a los que hieden en cualquiera parte, adonde los arrastra la necesidad de detener la vida con el sustento cotidiano. Entremos, y verás lo que se agregó después de tu siglo.

Llegamos a la puerta, y el portero tenía cara de haber almorzado ajenjos y vinagre. Gruñónos un poco al entrar; y ya en la casa vimos a un hombre machucado a mojicones de los días, engullido en un saco hasta la nuez. La frente, trepando por el testuz, no le paraba hasta derramársele desde el cerro vertical a las honduras del colodrillo, sin un matorral de pelos en el campo de su chola; un culo de bacía

por casco, dos aventadores por orejas, que parecían asas; descabalado de ojos, hombre aguja con un testigo de vista solamente; tan mocososo, que acudía a sonarle la pringue por momentos; agachado de narices, calvo de dentadura, lujurioso de barbas, más largo que colación de rico, más chupado que un caramelo; y tan sutil y angosto, que parecía hilado.

— Este —le dije a Quevedo— es uno de los pobres que habitan esta casa, a quien la novedad puso a la cola de la fortuna. Este enseñó mucho tiempo a formar silogismos de compases para concluir cualquiera a su contrario, de aquellos que verías muchas veces reducirse a *Ferio*. Este era dialéctico de idas, catedrático de tajos, doctor de reveses (como lo son algunos en derechos), preceptor de mandobles y maestro de descalabrarse. A éste, una vez que estaba batallando con un discípulo de su misma escuela, se le entró el botón por uno de los ojales de la cara; crió el cuervo, y sacóle un ojo. Después de algunos días prosiguió dando lecciones para aporrearse los cascos, hasta que se aburrieron totalmente las espadas y se empezaron a colgar de la cinta dijés con contera, mondadientes con puño y alfileres con vaina. Hiciéronse armas comunes las apoplejías de plomo, los cólicos de munición, los médicos de horqueta, los aforismos de Albacete. Conque al pobre diablo se le acabó este medio de proseguir la vida; y después de haber enfadado al mundo con su misma necesidad, paró en este Hospicio que llaman de los pobres.

— ¡Válgame Dios! —acudió Quevedo—. ¡Que se arrimaron las espadas en Castilla, que después de ser adorno eran defensa!

— Sí, discreto mío —le respondí—; ya ha muchos años que en Castilla se usa más de las copas.

Pasamos adelante, adonde vimos una mujer marchita de pellejo, aceda de rostro y leona de catadura. Cubríase de una almilla de terciopelo de albarda y de un brial tan verde como los que se dio en el prado quien lo traía. Al punto que la miró Quevedo, me preguntó:

— ¿Qué, también se recogen mujeres en esta casa?

— Sí —le dije—; aquí verás pobres, pobras y pobretas; gorrondas de puchero en cinta, de las que se arriendan en la Corte para rascar sarnosos de Venus y desahogar lujurias valonas por un zoquete de pan de munición y un par de coces. A éstas no las prenden por gorrondas, sino por infelices. En la Puerta del Sol y por todas las calles de Madrid hay innumerables de su mercancía, mas no de su fortuna, que andan a su albedrío encordando ingles como guitarras. Por esta



que ves se habrán dado más unciones, que por todos los guapos de la Macarena y todos los Ponces de la medicina. [...]

Visión y visita duodécima. Músicas y estrados

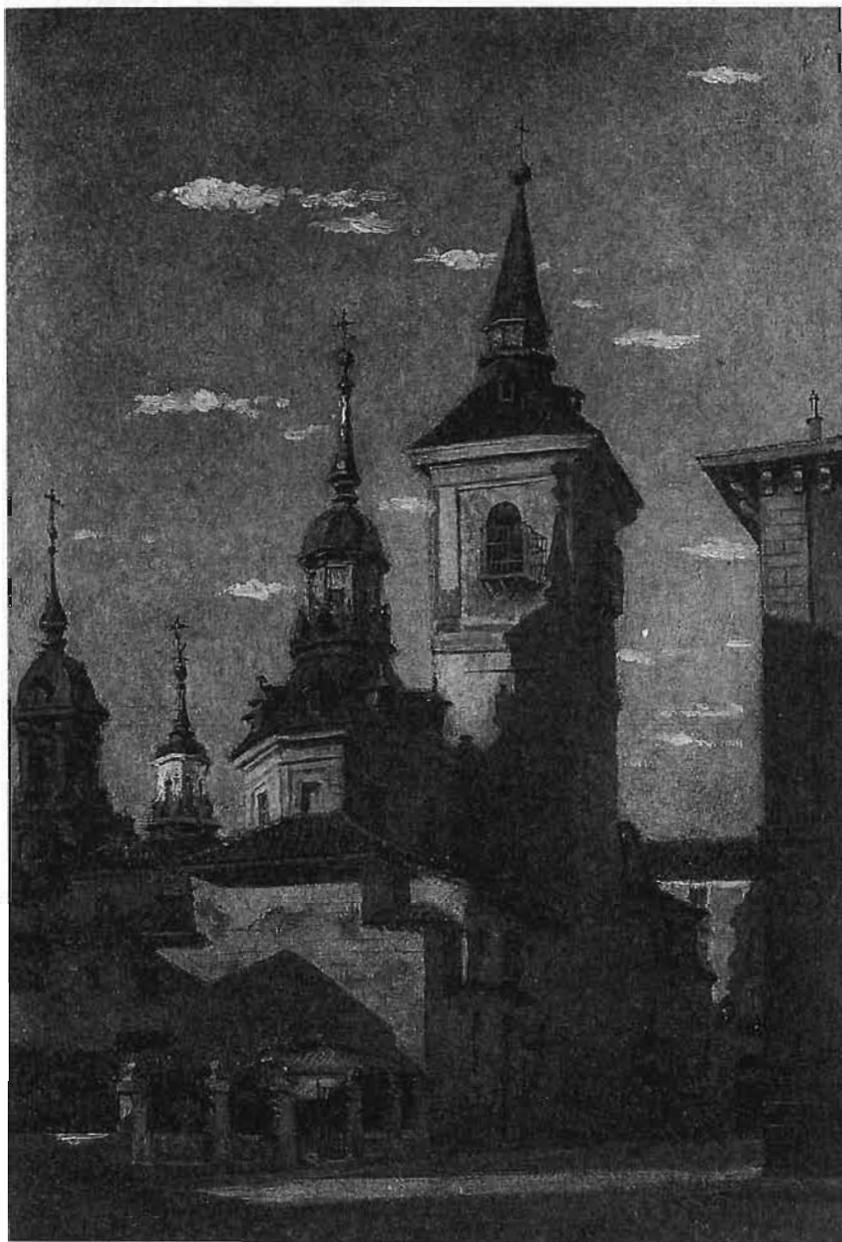
Tiró don Francisco por la calle de la Cruz abajo, y yo siguiéndolo y sudando por ganarle la ventaja que me había cogido. A la Puerta del Sol llegué a emparejarme con mi difunto; y desmoronando la esquina que sube a la calle de las Carretas, vimos un envoltorio de hombres más alegres que el tamboril de Baco, más locos que un buen año, más ociosos que el que tienen beneficios simples y más retozones que asno que espera lluvia. Unos eran aplastados de gestos; las bocas que se desbocaban a los oídos, risas burlonas, bailándeles tarantelas los ojos y zarabandas los semblantes. Otros, mohínos de fisonomía y zainos de guiñaduras. Uno se reía a empujones, con más falsedad que el alma de Judas. Otro se mofaba de su mismo compañero, pues detrás de los cariños se le bullían las burlas. Estaban todos dando solfas de murmuración a cuantos veían y descompasadamente hiriendo con la lengua, no la opinión, sino las figuras de los que pasaban por la calle, no valiéndoles la confusión del concurso para ocultarse de su fisga descomunal. Todos eran jorobados de ijares, y enseñaban unas muescas por los lomos, más hundidas que alma de condenado; y reparando bien, advertí que aquellas corcovas eran sus pies y sus manos. A uno se le descollaba un trapo verde por los pliegues de la gabardina, y a otro se le reconocía un tarazón de flauta asomado por mala parte.

Dijo Quevedo:

— ¿Qué gente?

Yo le respondí:

— Estos son alanos que se cuelgan de las orejas, que hacen su presa en el oído y viven pendientes de todos. Estos son músicos, el costado más alegre de los cuatro que tiene la locura. Aquí están de venta, esperando a alguno que los llame a holgar y darles el dinero. Estos son los que gozan las delicias de la Corte y sus bienes. Hay mujer que vende las mantas por dar dos pesos a uno que la toque el rabel, que éste es el instrumento más palpado. Los hombres ricos de Madrid son los músicos, los médicos, los boticarios y los sastres; pero éstos son los que hacen más ruido en la Corte.



Joaquín Muñoz Morillejo, *Iglesia de San Sebastián*, BMM. Inv. 4147

Apartóse uno de ellos de la tropa; y me dijo que si quería divertirme, que él estaba cogido para un estrado, que me llevaría a entretener un poco. Comunicélo con mi difunto, y me mandó aceptase; que él gustaría también de informarse. Respondíle al músico que sí, y tomamos los tres el portante. En una casa de la parroquia de San Martín, de cuyos dueños no me quiero acordar ahora, entramos los tres. Marchó el músico a su orquesta; y yo apenas toqué la alfombra, hincado de hinojos, besé con las voces que me ha enseñado la práctica de las cortesanas y el envión de los apetitos los pies a las señoras mujeres que florecían el estrado. Sentéme en uno de los taburetillos, en donde estaban ya hombres y damas, y con la más ociosa empezaron a salirse los delirios de mi locura y las porfías de mis deseos. Seguía gustoso las amables dulzuras de la parola, que aunque no contengan más discreción que los sazonados chistes del sexo, sobra para entretener, divertir y pasmar, sin acordarme de que llevaba por compañero a un difunto. Este, pues o porque me vio enajenado, o porque quería informarse, me llamó, y me dijo:

— No, amigo Torres; a las chispas de esta lumbre es preciso encenderse la yesca de la sensualidad. El fuego no se ha de tomar tan cerca; esta libertad es irse ensayando para el infierno y ponerse en infusión de precito. Nada de cuanto he visto me ha enojado más que esta confusión, mezcla, libertad y desenvoltura. En mi siglo, la cierta señal de correspondencia para el que había de ser marido, era permitirle pisar el borde de la alfombra. Este era ya el penúltimo favor que recibía el que dentro de un cuarto de hora se había de desposar. Y es lástima el que estas señoras malogren el buen ejemplo de sus honestos trajes con las ensanchas que dan a su honestidad. Bien parecen ahora las damas, viven limpias, adornadas y cubiertas; que en mi tiempo a todas se les registraban los cuatro costados, y la más noble se preciaba de pechera. Todo es malo. Cuando se olvida un desorden, es para acordarse de ciento. También he reparado —prosiguió mi muerto— que en esta sala no hay imagen alguna de Cristo, de su Madre, ni de otro santo de los innumerables que viven eternamente en la compañía de Dios; las paredes desnudas, sin más abrigo que esas cortinas y silletas.

— Perdióse la devoción —le dije—, y con ella el gusto a la pintura.

Y Quedo prosiguió:

— Un cuadro penitente enfrena al más desbocado. Una efigie

honesto sirve de despertador a la templanza. Y todas nos acuerdan los premios de la cristiana religión.

— Ya en las piezas que sirven al estrado no se usa más adorno que esta desnudez —le dije—. En las antesalas se suelen ahorcar algunas pinturas. Ven conmigo a este recibimiento, y notarás la inclinación de los españoles en los objetos que tienen para divertir la vista.

Salimos afuera, y en la pieza interior había multitud de papeles y láminas de deshonestos mamarrachos: un hombre vomitándose, otro bebiendo, otro meando, un cartelón en que rodeando a una mesa se registraban varias figuras fumando y engullendo, otro en que se reconocía un galanteo y una disolución, y otras copias ridículas que movían más a lo vicioso que a la carcajada.

— Estos son los santos de devoción que hallarás, objetos que impacientan la gula, avivan la destemplanza e irritan la sensualidad.

En el reconocimiento estábamos de estas escandalosas pinturas, yo con una vela en la mano sirviendo de apuntador y Quevedo pasmado, cuando nos arrebató al oído el mormullo de los violines, que parecían petrales de cascabeles y jaulas de grillos.

— Ya empieza el sarao —le dije a mi difunto—; no pierdas la ocasión. Quedémonos arrimados a la puerta, que desde aquí verás la alteración de las diversiones.

Salió una dama cosida al lado de uno de los concurrentes a bailar un minuete. Yo no le quitaba ojo a Quevedo; él tragaba saliva, y sin querer asistir más se levantó, y me dijo:

— Yo no quiero ver más. Hasta aquí pudo llegar el desorden.

— Ni yo deseo que lo veas, ni me hables palabra; retirémonos a este rincón, que aún te falta que los veas cenar.

Pero sus visiones piden visita aparte. [...]

Segunda parte. Sueño

Con las últimas voces de estos saludables avisos se quedó el sabio muerto mirando a mi rostro con espantoso ceño: y tomando el libro en que yo leía, lo arrojó por la ventana, y detrás de él otra media docena de los que pasan entre los doctores por útiles, provechosos y precisos. Y luego que desembarazó la mesa, asiéndome la mano, me dijo:

— Ven, y guíame segunda vez por la Corte, que es necesario instruirme en las novedades de esta república.

Confuso, convencido y cristianamente enojado con mis ignorancias, formando propósitos de no atravesar los umbrales a estas fábricas de viento, busqué presuroso un capote; y liado en él, me cosí a mi difunto, persuadiéndome a que su contacto sólo podía formarme discreto, docto y desengañado. Bajamos la escalera de mi posada; y ya en la calle, le dije:

— Esta es la plazuela de Santo Domingo, paraje desacreditado, no menos que la de la Cebada y Antón Martín, en la estimación de los hombres que se precian de amantes aprovechadores de las horas y de jurados enemigos del ocio. Aquí se paran muchos en suspensión estéril, consagrando a un inútil embeleso o a una infecunda curiosidad mucha porción del día, que consumen en asuntos impertinentes, en pláticas prolijas, en cuidados ajenos, en culpas propias y murmuraciones continuas, olvidados de sí mismos y sordo cada uno a los gritos de su obligación. De estas aulas de la mordacidad, claustros de maledicencia, teatros de atenciones malignas y ventanas de malicias atentas, está muy abundante la Corte; y en ninguna era fueron más frecuentados estos sitios que en la de ahora, porque ninguna ha llevado mejor cosecha de viciosos, poltrones y maldicientes. Aquí derraman el tiempo; y sólo sirve de arrastrarlos hacia la muerte y a la condenación, sin que den paso en utilidad de aquellos que son pródigos de lo que habían de ser avaros. Por tanto, no quiero detenerme en esta plazuela; pues no deseo parecer del corro de estos holgazanes. Vamos, discreto mío, hacia esta calle, por donde nos introduciremos a hacer segundo registro de la baraja de la Corte, formando segundas consideraciones en sus figuras.

— Vamos, pues —respondió el sabio difunto.

Y diciendo y haciendo, nos engolfamos en calles y discursos. [...]

Visión y visita tercera. De los avaros, usureros y mohatrerros que prestan dinero sobre alhajas

En la encrucijada de la Puerta del Sol paró el grave difunto, volviendo la vista a todas partes, así como repasando la confusa tropelía de hombres y brutos que van, vienen y se quedan en aquel sitio; y al cabo de una larga suspensión, me dijo:

— Sin duda está la Corte más poderosa, más rica y más alegre que en mi siglo; porque lo galano, sobresaliente y costoso de los trajes, la muchedumbre de los coches y la multitud de gentes racionales acreditan la plenitud e hinchazón de su poder.

— Yo te instruyera con bastantes noticias acerca del argumento que has apuntado —le dije yo—, si estuviéramos en lugar menos público; pero estoy medroso de que hay por aquí muchas orejas, y lo que yo tenía que informarte corre peligro en que lo sepa quien me puede hacer algún daño. Lo que yo puedo decirte, porque lo sabe todo el mundo, es que es ciertísimo que nunca fue más feliz la Corte que en este siglo; tanto, que para quitar los escandalosos desórdenes de su soberbia, poder y suntuosidad, se halló precisado el sabio y temido monarca que hoy nos gobierna a arrojar de Madrid la plata, el oro, los coches, las telas, los encajes y las piedras por pragmática expedida cuatro años ha. Las rastreras y meloneras vestían los finísimos bordados que en tu tiempo se fabricaban para el culto de templos e imágenes. En tu edad todos andabais vestidos de réquiem; no conocisteis la púrpura si no es en las personas reales, y yo la he visto en los zapateros y sastres. Nunca salió la Corte de capa de raja; y con lo que en tu tiempo se vestían los príncipes no hay ahora para arropar a un cocinero. En cuanto a coches, creo que tenemos ahora seis mil más que en tu tiempo; porque entonces no había pasado a los oficios mecánicos, y ahora lo han añadido los médicos, letrados, relatores, agentes, comadrones, cirujanos, maestros de obras, pintores y algunos herreros. A todos éstos lo más que se les permitía era un jaco, y el que ganaba para una mula y un galopín era el hombre rico de la profesión. En cuanto a alegría, jamás hubo tanta en la Corte: aquí no se hace otra cosa que bailar y tañer; cuatro mil músicos más tiene hoy Madrid que los que pagaban en la era que tú eras viviente; ahora al que sabe serrar en un rabel le dan mil ducados de salario; y a los que cantan lo que no se les entiende, dos mil; abundan las calles, las casas y los templos en chirimías, violines, flautas, cuernos, clarines y timbales, instrumentos que ni los habrás oído nombrar.

»En tu tiempo a las visitas de boda las agasajaban con aloja y suplicaciones; hoy todo es sorbetes, auroras, aguas de fresas, guindas, cerezas y otras extracciones y golosinas. Los salarios en todo linaje de sirvientes son al doble crecidos que en tu tiempo; en las oficinas, a los que saben leer y escribir y hasta firmar, los dan

cincuenta mil, treinta mil o doce mil reales de sueldo; y en fin, amigo, esta edad en la Corte sólo es mala para los criados de los señores, que a éstos les han carcomido los salarios. Pero a los demás, a todos les sobra para coche, visitas, gorrondas y músicas y otros desórdenes. Toda esta abundancia es hija de la universal carencia del resto de la España. A cualquiera pueblo que vieras conocerías al punto su miseria. En ellos sudan y trabajan para mantener a los ociosos cortesanos y a los que llaman políticos. Al rabo de una reja anda cosido todo el día el desventurado labrador, y el premio de sus congojas es cenar unas migas de sebo por la noche y vestir un sayal monstruoso que más lo martiriza que lo cubre, y el día de mayor holgura come un tarazón de chivo escaldado en agua. Los caudales de las villas, aldeas y ciudades, todos vienen en recuas a la Corte. Aquí todo se consume, y allá quedan consumidos; aquí apoplejías y allá hambre, aquí joyas y galas y allá desnudez. Y porque vivan desperdiciando en carrozas y glotonerías y embelecocos cuatro presumidos, soberbios y ambiciosos, dejan perecer y remar a todo un mundo de pobres cristianos. Dejemos por ahora este asunto, que pide más difusa locución e informe, y ven adonde yo te guiaré. Verás otra de las monstruosidades dignas de compasión, y créeme que me he alegrado que hayas venido a verme segunda vez, sólo por comunicar con tu justa advertencia el escándalo de las visiones que se siguen.[...]

Visión y visita undécima. Seminario de Nobles de la Compañía de Jesús

Ya habíamos pasado el Colegio Imperial, cuando me acordé que dejaba en sus claustros la visita de más considerable atención. Díjele al difunto mi descuido, y le rogué que volviese a dar algunos pasos atrás, porque le faltaba que ver lo que únicamente le podía desenojar y templar el dolor y sentimiento de las relajaciones pasadas. Así lo hizo, y entramos por la puerta del Colegio al Seminario; y vista su docta arquitectura, le guié a las aulas, en donde con novedad se enseñaban las ciencias. Desde el ángulo, sin tocar los umbrales, reconocimos una pieza en cuadratura, de proporcionada cavidad, límpia y sin otro aderezo ni adorno que una bien meditada y distribuida disposición de bancos y mesas, para que sin trabajo trabajasen los maestros y oyentes.[...]

— No hay que detenernos en visitar más estancias, pues el informe mío te puede servir de visita; y ya examinados estos dos salones, verás con la atención los que nos faltan que reconocer.

»Esta es la gloriosa universidad de las Españas, el seminario de ciencias y virtudes, y el taller en donde se abultan deidades los que entraron troncos. Desde el memorable día en que se puso en movimiento esta maravillosa máquina, se puede llamar feliz, cristiana, política y gloriosa la Corte, y menos inculta la nación; pues en su caudalosa fuente beben sus moradores en copiosos raudales la sabrosa dulzura de la erudición. Los nobles cortesanos criaban a sus hijos delicados, ignorantes y libres: por el amor a su salud y a sus deleites les permitían el ocio y el vicio, y en las manos de esta desventurada y pernicioso lástima crecían fieras los racionales. El que más deseaba la educación de su hijo heredero era quien lo entregaba a la superficial doctrina de un monago, aprendiz de cura, que con ser lechón de sotana, sucio de guedejas, moribundo de ojos y amortajado de persona, se gradúa de doctor *in utroque* en la universidad de la sencillez, siendo los más de éstos hipócritas finos, que falsamente pasan por cuidado de la enseñanza el apetito de su interés. No hacen cortesía que no sea una embestidura; su humildad, reverencias y derribamientos son genuflexiones a las capellanías de la casa y humazos de incienso a la ración; hombres pagados para extraviar a los que debían poner en la carrera de la bienaventuranza. El temor de no enojar al señorito los enfrena el gobierno de sus antojos, y aun se ponen de parte de sus viciosas inclinaciones. Porque no lllore el niño, dejan verter lágrimas a su conciencia. El padre, la madre, criado y criadas son enemigos mortales de la educación. Si no dan en los brazos de un celoso, atento a la salud de su alma y verdadero maldiciente del oro, se crían fieras, viven bárbaros, y mueren precipitados en la obstinación de sus gustos. El que se encarga de una religiosa educación se ha de desnudar de sus afectos y temores. No debe obedecer al padre ni a la madre, sino a su justicia y a la moralidad de las virtudes (defenderlas con ceño y comunicarlas con cariño); que de otra suerte más son verdugos que maestros, más delincuentes que jueces, y más diablos que consejeros. [...]

»Yo, don Francisco de mi alma, soy un catedrático de la más excelente de las universidades, y explico en ella las treinta y dos ciencias matemáticas, y he visto la disculpable flojedad y el



reprehensible vicio de los mozos y la poca solicitud de los doctores. Las más cátedras se pasean, y hay maestros a quien no conocen los discípulos. Los religiosos van y vienen a las aulas, y los escolares suelen ignorar en general donde se dicta la profesión que van a ejercer. Bien sé yo que si me oyeran los demás catedráticos, me reñirían la soltura con que te estoy informando. Pero como tengo a mi favor la verdad, y por testigos a ellos mismos y al concurso de los estudiantes, me burlaría de su ceño. Y como yo logre que me visites, por la tuya sola despreciaré la compañía de todos los hombres, a sus bienes y a sus enseñanzas. ¡Ay, Quevedo! Si tú te aparecieras alguna vez por allá, yo te hiciera ver cosas que no imaginaste cuando vivo, ni podías presumir cuando difunto.

»Volviendo, pues, al primer propósito y reconocimiento de estas aulas, debes advertir que a sus horas determinadas acuden prontos diez y nueve jesuitas, que éstos públicamente dictan a todos todas las facultades y ciencias. Dos maestros enseñan la teología escolástica, otro la moral, y el otro el utilísimo estudio de los dogmas, la Escritura Sagrada, cánones, filosofía natural, artificial y moral; política e historias, en la misma conformidad y discreción, se explican a diferentes horas; las lenguas griega, francesa, hebrea; y, últimamente, el estudio de las matemáticas, a que había ayunado la España muchos años; y en mi universidad, especialmente hasta que yo fui, había un siglo que no la saludaban, y desde este tiempo no se encuentra por reliquia ni testimonio la lección de un maestro. En las demás universidades han estado y hoy están cerradas las puertas de estas aulas por faltar maestros y oyentes. A esta barbaridad ha llegado el presente siglo; y debes saber que siendo tan ignorada esta ciencia, sólo han hecho memoria de sus demostraciones para vejarlas y blasfemarlas, como te dije. Y como yo he sido el más público profesor, he vivido, ¡pobre de mí!, siendo el yunque de los majaderos. Privadamente, a los caballeros seminaristas les enseñan maestros de otra ropa las habilidades cortesanas de danzar, tañer y esgrimir; y además de las lecciones públicas, tienen continuado ejercicio y repaso en sus aposentos, en donde viven recogidos y dedicados a estos estudios y a la frecuencia de las confesiones sacramentales y otras honestas y cristianas virtudes.

— Verdaderamente que si esta república escolástica, política y católica vive tan arreglada como dices, es el cielo de la tierra —me dijo el venerable, y prosiguió—: En mi tiempo la doctrina más



cercana para los cortesanos florecía en ese lugar que llaman Alcalá, que no se si dura. Allí había mucho ejercicio y adelantamiento en la física, teología y medicina.

— Alcalá, Quevedo de mi alma —acudí yo—, ahí anda, y ahora empieza a alentar, porque es universidad en mantillas; y como tu sabes, en los últimos años del cardenal Jiménez de Cisneros se engendró. Iba creciendo con hambre de ciencia en los pañales; y se llenó tanto, que enfermó, y aún no ha vuelto en sí del ahíto. Ahora se mantiene regoldando física asentada, teología sin digerir y medicina obstruida; y nunca vivirá sana ni pura, porque los vapores de la Corte le tendrán siempre macilento, cacoquimio y carcomido el buen color de su escolástica doctrina; que ésta, no viviendo muy lejos de la política, se le pega el contagio de la libertad y engreimiento. Y ahora salgamos de aquí para hacer otras visitas, y por Dios que no me preguntes mucho; porque a mí me parece que ofendo a mi conciencia, si no te digo las verdades, puesto que vienes a saberlas. Y en mí es peligrosa y escandalosa la doctrina; porque luego me vale una sátira cada informe, y especialmente cuando he conversado con tu mortandad, pues ya me han tirado a los hocicos treinta pliegos impresos contra tu aparición y nuestro coloquio.

— Cumple tú, y tiren ellos —me dijo don Francisco—; que más te importa mi amistad que su adulación, y más mi ejemplo que su gusto.

— Eso es cierto —respondí—; y pues lo es, vamos, y deja por mi cuenta las verdades.

Visión y visita duodécima. De los prenderos y colchoneros de la calle de Toledo

Salí del Colegio Imperial con buen ánimo de hablar sólidas verdades al curioso muerto; y guiábalo hacia la plazuela de la Cebada para que viese los barberos de viejo y las tiendecillas de hierro, que son las mutaciones en aquel teatro, cuando antes de llegar a la parroquia de San Millán vimos a un hombre magro, ceacial y seco como raíz de árbol, con la cara tan sucia, que parecía el suelo de un queso; la cabeza oprimida entre dos carcovas mayores que dos escriños de vendimiar, su colete almidonado de melaza, sombrerillo



de clérigo tunante con sus asomos de tafetán, capa a lo ministro de cuello cuadrado, y una vara torcida que la estaba dando la teta. [...]



Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras

(1743)

[...] De esta burlona casta eran las travesuras con que me entretenía y me vengaba del aborrecimiento y entereza de mis enemigos; y ya cansado de ser loco, y lo principal, afligido de ver a mis padres en desdichada miseria y acongojados con la poca esperanza de la corrección de mi indómito juicio y mis malas costumbres, determiné dejar para siempre a Salamanca, y buscar en Madrid mejor opinión, más quietud y el remedio para la pobreza mi casa. Omito referir la fundación y extravagancias del Colegio del Cuerno, porque no son para puestas al público tales locuras. Sólo diré que esta ridícula travesura dio que reír en Salamanca y fuera de ella, porque los colegiales eran diez o doce mozos escogidos, ingeniosos, traviesos y dedicados a toda huelga y habilidad. Los estatutos de esta agudísima congregación están impresos. El que los pueda descubrir tendrá qué admirar, porque sus ordenanzas, aunque poco prudentes, son útiles, entretenidas y graciosas. Hoy viven todavía dos colegiales que después lo fueron mayores, y hoy son sabios, astutos y desinteresados ministros del rey; otro está siendo ejemplar de virtud en una de las cartujas de España; otro pasó al Japón con la ropa de la compañía de Jesús; seis han muerto dichosamente corregidos, y yo sólo he quedado por único índice de aquella locura, casi tan loco y delincuente como en aquellos disculpables años. Omito también las narraciones de otros enredos y delirios, porque para su extensión se necesitan largos tomos y crecida fecundidad, y paso a referir que dejé a mi patria, saliendo de ella sin más equipajes que un vestido decente y sin más tren que un borrico que me alquiló por pocos



cuartos un arriero de Negrilla. Entré en Madrid, y, como en pueblo que había ya conocido otra vez, no tuve que preguntar por la posada de los que llevan poco dinero. Acomodéme los tres o cuatro días primeros entre las jalmas del borrico en el mesón de la Media Luna de la calle de Alcalá, que fue el paradero de mi conductor; y, en este tiempo, hice las diligencias de encontrar casa, y planté mi rancho en el escondite de uno de los caserones de la calle de la Paloma. Alquilé media cama, compré un candelero de barro y una vela de sebo que me duró más de seis meses, porque las más noches me acostaba a oscuras, y la vez que la encendía me alumbraba tan brevemente, que más parecía luz de relámpago que iluminación de artificial candela. Añadí a estos ajuares un puchero de Alcorcón y un cántaro que llenaba de agua entre gallos y media noche en la fuente más vecina, y un par de cuencas, que las arrebañaba con tal detención la vez que comía, que jamás fue necesario lavarlas; y éste era todo mi vasar, porque las demás diligencias las hacía a pulso y en el primer rincón donde me agarraba la necesidad. No obstante esta desdichada miseria, vivía con algún aseo y limpieza, porque en un pilón común que tenía la casa para los demás vecinos, lavaba de cuatro en cuatro días la camisa, y me plantaba en la calle tan remilgado y sacudido, que me equivocaban con los que tenían dos mil ducados de renta. Padecí (bendito sea Dios) unas horribles hambres, tanto, que alguna vez me desmayó la flaqueza; y me tenía tan corrido y acobardado la necesidad, que nunca me atreví a ponerme delante de quien pudiese remediar los ansiones de mi estómago. Huía a las horas del comer y del cenar de las casas en donde tenía ganado el conocimiento y granjeada la estimación, porque concebía que era ignominia escandalosa ponerme hambriento delante de sus mesas. Yo no sé si esto era soberbia u honradez; lo que puedo asegurar es que, de honrado o de soberbio, me vi muchas veces en los brazos de la muerte.

Una de las primeras habitaciones, y la de mi mayor confianza y veneración, que traté en Madrid, fue la de Don Bartolomé Barbán de Castro, hoy Contador Mayor de Millones. En ésta hacían una tertulia virtuosa y alegre los criados del excelentísimo señor duque de Veragua y otros prudentes y devotos sujetos, de los que fui tomando la doctrina de aborrecer el mal hábito de mis locuras y desenfados. Aseguraba en esta casa, en el agasajo de la tarde, la jícara de chocolate, y me servía de alimento de todo el día; y con este socorro y el que hallé después en casa de Don Agustín González, médico de

la real familia, que fue el desayuno de la mañana, pasé algún tiempo, sin especial molestia, las rabiosas escaseces en que me había puesto mi maldita temeridad. Aconsejome este famoso físico, viéndome vago y sin ocupación alguna, que estudiase medicina; y condescendiendo a su cariñoso aviso, madrugaba a estudiar y a comer en su casa, porque a la mía el pan y los libros se asomaban muy pocas veces. Estudié las definiciones médicas, los signos, causas y pronósticos de las enfermedades, según las pinta el sistema antiguo, por un compendio del Dr. Cristóbal de Herrera. Parlaba de las especulaciones que leía con mi maestro; y desde su boca, después que recogía en la conferencia lo más escogido de su explicación, partía al hospital y buscaba en las camas el enfermo sobre quien había recargado aquel día mi estudio y su cuidado. De este modo, y conduciendo, de caritativo o de curioso, el barreñón de sangrar de cama en cama, y observando los gestos de los dolientes, salí médico en treinta días, que tanto tardé en poner en mi memoria todo el arte del señor Cristóbal. Leí por Francisco Cypeio el sistema reciente, y creo que lo penetré con más facilidad que los doctores que se llaman modernos, porque para la inteligencia de esta pintura es indispensable un conocimiento práctico de la Geometría y de sus figuras, y ésta la ignoran todos los médicos de España. Llámense modernos entre los ignorantes, y han podido persuadir que conocen el semblante de esta ingeniosidad, sin más diligencia que trasladar el recetario de los autores nuevos. El que pensare que escribo sin justicia, hable o escriba, que yo le demostraré esta innegable verdad. El saber yo la medicina y haberme hecho cargo de sus obligaciones, poco fruto y mucha falibilidad, me asustó tanto, que hice promesa a Dios de no practicarla, si no es en los lances de la necesidad, y en los casos que juré cuando recibí el grado y el examen. Sólo profesan la medicina los que no la conocen ni la sabén, o los que hacen ganancia y mercancía de sus récipes. Esto parece sátira, y es verdad tan acreditada que tiene por testigos a todos, y los mismos que comen de esta dichosa y facilísima ciencia. Con los socorros diarios de estas dos casas, y con la amistad de un bordador que me permitía bordar en su obrador gorros, chinelas y otras baratijas que se despachaban a los primeros precios en una tienda portátil de la Puerta del Sol, vivía mal comido, pero juntaba para calzar un par de zapatos y ponerme unos decentes calzones y alguna chupa sacada del portal del mercader. [...]



Ya estaba yo puesto de jácaro, vestido de baladrón y reventando de ganchoso, esperando con necias ansias el día en que había de partir con mi clérigo contrabandista a la solicitud de unas galeras o en la horca, en vez de unos talegos de tabaco, que (según me dijo) habíamos de transportar desde Burgos a Madrid, sin licencia del rey, sus celadores ni ministros; y una tarde muy cercana al día de nuestra delincuente resolución, encontré en la calla de Atocha a Don Julián Casquero, capellán de la excelentísima señora condesa de los Arcos. Venía éste en busca mía, sin color en el rostro, poseído del espanto y lleno de una horrorosa cobardía. Estaba el hombre tan trémulo, tan pajizo y tan arrebatado como si se le hubiera aparecido alguna cosa sobrenatural. Balbuciente y con las voces lánguidas y rotas, en ademán de enfermo que habla con el frío de la calentura, me dio a entender que me venía buscando para que aquella noche acompañase a la señora condesa, que yacía horriblemente atribulada con la novedad de un tremendo y extraño ruido que tres noches antes había resonado en todos los centros y extremidades de las piezas de la casa. Ponderóme el tristísimo pavor que padecían todas las criadas y criados, y añadió que su ama tendría mucho consuelo y serenidad en verme y en que la acompañase en aquella insoportable confusión y tumultuosa angustia. Prometí ir a besar sus pies, sumamente alegre, porque el padecer yo el miedo y la turbación era dudoso, y de cierto aseguraba una buena cena aquella noche. Llegó la hora, fui a la casa, entráronme hasta el gabinete de Su Excelencia, en donde la hallé afligida, pavorosa y rodeada de sus asistentas, todas tan pálidas, inmóviles y mudas, que parecía estatuas. Procuré apartar, con la rudeza y desenfado de mis expresiones, el asombro que se les había metido en el espíritu; ofrecí rondar los escondites más ocultos, y, con mi ingenuidad y mis promesas, quedaron sus corazones más tratables. Yo cené con sabroso apetito a las diez de la noche, y a esta hora empezaron los lacayos a sacar las camas de las habitaciones de los criados, las que tendían en un salón, donde se acostaba todo el montón de familiares, para sufrir sin tanto horror, con los alivios de la sociedad, el ignorado ruido que esperaban. Capitulóse a bulto entre los tímidos y los inocentes a este rumor por juego, locura y ejercicio de duende, sin más causa que haber dado la manía, la precipitación o el antojo de la vulgaridad este nombre a todos los estrépitos nocturnos. Apiñaron en el salón catorce camas, en las que se fueron mal metiendo personas de ambos sexos y de todos estados.





Madrid. - Dormitorio de una "posada secreta". (Siglo XVIII).

Dormitorio de una posada secreta (s. XVIII). Fondo Evaristo Casariego, MMM. Inv. 18832

Cada una se fue desnudando y haciendo sus menesteres indispensables con el recato, decencia y silencio más posible. Yo me apoderé de una silla, puse a mi lado una hacha de cuatro mechas y un espadón cargado de orín, y, sin acordarme de cosa de esta vida ni de la otra, empecé a dormir con admirable serenidad. A la una de la noche resonó con bastante sentimiento el enfadoso ruido; gritaron los que estaban empanados en el pastelón de la pieza; desperté con prontitud y oí unos golpes vagos, turbios y de dificultoso examen en diferentes sitios de la casa. Subí, favorecido de mi luz y de mi espadón, a los desvanes y azoteas, y no encontré fantasma, esperezo ni bulto de cosa racional. Volvieron a mecerse y repetirse los porrazos; yo torné a examinar el paraje donde presumí que podían tener su origen, y tampoco pude descubrir la causa, el nacimiento ni el actor. Continuaba, de cuarto en cuarto de hora, el descomunal estruendo, y, en esta alternativa, duró hasta las tres y media de la mañana. Once días estuvimos escuchando y padeciendo a las mismas horas los tristes y tonitruosos golpes; y, cansada Su Excelencia de sufrir el ruido, la descomodidad y la vigilia, trató de esconderse en el primer rincón que encontrase vacío, aunque no fuese abonado a su persona, grandeza y familia dilatada. Mandó adelantar en vivas diligencias su deliberación, y sus criados se pusieron en una precipitada obediencia, ya de reverentes, ya de horrorizados con el suceso de la última noche, que fue el que diré.

Al prolijo llamamiento y burlona repetición de unos pequeños y alternados golpecillos, que sonaban sobre el techo del salón donde estaba la tropa de los aturdidos, subí yo, como la hacía siempre, ya sin la espada, porque me desengañó la porfía de mis inquisiciones que no podía ser viviente racional el artífice de aquella espantosa inquietud; y al llegar a una crujía, que era cuartel de toda la chusma de librea, me apagaron el hacha, sin dejar en alguno de los cuatro pábilos una morceña de luz, faltando también en el mismo instante otras dos que alumbraban en unas lamparillas en los extremos de la dilatada habitación. Retumbaron, inmediatamente que quedé en la obscuridad, cuatro golpes tan tremendos que me dejó sordo, asombrado y fuera de mí lo irregular y desentonado de su ruido. En las piezas de abajo, correspondientes a la crujía, se desprendieron en este punto seis cuadros de grande y pesada magnitud, cuya historia era la vida de los siete infantes de Lara, dejando en sus lugares las dos argollas de arriba y las dos escarpías de abajo, en que estaban



pendientes y sostenidos. Inmóvil y sin uso en la lengua, me tiré al suelo, y, ganando en cuatro pies las distancias, después de largos rodeos, pude atinar con la escalera. Levanté mi figura, y, aunque poseído del horror, me quedó la advertencia para bajar a un patio, y en su fuente me chapucé, y recobré algún poco del sobresalto y el temor. Entré en la sala, vi a todos los contenidos en su hojaldre abrazados unos con otros y creyendo que les había llegado la hora de su muerte. Supliqué a la Excelentísima que no me mandase volver a la solicitud necia de tan escondido portento, que ya no era buscar desengaños, sino desesperaciones. Así me lo concedió Su Excelencia, y al día siguiente nos mudamos a una casa de la calle del Pez, desde la de Fuencarral, en donde sucedió esta rara, inaveriguable y verdadera historia. [...]





Jacinto María Delgado

Este es otro autor del que prácticamente no se sabe nada. Además de esta obra, escribió un diálogo sobre economía e industria y perteneció a la Sociedad Económica Matritense. Sus Adiciones al Quijote forman parte de la enorme cantidad de trabajos que en el siglo XVIII se escribieron teniendo por guía la obra de Cervantes. Casi ninguno de ellos era propiamente una novela, había sainetes, ensayos, discursos, sátiras, y se centraban en todos los aspectos imaginables. El XVIII fue un siglo de quijotismo, de estudio de la novela y de descubrimiento de datos biográficos sobre Cervantes. Se intentó seguir la lección cervantina, pero no en su vertiente novelesca, sino en tanto que modelo de sátira. Es decir, que mayoritariamente se entendieron las aventuras de Don Quijote, no como un ejemplo de prosa de ficción, sino como una sátira, cuyo modelo se podía aplicar a otros aspectos de la realidad, igual que Cervantes había hecho con las novelas de caballerías.

La obra de Delgado se diferencia de la de otros “quijotistas”, como la del padre Centeno, en que, siendo una sátira de las costumbres contemporáneas, se reviste mejor que muchas otras obras “quijotescas” de un barniz narrativo, que la acerca más a las formas de la novela.

La perspectiva conservadora de Delgado y su crítica de la adopción de conductas francesas nos sirve para conocer otra faceta de la vida en la corte en una época de florecimiento narrativo y de gran intercambio cultural.

Adiciones al Quijote tuvo un considerable éxito, si juzgamos por la petición de reimpresión que su autor cursó al año siguiente de editarse. No se le concedió el permiso, por considerar los censores que



la obra era irrelevante; sin embargo, Delgado, como muchos otros conservadores de la época, supo ver los cambios que se estaban introduciendo en la sociedad que le tocó vivir, y los satiriza en su obra. No debe pensarse que Delgado fuera un reaccionario o un refractario a los cambios; comprenderemos mejor su forma de entender las cosas si le vemos como un reformista cauto y partidario de cambiar desde dentro, desde lo que considera español y castizo, y no afrancesado.

Para llevar adelante sus críticas se sirve de la continua comparación de los hechos fingidos que presenta con los hechos reales conocidos. Es un sistema, propio de la sátira, que utilizó el padre Isla con grandes resultados en sus obras, y principalmente en Fray Gerundio, sin que sea un recurso exclusivo de estos autores. Fuera de España, Fielding dio buenos ejemplos de su utilización y, en nuestro país, algunos años antes, se conocen numerosas narraciones que se valen de ese recurso.

Delgado se apoya además en otro binomio: el de la apariencia exterior — realidad interior, avalando la idea de que en el trato social, aparente, todo es maña y artificio. Los civilizados son precisamente los objetos de la burla, que se centra en las nuevas formas de sociabilidad. “Civilización” era un concepto relativamente nuevo y una palabra reciente en el vocabulario español, aparecida en la década de los años sesenta, y pronto criticada y satirizada por los refractarios a los cambios. Su nuevo significado se identificaba con esos cambios en las formas de relación, con la hipocresía, tal y como la entendían los “no civilizados”.

Madrid, por supuesto, será el centro de la batalla que se librará entre civilizados y no civilizados. El maestro que enseña a Sancho Panza —representante de lo auténtico castizo— será un joven afrancesado al que se calificará diversas veces e irónicamente de “civilizado maestro”. Como en otras ocasiones, el anacronismo que se da en la novela, no es un defecto sino una estrategia ideológica, es la forma de autorizar las auténticas opiniones, con un pasado ideal, oponiéndolas a los absurdos del momento presente, representados en ese maestro, burlón, cínico, preocupado solamente del aspecto exterior, y algo tímido.

La novela se reeditó varias veces, conociendo incluso reimpressiones en el siglo XIX, con grabados y algunas variantes respecto a la primera edición.

Adiciones a la Historia del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha

(1786)

Al público de Madrid

Poderosísimo y respetabilísimo señor:

Por lo mismo que es V. (como el pueblo que hace cabeza a los del reino) el legislador y declarador más privilegiado de las obras, se ampara de V. ésta que por su demérito, en comparación de otras, necesita de un Mecenaz nada menos prudentísimo y benignísimo que V. a cuya sombra espera triunfar de las persecuciones.

Bien conozco, Señor, que la obra puede no merecer tan alto patrocinio; pero también conozco, que si por un efecto de benignidad se digna V. tomarla debajo de su poderosa protección, será bien recibida de una gran parte de los que componen el tan antiquísimo, como nobilísimo *todo* de V. De quien soy con el más profundo respeto = Poderosísimo Señor, vuestro mínimo individuo

Jacinto María Delgado.[...]

Era el tal Don Aniceto hombre de corta edad, despejado, de genio agudo y alegre, de eco afrancesado, su traje, peinado, y ademanes de última moda, y al fin, de estos que llaman de aspecto recomendable; pero, según después se manifestó, era realmente un caballero franco, petardista, de profesión embustero, que vivía de la industria y socarronería, haciendo uso de la cual se había informado del carácter y bondad del cura y tomado el pretexto de Cardenio, cuyos sucesos tenía presentes por la razón que se ha dicho; y la



justicia por esta causa, y sus muchos créditos sacados con engaño, había tomado a su cuenta el cobro de ellos, a instancia de los acreedores, y el de su persona para quitar de entre gentes dóciles esta polilla de bolsas, y de mesas, cuyo número en todos tiempos y lugares no es corto.

Como el cura le dijo se hallaba con la precisión de pasar a la casa de un feligrés, llamado Sancho Panza, a quien un Duque había hecho su Consultor, le fue fácil confirmar su bondad y ninguna malicia, y con este motivo recargando cortesías y expresiones de su propio oficio, se ofreció muy cumplidamente al obsequio del cura, y a servirle en lo que gustase, principalmente en el particular de su feligrés.

Parecióle al cura que nunca estaría de más, pues Don Aniceto venía de la Corte, que instruyese a Sancho en las urbanidades y cortesías que son anejos a ella, y de que Sancho estaba tan sin noticia [...]

Capítulo III

Prosigue el civilizado Maestro sus embustes

Válgate tu poder, fortuna, dice Benengeli, pues cuando tú quieres todo lo allanas: ayer estaba Sancho desvalido, y ya hoy es, cuando menos, Consultor de un Duque: ya lo instruye en política un cura párroco, ya lo quiere poner culto y civil un caballero franco, cuando a ti se te antoja, todo lo facilitas; ¡quién supiera de ti quien te hace fuerza! Ruégote, Sancho, que aproveches el tiempo que te sea favorable, y mira que si éste se te huye, no pienses que lo hallarás después; porque tiempo que una vez se va, nunca vuelve, y el de la fortuna huye cuando menos se espera.

Como Don Aniceto (prosigue la historia) sólo pretendía agradar al cura, para disfrutar su casa, parecíale luego tarde para empezar su faramalla; y creyendo que en la tardanza se arriesgaba, dijo al cura lo siguiente:

— ¿Cuándo, señor, he de empezar a servirlos, ejercitándome en obsequio de vuestro feligrés?, porque si el tiempo es corto, y ese se pierde, es preciso quede sin concluir la importantísima obra de su instrucción, que no es del todo fácil.

— Al instante, si vos gustáis, se empezará, dijo el cura, pasaremos luego a casa de Sancho, que ya estará vestido en nuestro traje

provincial, y me parece que por vuestro cuerpo se le puede tomar medida del de Corte, porque en carnes y altura os parecéis mucho. Pero señor, antes de todo, ya que venís de la Corte, no me diréis, ¿qué es esto de Consultor de Duques?

— Los consultores, dijo Don Aniceto, son unos sujetos de la confianza de los Duques, así en la capacidad, como en el recto obrar, de quienes toman parecer en las cosas de importancia.

— Válgame Dios, dijo el Cura, siendo eso así, que así lo creo, nuestro Sancho nada ha adelantado, según creía yo.

— Señor, respondió Don Aniceto, siempre es mucho adelanto en casa de los Duques ser Consultor, tienen los tales muy buenos salarios, están siempre mirados de todos los criados con respeto, hay ciertos regalos, y suelen pasar con su protección a otros cargos de muy alta guisa, que de esto hay ejemplares cada día.[...]

El cura le informó de la clase y calidad de su huésped, y del fin con que lo conducía a su casa.

— Enhorabuena sea, dijo Sancho, señor cura, y vmd., señor, ejercite en mí su arte u oficio, que no sé cómo se llama.

A que respondió Don Aniceto:

— Titúlase maestro de afectos y movimiento este arte, que yo se bien; pero no soy profesor público, lo aprendí del celeberrimo parisien Monsieur de Grañée, que vino a este fin de motu propio; porque a la verdad, señor cura, dijo volviéndose a él, estábamos perdidos en cultura y policía, y ya con la extensión de tan prodigiosa enseñanza se ha adelantado muy mucho; de modo que él mismo dice que puede apostárselas a movimientos y afectos el pajecillo más mocoso.

— Válgame Dios, dijo el cura, ¿que con efecto hay maestros de este arte, señor Don Aniceto?

— Sí señor, hay hombres que se ejercitan en su sombra, y al espejo para no olvidarse de lo aprendido; no es cosa de mucho trabajo el aprender este nuevo modo de andar, y de presentarse en corro público: la mayor molestia está en no olvidar la media risa continua cuando se habla, los dos balances de parada en corro, y el paso de *cuasi minuét* que dicen vulgarmente que es un redoblado de andadura como vmd. verá después.

— Es cierto, dijo el cura, que el que vive en un pueblo corto, está como en un desierto, bien podía yo porfiar con cualquiera (si tuviera este vicio) que tal cosa no había venido a España; pero ya con el

seguro de vmd. no lo haré, sino pediré a Dios que pare en esto nuestra extravagancia, y que no nos la saquen por impreso, en fin vmd. empezará su lección con este caballero cuando quiera.

— Ahora mismo se empezará, dijo Don Aniceto, si este señor tuviera el vestido propio para enseñarla, y que es del caso para que sea bien vista.

— No es tan fácil otro traje, dijo el cura, porque aunque hay con qué, no se ha dado providencia para hacerlo a causa del escaso tiempo, que para ello ha habido, y si este no puede suplir, paciencia.

— Si a vmd., señor cura, y a estos caballeros, no desagrada mi pensamiento, todo está remediado. Su señoría, dijo Don Aniceto, señalando a Sancho, tiene mi estatura poco más o menos, y en lo grueso nos llevaremos muy poco; y pues yo traigo un vestido sin estrenar de última moda, bastante decente, hecho a la perfección, y que no me es del caso, porque tengo otros, puede tasarse por peritos, y bajando el tercio por obsequio de vmd. y del señor Don Sancho, su importe servirá para satisfacer el hospedaje, en cuyo concepto hice mi súplica de alojamiento en su casa, porque con la celeridad de mi viaje no pude prevenirme de dineros, y carezco de ellos hasta tanto que llegue mi equipaje.

— Señor Don Aniceto, yo no soy hombre, respondió el cura, que hago posada mi casa, si a vmd. nada dije de ello cuando me la pidió, fue porque usase de ella con libertad todo el tiempo que gustase: estimé mucho al amigo Cardenio, soy inclinado a hacer bien, y en esto cumplo con mi genio, y con mi obligación; si vmd. de buena voluntad gusta de vender el vestido por lo que sea razón, lo tomará Sancho, y los cabos se buscarán en el pueblo, que, aunque corto, hay en él sujeto que por herencia de un hidalgo tiene todos los menesteres del traje, y después se comprarán otros, si no fuesen del estilo del día, que bendito Dios hay dinero con que costearlos.

— En cuanto a cabos, dijo Don Aniceto, traigo yo todos los que estaban dedicados para el vestido, que también están casi sin estrenar; y pues vmd. señor cura es bizarro en su hospedaje, yo lo he de ser igualmente en el vestido, el cual queda con sus cabos a disposición del señor Consultor, y así cumplo con mi genio, y mi instituto, que dice que el caballero franco ha de estar tan dispuesto a ofrecer como a recibir. No quiero otra paga sino que se me admita mi buena voluntad: estamos en el mundo, y puede tal vez su señoría acordarse de mí si me halla en otra fortuna.[...]

Envióse por la maleta, que condujo el rucio, y un vecino de Sancho que entró al tiempo de la disputa, y abierta que fue, sacó de ella Don Aniceto un vestido primoroso (aunque la historia no dice de qué era), y lo presentó a Sancho, a Teresa, y al mismo cura, diciendo:

— Ya tiene V.S. aquí vestido y cabos correspondientes, es preciso ponerlo para empezar en el ejercicio de mi comisión.

— Sea en buen hora, dijo Sancho, pero, señor, no tiene chupa.

— Ésta es, dijo Don Aniceto, mostrándola.

— Pues Señor, respondió el cura, ¿dónde es chupa ésta? Es jubón sin mangas, como el que traigo debajo de ella.

— Señor cura, dijo Don Aniceto, esto es hoy chupa, y vale por tal en la Corte, y en toda ciudad política, y su declaración de chupa no es mía, es de hombres muy instruidos, y para ello se hicieron muchos y exactos reconocimientos de peritos. Esta es chupa de última moda, a la cual debemos estar por convenir en todas sus partes con la que trajo de París Monsieur de Catiná, su introductor comisionado para ello.

— A la mano de Dios, dijo Sancho, paciencia, y vamos adelante, me la pondré como chupa.

— Para que entre la casaca, esperad un poco, Señor, buscaré el calzador de mangas de casaca, dijo Don Aniceto.

— ¿Qué es eso de calzador de mangas, dijo el Cura, que no entiendo qué pueda ser ese instrumento, ni en mi vida le he visto, ni oído nombrar?, el de zapatos, sí que le tengo, aunque no lo uso.

— Este es Señor, dijo Don Aniceto, el calzador de mangas de casaca, y mostróle una cinta angosta hecha como red, que estorba se suba la camisa.

— Válgame Dios, dijo el cura, qué estilos, ¿cuándo tendrán vergüenza los hombres? Vamos, que deseo ver vestido a nuestro amigo.

— Allá vamos, dijo Don Aniceto, meta V.S. el brazo por a poco.

— Ay, ay, Señor, dijo Sancho, que se me manca el brazo, que no puedo sufrirlo, y se queda el brazo como un palo forrado sin arruga.

— Así es, dijo el Cura.

A que respondió Don Aniceto, *optimé perorasti*: es terminante la voz de la constitución, que dice: «Quedarán los dos brazos como si fuesen de palo forrado, y sin que haya arruga, *usque ad codo inclusivé*, y es a la letra». No la hemos de innovar nosotros, pues no tenemos jurisdicción para dispensar la moda.

— Ay, Señor Don Aniceto, dijo Sancho, que la casaca no me viene, que no junta el pecho, ni ojales con botones.

— *É for bien Monsieur*, dijo Don Aniceto, pues así ha de ser, y así se estila, y este corte lo trajo Monsieur de la Marche, que bastante dio que hacer a la Sastrería de la Corte, y aun hay muchos hoy que dicen que no le dan el verdadero aire.

— Señor Don Aniceto, preguntó el cura, ¿y para abrochar el pecho qué haremos?

— Qué haremos, respondió Don Aniceto, para este caso, que rara vez se ofrece, se dispusieron ocultos estos corchetes que aquí veis, cuyo descubrimiento costó no pequeño trabajo.

(En esto, dice Cide-Hamete por un paréntesis, que se los abrochó Sancho con gran dificultad, de modo, que con la opresión le salieron los colores, y con su negra barba, brazos embarados y tendidos, quedó el bueno del Consultor la más ridícula figura que puede imaginarse).

— Según eso, replicó el Cura (prosigue la historia), con lo que antes se hacía una chupa, se hace ahora un vestido, no ganan nada las fábricas con estas modas.

— No señor, dijo Don Aniceto.

— Los calzones faltan, dijo Sancho.

— Aquí están, replicó Don Aniceto, que presentó, y al verlos el cura, dijo:

— Señor, qué calzones son estos, pues según lo largo, anchos, y altos, y el sin número de botoncitos, son calzones de golilla antigua.

— Es cierto, respondió Don Aniceto, y ésta ha sido sabia providencia para dejarnos reliquia del traje nacional, y memoria de nuestros abuelos, aunque ya va de caída esta moda, porque la sustituye otra de otros más justos, angostos, y de trampa.

— De trampa, dijo a este punto Sanchica, que estaba como una estatua sin hablar una palabra, mirando la buena estampa de su padre.

— Sí Señora, la respondió Don Aniceto, de trampa, de trampa; ponedlos señor, que bien puede hacerse sin quitaros los otros.

— Rara extravagancia, dijo el cura; vamos, señor, fáltanos el sombrero.

— Nada falta, aquí traigo yo del orden mínimo y del orden máximo de que todo hombre debe estar surtido para las épocas sombreriles, de que escribió ampliamente el erudito Monsieur Pit-

Lemon en su célebre obrita, intitulada *Armaduras de sombreros*, que tuvo la mayor aceptación, y tradujo con mucha felicidad el Abate N., cuyo nombre no tengo presente; y esta alternativa es correspondiente, y bien pensada para el útil de las fábricas; y este como escrúpulo, es de la pasada, dijo Don Aniceto, riéndose.

— Bendito sea Dios, dijo el cura, qué ignorante estoy de lo que es mundo, creyéndome capaz de dar mi voto en todo. Si yo no hubiera tenido esta instrucción de vmd., señor Don Aniceto, se reirían de mí las gentes cultas. Ahora bien, yo quisiera que se peinase nuestro Sancho, que gusto verlo de moda; pero en este pueblo no hay quien pueda hacerlo.

— Hoy, señor cura, dijo Don Aniceto, casi está por demás este arte, oficio, o como quieran decirle. El peinado natural que sale después de dormir en pelo corto, echándole sus polvos, se llama a lo natural, y corre por muchas partes en hombres y mujeres que de esto tienen voto; pero en otros y otras de algún juicio lo miran con desprecio, haciendo burla.

— Pues a mi fe, dijo Teresa (que estaba poseída de un cierto embelesamiento), que de todo en todo se dispone bien, porque echándose ese polvo, harina, o cernido, que vmd. dice, está ya peinado mi Sancho, porque su pelo parece de erizo, o puerco-aspín.

— Espín dirás, Teresa, dijo el cura.

— Aspín, o espín, respondió ella, allá se va todo.

A lo que dijo Sancho con voz fatigosa:

— No hay andarse en tiquis miquis por letra más o menos.

Y Don Aniceto prosiguió diciendo:

— Si se da a luz una obrita que un amigo mío está trabajando, y titulará *Extravagancia capital* (por darle algún título sonoro) verá vmd. en ella una colección completa de ciento y treinta y dos peinados diferentes, en cuya obra lucirá el autor su buen discurso, poniendo en aplicación a los profesores de este oficio, y dándoles más gastos a los que los usaren; con cuyo modo seremos más felices y cultos, porque en esta extravagante variación están creyendo consiste la policía y buen gusto. El corbatín, que puedo poner a este caballero para darlo todo completo, lo traigo puesto; pero mientras hay otra providencia, supla una sábana de esa cama, que así debe tener su abulte, si ha de ser de moda.

— Rara grandeza de corbatas o corbatines, dijo el cura, señor mío; y pues esta es la moda en este siglo de oro, según dicen es, vaya

adelante; y ya que Sancho está vestido, y capaz de recibir lecciones, señor Don Aniceto, empiecen las primeras, que deseo oírlas y verlas para aprender lo que ignoro.

— Pláceme, señor, respondió aquél, y poniendo en pie a Panza (que se había sentado para tomar un poco de aliento) en medio de la pieza donde estaban, tomaron sus asientos los espectadores, y el grande, y sin igual Don Aniceto, con ademanes de titiritero, y en un tono, como que sabía el idioma francés, empezó en alta voz a decir lo que se refiere en el capítulo siguiente.

Capítulo IV

Empieza Sancho a tomar las lecciones pedeográficas, y un inaudito suceso hace no quede perfectamente instruido en ellas

Esta escuela, oh nobilísimos señores, es la verdadera Pedeografía, que con mucho trabajo sacó a luz (para pulimento del hombre, y arrojar sus movimientos, que la desidia tenía sin orden, poner el jugo nutricio en circulación metódica, y hacer la digestión con menos costo del calor natural, en cuyo caudal solo pende nuestra salud y nuestra vida) el nunca buen celebrado señor Guillermo Charleton, conocido por ella, y otros escritos en todo el orbe. Para que el cuerpo de quien la usa consiga tan saludables efectos, conduce siempre llevar levantada la cabeza, casi como mirando al cielo, el pecho sacado, ensillándose la cintura hasta lo posible; las rodillas sin doblar, las piernas derechas, las puntas de los pies como en primera postura del minuet; y así debe caminar con paso de este que dicen tres por cuatro de compás, pero muy grave, y con mirada que dicen de protección, cuya explicación será después más amplia. Cuando al caballero pedeógrafo se le ofrezca parar en algún corro, ya sea de caballeros francos, de pretendientes a este orden, o de cualquiera clase de sujetos hábiles y de Corte, lo hará de pie firme, quedando inmóvil por dos segundos minutos; pero luego mirando a diestra y siniestra a los del corro, dirá: “Señores,” y luego hará dos balances uno a cada lado, quedando después en libertad para usar con ella el cuerpo estando allí con ellos; pero si en el corro donde parase



hubiese algún superior suyo, o alguna persona a quien quiera hacerle los honores de tal, hará la primera parada a dos pasos del corro, allí hará el plantón, inclinará la cabeza hasta lo posible, procurando sacar sus partes traseras sin doblar las rodillas; pero después puesto el cuerpo en libertad natural, hará los dos pasos a la distancia al corro con los de minuet, y puesto de compasillo, se introducirá en él, dirá “Señor”, al que hace los honores, y a los demás “Caballeros”, y después hará la cortesía como hemos dicho.

Si algún concurrente sacare caja de tabaco, supongo negro, porque otro no tiene honores, y el caballero pedeógrafo lo quisiere tomar, lo hará siempre con la mano derecha, porque la izquierda es solo usada en esto de hombres no cultos, y antes de tomarlo pondrá la mano derecha unidos los dedos en forma de piña, la llevará así hasta cerca de la boca, luego la apartará violentamente, cuya acción se dice cortesía, y encurbando el brazo entrará los dos dedos en la caja, y ejecutado esto, hará la cortesía, pero sin balances.

El tomar el tabaco ha de ser uñas arriba, y para esto se pone el cuerpo como en cortesía, para que nada caiga en el vestido, la nariz ha de recibir sin apartar la mano, no ha de volver a ella, sacudirá los dedos, sacará el pañuelo, con solo la mano derecha se limpiará, darále vuelta al aire sobre el puño, y lo entrará en el bolsillo, procurando quede fuera como por casualidad un pico de él, como de una quinta parte.





José Francisco de Isla

Isla nació en Vidanes, León, en 1703 y murió cerca de Bolonia en 1781. Jesuita desde muy joven, publica Fray Gerundio en 1758, siendo prohibido en seguida por la Inquisición y conociendo una inusitada acogida entre el público. Algunos años después, en 1767, Isla sale para los Estados Pontificios, desterrado junto con todos los jesuitas. En Italia llevó una vida relativamente errante, trabajando como preceptor pero también escribiendo. A esa época de exilio pertenecen las Aventuras de Gil Blas, obra que originariamente publicó en Francia Lesage a partir de 1715 y hasta 1735. El motivo de que en el título de la versión española se diga que la obra fue robada a los españoles estriba en que durante mucho tiempo se creyó que Lesage la había traducido de originales españoles, y lo cierto es que el autor francés conocía muy bien la literatura picaresca y dramática española. Es posible encontrar rastros de Marcos de Obregón y otras en las Aventuras de Gil Blas. Igualmente, Lesage publicó traducciones y adaptaciones de obras españolas, conociendo gran éxito.

La versión de Isla es sensiblemente distinta del original. Altera pasajes, suprime otros e incorpora de su propia imaginación diversos episodios. La novela se encuadra en el marco de la picaresca, aunque ofrece un mensaje moral moderno, que casi nada tiene que ver con los de la picaresca española del XVII. En esta novela un hombre medio, con unas capacidades discretas, puede llegar lejos si sabe manejarse en sociedad con mano izquierda, haciendo valer sus aptitudes y apoyándose en aquellos que le pueden beneficiar. El humor no es ajeno



a esta obra, todo lo contrario. En muchas ocasiones el protagonista se ríe de sí mismo, lo que le permite ganar batallas frente a los demás y frente a sí mismo. Por otra parte, la novela es fuertemente moral y fomenta la virtud y su reconocimiento como valor de cambio, pero no virtud en el sentido religioso que hemos visto en los textos anteriores, sino en el más moderno y plenamente dieciochesco, basado en Hume, según el cual virtud es la posesión de cualidades útiles para uno mismo y para los demás. En consecuencia, esto es un valor que debe recibir un pago, y de esa forma lo entiende Gil Blas.

La presencia de la ciudad concreta en la novela es pequeña, no así la idea de la ciudad, que se opone numerosas veces a la del campo, pero no de una forma religiosa, sino social. Por esta razón la imagen que se recibe de Madrid es breve y anecdótica, incluso tópica: los teatros, las tertulias, la gente observando sus respectivos atuendos. Quizá lo que más se pueda resaltar de Gil Blas en este sentido sea la pintura del trabajo de los criados en la ciudad y los problemas de la existencia de aquellos que buscaban “acomodo” en casas, covachuelas o negocios.





Historia de Gil Blas de Santillana

(1787)

Libro III. Capítulo I

Llegada de Gil Blas a Madrid y primer amo a quien sirvió allí

Detúveme algunos días en casa del barbero y juntéme después con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Había ido a Valladolid con cuatro mulas cargadas con varios géneros y se volvía a su casa con todas ellas de vacío. Hízome montar en una, y tomamos tanta amistad en el camino, que cuando llegamos a Segovia se empeñó en que me hospedase en su casa. Dos días descansé en ella, y cuando me vio resuelto a marchar a Madrid con el arriero, me dio una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendación. Hícelo así, poniéndola yo mismo en manos del señor Marco Meléndez, mercader de paños, que vivía en la Puerta del Sol, esquina de la calle del Cofre. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido, cuando me dijo con un modo muy agradable: «Señor Gil Blas, mi corresponsal, Pedro Palacios, me recomienda la persona de usted con tan vivas expresiones que no puedo dejar de ofrecerle un cuarto en mi casa. Además de esto me suplica que le busque una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto y con esperanza de que no me será muy difícil colocar a usted ventajosamente».

Acepté la generosa oferta de Meléndez, con tanto mayor gusto cuanto veía que mi dinero se iba por instantes acabando; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho días, me dijo que acababa de



proponerme a un caballero amigo suyo que necesitaba un ayuda de cámara, y que, según todas las señas, no se me escaparía esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dejado ver el tal caballero en aquel mismo momento, «Señor —le dijo Meléndez mostrándose a él—, éste es el mozo de quien hablamos poco ha, de cuyo proceder me constituyo por fiador como pudiera del mío mismo». Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía y que desde luego me recibía en su servicio. «Sígame —añadió—, que yo le instruiré en lo que deberá hacer». Diciendo esto, se despidió del mercader y me llevó consigo a la calle Mayor, frente por frente de San Felipe el Real. Entramos en una casa muy buena, donde él ocupaba un cuarto, subimos unos cinco o seis escalones y me introdujo en un aposento cerrado con dos buenas puertas, en la primera de las cuales había una rejilla de hierro para ver a los que llamaban. Pasamos después a otra pieza, donde tenía su cama, con otros varios muebles más aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me había mirado bien en casa de Meléndez, también yo le examiné a él después con particular atención. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto frío y serio. Parecióme de buena índole y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho de mis respuestas, «Gil Blas —me dijo—, yo contemplo que eres un mozo de gran juicio y me alegro mucho de que me sirvas; y por tu parte espero que estarás contento con tu acomodo. Te daré seis reales al día para que comas y te vistas, sin perjuicio de algunos provechos que podrás tener conmigo. Yo no soy hombre que dé mucha molestia a los criados; nunca como en casa, sino siempre con mis amigos. Por la mañana no tienes que hacer más que limpiarme bien los vestidos; lo restante del día te queda libre y puedes hacer lo que quieras; basta que por la noche te retires a casa temprano y me esperes a la puerta de mi cuarto. Esto es todo lo que exijo de ti». Después de haberme dado esta instrucción sacó seis reales del bolsillo y me los entregó, para empezar a cumplir nuestro ajuste. Salimos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevose consigo la llave y me dijo: «No tienes que seguirme y puedes irte a donde te diere la gana; pero ¡cuidado que te encuentre en la escalera cuando vuelva a casa por la noche!» Diciendo esto se marchó y me dejó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

«Vamos claros, Gil Blas —me dije entonces a mí mismo—, que



no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves a un hombre que por limpiar los vestidos, hacer la cama y barrer su cuarto por la mañana te da seis reales cada día y libertad de hacer después lo que quisieres, ni más ni menos que un estudiante en tiempo de vacaciones. ¡A fe que no será fácil hallar otra conveniencia igual! Ya no me admiro del hipo que tenía por venir a Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba». Pasé todo el día en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogían de nuevo y que no me daban poca ocupación. Por la noche cené en una hostería poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me había mandado que le esperase. Llegó tres cuartos de hora después y se mostró contento de mi puntualidad. «¡Muy bien! —me dijo—. ¡Eso me gusta! Yo quiero criados que sean exactos en hacer lo que les mando». Dicho esto abrió las puertas del cuarto, cerrólas, y como nos hallábamos a oscuras, echó yescas y encendió una vela. Ayudéle a desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su mandato una lamparilla que había en la chimenea, cogí la vela y llevéla a la antesala, donde me acosté en un catre. Al día siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana, cepillé sus vestidos, dióme mis seis reales y despidióme hasta la noche. Salió fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las puertas, y hétele aquí que uno y otro nos separamos para el resto del día.

Tal era nuestra vida, que a mí me parecía muy dulce y acomodada. [...]





Pablo de Olavide

Olavide nació en Lima en 1725 y murió en Baeza en 1803. Fue hombre de gran capacidad intelectual y desarrolló una importante labor política y cultural en España. De su tertulia en Sevilla, mientras estuvo destinado en aquella ciudad, salieron algunas de las más novedosas obras teatrales de la época y el apoyo decidido a los actores y al teatro sevillanos; fundó las nuevas poblaciones —proyecto ideal de ciudad racional—; se preocupó de la reforma de las Universidades, tuvo problemas con la Inquisición y conoció el exilio en Francia. Al mismo tiempo, mantuvo amistad con numerosos intelectuales europeos representantes de la modernidad ideológica más avanzada, como era el caso de Voltaire, Diderot o Marmontel. En Francia escribió una obra sorprendente, dado su conocido progresismo: El Evangelio en triunfo (1796), que por algunos ha sido entendida como una conversión resultado de haber sido testigo de la Revolución Francesa y de la época del Terror, pero que para otros es una estrategia para conseguir volver a España, como hizo dos años después.

Practicó numerosos géneros literarios pero, en el caso de las novelas, no se sabe a qué época pertenecen. Pudo haberlas escrito, o traducido —por que muchas son adaptaciones del francés— a lo largo de su vida, o tras su vuelta de Francia, al afincarse en Baeza. El caso es que se publican con un pseudónimo, Atanasio Céspedes y Monroy, en 1800 bajo el título de Lecturas útiles y entretenidas, poniendo de manifiesto una voluntad didacticista netamente ilustrada. Sólo muy recientemente se ha conseguido identificar a Céspedes con Olavide, gracias a los trabajos de M^a José Alonso Seoane y Francisco Aguilar Piñal.



Las novelas de Olavide parecen de otra época, no cuadran con la idea de un autor que estuvo en la avanzadilla de la modernidad dieciochesca. Su forma de caracterizar a los personajes recuerda más el Siglo de Oro que el XVIII. Olavide insiste en la crítica de las costumbres modernas y en la falta de moralidad. Avala la imagen de una aristocracia malvada e hipócrita, pero no como lo había hecho Richardson con sus novelas, sino mirando hacia el pasado ideal. En este panorama narrativo de Olavide, las clases bajas sufren la presión de las altas, siendo modelos de inocencia. Aparecen, y eso sí es un rasgo de modernidad ideológica, las clases medias de hacendados, que suelen representarse como los útiles y los ejemplos de la forma ideal de vida, de ese “aurea mediocritas” horaciano que tanto caracterizó a los ilustrados, pero también aquéllos son objeto de la perfidia aristocrática. Las costumbres en estas novelas no son descritas, como en los textos anteriores, sino que son elementos morales de la ficción edificante.

Así, Madrid, la corte, sólo es un marco referencial y de reflexión. Representa la maldad, siendo el nido de la corrupción. No hay descripción de la ciudad, ésta es sólo el ámbito donde se desarrolla el engaño o en el que viven personajes despreciables de la sociedad, que buscan la ruina de los que habitan los campos y son productivos, como los hacendados. La idea moderna y utilitarista de virtud se alía en Olavide con la idea tradicional de orden religioso. Esto es lo que da a la prosa del peruano un aire antiguo, aparte el hecho de que sus caracterizaciones sean tópicas y reiterativas, ya que se vale repetidamente de los mismos elementos y recursos, así como del mismo esquema narrativo: un noble querrá pervertir a alguna joven representante de las otras dos clases, que vive feliz y ejemplarmente, y para ello se servirá de la ciudad. Atraerá a la joven o a aquel del que dependa para vencer su virtud y conseguir así su propósito, pero en un momento dado vencerá ésta sobre el vicio.

Olavide simplifica sus recursos, los esquematiza y los repite. La utilización que hace de los elementos modernos suele estar limitada por una concepción antigua de la novela y por su principal interés didáctico. El mundo narrativo de Olavide se puebla de hijas bellas e ideales que respetan a sus padres, cuando la narrativa contemporánea de más éxito presentaba la situación opuesta: el enfrentamiento generacional entre padres e hijos, más a menudo hijas. Con Olavide parece que estamos ante un autor que mira nostálgicamente al pasado ante su experiencia de la modernidad.



El incógnito o el fruto de la ambición

(1800)

Desde mi primera edad yo tuve la felicidad de obtener un don singular del cielo, un amigo, y un amigo verdadero y fiel; se llamaba Baptista, y nuestra amistad había empezado en nuestra niñez. Todos los días los pasábamos juntos. Cuando llegamos a la edad en que podíamos sin riesgo abandonar la casa paterna, dejamos juntos nuestras montañas, para ir como otros muchos a buscar fortuna. Nosotros corrimos juntos toda España sin poder hallar acomodo en parte alguna. Aunque en Cádiz y Madrid encontramos muchos compatriotas bien acomodados, no hallamos modo de acomodarnos nosotros; parecía que la fortuna nos huía. Hallándonos embarazados de nuestra suerte, supimos que nuestros padres y hermanos mayores habían muerto. Resolvimos volver a nuestra patria, y vivir con el trabajo de nuestras cortas haciendas. Mi amigo me decía: «el día que se vive vale más que el que se espera vivir». Nosotros dejamos pues todas las quimeras de la esperanza, y con ellas toda idea de pretensión y orgullo. Volvimos a nuestra primer simplicidad, y con ella nos vinieron también la felicidad y la paz. El caserío de Baptista era el más inmediato al mío. Vivíamos juntos, trabajábamos juntos, nos ayudábamos el uno al otro, y los dos casamos casi al mismo tiempo. [...]

A pesar de estos sofismas que me inspiraba la ambición, no podía resolverme a un partido que un secreto sentimiento me decía que era poco honrado, y me repugnaba. Don Fermín continuaba sus instancias conmigo; pero yo lo eludía siempre y, viendo que no podía determinarme, se sirvió de un medio muy astuto, y que le sugirió sin duda la idea que se formó de mi vacilante ambición. Un día vino a



decirme que un negocio importante le llamaba a Madrid, donde le sería preciso pasar algunos días, y me propuso que le acompañara en este viaje. Yo me sorprendí con tan extraña proposición, y le representé entre otras mil razones la necesidad de cuidar de mi hacienda y mi casa; pero él me dijo: «no, vos habéis acabado de ponerla en estado, ya no está corriente, y para la atención de que necesita en adelante bastan Albano y vuestra esposa. Yo he menester en mi viaje y para mis negocios de un hombre de confianza, en cuya probidad pueda reposarme por entero, y no podéis hacerme mayor servicio en esta circunstancia». Yo creí que no debía resistir a un hombre que después de tantas otras finezas me había salvado la vida, y le dije que estaba pronto a seguirle.

Partimos pues, y luego que llegamos a Madrid, fuimos a su casa, que era magnífica, y estaba adornada con todo el gusto de la moda. Yo me quedé sorprendido, porque nunca había visto una cosa tan bella, y Don Fermín no perdía un ápice ni de mi necia admiración, ni de los efectos que me causaban sus riquezas y opulencia. Entonces me dijo: «por hoy no saldremos de casa, porque es menester dar tiempo al sastre y los demás obreros para que os hagan un vestido y lo más necesario para ponerlos a la moda, porque ya veis que no es posible presentaros en ese traje campesino, que sólo es bueno para el país». «¿Y por qué (le dije yo) no podré presentarme en este traje? El vestido no hace al hombre». «Así es, me respondió; pero los negocios en que me debéis servir es preciso que os presente a personas de mucho respeto, que no os tratarán con consideración, si os ven con un traje tan simple». «Pues bien, le repliqué riendo, si es útil para vuestro servicio que yo me vista al uso de la corte, enhorabuena. Yo la vi en mi juventud, y aprendí algo de lo que se llama educación de mundo. Volveré a refrescar las especies, y no me será difícil volver al uso de estos cortesanos, cuyo mérito consiste en hacer cortesías, reverencias y cumplimientos».

Al otro día me hizo equipar de todo, y con tanta profusión que yo mismo estaba corrido; pero no me atrevía a resistir en nada a mi bienhechor. Después, en lugar de hablarme de negocios, me llevó a visitas y tertulias, me presentó como un amigo íntimo de la primera distinción en nuestro país, y a quien tenía muchas obligaciones. Me llevó a las comedias, y hacía cuanto podía para entretenerme y divertirme. Su intención, según lo conocí después, era corromperme, pervertirme, hacerme gustar de todos los placeres que procuran la



abundancia y las riquezas, para hacerme desear su continuación, y excitarme a que le diera mi hija. ¡Insensato de mí! Yo, hombre ya maduro, y que debía conocer el precio y las ventajas de la dulce mediocridad, me dejé embriagar con estos astutos y pérfidos prestigios. Poco a poco me fui dejando corromper por tantas lisonjeras ilusiones. Presto no pensé más que en diversiones y magnificencias. La simplicidad de nuestros campos, la sencillez de nuestras costumbres, la aplicación de nuestros trabajos, y hasta la estrecha desnudez de nuestras casas empezaron a darme en rostro. Mi razón se pervirtió tanto, que tenía por felices a estos inútiles ociosos, que vegetan entre placeres frívolos, y pasan una vida estéril como un sueño dulce sin penas ni fatigas.

El primer efecto del lujo es viciar la razón. Su apariencia nos seduce, y bien hallados con ella no queremos penetrar su interior amargura. Desde que se apodera de nuestra alma, los deseos entran atropellados en nuestros corazones, y no se saben detener. Entonces apetece cuanto nos halaga, sin que nada pueda satisfacernos. ¡Dichoso el que no ha visto nunca la frívola opulencia de las ciudades ricas, y vive siempre tranquilo en su simple cabaña! Desde que el pobre ve la brillante habitación del poderoso, empieza a desdeñar y hallar odiosa la suya, en que gozaba de muy dulce reposo. La vista de las rosas ajenas hará nacer en su corazón las espinas de la envidia, querrá abandonar el hogar y los campos de sus padres. Hollará con fastidio las flores que antes le divertían, y correrá tan presuroso como engañado a la ciudad, pensando hallar en ella los mismos placeres que ha admirado; pero el infeliz no encontrará más que miseria y vicios. ¿Quién lo ha experimentado más que yo?

Pero ¿para qué os detengo? Yo fui tan insensato, yo me dejé seducir tanto por esta nueva y más dulce existencia, que al fin perdí todo pudor, toda vergüenza, y todos los estímulos de la honra. La idea de que en Madrid con las riquezas de Don Fermín, Rufina, mi mujer y yo mismo podíamos ser más felices, y vivir con más brillantez que en nuestros campos, acabó de seducirme. Esta vida me había gustado tanto que me parecía necedad perderla, y en fin hice la bajeza de faltar a mi palabra, y hacer traición a la amistad. Conté a Don Fermín el tratado que teníamos hecho Baptista y yo; pero le dije que yo le daría a mi hija, si para quitarme el rubor de aquellos testigos, la quería traer a Madrid. Don Fermín que no deseaba más que desposarse con ella, transportado de gozo me lo ofreció.



Yo me había acostumbrado a la dulce ociosidad, a la mesa fina, al vino delicado, a las diversiones, placeres, y aun al juego; yo los había aprendido. Don Fermín me hizo enseñar con pretexto de que esto sería necesario en la sociedad, y la desgracia quiso que ganase para que me acabara de pervertir. Me parecía muy dulce ganar, divirtiéndome un cuarto de hora, más de lo que podía producirme mi fatiga con el sudor de un año. Me acostumbré a tener dinero, a gastarlo con facilidad, y poder con él satisfacer las nuevas fantasías que con su vista me tentaban. Esta vida me pareció tan agradable, como me daban en rostro la miseria y los trabajos de la mía, y no podía concebir cómo yo había podido estar contento, y reputarme por dichoso en un país tan pobre y con tantos afanes.[...]

Yo la llevé aparte, y llamando también a su madre, le expliqué en presencia de ésta mis designios, la dije que ya debía olvidar a Albano, y disponerse a dar la mano a Don Fermín. Procuré endulzarla este amargo trago, porque aunque estaba determinado a hacerme obedecer, hubiera preferido que todo se hiciera sin violencia.

Por esto la hice presente que yo lo hacía por su propia felicidad y la nuestra: que ciertamente sería muy dichosa con Don Fermín, cuyo carácter era dulce y amable, que en vez de vivir en aquellas tristes y pobres montañas, viviría en Madrid, no sólo exenta de trabajo, sino en medio de la abundancia, rodeada de placeres, y envidiada de todas las que la vieran, en fin, la pinté todas las falsas ilusiones, todos los mentidos prestigios que me habían seducido a mí mismo. Yo me imaginaba deslumbrarla, inspirándola los mismos deseos que me habían conducido a este delirio; pero ¡necio de mí! ¡qué poco conocía yo el corazón humano! [...]

Don Fermín se retira desesperado de no poder consolar tan justa pena. En el día abandona nuestros campos, y he sabido que en Madrid retirado y solitario llora haber sido causa de la desolación de dos familias, que vivían unidas y felices. En el seno de la religión se resigna a la desgracia de haber perdido a Rufina, y se consuela en el ejercicio de la virtud. Era muy honrado, muy bueno: es mucha desgracia que este funesto amor viniese a perturbarle, y ¿por qué, insensato de mí, he sido yo tan débil y ambicioso? ¡Ay, señor! las pasiones son las que nos pierden: ellas son la causa de todos los humanos extravíos.



Marcelo o los peligros de la corte

(1800)

Don Marcelo de la Vega era un caballero distinguido, que había heredado de sus padres un rico mayorazgo, y vivía noblemente en la ciudad de su nacimiento. Estaba casado con Doña Martina de Cerbera, hija de los condes del Castillo, la amaba mucho, y ella le hacía muy feliz. Ambos habían recibido una excelente educación, y siendo de un natural dulce y juicioso, vivían con mucha paz en la más apacible unión. Dos hijos que tenían la fomentaban y entretenían, y su crianza los ocupaba. Eran estimados de toda la ciudad, pasaban por ejemplos de virtud, y parecía que no era posible añadir nada a su felicidad.

Marcelo, aunque ya padre y esposo, conservaba todavía el candor y la pureza de la edad inocente. El cielo le había dotado de un gusto invariable para todo lo que es sólido, verdadero y honesto; y la costumbre y la educación le habían enseñado a cumplir todas sus obligaciones con exactitud, a contener sus deseos, y moderar sus placeres. Su espíritu naturalmente justo y su corazón generoso y sensible le hacía practicar continuamente virtudes de todas especies. Distribuía con mano liberal y secreta una parte de sus rentas en buenas obras. Como por otra parte había adquirido muchos conocimientos útiles, y los cultivaba continuamente, esto le daba ocupaciones agradables; pero la compañía de una esposa tan virtuosa y entendida como amable completaba su dicha.

Este matrimonio gozaba de toda la felicidad permitida al hombre en la tierra; pero por una especie de fatalidad un día se habló en su casa de las fiestas reales, que se disponían en Madrid. Uno de los



concurrentes ponderó mucho lo que se preparaba para ellas, añadió que él estaba en ánimo de ir a verlas, y preguntó a Marcelo si él iría. Éste respondió que no había pensado en ello; pero la ilusión que produce la corte desde lejos, y los ensanches a que siempre se inclina la opulencia, le despertaron el deseo. El mismo personaje contribuyó mucho a reforzarle, diciéndole que un hombre tan rico como él no debía negarse este placer, y, sobre todo, que debía ir una vez a tomar idea de la corte, en donde únicamente se puede encontrar lo que puede satisfacer el gusto: que Madrid era un teatro vasto donde se renuevan con frecuencia las decoraciones y donde se varían las escenas, que su grande movimiento divertía la vida, hacía pasar con dulzura, y sin sentir el tiempo; en fin, que él solo podía contentar espíritus grandes, para quienes son estrechos los límites de una ciudad.

Alguno dijo que valían más el reposo y la paz; pero él replicó que ésta era también su ventaja, pues a pesar de su inmenso torbellino, era fácil, si se quería, vivir a solas, o no vivir más que con pocas gentes, y bien escogidas, que en una corte tan populosa había para todos los gustos, que el que ama los placeres continuos de comedias, paseos y fiestas, sólo allí se los podía procurar sin fatiga, y a poca costa, que el que se sentía con inclinación a las letras y las artes, allí solamente puede encontrarlas reunidas, porque allí solamente estaban los grandes talentos, los ingenios fecundos, y los espíritus de mayores luces, que en fin Madrid era el paraíso de la España.

Un anciano que estaba allí dijo fríamente: «yo he estado muchas veces en Madrid, y lo que he visto es muchos cortesanos frívolos y corrompidos, que se burlan grandemente de los provincianos bisoños que los van a admirar. Confieso que en todos los grandes pueblos, donde hay más hombres y caudales, el exterior debe ser más lucido, la instrucción más extendida, y el estilo más culto, que deben conocerse mejor las leyes de los usos, y los caprichos de las modas, en fin, que los que allí viven, deben saber mejor lo que se llama ciencia del mundo, que no un pequeño número de ciudadanos que no sale de su rincón y vive encerrado en la corta esfera de una ciudad, sin pensar más que en su familia y en los afanes de una fortuna moderada, que apenas le puede dar una subsistencia suficiente». [...]

Estando en esto entraron otras visitas, y se mudó de discurso; pero ya el golpe dado por el primero de los que hablaron, había hecho

grande impresión en el corazón de Marcelo. Desde aquel instante se le levantó un deseo de ir a Madrid. Muchos días estuvo perplejo, y sin decidirse; pero habiendo sido vencido por su imaginación, y por el anhelo de contentar su curiosidad, fue a proponer su pensamiento a Martina. Ésta, que no amaba más que las ocupaciones de su estado, y que no pensaba sino en la crianza de sus hijos, procuró disuadirle, diciéndole que, pues eran tan felices en su país, y que tenían bastante con que divertirse en su propia casa, qué necesidades tenían de ir a buscar ni placeres, ni aventuras.

— Pero Martina, la decía Marcelo, nosotros somos jóvenes, ya tenemos dos hijos, y el cielo nos ha dado bienes de sobra, ¿qué mal haremos en divertirnos un poco en ver estas fiestas, y conocer a Madrid?

— ¿Pero no has oído el otro día a aquel anciano tan sensato, que nos decía el riesgo de corromperse en esos grandes mundos?

— Eso es bueno para los jóvenes, inexpertos, la decía Marcelo, para los que no están radicados en los principios de virtud; pero tú y yo hemos pasado la edad de las ilusiones, tenemos hijos: yo tengo la ventaja de tener por esposa la mujer que adoro, no hay hermosura en la tierra que pueda robarte la menor de mis aficiones, ¿qué riesgo pues puedes temer?

— No temo ninguno; pero pues estamos tan bien, me parece inútil y ridículo dejar lo cierto por lo que no es seguro. ¿Qué pueden añadir a tu felicidad las fiestas que pasan, y un Madrid en que no has de vivir?

— Pero quedan recuerdos, se hacen amigos, y en fin, en Madrid, como en todas partes, se puede vivir, como vivimos aquí; esto es, con moderación, y divirtiéndose con el cuidado de no abandonarse a la disipación, ni al remordimiento. [...]

Su designio era acostumbrarle poco a poco a estas conversaciones perniciosas, y familiarizarle con los principios pervertidos para prepararle el golpe de teatro que le prevenía. El marqués tenía una amiga, que después de haber servido de objeto a su corrupción, era entonces por su rara hermosura, por sus muchas gracias y su inaudita astucia, el instrumento de que se valía para reparar por su medio todos los menoscabos que le habían causado sus desórdenes: era el móvil con que lograba todas sus astucias. Esta mujer extraordinaria no tenía más que veinte años, pasaba por viuda, y debió a la naturaleza todos los medios de seducción, que el trato de las gentes

habían perfeccionado. Lo más peligroso en ella era que tenía el arte de esconderlos, que sabía afectar un aire de sencillez, un tono de candor y de ingenuidad, que engañaba a los más diestros. Cuando quería, sus dos ojos negros y grandes, acostumbrados a todo el arte con que el amor inflama los corazones, eran dos hechizos a que no se podía resistir. Su tez era tan limpia como blanca, y fuera de otros muchos encantos, sabía dar a sus palabras un halago tan dulce, un interés tan vivo, que no era fácil desprenderse de ella, cuando determinaba apoderarse de un corazón.

El marqués concibió que una mujer de esta especie debía ser un escollo muy peligroso para el ardiente, inexperto y cándido corazón de Marcelo; porque la artificiosa Cipriana, como una sirena seductora, sabía dar a las expresiones más indiferentes todo el interés y el atractivo del amor: sabía afectar una sensibilidad exquisita, una delicadeza tierna y, al mismo tiempo, una ingenuidad, un candor y una tan noble sencillez, que parecía que un niño la podía engañar. y no dudó de que el alma nueva, sencilla y crédula de Marcelo no se enredase entre redes que le serían tan bien tendidas. Después de haberla instruido de su proyecto, después de haberla explicado el carácter fácil y las demás circunstancias del recién venido, y de haberse concertado con ella sobre lo que debían hacer, el marqués empezó a poner en planta su designio. Una tarde de verano se salió a pasear con Marcelo a las orillas del Manzanares. Con pretexto de hacer ejercicio, dejando el coche, echaron pie a tierra y, gobernando el marqués la acción, dirigieron sus pasos hacia los parajes más solitarios; pero todo esto tenía su designio particular. [...]

Eugenio de Tapia

Nació Eugenio de Tapia en Avila en 1776 y murió en Madrid el año 1860. Se dedicó a la política, llegando a ser diputado en Cortes y miembro de la comisión encargada de redactar el Código Civil, como jurisconsulto que era. Dirigió la Biblioteca Nacional entre los años 1840- 1847, y dejó un gran número de obras de carácter jurídico y literario. En este campo, publicó en 1807 una obra de tono costumbrista titulada Viaje de un curioso por Madrid, en dos volúmenes.

Con Eugenio de Tapia y su novela Los cortesanos y la revolución nos encontramos ante uno de los primeros intentos, si no el primero, de convertir a Madrid en materia literaria. El autor desarrolla su historia en un Madrid cambiante políticamente, en el que los funcionarios han de estar al tanto de los cambios en el gabinete para que no les arrastren las diferentes caídas. Pinta la vida del cesante, personaje característico de gran parte de la narrativa decimonónica, y para ello alterna la Historia con la narración novelesca, en un intento no siempre logrado de integrar ambos contenidos. Sin embargo, a diferencia de otros que después de él escribieron, consigue mejores resultados. Tapia se vale del Romanticismo, ya sea en su dimensión menos intensa o ya mediante su ironía, para hacernos llegar de modo sentimental las situaciones de los personajes que intentan vivir o sobrevivir en medio de las alteraciones políticas.

Como sucederá en otros relatos, el autor tiene un interés especial por fijar detalladamente los hechos políticos. Parece que, desde el punto de vista literario, la verdad histórica quisiera hacer más



verosímil la ficción narrativa y, desde el punto de vista de la política, que ésta se sirve de la literatura para dejar constancia emocionada, sentimental, de cómo se desarrollaron los hechos en la realidad; forma más adecuada para convertirse en memoria que el relato histórico. Así, pasan por sus páginas, como después por las de Villergas, Ayguals, Salas y otros, escenas del cólera de 1834, la firma de la Constitución por la reina, el Estatuto y demás hitos importantes de aquella controvertida época.

Por otro lado, y aunque Tapia se apoye en cierta estética romántica para trazar las relaciones entre los personajes, no debemos olvidar que está educado en la cultura del siglo ilustrado y ello se deja ver en su novela. Don Joaquín, el joven hijo del protagonista, es un jurista idealista, recto, que hace honor a los principios inculcados por el ideario ilustrado de autores como Jovellanos o Meléndez Valdés, ambos escritores y hombres de leyes que ocuparon, como el mismo Tapia, lugares destacados en la política y la administración españolas del siglo XVIII.

En Los cortesanos y la revolución el autor retrata, por tanto, personajes y tipos del Madrid romántico y revolucionario de los años treinta, pero la ciudad, sus lugares, no ocupa el papel destacado que tiene en los folletines de Ayguals y Villergas, sino que calles, cafés, etc. están en un segundo plano. Pero sí es posible encontrar en su novela el desarrollo y la función que determinados elementos modernos tenían ya en los años treinta en Madrid. Me refiero al papel que jugaron los periódicos y los cafés en la difusión de ideas y como instrumentos de debate ideológico y agitación social. El protagonista, por ejemplo, tras la apertura de las Cortes, va al café a conocer el ambiente; y el mismo personaje, intentando mejorar su suerte mediante el periódico, es decir, escribiendo en él, le sirve a Tapia para mostrarnos uno de los habituales caminos que recorrían desde el periódico quienes querían darse a conocer en el mundo político del momento y para ofrecernos un retrato de cómo era este negocio, qué fundamento y difusión tenía y cuáles eran los medios que se utilizaban para lograr el éxito periodístico. La influencia francesa en este sentido es patente, estando como estaban los mecanismos de difusión más desarrollados en aquel país.

Eugenio de Tapia tiene calidades novelísticas, aunque no las desarrolle, estrangulado como se encuentra generalmente por dejar memoria verdadera de los hechos políticos recientes. Tapia resuelve en



su obra, sin embargo, más felizmente que otros colegas suyos, esa necesaria implicación que se da en la narrativa de la primera mitad del siglo XIX entre el discurso histórico y doctrinal, y la estructura ficticia cuajada de elementos procedentes del cuadro costumbrista.

La novela se revelaba como el género más a propósito para ofrecer la actualidad, y se escribió novela de costumbres contemporáneas, novela política, en tanto que se evidenciaba el compromiso del autor en ella.





Los cortesanos y la revolución

(1838)

Primera parte

Hacía nueve años, poco más o menos, que don Pantaleón Melero servía al monarca absoluto don Fernando VII en uno de los mejores destinos de la Corte, trabajando poco, disfrutando una gran renta, y esperando un ministerio por premio de su fidelidad.

La muerte del Rey vino en mala hora a refrenar las miras ambiciosas de aquel cortesano sagaz y astuto, a quien no se ocultaban las grandes alteraciones que habían de seguir a este acontecimiento. Algo le tranquilizó, sin embargo, el ofrecimiento que hizo el gobierno a la nación de no alterar las instituciones políticas, limitándose a promover las reformas necesarias en la administración interior. Este fue el sistema favorito del señor Cea, llamado impropia-mente *despotismo ilustrado*; porque los déspotas son enemigos de la ilustración, como contraria a su tiránico dominio.

Don Pantaleón se declaró partidario acérrimo de aquel iluminado despotismo, poniendo en las nubes al *primer* Ministro, que como un ángel tutelar nos preservaba de la revolución; pero este ángel cayó despeñado, como otros muchos, de la gloria palaciega, y con tan estrepitosa caída todo mudó de aspecto. La cuestión reducida hasta entonces al derecho de sucesión entre Isabel II y don Carlos, se hizo también cuestión de principios políticos; y don Pantaleón, que veía esta mudanza, impacientábase al considerar cuán poco habían de valerle sus anteriores servicios.

Resignóse no obstante a obedecer y jurar el Estatuto Real, con la



esperanza de ser nombrado ilustre prócer, para lo cual hizo las más exquisitas diligencias; pero, habiéndole salido fallida esta esperanza, se declaró anti-estatutista. Verdad es que usando en esto, como en todas sus cosas, de gran cautela, sólo murmuraba de aquella ley fundamental con sus más íntimos amigos, y en especial con su mujer, señora muy preciada de noble y discreta, aunque en realidad su entendimiento no era de subidos quilates.

Un día que los consortes hablaban a solas del estado político del reino, dijo don Pantaleón a su esposa.

— No hay remedio, se ha abierto la puerta a la revolución, y volveremos a la constitución del año 12. ¡Oh Cea previsor!, ¡qué bien conocías la España! El Estatuto va a morir pronto.

— Que muera, replicó doña Irene (que este era el nombre de la señora), no le llorarán mis ojos. Al principio me pareció bien, y me lisonjeaba con la esperanza de ser *Prócer*; pero no tardé en desengañarme, y dije: esto no dura, se deshace como la sal en el agua, porque no se trata de premiar el verdadero mérito. ¿Quién ha defendido mejor que tú el derecho de sucesión directa contra las pretensiones de don Carlos? Dígalo si no don Simplicio Pantoja, nuestro antiguo amigo, con quien reñiste porque defendía con tenacidad los derechos del infante.

— Y a la verdad que hice muy mal en reñir por eso, acalorándome neciamente contra mi costumbre. Ahora me pesa: ¿qué he adelantado con tanto celo? Quedarme como estaba, y perder un amigo, hacendado rico, con cuya hija pudiera haberse casado nuestro Joaquín, según teníamos pensado.

— Muy acertadamente, porque la chica tiene más de quince mil duros de dote. Verdad es que nuestro hijo no mostraba grande inclinación a esta boda; pero con el tiempo se hubiera apasionado de la muchacha. Obtenida su mano, tenía asegurado para siempre un buen pasar, y no que ahora es un mero pretendiente.

— También me han desairado en este punto. Yo contaba con una toga para él; pero el ministro dice que no basta el simple título de abogado: que espere hasta contraer más méritos, como si no fueran suficientes diez años de carrera, y un capital gastado en ella. Está visto; no adelantaremos nada con el Estatuto. Veremos si esto varía: la guerra se va encendiendo más y más en las provincias vascongadas; observaremos, y según lo que vayan dando de sí los sucesos, seguiremos el rumbo que mejor nos convenga.

En este estado de fluctuación siguió el cortesano, mientras se hacían las elecciones de procuradores para las nuevas Cortes, que habían de juntarse el 24 de julio. Antes de llegar este día memorable sucedió un terrible fracaso que cubrió de luto la capital de la Monarquía. Declaróse en ella la enfermedad reinante conocida con el nombre aterrador de cólera morbo; y la Reina gobernadora salió para La Granja con sus dos augustas hijas. Bien hubiera querido hacer lo mismo don Pantaleón; pero no obtuvo permiso, y por no perder su destino hubo de quedarse en Madrid con su familia.

Presentaba la capital a mediados de julio el cuadro más espantoso: el mal corriendo de un barrio a otro, como el ángel exterminador, se llevaba millares de víctimas al sepulcro. Los funestos carros cargados de cadáveres de ambos sexos, de todas edades y condiciones, corrían de día y noche las calles en vez de aquellos ostentosos coches donde antes brillaban las lozanas bellezas. Dentro de las casas no se oía más que el penetrante alarido de los pacientes, y los sollozos de su angustiada familia: las pocas gentes que transitaban por las calles iban despavoridas y silenciosas, temiendo aspirar en cada resuello el sople de la muerte.

Los ministros del altar discurrían por todas partes a prestar los auxilios espirituales sin aparato, sin el fúnebre sonido de la campanilla, con la dignidad correspondiente a su ministerio, pero con el terror que interiormente helaba todos los corazones. El tímido egoísta se retraía en el fondo de su casa, sin acudir al socorro de sus semejantes, cercado de cloruro y aromas; pero entre ellos circulaba el germen mortífero, que venía a burlarse de sus inútiles precauciones. El ciudadano útil, animado de celo religioso, se asociaba a una de las diputaciones de barrio, contribuía con sus recursos pecuniarios para el sustento de los enfermos pobres, y aun arriesgaba su persona, acudiendo allá donde la necesidad le llamaba.

En medio de este lastimoso espectáculo la plebe enfurecida, y excitada por pérfidas sugerencias, atribuía la asoladora enfermedad a envenenamiento, haciendo autores de él a los frailes. Validos de este infernal pretexto, numerosos grupos de malvados, ansiosos de entregarse al pillaje, corrieron armados a San Isidro, a San Francisco el Grande y otros conventos, donde robaron hasta las cosas más sagradas, y cobardemente asesinaron a muchos religiosos pacíficos. Increíble parece que en un pueblo cristiano, cuando los horribles estragos de la enfermedad deberían tener compungidos todos los

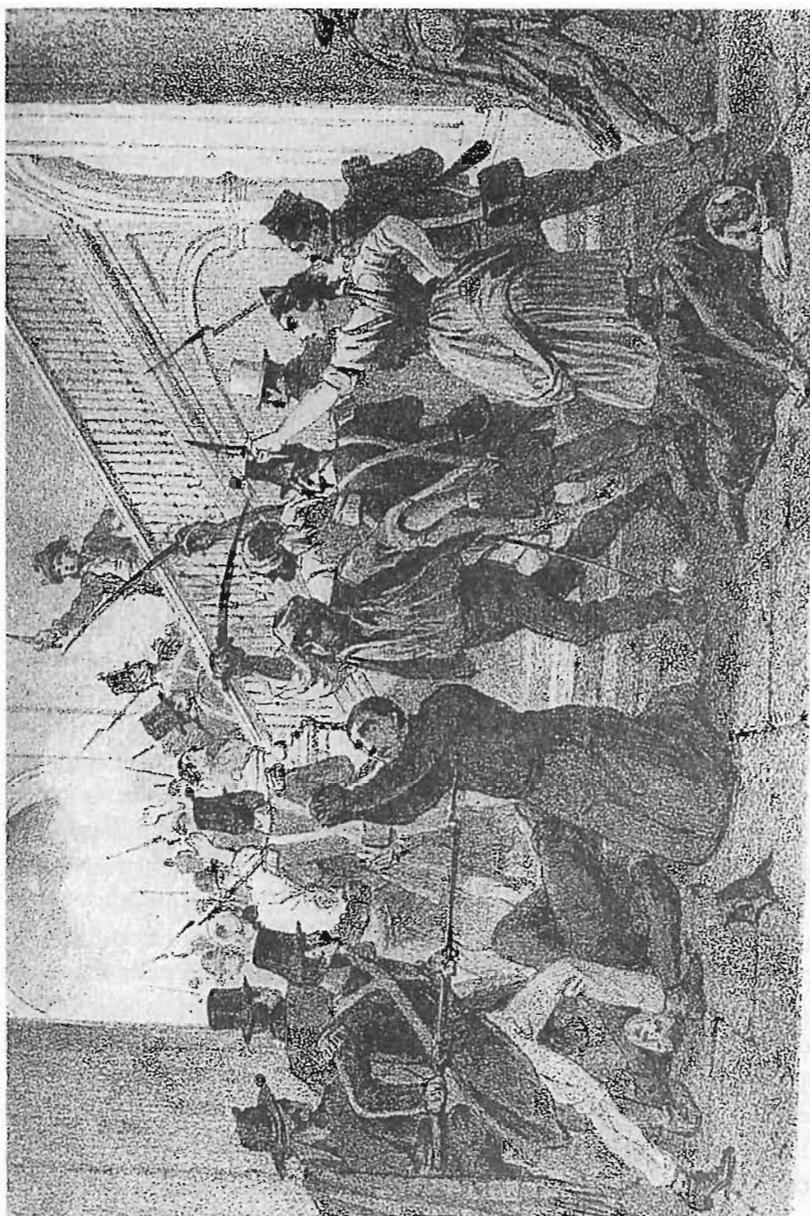
ánimos. hubiese gentes tan desalmadas y feroces, que en vez de dirigir al cielo fervorosas plegarias, se armasen del puñal para clavarle inhumanamente en pechos indefensos. Esta catástrofe espantosa acrecentó, como era natural, la intensidad del cólera; porque, difundiendo el terror en todas las clases de la sociedad, no hubo persona honrada que dejara de conmoverse y afligirse.

El egoísta don Pantaleón se aisló en su casa, y tuvo la buena suerte de salvarse, igualmente que su mujer; mas no así su hijo don Joaquín, que, animado de un celo ardiente, acudía al auxilio de sus amigos, y otras personas enfermas. Esta fatiga, y más que todo la indignación que sintió al saber el asesinato de los frailes, le predispuso para contraer la enfermedad; pero afortunadamente ésta no se presentó con los peores síntomas; y, habiéndose acudido a tiempo con oportunos medicamentos, en menos de quince días se hallaba don Joaquín en estado de convalecencia. [...]

CAPÍTULO VI

Seguía con la lentitud que generalmente se acostumbra en España la causa formada por indicios de conspiración a don Simplicio y otros conocidos suyos, a uno de los cuales se había cogido una correspondencia sospechosa. La sustanciación del proceso duró nueve meses por haber tenido que evacuarse muchas citas, durante cuyo tiempo no cesaron los altercados entre Emilia y don Joaquín; porque éste no dejaba de visitar a Leonor, y su padre atizaba la discordia con anónimos, de tiempo en tiempo.

Con esto se exasperaba Emilia cada día más, hasta que convencida de no ser posible domar la inflexibilidad de su amante con lágrimas, amenazas ni ruegos, determinó en un acceso de cólera atormentarle con celos, valiéndose para ello de un capitán amigo de su padre, llamado don Nicolás Tremebundo, que había venido a Madrid con licencia, y la miraba con particular predilección. Este artificio que para cualquiera señorita delicada y pundonorosa hubiera sido muy repugnante, no lo era tanto para Emilia, que con todo su romanticismo, su amor ardiente y acrisolada fidelidad, tenía sus puntas y collares de coqueta, lo cual no es incompatible en la escuela moderna. [...]



Madrid. - Matanza de frailes en 1834.

Matanza de frailes en 1834, fondo E. Casariego, MMM. Inv. 18438

De allí a tres semanas se decidió favorablemente la causa de don Simplicio, quien fue absuelto por no haber resultado contra él cargo alguno justificado, y se volvió tranquilamente a su casa con extraordinario regocijo de Leonor. El padre no estaba menos agradecido que la hija a don Joaquín por sus buenos oficios, deseando los dos darle pruebas de su gratitud, y encareciendo a cual más su mérito cuando hablaban de él con don Pantaleón. Sin embargo de tantas finezas, don Joaquín dejó de frecuentar la casa de Leonor por cumplir la palabra que había dado a Emilia; y ésta, satisfecha de la conducta de su amante, se reconcilió enteramente con él, dándole cada día nuevos testimonios de su acendrado amor. Don Pantaleón, sabedor de todo esto, se cansó de escribir anónimos viendo el poco fruto que había sacado de ellos, y se dio a discurrir otro medio más eficaz para conseguir su designio.

Mientras los dos amantes, más unidos que nunca se entregaban a sus placenteras ilusiones formando proyectos de futura felicidad, la gente del movimiento rápido que había de anonadar el Estatuto, progresaba en las provincias fomentando el desorden y las bullangas. Atizaba el fuego desde la Corte con otros asociados el agitador don Serapio, que andaba ya muy erguido y gozoso viendo acercarse el día de su triunfo. Partícipe de estas tenebrosas maquinaciones era el capitán Tremebundo, que ya contaba con la plaza de coronel, esperando también desbancar a don Joaquín, de grado o por fuerza. Este, aunque deseaba ver el Estatuto convertido en una formal Constitución monárquica, desaprobaba altamente los movimientos populares, deseando que aquello se hiciese por medios legales; pensamiento propio de un sensato jurisconsulto. Esta legalidad desagradaba mucho a don Serapio, que de la Constitución pensaba saltar a la República por medio de otra convulsión; y, como ya don Joaquín no podía servirle sino de estorbo para sus ulteriores planes, empezó a tratarle con cierto desabrimiento, a lo cual contribuía no poco el capitán Tremebundo, zahiriendo al abogado siempre que hablaban de él, y tachándole con los ridículos apodos de *retrógrado*, *estatutero* y *aristócrata*.

El ministerio que a la sazón gobernaba hizo todos los esfuerzos posibles para conjurar la tormenta; pero ésta había tomado ya sobrado cuerpo, y no fue posible contener el golpe. Estalló con furia la revolución en varios puntos proclamando la Constitución del año 12, y últimamente se declaró con síntomas terribles en La Granja.

Los sucesos ocurridos en este Sitio Real irritaron el ánimo de don Joaquín en términos que donde quiera declamaba contra ellos fuertemente; y habiendo tenido sobre el particular una acalorada disputa con el padre de Emilia, éste se propasó de tal suerte que después de haberle insultado, le prohibió la entrada en su casa. Para guardar bien a Emilia, e impedirle el trato con don Joaquín, buscó al punto un ama de gobierno; y habiéndola encontrado cual podía convenirle, le encargó la custodia de su hija. [...]

CAPÍTULO X

Al siguiente día recibió don Pantaleón Melero el oficio de su destitución, con una esquila de un dependiente del Ministerio en que le participaba la visita de don Serapio, infiriendo ser éste el autor de su desgracia. Al verse cesante el director, prorrumpió en tan sentidas exclamaciones, que su mujer y su hijo entraron asustados en el despacho, creyendo que le hubiese acontecido algún desmán.

— ¿Qué es esto, padre?, preguntó don Joaquín: ¿qué siente V.?

— Toma ese oficio y esa esquila, lee, y sabrás lo que siento. Leyó en voz alta don Joaquín, y apenas hubo acabado cuando doña Irene enfurecida empezó a declamar contra el Ministro, contra la Constitución, y todos los liberales, pasados, presentes y futuros. Don Pantaleón temiendo que fuesen oídas las imprecaciones de su mujer, dijo con voz angustiada:

— Calla, por la Virgen: no echés la sogá tras el caldero. Considera que aún me queda el sueldo de cesante, y me le quitarán si no tenemos discreción.

Volviéndose luego a su hijo, añadió:

— Ya ves qué perfidia: no en vano te aconsejaba que renunciases al trato de don Serapio Lobo.

— Lobo es propiamente, repuso doña Irene, con lágrimas en los ojos, lobo traidor y rapaz; pero también llegará el tiempo en que lleve su merecido. Buena será la hija de tal padre: Joaquín, si vuelves a poner los pies en su casa, no cuentes jamás con el amor de tu madre.

— Yo prometo a V., repuso don Joaquín, que no volveré a tratar semejante familia. ¡Malvado! ¡Qué corazón tan vengativo tiene! ¿Y por qué, habiendo reñido conmigo, ha de ser mi padre el blanco de

su encono? Me horroriza semejante conducta. ¡Oh corte engañosa! No en vano han declamado tantos escritores contra la falacia que en ti se encierra. Este hombre se fingió constitucional moderado mientras rigió el Estatuto, encareciéndome el sistema político de Inglaterra, al cual me veía tan inclinado. Entonces le convenía hacer este papel para alucinar, y urdir más a salvo sus tramas. Así es que declarada la revolución se quitó la máscara, y empezó a propagar públicamente sus principios anárquicos. No es la Constitución del año 12 lo que él quiere, sino el desorden, un simulacro de República para obtener el mando.

— ¡Sueños de un delirante! exclamó don Pantaleón. ¡República en España! Dejadle que corra impetuosamente al precipicio. Él se estrellará, y quedará vengado: éste es el consuelo que me resta. Tú, hijo mío, observa mejor a los hombres, y no te fíes de ninguno hasta que le tengas bien tratado: muchos con la capa de moderación y cortesanía abrigan un corazón perverso. Vive, si puedes, con independencia, dedícate con empeño a las tareas del foro; no pretendas destinos: ya ves la inestabilidad y el poco valor que tienen en el día. [...]

CAPÍTULO XI

En aquel mismo día encontró don Serapio en la calle al poeta don Eduardo que venía de su casa, y, llevándole a un café inmediato, donde había una pieza excusada que servía de punto de reunión a varios patriotas de puñal y garrote, entabló en él el siguiente coloquio, sin testigo alguno que los incomodase.

— Esto va muy mal, señor don Eduardo: el pretendiente se acerca a Madrid, y aquí va a estallar una revolución, la verdadera, la única que nos conviene. Se establecerá un gobierno enteramente popular; estos ineptos ministros caerán, y V. podrá ocupar una de sus sillas escribiendo ahora algunos artículos furibundos, cual exige nuestra situación.

Sorprendióse don Eduardo, y aún se horrorizó al oír tales blasfemias políticas; pero disimulando cuanto pudo, le contestó:

— ¡Yo escribir prosa, humilde prosa! ¡Qué mal me conoce V. ! Los que vivimos en las regiones ideales de la fantasía, no descendemos a esas polémicas vulgares y prosaicas de los periodistas: a más



de que esa popularidad que V. quiere sentar en el solio, es antiromántica, y contraria a los recuerdos de la Edad Media.

— De ese modo V. es un aristócrata.

— Yo soy poeta, y nada más.

— Pues señor, ahora veo con evidencia que los poetas son locos; y diciendo esto salió como un rayo del café para su casa, dejando solo a don Eduardo. [...]

CAPÍTULO XII

El Pretendiente llegó con felicidad a la esclarecida corte de Arganda, desde donde salió su vanguardia mandada por el *piadoso* Cabrera para conquistar a Madrid, pero los madrileños, que no han aprendido en Oñate los principios de la obediencia pasiva, empuñaron con denuedo las armas; y los siervos del señor hubieron de quedarse por esos cerros, mirando por detrás de las tapias los árboles del Retiro, como don Quijote veía tras de las bardas del corral el manteamiento de Sancho sin poder socorrerle.

Con la llegada a Alcalá del bizarro Espartero se desvanecieron como el humo aquellos atrevidos pensamientos de conquista; y desapareciendo repentinamente los defensores de la fe, y consumidores de los vinos de Arganda, tomaron el trote a Guadalajara. Acosados allí por el esforzado ejército que los perseguía, retrocedieron a la Alcarria, y en las inmediaciones de Aranzueque les dieron tal zurra los soldados constitucionales, que no quedó títere con cabeza. Dispersos y arrollados, los unos fueron a esconder su humillación en Cantavieja; y los otros, llevando al asendereado Rey a mata-caballo, no pararon hasta trasponer el Ebro.

Poco tiempo después de esta zarabanda volvió a Madrid don Simplicio, muy alicaído, con su hija Leonor; y en la visita que le hizo don Pantaleón al día siguiente de su llegada, se explicó en los términos siguientes.

— ¡Buen viaje hemos echado! Aquí pega bien aquel refrán, ir por lana, etc. Todo nuestro gozo en un pozo. Vengo robado, amigo mío, y arrepentido de haber sido tan necio hasta el día. Poco después de mi llegada al lugar, entró don Carlos en Arganda, y determiné ir a besarle la mano. Fui de casaca y espadín, a estilo de corte, y se rieron



muy bien de mí los argandeños. Tuve que esperar a que llegase el día de besamanos general, que fue brillante como función casera. Vime confundido en una sala no muy decente con una multitud de paletos: salió S.M., que por cierto estaba muy flaco, y dándonos a besar la mano por turno con mucha gravedad, nos hizo un saludo con la cabeza, y nada más.

“Me quedé más frío que la nieve; porque había ido con ánimo de hablar al Rey largamente, esperando que me recibiría con los brazos abiertos; pero al verme allí con la turba multa de patanes, clérigos, y oficiales pinos del ejército carlista, me quedé mudo como una estatua.

“Acabado el besamanos me echaron de allí con toda la caterva, como si fuésemos una manada de borregos; y no volví a acercarme al Rey, porque siempre le tenían rodeado aquellos satélites, que le llevaban de una parte a otra hecho un zarandillo. Hubo novillos, repique de campanas, cohetes, bailes, borracheras, eso sí, mucho. ¡Cuántas cubas quedaron vacías! [...]

Segunda parte

CAPÍTULO I

El que haya leído la primera parte de esta novela, se acordará que dejé a D. Serapio Lobo y a su hija Emilia en un lugar de Andalucía, donde tenían parientes y alguna hacienda. Allí se agazapó el patriota esperando el resultado de las elecciones, que debían hacerse de diputados y senadores para las nuevas cortes, con arreglo a la Constitución del año de 1837, y a la ley electoral que de ella emanaba.

Entretanto se ocupaba Lobo en ajustar ciertas diferencias suscitadas entre él y un pariente suyo sobre intereses; porque éste, más apegado a su codicia que a los vínculos del parentesco, había manejado con poca pureza la administración de los bienes, que el primero le había confiado durante su ausencia. Largos debates tuvieron sobre esta materia espinosa, en que de una y otra parte se dispararon amargas injurias con oprobio del linaje lobuno, pero el malaventurado político, por evitar un litigio ruinoso, tuvo que hacer



con su infiel pariente una menguada transacción, en que salió notablemente perjudicado.

Este desagradable suceso, harto común en la tierra, que por tales sinrazones se ha llamado con propiedad valle de lágrimas; los bandos en que estaba dividido el lugar donde había tirios y troyanos, quiero decir, blancos y negros; y, más que todo, el desaire que sufría D. Serapio de sus compatriotas por verle desatendido, sin empleo ni consideración, le tenían disgustado y aburrido en el pueblo.

La desventurada Emilia aún estaba más descontenta y pesarosa que su padre, porque, además de las plagas morales y físicas del rústico lugar, tenía clavados en su corazón los tristes recuerdos de sus malogrados amores. Habíanle hecho éstos perder su antigua afición a la lectura de novelas; y sólo ocupaba los ratos ociosos en cultivar flores y bordar juguetes en cañamazo.

Sentábase a veces bajo un verde y frondoso emparrado, en medio del cual deleitaba la vista y el oído un cristalino surtidor, cuyas aguas iban a regar los rojos claveles y las candidas azucenas. Para un alma tranquila hubiera sido éste un sitio de plácido recreo; mas para quien tiene clavado en su pecho el dardo de la desventura, los parajes deliciosos no hacen más que dar pábulo a la fiebre lenta de la melancolía.

Advertía con sentimiento D. Serapio la profunda tristeza de su hija, y sólo aguardaba el desenlace de los asuntos políticos, y una coyuntura favorable a sus negocios domésticos, para tomar una resolución definitiva; lo cual no tardó mucho en verificarse. Hiciéronse las elecciones de senadores y diputados; y viendo aquél frustradas sus esperanzas, entró en cuentas consigo mismo. Hallábase a la edad de 50 años, sin destino, con una hija casadera, sin otro patrimonio que su escasa hacienda, y el sueldo de cesante, mal pagado, y dijo para sí: «estoy perdido si no mudo de conducta; no saldré de este mísero estado de cesante; lo pasaremos con estrechez; mi hija no encontrará novio por falta de dote en estos malaventurados tiempos... ¿Y qué han hecho por mí los ministros de la época anterior? ¿Por ventura tengo que agradecerles algo? ¡Egoístas! Nada me dieron. Por otra parte, ¿qué importa variar de política cuando se trata de medrar?».

¡Oh magia poderosa de los empleos!, ¡qué transformaciones haces tan repentinas y tan extrañas! Tú conviertes en corderos los lobos; por ti se han humillado muchas veces los sabios ante un



zoquete convertido en ministro. Por ti reniega ahora D. Serapio, como otros muchos, y abandona su antigua opinión por seguir otra nueva. Verdad es que si le examinamos bien, hallaremos que no profesaba doctrina alguna por convencimiento sino por interés propio, y que para él no había más patria que la despensa de su casa, pues su mayor deleite era comer bien y regalarse.

Resuelta ya por D. Serapio su conversión política, trató de buscar el medio más oportuno para hacerla pública y congraciarse con el nuevo ministerio. Pareciéndole que la imprenta era el vehículo más a propósito para presentar con dignidad la abjuración de sus antiguas opiniones, y la declaración de su nuevo *programa* (hablando en culto), concibió el alto designio de entrarse de rondón en la república periodística donde esperaba coger a manos llenas laureles, emolumentos, y después un honroso y lucrativo destino.

Tomada tan heroica resolución, dio cuenta D. Serapio a Emilia de su apostasía, añadiendo ser su designio vender la hacienda, trasladarse a Madrid, y adular de palabra y por escrito al partido que dominaba. La sentimental doncella, fastidiada del lugar, recibió con suma complacencia la noticia de su traslación a Madrid, aprobándola en los términos más encarecidos; pero en cuanto a manifestar su padre por escrito opiniones políticas tan contrarias a las que antes había profesado, parecióle un paso violento que podía comprometerle en reñidas contiendas. Así se lo manifestó con amabilidad; y D. Serapio, con la desfachatez y petulancia que le caracterizaban, contestó en los términos siguientes.

— No temas, hija mía: estas mudanzas políticas son muy comunes: nadie las extraña. Sujetos hay de alta categoría y reputación, que desde principios de este siglo están sirviendo y adulando a todo linaje de gobiernos con mucha honra y mayor provecho. En este siglo *positivo*, en que según dice un profundo escritor predominan los *intereses materiales* de la sociedad, no se extraña que un hombre sea hoy republicano, y mañana absolutista. Además de que yo haré la transición discretamente, y si algunos necios me echen en cara mi transformación política, haré lo que D. Hermógenes, esto es, tomaré un polvo, y volviéndoles la espalda les diré: gente ignorante, canalla infeliz.

Diose por satisfecha Emilia, porque deseaba con ansia volver a Madrid, y en consecuencia rogó a su padre que procurase vender cuanto antes la hacienda.

Era esto más difícil que la empresa de convertirse en escritor

público; porque los trastornos de la guerra habían empobrecido a la mayor parte de los habitantes del pueblo: sólo quedaban tres o cuatro ricachos, pero éstos eran unos desalmados judíos, que, conociendo la necesidad de D. Serapio, querían quedarse con la hacienda por un pedazo de pan, como suele decirse. El que más gana tenía de ella era el pariente de D. Serapio pero, estando los dos reñidos, era muy difícil que se aviniesen. Afortunadamente medió para ello una tercera persona; y después de muchas idas y venidas, de varias propuestas y pujas, se convinieron en la venta por la moderada cantidad de cuatro mil pesos, que habían de pagarse en tres plazos de seis meses cada uno, siendo el primero adelantado.

Realizado el contrato, se hicieron al punto los preparativos del viaje; vendiéronse en bajo precio todos los muebles, se acomodó la ropa en dos grandes baúles, y alquiláronse las correspondientes caballerías para trasladarse a Córdoba, donde se juntaba un gran convoy, que debía ir escoltado a Madrid por temor del tártaro Palillos, que tenía aterrada la Mancha.

Despidiéronse D. Serapio y su hija de los pocos amigos que tenían en el pueblo: nadie sintió su partida, porque sus pensamientos, hábitos y costumbres estaban en contradicción con los del lugar; y una mañana, a tiempo que la aurora rayaba en el oriente, salió la afectuosa Emilia montada clásicamente en un macho, su padre en otro, y los baúles en un tercero. Servíales de conductor y espolista un mozo robusto y decididor, que en todo el camino hasta Córdoba no dejó de charlar y disparar chistes agitanados con su pronunciación gutural, heredada de los abencerrajes. Habíanse juntado en aquella ciudad una mensajería *acelerada*, seis galeras, algunos otros carros y hasta cien caballerías mayores y menores, que se ocupaban en el tráfico de aceite. Esta caravana debía salir dentro de dos días al abrigo de 80 caballos y unos 100 infantes de tropa, que venían a Madrid escoltando una conducta de dinero. D. Serapio, después de tomar dos asientos en la mensajería, que era el carruaje más decente, se hospedó con su hija en una fonda, donde paraban también una señora sevillana viuda de un rico asentista, con su doncella, y un juez de primera instancia, que en su séptima traslación pasaba del mediodía al norte. Estos habían también tomado asientos en la mensajería; y como unos y otros se hospedaban en el mismo albergue, hicieron conocimiento desde el primer día, comieron juntos, y por la noche fueron al teatro, donde se hizo una mala comedia.



A las siete de la mañana del día siguiente debía salir el convoy, y los susodichos viajeros, después de haber dormido profundamente aquella noche, se levantaron a las seis, no sin gran sentimiento de la señora sevillana, acostumbrada a oír siempre las diez en el blando lecho. La mensajería paraba en una posada no lejos de la fonda, y allí tenían que ir los viajeros a montar. Los hombres tardaron poco en vestirse, y aguardaban con impaciencia a las señoras para tomar chocolate, y no faltar a la hora señalada. [...]

CAPÍTULO IV

Igual placer al que sienten las caravanas de los musulmanes cuando, después de atravesar los arenosos desiertos, encuentran un verde oasis con airosas palmas y aguas cristalinas, experimentaron nuestros viajeros a vista del frondoso Aranjuez, donde descansaron una noche entera después de tantas fatigas y penalidades.

Al día siguiente, aunque la jornada era un poco larga, hicieron todos un esfuerzo para entrar en Madrid, aunque fuese tarde. Verificóse así, y los viajeros llegaron felizmente dos días antes de abrirse las Cortes. D. Justo fue a parar a casa de un pariente suyo, que acababa de ser nombrado oficial de una de las secretarías del despacho. La viuda andaluza con su doncella se dirigió a una fonda, y en la misma se hospedaron también D. Serapio y su hija. La primera diligencia que hizo éste en la mañana siguiente al día de su llegada fue buscar una casa de huéspedes, donde pudieran alojarse los cuatro, y habiéndola encontrado a buen precio en uno de los sitios más centrales de Madrid, se trasladaron a ella aquel mismo día, habiendo dado aviso a D. Justo de la mudanza. Fue éste al punto a visitar a sus compañeras de viaje, y Emilia le recibió con grande agasajo. Lleno de gozo, ofreció acompañarlas mientras permaneciese en Madrid, y por supuesto fue admitida la propuesta con suma gratitud. D. Serapio se alegraba sobremanera notando la inclinación que a su hija mostraba D. Justo, considerando que por este medio pudiera aquella lograr una buena colocación, y él quedarse escueto para emparejar con la viuda, que no lo deseaba menos.

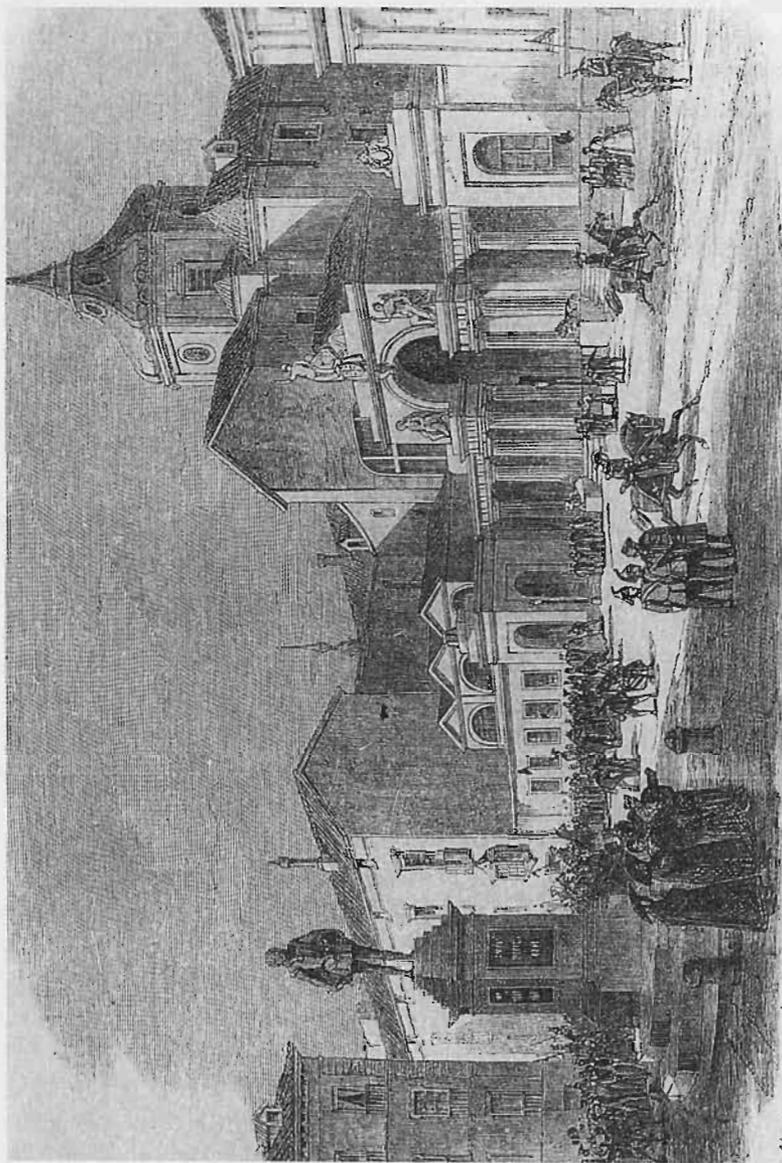
El día siguiente era el designado para la apertura de las Cortes, y D. Justo quedó en proporcionar billetes para disfrutar de tan grandioso espectáculo. Vino con ellos según había ofrecido, y sin

perder tiempo se dirigieron al salón de Cortes para tomar asientos, lo cual pudieron lograr a duras penas. La concurrencia era numerosísima, y muy lucida en las tribunas reservadas; allí ostentaban sus atractivos muchas señoras elegantemente vestidas, con quienes formaban agradable contraste el grave cuerpo diplomático, otros empleados de categoría, y muchos pisaverdes sin emplear con bigote, perilla y melenas. En la galería del pueblo, llena toda de bote en bote, había mucha agitación, y se oía un confuso rumor semejante al de las olas del mar poco después de una tormenta. ¡Terrible sitio de donde salen con frecuencia aquellas señales de desaprobación que acobardan a algunos oradores, y que hacen agitar la campanilla del presidente!

En la parte baja del salón se veían, ya paseando, ya formando grupos, mezclados los senadores con los diputados y ministros: brillaban allí grandes uniformes y grandes cruces, que excitaban la envidia del patriota D. Serapio, pues todo su republicanismo no había sido poderoso para preservarle del deseo de distinguirse, y ocupar un alto puesto en la aristocracia.

Anuncióse por fin la llegada de SS.MM. y salió a recibirlas la diputación nombrada al intento: a poco rato se dejó ver nuestra amada reina Isabel II, acompañada de su augusta madre y de los Señores Infantes. Ocuparon SS.MM. el trono y la Reina Gobernadora leyó con la amable dignidad que la distingue el discurso de apertura; concluido el cual resonaron en el salón los más vivos aplausos. Quedaron pues instaladas las Cortes, y los concurrentes se retiraron, unos rebosando alegría, otros taciturnos y macilentos, según sus diferentes opiniones.

Aquella noche fue D. Serapio a uno de los cafés más concurridos de gente moderada, y allí empezó a verter su nueva doctrina poniendo en las nubes la moderación y los diputados que seguían esta bandera, y anunciando a la patria los mayores bienes, y a los bolsillos de los empleados raudales de oro. Muchos le oían con la boca abierta, teniéndole por un Salomón, pues se explicaba con facilidad, aunque no tenía gran caudal de conocimientos. No faltaban allí algunos que conocían a D. Serapio, y le habían oído en otro tiempo doctrinas enteramente contrarias pero, engañados como unos simples, creían en la sinceridad de su conversión, y le tributaban elogios: ¡almas cándidas que no han perdido la gracia del bautismo!, miopes políticos que no distinguen a cuatro pasos los objetos.



Madrid. El primitivo Congreso. 1845.

El primitivo Congreso. 1845, fondo E. Casariego. MMM. Inv. 18342



Biblioteca Virtual

CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Comunidad de Madrid

Siguiendo D. Serapio su propósito de adular por escrito al partido dominante, fue al día siguiente a verse con un librero paisano suyo, por quien supo que iba a publicarse un periódico dirigido por D. Cándido Visiones, político transpirenaico, soñador de empréstitos y cooperaciones extranjeras. Buscó D. Serapio un empeño para él y valido de esta recomendación se presentó al señor D. Cándido con objeto de pedirle una plaza de redactor, que aún no estaba ocupada. Hiciéronse uno y otro personajes grandes cumplidos; y habiendo manifestado D. Serapio el motivo de su visita, le preguntó con gravedad el director del periódico:

— ¿Se ha dado usted a conocer por algunos escritos?

— Sí señor, respondió con firmeza D. Serapio: hallándome en Londres di a luz dos disertaciones en castellano, una sobre el comercio libre, y otra sobre las antiguas colonias de los griegos: ambas tuvieron grande aceptación, y se despacharon prontamente en América.

— ¿Qué ciencias ha cultivado usted?

— La economía política, y la *financiera*.

— Cabalmente me hacía falta un redactor para los artículos de *finanzas*, porque este estudio se halla muy atrasado en España.

— Así es en efecto: hay pocos que entiendan bien el complicado sistema del giro, la magia poderosa del crédito público, las operaciones de bolsa, el mecanismo de los empréstitos, y el intrincado laberinto de las contribuciones.

El director, que no entendía jota de semejantes materias, oyendo hablar a D. Serapio con tan descarada facundia, le tuvo por un prodigio de sabiduría, aunque no pudo menos de hacer la observación siguiente.

— Es mucho que, sabiendo usted tanto de esos agios y operaciones de bolsa, no haya imitado el ejemplo de algunos zánganos, que sin dinero ni instrucción se han enriquecido jugando a la alza y baja, y ahora se pasean por ahí como unos grandes señores llenos de orgullo y petulancia.

D. Serapio con una afectada sonrisa de satisfacción repuso:

— Algunos pesos he ganado con las especulaciones *bursátiles* y los derribos de conventos, y a decir verdad no necesito del periódico para subsistir más que medianamente, pero tengo grande afición a las letras, mucha adhesión al sistema actual, y quiero defender al Ministerio.

— Queda usted desde luego admitido, y se le dará una buena dotación después que haya escrito un par de artículos de *fondo*, que deberán servir de prueba. El pago será puntual, pues cuento con bastantes auxilios, y según mi cálculo será muy grande el número de suscripciones; porque el periódico abraza toda clase de materias, desde la simple anécdota y la *cotización de la bolsa*, hasta las cuestiones más sublimes de las ciencias exactas, de las morales y políticas, literatura y artes, arqueología, ideología y antropología. Será tal la afluencia de compradores que pienso destinar media docena de carros que vayan distribuyendo el periódico por todos los barrios de Madrid, avisando con una trompeta el conductor, según se práctica en Francia. Verá usted salir las gentes a los balcones y ventanas gritando a porfía, luego que oigan al trompetero, aquí un ejemplar número tantos, cuarto principal, 2.º, 3.º, 4.º, bohardilla, o lo que sea: se lo arrebatarán unos a otros, como el pan en una plaza sitiada. También destinaré algunos centenares de hombres que vayan por todas las calles de Madrid con carteles ambulantes a manera de casullas, según práctica de los países extranjeros; pues el tal director quería *extranjerizarlo* todo, hasta la redacción del periódico.

Dióle expresivas gracias D. Serapio por su admisión, y, aprobando cuanto el director proyectaba, se despidió quedando en volver al día siguiente, como lo verificó con su primer artículo. Reducíase este a presentar un cuadro lisonjero de la futura prosperidad que debían esperar los españoles del nuevo gabinete, y de la plenitud de recursos con que podía contarse, según los atinados cálculos del articulista. Pareció tan bien este primer escrito, que, sin aguardar al segundo, el director señaló a D. Serapio cincuenta duros mensuales, ofreciendo doblar la cuota si el trabajo posterior correspondiese a la primera muestra, y los productos del periódico dieran para tanto como esperaba.

No hizo D. Serapio su profesión de fe política impunemente, pues un periódico furibundo de la oposición le dio una carda sin piedad, llamándole *retrógrado, enemigo del pueblo soberano, venal, abyecto*, con otros requiebros de este jaez. Empero D. Serapio, valiente como un Cid, y desvergonzado como una verdulera, correspondió a su antagonista en iguales términos, apellidándole *desorganizador, anarquista, demagogo, sansimoniano y bárbaro nivelador*. ¡Oh política! ¿Por qué has derramado tanta hiel en el

corazón de los escritores, haciéndolos tan *impolíticos* y pendencieros?

Las ocupaciones literarias no impedían a D. Serapio dedicarse al manejo de los negocios de la viuda sevillana. Había venido ésta a Madrid con objeto de liquidar los créditos que el asentista su difunto marido tenía contra el gobierno, y cobrarlos cuanto antes. [...]

CAPÍTULO V

D. Justo se iba aficionando cada día más a Emilia, y se le hacía ya muy duro salir de la corte. Estando a la sazón ocupado por los facciosos el territorio de su nuevo juzgado, había conseguido licencia para permanecer un mes en Madrid, durante el cual pensaba ocuparse en pretender algún destino, o por lo menos agregación a una de las comisiones que abundan en la corte para cobrar sueldos con descanso. A este propósito tuvo con su primo el covachuelo la conversación siguiente.

— ¡Dichoso el que se halla establecido en Madrid! Aquí no se experimentan los horrores de la guerra: se come, se bebe alegremente y se trabaja poco, hay dinero para concurrir a las fondas, al garito, a los teatros, a los bailes de máscara; ostenta el lujo en los paseos sus rozagantes galas: el estrépito de los brillantes coches ahoga los lamentos del infeliz padre de familias, que no ha cobrado su sueldo en diez y ocho meses, del exclaustro que pide limosna, de las viudas y monjas desfallecidas por falta del necesario sustento, y del valiente militar que mendiga por haber perdido un brazo en la guerra. ¿Quién se acuerda de semejantes desgracias en la plaza de toros, donde tantos millares de personas disfrutan con ruidosa algazara del grandioso espectáculo que nos recuerda los atroces combates del anfiteatro romano? Hay además en la corte, para los aficionados a las letras, abundancia de periódicos con cuya lectura puede uno hacerse gran político a poca costa; hay tribuna parlamentaria con la variedad de discursos, a veces graves, otras festivos y chistosos que entretienen a los espectadores; hay gabinetes de lectura, ateneos, liceos, tertulias patrióticas, donde lucen millares de ingenios, como las estrellas en el firmamento puro y azulado. Y, sobre todo, el habitante de Madrid está cercano a la fuente de las



gracias: todos los días puede ir a presentarse al señor ministro, a entregarle un memorial, una carta de recomendación, a suplicarle, molerle, e importunarle, hasta que aburrido concede la gracia por libertarse del molesto pretendiente. ¡Oh, bienaventuranza cortesana! ¿No pudiera yo, primo mío, gozar de ella, aunque fuese en un destino de poca monta? El juzgado de primera instancia es oficio peor que el de galeote, mal pagado, sujeto a multas, a una grave responsabilidad, a traslaciones periódicas como el ganado trashumante. ¿No pudieras tú, que eres oficial de una secretaría, sacarme de este purgatorio en que he sufrido tantas penas por espacio de tres años?

— De eso trato, respondió el covachuelo, que había tomado ya un tono ministerial de protección: espero darte en breve una buena noticia, muy buena, hay grandes esperanzas. No puedo decirte más. El jefe me ha hecho una confianza de la cual puede resultar para ti un señalado beneficio.

— ¿Qué dices, primo mío? ¿El jefe mismo, Su Excelencia, eh?

— Sí, Su Excelencia, ¡qué corazón tiene tan magnánimo, que amabilidad!



Juan Martínez Villergas y Wenceslao Ayguals de Izco

Martínez Villergas nació en Gomeznarro, Valladolid, en 1816, y murió en Zamora en 1894. Hombre de vida aventurera y carácter fuerte, viajó por Europa y la América hispana, fundando periódicos como El moro muza en Cuba y Antón Perulelo en Argentina y estrenando obras teatrales. Liberal avanzado, apoyó la República en 1873; fue diputado por Zamora y encarcelado en 1851 por escribir contra Narváez, conociendo el exilio en París al año siguiente. En los últimos años de su vida el partido republicano le expulsó de sus filas.

Fue especialmente temido por sus sátiras ácidas y sus ataques personales, pero además fue un fecundo y peculiar escritor que dejó enorme cantidad de escritos, satíricos, jocosos, dramáticos, poéticos y novelescos, que aún esperan catalogación. Interesante, aunque parcial, es su Juicio crítico de poetas españoles contemporáneos de 1854. Sostiene en él que el Romanticismo era una revolución tanto literaria como social, considera a Quintana y Larra como los únicos críticos válidos de su siglo, pero desprecia al duque de Rivas, a Espronceda y a Zorrilla.

Además de Los misterios de Madrid, escribió las novelas La vida en el chaleco, publicada en La Habana en 1859 y Los espadachines, de 1869 y, en colaboración con Ribot y Fontseré, Los partidos en camisa, historia de muchas historias, el año 1845, continuada dos años después, bajo el título Patulea, morralla, giste, serrín, virutas, echaduras, calderilla, casquijo, submúltiplos y residuos. Estas obras, como Los misterios, se publicaron por entregas, método de composición que al parecer no cuadraba demasiado con la forma de trabajar



de Villergas, poco dado a contraer compromisos a largo plazo, según pudo comprobar el editor Hortelano cuando decidió publicar la novela por entregas *El sistema tributario*. En ésta Villergas demostró no saber qué hacer con los personajes ni trazar un plan que después seguir, sin embargo, como el mismo Hortelano observa, el solo nombre del autor ya era suficiente para asegurar ventas y suscriptores.

Ahora bien, el fracaso del Sistema tributario no se repitió con *Los misterios*. Villergas trabajó con Ayguals en numerosas ocasiones. Aunque este último no titulara ninguna de sus novelas “misterio”, practicó como aquél dicho género, que nació en Francia de la mano de Eugene Sue, gran amigo de Ayguals. Casi toda la narrativa que escribe en los años cuarenta está impregnada del aire del misterio. En todas las novelas aparece un misterio que debe ser descubierto, algún personaje embozado que aparece y desaparece y alrededor del cual se urde la trama, abierta a cuantos temas sociales y de denuncia puedan ser objeto de tratamiento en el relato. Pero el misterio no se quedó sólo en el género narrativo, fecundó también el dramático, aunque la censura, sobre todo la eclesiástica, ejerció sobre él un control sumamente estricto. Misteriosas eran también las nuevas formas de relación y los sistemas de intercambio, el relevante papel del dinero y de lo político en una sociedad dominada por el peso de la trascendencia religiosa, que descubría lo atractivo, virulento y cruel que podía ser el presente, el más acá del momento frente al más allá de la Iglesia.

En *Los misterios*, Villergas sigue las pautas discursivas de Ayguals y otros prácticos del relato por entregas. A diferencia de Ayguals, que está considerado como el maestro, ataca más directamente los temas, siendo más social que su amigo. Villergas posee un discurso sólidamente moral en el que se confunden lo cristiano y lo socialista en una especie de socialismo utópico. Esta conjunción hace que su relato sea populista y, en consecuencia, maniqueo: los buenos son muy buenos, y siempre los pobres; y los malos son detestables, y por lo general, nobles. El ataque a la nobleza es sistemático, aunque su autor intente matizarlo, para hacerlo más creíble y para combatir las acusaciones de antiaristócrata.

En *Martínez Villergas* pesa de forma considerable la lectura de las fisiocracias, muy presentes en las descripciones de los personajes de su obra. En este capítulo, el de los personajes, hay que reseñar que, si bien los protagonistas tienen la simpleza de los tipos, los personajes secundarios vienen caracterizados de forma mucho más individualizada,

acercándose a lo que suele entenderse por un personaje novelesco y no un tipo costumbrista o uno tópico. En este sentido, es peculiar el uso que hace de ciertos personajes reales que aparecen en su novela. Así, hacen acto de presencia el bandido Luis Candelas, el periodista Mariano José de Larra y una modista de la reina, a la que Candelas robó, llamada Vicenta Mormin. El robo fue famoso en Madrid y estaba en el recuerdo de todos cuando Villergas lo lleva a sus páginas.

Ahora bien, podíamos pensar que el autor hace un uso novelesco de estos personajes reales, y así es en el caso de Candelas; sin embargo, en el de Larra y en el de la modista, la cosa cambia. Candelas es una recreación literaria de un bandido atractivo, acercándose Villergas al modo como ha quedado en la mitología popular de los pliegos de cordel la imagen estereotipada del bandolero. El autor recrea el personaje y en una ocasión llega a decir que le adjudica dichos y hechos que seguramente no le pertenecen. En el caso de Larra, la situación es distinta. Larra aparece tangencialmente y en la doble vertiente de persona real y de personaje ficticio. Aparece como contrincante en los amores de uno de los personajes y como el famoso Larra, satírico y periodista, el Quevedo de nuestros días, como le llama el protagonista. Larra en este caso tiene la doble condición de figurar en la novela como elemento narrativo, como antagonista, pero la reflexión del narrador atiende al Larra conocido históricamente y es un homenaje que Villergas le hace, puesto que le admiraba considerablemente, de lo que deja constancia en el citado juicio sobre los poetas contemporáneos. Con Vicenta Mormin nos encontramos ante el polo opuesto: es un personaje real, alguien que existió en Madrid, y Villergas no quiere hacerle personaje novelesco, así lo escribe él mismo: “no [la] quiero hacer un personaje novelesco”. Este es el motivo, además, de que se esmere especialmente en la narración de ese largo episodio, del que en parte fue testigo: quiere ser verosímil, quiere que la verdad histórica le avale, dejar constancia de que él, aunque novelista, lleva la verdad en sus palabras y de que, por tanto, cuanto escribe es igualmente verdad que ese hecho que relata escrupulosamente. De esta forma, avalado por la veracidad con que ha reproducido el hecho real, sus observaciones ideológicas, a veces cercanas al artículo periodístico, podrán ser tenidas más fácilmente como verdad.

A diferencia de Ayguals, Martínez Villergas no describe los lugares; sus descripciones se centran en la moral y en la corrupción de las costumbres. Es más intenso que Ayguals y menos sentimental.

La ciudad para él es una excusa para contar una anécdota y, desde ella, lanzar discursos sobre el estado de la sociedad, sobre sus nobles, sobre la aristocracia, sobre la cárcel, etc. De este modo, sus descripciones, originadas en principio por Madrid, se pueden extrapolar a la sociedad en general, concepto vago que gravita constantemente en el relato de Villergas. Lo mismo sucede con sus descripciones de las casas de las distintas clases sociales.

La de Villergas es, como casi todas en esas fechas, una novela política, aunque se atendiera más a menudo en los títulos a las costumbres contemporáneas. Son novelas políticas contemporáneas, los autores tienen una excelente facilidad para, saliendo del relato de ficción, hacer discurso político y, por otra parte, cualquier alusión o crítica a las costumbres es ya política.

Villergas critica tópicos y costumbres que no son exclusivamente madrileños, como la costumbre de abrir la puerta a la respuesta de “gente de paz”, a lo que dedica unas expresivas páginas que, tal vez, pueden estar inspiradas en las que al mismo asunto dedicó José M^a Blanco White en sus Cartas de España. Otro tanto sucede con la descripción que hace de la cárcel de Madrid y de la organización de los presos en ella, que recuerda a la Relación de lo que pasa en la cárcel de Sevilla de Cristóbal de Chaves, fechada entre 1596 y 1599.

Con Los misterios de Madrid nos vamos a encontrar ante un tipo de lectura de enorme éxito en la época en la que se aúna el relato de ficción, el discurso adoctrinante y las observaciones de carácter costumbrista. Pero, por encima de todos estos elementos, con una intención política evidente y con un sentido del ejercicio de la literatura como compromiso con el lector.

Wenceslao Ayguals de Izco nació en 1801 en Vinaroz. Murió en Madrid en 1875. Fue diputado en Cortes, conoció el destierro en 1840, cuando lo deportaron a Baleares por sus ideas extremistas. Era Ayguals uno de los pocos escritores de la época preocupados por el proletariado entre el que repartía sus folletos, aparecidos muchos de ellos en su colección El novelista universal. Fundó su propia imprenta bajo el nombre de la Sociedad Literaria y colaboró con Villergas de forma muy estrecha. Fundaron, cofundaron, dirigieron o participaron ambos en periódicos como La guindilla, La risa, El dómine Lucas y otros. Practicó diversos géneros literarios, pero su fama se debe a sus novelas sociales y a los folletines. Se sirvió del modelo acuñado por Sue, al que tradujo, para filtrar sus mensajes. Utilizando Los miste-

rios de París de Sue fue capaz de crear novelas como María o la hija de un jornalero, La marquesa de Bella-Flor, Pobres y ricos, La bruja de Madrid y otras.

En estas novelas, como en las de Villergas y sus contemporáneos, la Historia está íntimamente unida a la ficción, salvo en el caso de La bruja de Madrid, en la que la Historia desaparece. En María, como en las otras, el marco histórico de la acción es la década de los años treinta: el cólera, la matanza de los frailes, etc. El ideario didáctico de Ayguals está presente en las descripciones históricas, a menudo traídas de Mesonero, de los monumentos que describe. Describe el edificio de Correos, las fuentes del Prado y otros monumentos relatando la historia del lugar desde su fundación hasta el momento presente, apropiándose de datos de todo tipo, extraídos de estudios históricos, como sucede con la descripción de la iglesia de San Francisco, cerca de donde vive María. Estas descripciones recuerdan más al relato de viajes que al de ficción.

Igual que Villergas, que Navarrete o que García Tejero, con los que trabajó Ayguals en equipo, su concepto de moral tiene una dimensión social trascendente. Política, historia, literatura se juntan en un proyecto cuyo objetivo es la educación del pueblo, del proletariado, en la idea de que la educación de esta clase contribuirá a la mejora de su estado y de sus condiciones de vida.

En Ayguals, como en sus compañeros en la escritura de novelas sociales, se mezclan diversos elementos: las novelas sentimentales de Richardson y sus seguidores en la que se plantean problemas de diferencias de clase, los problemas de los matrimonios por interés, prolongándose desde el siglo XVIII, la concepción de la educación como medio para mejorar a la sociedad, que tiene su origen en el proyecto ilustrado, la idea de que mediante los sentimientos se pueden hacer llegar mejor los mensajes que mediante los discursos o la literatura seria.

Ayguals canaliza el Romanticismo, en cuyo seno comenzó su carrera literaria, de una forma más obviamente comprometida que otros autores más típicamente considerados románticos. Es un ejemplo de cómo Romanticismo e Ilustración se alían en un mismo objetivo, más allá de la propia literatura. Tanto Ayguals como Martínez Villergas plantean la lucha de clases y expresan sus ideas políticas y sociales desde un plano teórico y total, más cerca de una visión mesiánica de la realidad que de una perspectiva económica o práctica de esa realidad que, por otra parte, parecen conocer bien.



Los misterios de Madrid

(1844)

Tomo I

INTRODUCCIÓN

Laura, hija de un aristócrata, heredera de grandes capitales y elevados títulos de nobleza, hizo poco caso de las reflexiones de Miguel Angel, acabando por desdeñarle poco menos que a Lorenzo; pero el pintor no se ofendió por eso y continuó sus sermones hasta que entraron en Madrid. La diligencia atravesaba la plaza de Oriente el 1º de enero de 1836 a las doce de la mañana. Una de las cosas que primero se ofrecen a la vista es el Palacio Real, el cual llamó la atención de Laura que no le había visto desde niña.

— ¡Que obra tan bonita!, dijo.

— Sí señora, constestó Miguel Angel; pero es como todas las cosas de España, empiezan en grande y nunca se concluyen.

Lorenzo sólo pensaba en su porvenir.

— ¡Qué lástima, dijo Laura, y mirando al otro lado preguntó. ¿Qué obra es esa que están haciendo?

— Eso es el teatro de Oriente que tantas pesetas ha costado a la nación.

— ¿Con que ha costado mucho?

— Si el dinero que ha venido a Madrid se pusiera en montón onza por onza, abultaba más el oro que el teatro, y sin embargo no está concluido ni se concluirá. Todo ese dinero se queda entre músicos y danzantes. Mientras el pueblo no tenga derecho a pedir cuentas



claras, las contribuciones sólo servirán para enriquecer a los que *manejan* los fondos.

— Pero yo veo muchos operarios, dijo Laura.

— Sí señora, y no están mal pagados, seis reales diarios ya bastan para un hombre solo.

— Ya lo creo, respondió Lorenzo, como deseando meter la cabeza en la grande obra para vivir, puesto que su señora le había despedido.

La diligencia entraba en la calle Mayor. La alegría de Laura que iba a abrazar a su padre el duque de Castro-Nuño, era solo comparable a la de Miguel Angel que con el descubrimiento del marqués de la Calabaza se prometía conocer a sus parientes.

Una música lúgubre llamó la atención de los viajeros. Dos filas de hombres que caminaban lentamente por las aceras con hachas encendidas; en medio de las dos filas la marcha pausada de un carro fúnebre que conducía un ataúd cerrado y más de cien coches que acompañaban detrás al cadáver a la última mansión, eran señales evidentes de que el muerto ocupaba un rango elevado en la sociedad. Laura, sacando la cabeza por la ventanilla, preguntó.

— ¿Quién es el muerto?

— El duque de Castro-Nuño, dijeron abajo.

— ¡Dios mío!, gritó Laura dando rienda suelta a su llanto.

— ¿Quién es el muerto?, preguntó Miguel Angel.

— El marqués de la Calabaza, dijo otra voz.

— ¡Dios mío! ¿será posible?, exclamó Miguel Angel.

Lorenzo se estremeció también, y para sacar de dudas a los compañeros de viaje, preguntó a un hombre misterioso que estaba embozado hasta las cejas, como temiendo ser conocido.

— ¿Quién es el muerto?

El embozado sacando la mano derecha por debajo de la capa dijo: — Aquel.

Y señaló al que iba dentro del ataúd.



CAPÍTULO I

EL PROBLEMA

El desventurado Lorenzo, despedido por su señora, no pensó en otra cosa que en el modo de buscarse el pan después de apearse de la diligencia. A la verdad no le apuraba mucho su situación; porque más que acostumbrado estaba a los lances apurados, y no era la vez primera que se pasaba dos días sin comer y por la noche dormía en el Prado, sobre un basto colchón de mullida piedra y al abrigo de los árboles; que en el invierno no deja de ser un buen consuelo de tripas. Sin conocer padre ni madre vino al mundo, y cuando tuvo uso de razón se encontró lanzado por la sociedad en la numerosa hueste de los *granujas*, regimiento de poco pelo que tanto abunda en Madrid; y que por sé uno de los tipos más conocidos y que resalta más entre la hez de los pillos y vagamundos merece nos detengamos en él.

Hay granujas de paz y de guerra: los primeros son conocidos en la corte por las señas siguientes: edad de diez a quince años, la estatura es desigual porque los granujas son hijos de muchos padres; pero lo que les caracteriza es el traje, el aseo y la educación.

Pocos son los granujas que tienen vocación de carmelitas, y sin embargo todos andan descalzos; el pantalón es de media pierna con remiendos serviles y liberales, es decir, blancos y negros; la seda, o por mejor decir el hilo con que están cosidos los remiendos, ofrece también la visualidad de un arco iris, siendo de notar que el color del remiendo y el del hilo andan siempre en oposición; cuando el remiendo es blanco emplean hilo negro y viceversa. La bocamanga del pantalón ancha y flecosa deja ver una pantorrilla blanca como el azabache, y un pie tan grande y tan puerco que da gusto no verle. Lo mejor que tiene es la delicadeza de la piel que no hay abrojo que la pase, ni fuego que la caliente, ni hielo que la enfríe. La piel de granuja a fuerza de padecer y acostumbrarse al frío, al calor y a los agudos pedernales de Madrid llega a ser impermeable, impenetrable e incombustible. Pero volviendo a su traje, el pantalón que generalmente llega a la posesión del granuja por una sucesión de trescientos herederos, sólo puede decirse que le viene bien, porque le viene de balde, así es que el que no oprime la estrujada tripa viene tan ancho que necesita cinturón de sogas para sujetarle al cuerpo. Tirantes con uno basta y el chaleco regularmente está donde el sombrero, en la



tienda. Lo único en que el granuja es afeminado es en la chaqueta, porque como no estaba en casa cuando le tomaron medida siempre la usa de manga corta.

Esto en cuanto al traje; en cuanto a los modales como no han estado en más colegio que el de la calle de la Tuna y todos han vivido sin freno, siendo más feroces que los caballos, ya pueden Vds. figurarse lo que los nenes darán de sí. Para ellos no hay razón ni sermones que valgan; cuando uno les da un consejo escuchan cabizbajos como mosquitas muertas; pero en cuanto el superior vuelve la cabeza, o se dan una palmada en el muslo haciendo luego un movimiento de mano a puño cerrado, o levantan el antebrazo izquierdo después de hacer un corte en la sangría con la mano derecha.

Poco amigos del trabajo ensayan muchos oficios para no saber ninguno, y así se les tiene ocupados un día en vender barquillos, otro candela para encender cigarros, algunos pregonan por las calles arena de San Isidro y los demás andan robando pañuelos; que es la ocupación favorita de los granujas, y donde se adiestran y hacen progresos de habilidad rateril que luego les sirve para ingresar en el regimiento organizado de la rapiña, compuesto todo de hombres encanecidos o acreditados en el servicio del daca.

En fin, un granuja es un niño abandonado que por el mal ejemplo para el ladrón, y el que había de acabar en alto puesto como hombre de provecho acaba en alto puesto como criminal.

Después de ser Lorenzo granuja de paz había pasado a la benemérita clase de granuja de guerra, cuya vida agitada está llena de percances a cual más divertido, aunque poco curioso. Los granujas militares se agregan a un regimiento como las mujeres de mundo, con el pretexto de acompañar a un hermano, a un tío, etc.; y es que los granujas y las mujeres son hermanos y sobrinos de todos los soldados. El traje de granuja de campaña se diferencia muy poco del de granuja de paz; una casaquilla en vez de chaqueta y gorra de cuartel en la cabeza, constituyen su uniforme de soldado de la patria. Ellos siguen al regimiento con la misma fidelidad que si un juramento les obligara a ello: andan sus seis y ocho leguas, y cuando al fin de la jornada debían tenderse a la larga para dar descanso al cuerpo, empieza para ellos otra ocupación. Primero, a recoger la boleta para el sargento u oficial a quien sirven, después a averiguar la casa del patrón y hacer todas las diligencias para dar cumplimiento a sus



superiores. Por la noche, en tiempo de guerra, se pasan a las filas enemigas y escudriñan lo que pueden y roban los secretos más importantes, porque nadie repara tal vez en un muchacho que se calienta al tibio resplandor de una hoguera campestre, y más de una vez ha habido batallas memorables cuya victoria se ha conseguido por el voluntario espionaje de los granujas. Si el enemigo sorprende a uno, empieza éste a llorar y a decir que anda en busca de su tío, y con esto consigue la libertad, porque no hay corazón que no se ablande con las lágrimas de un niño. [...]

He dejado correr la pluma en la descripción de los granujas para que por lo dicho y lo que se infiere, comprenda el lector los trabajos que hasta la edad de quince años pasaría el desventurado Lorenzo. [...]

El desgraciado Lorenzo no quiso tocar más el tambor y se fue con la música a otra parte. Vino a Madrid y, sabiendo que a los voluntarios realistas les daban uniforme, sin saber lo que quería decir realista, se hizo un realista como una loma, con lo cual tomó un ascendiente prodigioso.[...]

CAPÍTULO IV

LA PUERTA DE HIERRO

El coche que atravesó la plaza de Oriente bajando por las caballerizas y saliendo por la Puerta de San Vicente se dirigía a la Puerta de Hierro, arrastrado por dos soberbios caballos que tenían la fuerza de dos leones, y la velocidad de dos relámpagos. Los de dentro miraban al Manzanares plagado de lavanderas, entre las cuales había una algazara y una riña como de costumbre. La cuestión era complicadísima: una joven robusta y fresca como el agua del río había sacudido a otra de iguales bríos. A la quimera se alborotó el cotarro, todas las lavanderas dejaron sus puestos, tras las lavanderas vinieron los gachés y entre los gachés se adelantaron dos mozos imberbes con una vara de navaja abierta cada uno.

El cochero y los amos iban embebidos en esta escena, mientras el lacayo, que había estado en vela toda la noche, iba cayéndose de sueño, y hubiera roncado de pie a no ser por el traqueteo del carruaje. De pronto sintió que le daban una palmada en el hombro

izquierdo, abrió los ojos sobresaltado y se halló con un hombre a su lado muy embozado y ocultando la cara bajo el ala de un enorme sombrero. El lacayo iba a dar un grito a sus amos; pero el hombre misterioso le hizo una señal de silencio en amenazante ademán, y en seguida para convencerle de que era persona decente le puso dos duros en la mano.

¡Cosa extraña por cierto!, el hombre misterioso al sacar el dinero enseñó una mano al parecer muy fina y delicada, cubierta con un guante de seda, sobre el cual brillaron al reflejo del sol multitud de piedras preciosas engastadas en oro. Aquel hombre tan bien puesto se desprendía tan fácilmente de dos duros por mera gratificación, y sin embargo ocultaba su rostro lo posible como hacen los criminales, y no tenía inconveniente en ir a la trasera de un coche haciendo las veces de lacayo, el papel más servil y más degradante que puede desempeñar un esclavo envilecido.

Sacó el lacayo la petaca de pita, que por el agujero más chico cabía un cigarro puro, y le ofreció tabaco al compañero generoso, sin ver que la petaca estaba vacía y apenas tendría otra cosa que algunos posos, más que de tabaco de hoja, de rapé. El hombre misterioso dio un golpe fuerte a la petaca del lacayo que fue a parar cerca del río sin dejarle tiempo para enfadarse, porque no bien le había privado de sus armas de fumar cuando le presentó una petaca elegantemente barnizada, y sobre todo llena de cigarros habanos. El asturianote lacayo admitió el obsequio cada vez más sorprendido y asombrado de lo que le pasaba.

— Pero, hombre, ¿puedo yo saber con quién estoy tratando?, dijo el asturiano.

El desconocido, por toda respuesta, sentó diagonalmente el índice sobre sus labios, y con gesto grave y misterioso le dijo:

— ¡Chisssss!

El coche se acercaba a la Puerta de Hierro en la cual debía para el carruaje. Los señores embebidos en la hermosa vista que presentan las afueras de Madrid por estos sitios, apenas hablaban más que para señalar con el dedo algún objeto raro que les llamaba la atención. La Moncloa, ese inmenso campo de recreo, posesión de los reyes de España, es una de las preciosidades de Madrid que los ciudadanos miran con asombro y repugnancia; porque al mismo tiempo que admiran la riqueza, el lujo de vegetación con que la naturaleza parece haber querido embellecer las cercanías de un gran

pueblo; esta posesión como otras muchas es de una sola persona y sólo se puede entrar en ella mendigando un pase por una escala de compromisos, desde un portero hasta el mayordomo mayor de S.M.

La propiedad bien adquirida es muy digna de respeto, me libraré yo de atacarla; pero mis lectores perdonarán si les digo que la propiedad está mal repartida, y que hay ocasiones en que el hombre sensato se avergüenza de vivir en una sociedad escandalosamente sufrida y degradada, envidiando la agreste libertad de los hotentotes.

Yo he visto muchas veces centenares de mendigos quedarse a dormir en el paseo de la Puerta de San Vicente en el mes de enero, cuando la respiración forma carámbanos al salir. Y los he visto temblar y gemir por falta de abrigo para resistir la fuerza de los hielos, al mismo tiempo que contemplaban con dolor el soberbio edificio de las Caballerizas, digno palacio de soberanos destinado a los bajos oficios de una cuadra. Y mientras el relinchar alegre de los caballos, manifestando su contento hería el tímpano de los pobres condenados por la sociedad a no ver el pan de día y dormir en el húmedo empedrado por las noches; estos dirigían imprecaciones al cielo por no concederles una sala, un rincón de aquel suntuoso edificio, desdeñado por los poderosos como vivienda inmunda y destinado al servicio de las bestias. La propiedad está muy mal repartida. Entre los reyes, los altos empleados, los Grandes de España y los contratistas está dividida la propiedad de los edificios, de los paseos, de los jardines; y el pueblo que es el alma de la sociedad, si quiere un momento de recreo, sólo puede elegir entre el bullicio de las calles y la triste soledad de los campos. Este es el equilibrio social del siglo XIX.

Los del coche llegaban al término de su viaje; el cochero paró los caballos, el lacayo corrió a abrir la portezuela y ayudar a bajar a sus amos, en tanto que el embozado misterioso alejándose silenciosamente del coche, se deslizó como una sombra entre el seco ramaje de la ribera del Manzanares. [...]

CAPÍTULO V

El rumor más cercano y fuerte de otra habitación hizo a Miguel Angel aplicar el oído sin acabar de comprender donde estaba, y qué diablos hacía allí el cura de quien ya tenía noticias.



— ¿Con que dice V. que esa señora, vive calle del Carmen, número....

— Justo.

— ¿Y se llama la señora marquesa de Calabaza?

— Exactamente.

— La sigo que quiere V. hablarla, que es asunto de mucha importancia. ¿Quién diré que es V.?

— El embajador de....

Miguel Angel quedó cada vez más asombrado y pensativo, ¿qué demonio de casa era aquella en donde cabían todas las clases de la sociedad, desde el bandido al Excelencia?

— Voy a dar el recado, dijo la tía Sinhuesos, y salió del cuarto donde estaba el del gorro.

Miguel Angel advirtió que en el pasillo oscuro había otro chiribitil, del cual salía una mano moviéndose de arriba a abajo en acción de llamar. Aplicó el oído cada vez más confuso.

— Hola, Lorenzo, dijo la tía Sinhuesos por lo bajo. ¿Te vas ya?

— Sí, señora, voy a la taberna del Moro que es el punto de reunión.

— Con que mañana quieres....

— A todo trance quiero que la traiga V.

— ¿Cómo dices que se llama?

— Se llama Laura, vive calle del Carmen, frente al marqués de la Calabaza.

— Está bien.

— Pues hasta mañana a las doce.

— Anda con Dios.

Difícil sería pintar la sorpresa de Miguel Angel con este nuevo descubrimiento. Un escalofrío mortal se apoderó de su cuerpo al oír el nombre de Laura: tendió la vista en rededor como para averiguar si estaba en el infierno; pero sus ojos no vieron más señales infernales que la pared del color de hollín, la espetera del color de la pared y los asientos de pino del color de la espetera. Por fin resolvió sentarse, apoyó la frente sobre la palma de la mano derecha y esperó a que el del gorro volviera para suplicarle que le sacara de aquel castillo encantado.

— ¡Mañana a las doce!., decía para sí. No puedo menos de avisar a Laura esta noche para que no caiga en el lazo. Además yo estaré

mañana a las once en su casa y veremos lo que consigue esta tía bruja que parece la sombra nocturna de un esqueleto a la luna.

Sentía un peso enorme en la cabeza y tiró el sombrero en un rincón de la cocina, a tiempo que volvían hablando por lo bajo el hombre pequeño y la tía Sinhuesos.

— ¿Por qué deja V. el sombrero en el suelo?, dijo la mujer espíritu.

— ¿Qué más da?, contestó el pintor.

— Podía V. ponerlo encima de un taburete, no sea cosa que se manche.

— Déjelo V., que si está de Dios, lo mismo se manchará en una parte que en otra.

Un reloj de la tía Sinhuesos dio las once en son de caldera.

— Señores, con permiso de Vds., me retiro, dijo el pintor.

— Aguárdese V. un poco.

— No puedo, no puedo esperar.

Entonces tocaron a la puerta, salió la vieja repentinamente y volvió después de haberse oído abrir y cerrar la puerta de otra habitación interior.

— Ahí está la marquesa.

— Voy, voy allá.

— ¿Pero va V. con ese gorro?, no ve V. que le puede conocer.

— Tiene V. razón: aquí mi compañero puede quedarse con él.

Esto diciendo, puso el gorro en la cabeza de Miguel Angel y se retiró, diciendo:

— Hasta después, mi querido amigo, hasta después.

Salió el hombre pequeño, y la tía Sinhuesos cruzando los brazos clavó sus ojos en los de Miguel Angel: arrugó las cejas que parecían dos zarzales, y dio una carcajada salvaje que duró cinco minutos.

— ¿De qué se ríe V.?

— ¿Pues no quiere V. que me ría?, ja, ja, ja.

— ¿Se ríe V. de mí?

— Sí, señor.

— Alabo la desvergüenza.

— Me río de todas las cosas de este mundo. ¡Qué farsas! ¡qué mentiras! Ahí tiene V. una señora marquesa en conferencia con un...

— ¿Con un embajador?

— ¿Qué embajador ni que calabaza?

— Perdone V, el calabaza será el marido de la marquesa.

- Tiene V. razón... pero...
- Pero ese que ha venido conmigo, ¿no es embajador?
- Embajador de Pilatos. No tiene él mala embajada.
- ¿Pues quién es?
- Si es un peluquero de la calle del Carmen.

Miguel Angel miró de arriba abajo a la mujer; volvió a pasar la vista con horror por aquella estancia de Satanás, y avergonzado de su posición ridículamente crítica, echó a andar hacia la puerta.

- ¿Dónde va V.?
- A la calle.
- Aguarde V. que ahora saldrá su amigo el peluquero.
- Abur, abur.
- ¿Pero se deja V. el sombrero y se lleva el gorro?...

Miguel Angel no oía nada: el horror, el asco y la indignación de lo que veía le embargaban los sentidos: abrió la puerta y empezó a oscuras a rodar por aquella infernal escalera tortuosa. La escalera parecía de una casa encantada; estaba interceptada por algunos pasillos en forma de espiral que conducían a otras escaleras, y al fin de estas salían puertas que venían a dar a la principal. Miguel Angel una vez subía cuatro escalones, otra bajaba ocho, y luego volvía a subir diez y seis, y de este modo anduvo un cuarto de hora sin saber donde estaba: tan pronto se figuraba estar en la bohardilla como en el sótano; sin embargo, continuaba bajando y subiendo y volviendo a bajar, hasta que por fin sin saber cómo ni cuándo se encontró en una calle que desconoció por el pronto; porque él había entrado en la casa por la calle Estrecha de Majaderitos, y al salir de aquel enmarañado laberinto, se encontró en la calle Ancha.

Pero al fin estaba en la calle que era cuanto podía apetecer.

CAPÍTULO VI

LA DESPEDIDA

Dolorosa es la situación en que se encuentra Laura desde su entrada en la corte, por la perversidad del marqués de la Calabaza, hombre insaciable, que a pesar de los inmensos bienes que posee, siempre anda, como solemos decir, a tres menos cuartillo, a causa de

su extremada afición al juego. Su casa es un perpetuo garito donde concurre la flor y nata de la aristocracia a disipar o engrandecer la fortuna; porque una noche de viento favorable basta para llegar al Potosí entre esta clase de jugadores, así como en una noche pierde un hombre su dinero y vende la camisa, y enajena la mujer, y la vida y el alma, si hubiera demonio que quisiera comprar el alma y la vida de un aristócrata corrompido.

Y mientras en casa de los poderosos se vierten onzas sobre una carta y se pierde una finca en un *entres*, infinidad de pobres mueren extenuados de hambre y de miseria, porque es tan grande el número de los mendigos que no hay hospitales ni asilos de mendicidad para todos. Más diré; mientras los poderosos despilfarran sus caudales en una hora de mala suerte, sus criados, todos sus dependientes participan de esta desgracia; porque duque hay en Madrid cuyas posesiones, vendidas a buen precio, no bastarían acaso para pagar lo que debe a sus cocheros y lacayos, al carnicero, a la tahona y a la lavandera. Pero la experiencia ha demostrado que ante la ley no todos somos iguales, y que estamos condenados a vivir en una sociedad vieja y carcomida cuya deformidad espanta. A un carpintero que debe, tal vez se le embargue la sierra y el escoplo, a un pobre zapatero las hormas y el tirapie, pero, ¿a un aristócrata? ¡Oh!, un aristócrata tiene seguridad de la impunidad, porque sus títulos pueden más que la justicia, y la ley es inferior a sus trampas.

Hasta en el mismo asunto de que íbamos hablando se prueba evidentemente la *desigualdad ante la ley*, y que en esta sociedad vieja, defectuosa y hasta cierto punto incorregible, mientras el pueblo no conozca sus derechos y sus deberes, la estatua de la justicia sonrío a los poderosos con la espalda vuelta hacia los artesanos y jornaleros. En casa de un hombre del pueblo ni aun en chanzas se puede tomar una baraja para jugar al monte, porque la policía tiene para los pobres olfato de perdiguero, así como parece estar constipada para oler lo que pasa en los salones de la aristocracia. Tal vez los que persiguen al pobre que juega dos cuartos, están despabilando las velas en casa de un rico cuando se atraviesan a centenares las onzas y los billetes de banco. No faltará quien saque este argumento en pro de los privilegios: «Dos cuartos en un pobre equivalen a dos millones en un rico, porque el pobre necesita un ochavo para comer y el poderoso lo mismo vive con dos onzas más o menos»; pero vamos a cuentas. ¿Qué es lo que la ley se ha propuesto

castigar en el abuso del juego? El vicio. Pues bien: ¿quién es el vicioso, el que juega por diversión o el que abriga la esperanza de socorrer por medio del juego sus necesidades? Yo creo que el rico que aspira a más riquezas es un avaro, y cuando por solicitar lo que no necesita causa perjuicios a los pobres es más que avaro, es un criminal. Podrá suceder que un pobre juegue por vicio; pero el que haya pasado por ciertas vicisitudes de la vida, conocerá que hay ocasiones en que el hombre más virtuoso se hace criminal por huir de otro crimen mayor, y en la alternativa de suicidarse un pobre que no tiene pan que comer y poner dos cuartos a una carta, con la esperanza de mejorar su suerte, el optar por lo último no sólo es plausible, es altamente moral.

Tales son, como he dicho, las cualidades del marqués de la Calabaza, que sólo pueden recomendarle a los ojos de los suyos, porque la pantera nunca se asombra de la ferocidad del tigre. Por eso necesita cada día nuevos caudales que disipar, y este es el origen de las calamidades de Laura y de la apurada situación en que la tenemos en casa de la ciega, a donde vamos a conducir al lector por algunos instantes.

Doloroso es ver a los pobres ajustar cuentas sobre la inversión de sus escasos fondos; pero este sentimiento es más profundo cuando los necesitados están acostumbrados a vivir en la opulencia. Un pobre que siempre ha andado descalzo extraña los zapatos la primera vez que se los pone; pero a pesar de la opresión que sufren sus pies encarcelados en calabozos de cuero, nunca experimenta tanta dificultad para moverse como el desgraciado que no tiene zapatos para pisar sobre el agudo pedernal, habiendo disfrutado antes del abrigo y las comodidades apetecibles. Por eso es más terrible el infortunio de Laura, ajustando cuentas con su compañera aún más desgraciada que ella por su situación y sus antecedentes, como tendremos ocasión de ver más adelante, si no cegamos.[...]

CAPÍTULO VII

Aquí podíamos poner fin a este capítulo; pero el lector querrá saber algo más del desgraciado Miguel Angel que en mal hora formó el proyecto de vengarse del marqués por aquel medio extravagante.



Lo más natural era ir de día a desafiarle o ponerle por justicia; pero el pintor era tan benigno que se conoce que debió decir: «¿quién sabe?, mañana se escribirán *Los Misterios de Madrid* y el autor podrá sacar algún partido de que yo entre por la chimenea.» — Si es así, yo te estoy agradecido, porque me ha proporcionado el medio de introducir los hombres en las casas sin necesidad de la puerta ni las ventanas, que son entradas tan manoseadas en dramas y novelas que ya no se pueden emplear sin causar hastío. Hizo muy bien Miguel Angel en esta parte; pero hizo mal para sí, porque arriesgó su vida demasiado, y la situación penosa en que se encuentra atado de pies y manos da pocas esperanzas de poderse evadir. Yo, el autor de esta novela, agradecido a Miguel Angel de que entrase por la chimenea, por consideraciones a mí, haré todo lo posible por salvarle, a la primera ocasión oportuna que se presente para librarle de las garras del marqués y sus compañeros los facinerosos.

Tendido en el suelo, atado de pies y manos está el desventurado Miguel Angel sin poder pegar los ojos en toda la noche. No es el miedo a la muerte el que le tiene pensativo; la situación de Laura y la pobre ciega le hacen estremecer. Tal vez considera en aquellas infelices a quienes en la misma noche se ha privado de los medios de subsistir unos pocos días más; sin su auxilio, ¿qué va a ser de la desgraciada Laura? Y cuando piensa en el lazo que al día siguiente se le va a tender por lo que oyó al malvado Lorenzo en casa de la tía Sinhuesos, su desesperación sube de punto. ¡Quisiera haber muerto al bajar por la chimenea, antes que verse amarrado sin poder acudir al socorro de sus protegidas víctimas, en la persuasión de que un proyecto infernal va a destruir para siempre sus ilusiones aunque pueda sobrevivir a su desgracia, porque amaba ciegamente a Laura y la veía cercada de peligrosas redes. Deseos tenía de que amaneciera para saber cual fuera su suerte, y más deseos manifestaba de morir que de continuar un solo día imposibilitado de socorrer a su amada Laura y a la pobre vieja. Se había apasionado insensiblemente de la joven cuya situación le interesaba demasiado: acaso viéndola en la opulencia hubiera desistido de entablar relaciones amorosas; pero cuando la veía desgraciada, todos los esfuerzos le hubieran parecido pocos para hacer la felicidad de aquella mujer, a quien quería educar según sus opiniones, desvaneciendo en ella las preocupaciones aristocráticas que siempre fueron la pesadilla del pintor.



Abismado en estas reflexiones, oyó dar en el reló de la Puerta del Sol y repetir al sereno, las dos, las tres, las cuatro y las cinco, con todos sus cuartos y medias horas. A las cinco aparecieron los bandidos, le vendaron los ojos, y entre los tres le bajaron al patio de la casa. El pintor no sabía dónde estaba y qué iban a hacer; sintió que le metían en un coche, advirtió que cerraron la portezuela, teniendo un hombre a cada lado para sujetarle dentro, oyó abrir una puerta y el coche partió con velocidad, haciendo mil vueltas y revueltas en las calles de Madrid. Cerca de dos horas llevaba de camino, por lo cual calculaba Miguel Angel que debía estar ya algo distante de la población; pero ni se lo hubieran dicho si lo hubiera preguntado, ni él lo preguntaría aunque supiera que lo habían de decir.

El coche paró de pronto. Sintió el pintor que los bandidos sacaban un manojo de llaves, que abrían al parecer una trampa de algún subterráneo; bajáronle del coche, metiéronle en aquella mansión misteriosa y cerraron la trampa. Cuando le estaban desatando las cuerdas y quitándole el pañuelo de los ojos, oyó retumbar en la profundidad de la cueva el ruido del coche que se alejaba rápidamente.

CAPÍTULO VIII

CANDELAS

Algunos años antes de la época de nuestra historia ya se había dado a conocer por sus frecuentes robos el que después llegó a ser justamente jefe de todos los ladrones en Madrid, no sólo por su valor, sino por otras muchas circunstancias que, prescindiendo de su lamentable vicio, le hacían interesante. Su exterior era simpático, su fisonomía agradable y noble, su mirada penetrante y maliciosa; pero llena de gracia y expresión. Hay hombres abandonados en la senda del crimen a quienes un disfraz de caballeros delataría. Candelas por su aseo, por su semblante pacífico y noble y por la elegancia y cortesanía de sus modales, hubiera podido, auxiliado de un disfraz, hacer el papel de un diplomático fino y experimentado. Aunque en la ocasión presente no es el jefe de los bandidos, su fama corre de lengua en lengua con una especie de terror que todos desean



conocerle y fijan su vista en todas las fisonomías feroces que atraviesan las calles de Madrid. Unos se le figuran un gigante; otros un hombre de estatura regular, pero feo y negro como un mulato; algunos suponen que su vista mata como la del basilisco, y no falta quien dice que le ha visto unas uñas largas y retorcidas como las del demonio, con las cuales hiere y envenena como el alacrán con su aguijón. Pero todos se equivocan, porque Candelas no tiene nada que espante como no sea su nombre, y en vez de una mirada bizca y siniestra y un color de chocolate sobre una piel agujereada por las cicatrices de sus heridas o de alguna plaga de viruelas, tiene un cutis blanco como el papel y terso como el cristal, donde resaltan unos ojos grandes y vivos, llenos de inteligencia y de fuego. Ninguna irregularidad se advierte en su fisonomía, ni en todo su cuerpo, como no se tenga por defectuosa la robustez herculea de sus miembros. Sus manos torneadas y blancas como la nieve no tienen las uñas largas y retorcidas, sino muy límpios y esmerados los dedos, adornados de ricas sortijas de oro y de brillantes. Tal es el facineroso que tiene en cuidado a la capital de la nación antes de ocupar la regencia de su gobierno, por decirlo así; porque entre los bandidos hay sus grados y sus leyes como en la sociedad mejor constituida.

Ya no hay más que un bandido superior en categoría a Candelas, y es aquel viejito malvado que ya conoce el lector: en cuanto este muera, la presidencia de los ladrones cortesanos corresponde de hecho a Candelas, no por ser el más antiguo sino el más intrépido de todos, aunque tiene en su contra la desventaja de no ser asesino, como otros, porque así como es grande su inclinación al robo, es grande su repugnancia a herir y maltratar a sus semejantes.

El día después del robo de Laura, decían los periódicos: «Ayer noche saquearon y maltrataron en la calle del Carmen a dos mujeres desgraciadas algunos malhechores capitaneados por Candelas.»

Figúrese el lector la impresión que haría en Laura el nombre funesto de Candelas, desde aquel día en que a causa de la extraña ausencia de Miguel Angel se veía en la dura necesidad de optar entre tres males a cual más terribles para ella: morir de hambre, pedir limosna o satisfacer los brutales caprichos del marqués de la Calabaza. Todo era cruel.

Al día siguiente del robo, eran las tres de la tarde cuando las pobres mujeres no se habían desayunado y esperaban en vano la vuelta de su bienhechor. Laura con un periódico en la mano leía y

releía el nombre de Candelas, que no quería desechar de la memoria por tener el placer de maldecirle cada segundo que transcurría sin hallar el alivio de sus males. ¡Qué tristes imágenes cruzaban por su pensamiento! Cada vez recordaba y se reprendía más su anterior conducta, aquel orgullo fatuo con que se mofaba de la pobreza cuando no conocía que todos los bienes humanos son perecederos menos la virtud y el saber. Afortunadamente no habían corrido sus años en balde, y como ella dijo en la introducción de esta historia, sabía coser y bordar porque lo había aprendido por diversión como tantas infelices lo hacen por necesidad. Feliz inspiración la suya cuando por vía de entretenimiento se aplicó a la labor que un día podía alimentarla. Laura fue una excepción de la regla general: en España la aristocracia es el símbolo de la estupidez por lo mismo que confía en los bienes de loca fortuna, y por eso se ven tantas familias en la miseria que un tiempo disfrutaban inmensas riquezas, y por eso entre los hombres de talento y erudición se cuentan tan pocos Grandes de España.

En otras naciones la Grandeza se aplica al trabajo, invade las artes, las ciencias, la literatura y la milicia, y no les importa hacer sus primeros años el papel de subalternos con tal de llegar a jefes al fin de su carrera; pero sin favoritismo ni humillación, ganando sus grados, sus honores y condecoraciones a punta de lanza. En España nada de esto; se tiene por plebeyo al estudio: el trabajo es propio de gente soez y necesitada. Mientras un señorito sabe que no le ha de faltar la subsistencia, ¿quién le hará desojarse en leer obras de plebeyos como Bails y Cervantes? Teniendo faisanes que comer, dinero para ir a los toros y carruajes para solazarse en el Prado, ¿qué importa saber si la tierra anda o está parada, si la Luna es satélite de la Tierra, si la luz del sol tarda tanto o cuanto en llegar hasta nosotros, ni otras zarandajas? Por eso España ha producido Lopes y Calderones, Murillos y Velázquez; pero está muy libre de producir condes de Buffon y de Mirabeau. En ninguna parte como en España tiene aplicación aquel dicho de un hombre célebre: «Basta nacer Grande para ser pequeño toda la vida.»

Laura tenía esta ventaja, cuyo valor no había conocido hasta el día de sus apuros; podía dedicarse a coser, a bordar, pero para esto necesitaba relaciones, y mientras adquiría estas relaciones, ¿qué medios debía emplear para salir de su penosa situación? Por fortuna su habilidad era proverbial entre los que la habían conocido antes:



ningún amigo de su padre ignoraba sus buenas dotes para el trabajo, y esto la daba algunas esperanzas para el porvenir.

Oyóse ruido en la escalera; alguien subía. Llamaron en casa de Laura; sin duda querían entrar.

— ¿Quién?, dijo Laura llena de esperanzas.

— Abra V.

— ¿Quién es V.?

— Gente de paz.

A la voz de gente de paz nadie se resiste, como si los malhechores no supieran decir *gente de paz*. Abrióse la puerta y entró la justicia. Iba un alcalde de barrio gordo y chiquirritín, con una casaquilla corta que más bien podía pasar por chaqueta con rabo; pantalón ancho y corto, dejando ver unas historiadas medias azules de lana en aquellos pies tan grandes y tan hermosos. El chaleco era de pana negra con botones de nácar, y tenía un arco iris rodeado al cuello, a lo cual daba él el nombre de bufanda. Falta hablar del sombrero; era de castor ovejuno a prueba de bomba. Tenía una construcción particular: muy alto, muy delgadito por abajo y muy ancho por arriba, por lo cual le llamaba la gente pirámide al revés. La copa era inmensa y levantada como la bóveda de un templo, y más que debajo de un sombrero, iba el alcalde debajo de un paraguas. El ala era corta como ala de mosca, la cinta era de terciopelo muy ancha que había servido veinticinco años de cinturón a la alcaldesa, y como por consecuencia debía ser larga, sobraba media cuarta de lazo que iba colgando por atrás, de modo que el sombrero con mango parecía una sartén sin patas. Basta de alcalde, pasemos a los demás; pero no pasemos, vive Dios, por no favorecer al alcalde, pues al lado de sus compañeros podía pasar por un buen mozo y por un elegante. Uno había entre todos de muy buena figura, ojos expresivos, pantalón azul y capote de barragán, el cual se sentó en un rincón y permaneció mucho tiempo indiferente. Había entrado cuando la justicia; pero ni el alcalde ni los demás le conocían; sin embargo nadie le decía nada, porque Laura creía que había venido acompañando a la justicia, y la justicia creyó que vendría a acompañar a Laura. [...]



CAPÍTULO XII

UNA REVELACIÓN

Mientras Candelas a pie y el marqués a caballo, aunque con media hora de atraso, se dirigen a la quinta de Campo-Alegre, donde se halla prisionero Miguel Angel, uno a dar libertad al futuro diputado y otro a impedirlo y tal vez a asesinarle, nosotros nos encaminaremos a la cárcel donde tenemos encerrado al pobre Francisco por el maldito lance de la manteca.

El desdichado amante de Teresa hubiera podido estar en el cuarto del alcaide pagando siete reales diarios mientras se ponía en evidencia su inculpabilidad; pero siete reales diarios para un pobre es un sacrificio demasiado costoso, aun cuando pueda soportarlo por algunos días, y así es que no pudiendo Francisco satisfacer esta exigencia de la que llaman justicia, tuvo que resignarse a entrar en el patio de la cárcel donde están los ladrones, los asesinos, los mayores criminales.

Ya supongo que será inútil todo lo que yo diga sobre este particular; pero mi deber es defender la inocencia y la pobreza y clamar porque llegue un día de humanidad y de justicia, desterrando esos escandalosos abusos que hacen padecer menos al que es doblemente criminal, sólo porque el dinero, el favoritismo y la categoría social ejercen un pernicioso influjo ante la ley. No parece sino que por mofa se ha consignado en las constituciones modernas el principio de que ante la ley todos somos iguales. Es falso, o más claro, es mentira.

Ante la ley son iguales los que son iguales en categoría y en fortuna, es decir los que son igualmente pobres o igualmente ricos; pero cuando entre dos reos hay alguna diferencia de fortuna o de posición social, la igualdad ante la ley desaparece, el crimen del poderoso se convierte en mérito, y la inocencia del pobre se castiga con rigor; porque la miseria es un crimen a los ojos de los que ejercen la justicia.

Materia es esta que nos dará lugar en otros capítulos a serias prudentes reflexiones, porque ya que la sociedad en uso de su poder tiránico, constituye a todo hombre desde que nace, y sin consultar su voluntad, en miembro de su seno, sujeto a todas las obligaciones, a todos los deberes, a todas las exigencias, y por decirlo de una vez, a

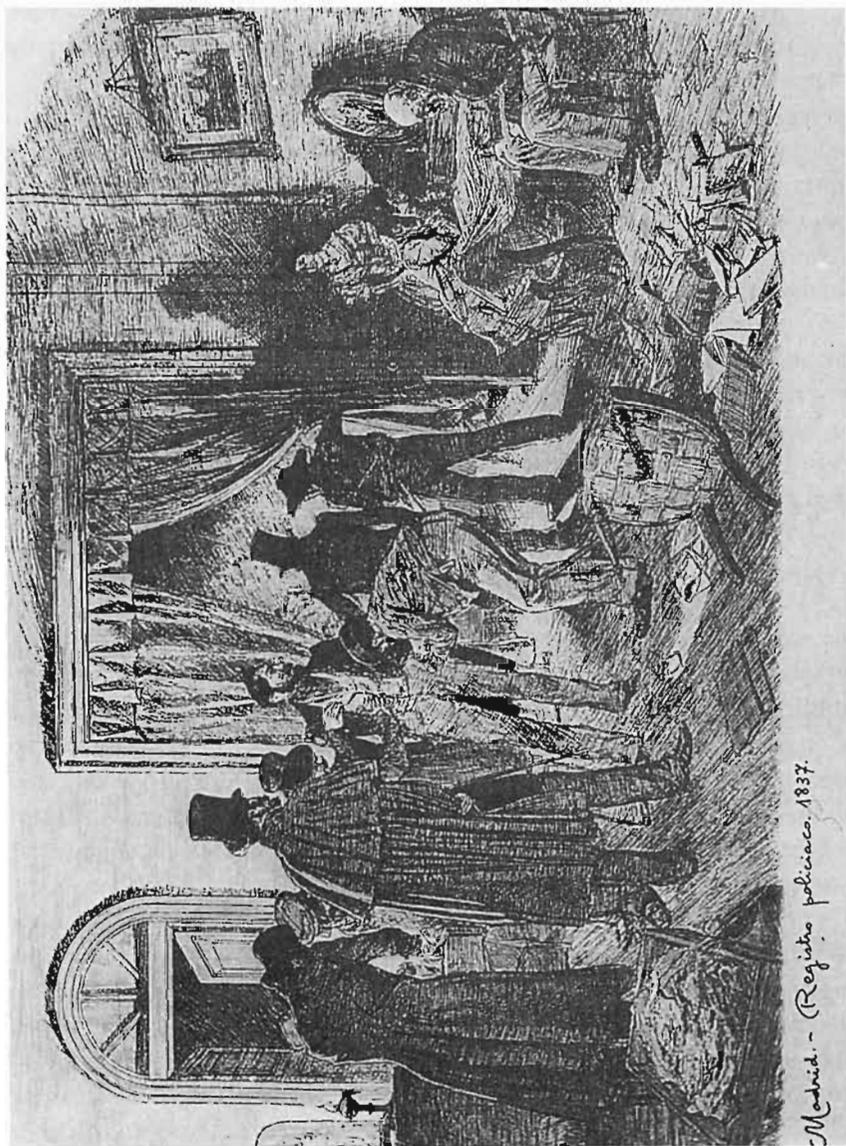
todos los caprichos del pacto social, es necesario que a todo ciudadano se le afiance su seguridad, su independencia, su fortuna, en una palabra, sus derechos de ciudadano.[...]

Como nuestro pobre Francisco no tenía mucho dinero que digamos, tuvo que entrar en el patio de patitas, donde el hombre tímido va a ser objeto de mofa, de escarnio y de diversión para los malvados. La sociedad de la cárcel está en razón inversa de la nuestra. Entre nosotros el hombre de más méritos cree tener derecho a más consideraciones; allí se mide la aristocracia por la maldad y número de crímenes. Necesario será dar una idea de las jerarquías carcelarias aunque muy ligeramente.

Los presos se dividen en tres porciones, a saber: los grandes ladrones y asesinos, aquellos hombres que se han hecho temibles por su perversidad y valor, y que validos de esta preponderancia entre los de su clase van a ejercer su oficio de matones a la antesala del suplicio. Estos hombres, por el dominio que tienen sobre los más cobardes, reciben el nombre irónico de *magistrados*. Su insignia consiste en un pañuelo puesto en la cabeza de modo que cubriéndola toda viene a sujetarse por un nudo hecho a la parte media del hueso occipital.

Pertenecen a la segunda clase los ladrones de relojes y pañuelos; pero que todavía no han hecho méritos suficientes para morir en *la de palo*, y estos reciben el nombre de *tomadores del dos*. Distínguense también por el pañuelo puesto en la cabeza a manera de venda, aunque un poco más arriba de la frente y con el lazo a un lado. Y todos los demás forman lo que llaman entre ellos el regimiento de los *pipis*. Es de notar la inflexibilidad aristocrática que reina en aquella mansión aterradora. Los *magistrados* sólo alternan con los *magistrados*, los *tomadores del dos* con los suyos, y los *pipis* nada más que con los *pipis*. Podrá suceder que un *magistrado* alterne con un *tomador del dos*, y que este último hable con un *pipi*; pero en este caso podrá tenerse por seguro que los facinerosos de mayor categoría han *descendido* de su puesto para dar órdenes. Lo que no se verifica nunca es que un *pipi* tenga la honra de hablar cara a cara con un *magistrado*.

Más adelante podremos dar algunos detalles de las costumbres de los presos, entretanto diremos que nuestro Francisco ingresó en el batallón de los *pipis* el 2 de enero de 1836 a las cinco de la tarde, con un frío de cuatro grados bajo cero, que le hacía chuparse las uñas. ¡Pobre y desventurado Francisco! ¡Pobre y desventurada Teresa!



Madrid. - Registro policiaco. 1837.

Registro policial en 1837, fondo E. Casariego, MMM. Inv. 18844

El desgraciado joven entró avergonzado en la mansión del crimen, sin atreverse a levantar los ojos del suelo, porque todo le horrorizaba. En cuanto le vieron los demás tan afeminado y cobarde se armó un alboroto universal.

¡Un pipi!, ¡un pipi!, un usfa pipi!!!...

Tales eran los gritos de los desalmados que cercaban a Francisco con unas carcajadas de risa burlona y amenazante. Los ojos de todos parecían querer salirse de las órbitas según se clavaban en el nuevo preso como disputándose la presa. Uno miraba al pantalón de paño fino, otro la levita, otro el chaleco y ninguno se fijaba en la corbata ni en las botas, porque los pies y el cuello de los hombres de la vida airada generalmente gozan de una completa libertad. El único calzado que usan algunos en toda su vida es el grillete; la única corbata, la rosca del garrote empezó a rebuznar. Aquí la gritería subió de punto.

— ¡Pipi! ¡pipi!, exclamaban unos.

— ¡Te da la bien venida!, decían otros.

— ¿Sabes quién es ese camarada que te saluda?, dijo uno acercándose bruscamente. Es el pollino que lleva los reos al patíbulo, ¡salúdale, pipi!, ¡salúdale!!! [...]

CAPÍTULO XIII

Todo esto pasaba en una sala pequeña cuyo cielo raso era por un lado vara y media más alto que por otro; el desnivel del techo, cuya parte más baja lamía las puntas de una ventana vieja, daba a conocer que aquello era una bohardilla habitada aunque inhabitable; lo cual estaba en armonía con los ciento ochenta y cinco escalones que había que subir para llegar a la puerta de la tía Sinhuesos. La alcoba de esta sala estaba cubierta con una cortina de remiendos que parecía un tablero de damas. ¿Quién sabe de cuantos padres sería hija la tal cortinilla? Allí podía apostarse que había retazos de lienzo crudo, de batista y de toalla, con trozos de sábana y de colchón. La guarnición no sabemos si habría servido ya en algunas enaguas o para chorrera de algún camisolín; las cintas cosidas a las arillas de hierro, eran de todos colores; las había de estambre colorado, de seda verde, de tafetán inglés, de galón negro y hasta de orillo. Y las arillas



de la cortina habían servido en el nudo gordiano de un fraile capuchino. ¿Qué diremos de la barrita de hierro de la cual pendía la cortina? Desde lejos parecía la baqueta de un fusil y desde cerca lo mismo, porque no era otra cosa.

El sofá era de una madera muy imitada al pino, con un barniz sin lustre, de color de chocolate con leche. Era mueble de mérito por lo antiguo, como que antes de venir al servicio de la tía Sinhuesos había salido treinta años sin interrupción a la Plazuela del Angel en tiempo de ferias. No tenía respaldo porque se le habían comido las chinches, y el asiento de espadaña blanca y mal retorcida se había hundido tanto y formaba tales hoyos que cuando uno se sentaba en él parecía que se ponía en cuclillas. Encima del sofá estaba la estampa de la Virgen de los Siete Cuchillos, entre San Simón y Judas y las aleluyas de Napoleón. El brasero era una copa de barro de Alcorcón, cubierto con una jaula vieja por alambreira, y tenía por badila un cucharón de hierro, que la vieja estimaba en mucho, porque dijo había espumado doce años los pucheros del primitivo duque de Alba. Todo era judío en aquella casa menos la lumbre, que como era de carbón santo no quería arder. [...]

CAPÍTULO XVII

LA CUEVA

Casi todos los días del año eran robados los pasajeros que entraban o salían de Madrid por el camino de Carabanchel, sin que las numerosas partidas de tropa que el gobierno destacaba por aquel punto pudieran dar con los malhechores, ni aun siquiera encontrar una huella que condujera a su escondite. Diferentes veces se había mandado por la autoridad vigilar a la tía Sinhuesos, designada como cómplice y agente principal de todos los ladrones de Madrid; pero ya fuese por la sagacidad de la vieja, ya porque era imposible distinguir su cuerpo enjuto, en medio de las sombras del crepúsculo vespertino, hora en que generalmente se cometían todos los atropellos, lo cierto es que nunca la tropa pudo capturar a la mujer condenada por la pública opinión, y contra la cual había fundadas y vehementes sospechas. Hubo muchas ocasiones de tener cercada a la mujer

espíritu con todos sus compañeros de rapiña; y deslizándose éstos y aquélla como fantasmas imaginarios por entre los árboles de la ribera del Manzanares, y serpenteando por entre los altos y bajos, casas y vallados que hay a los costados de la ermita de S. Isidro, desaparecían a lo mejor sin verlos huir por ninguna parte como si la tierra los hubiera tragado súbitamente. No era extraño: por aquel punto estaba la posesión del marqués de la Calabaza, que él llamaba su quinta de Campo Alegre, de la cual vamos a dar una ligera idea.

La posesión consistía en un jardín rodeado de una gran pared de ladrillo como de dos a dos varas y media de alta. Había varias puertas para entrar en el jardín, de las cuales sólo una estaba construida con lujo, y ésta se hallaba asegurada por un enorme cerrojo con su llave y cerradura correspondientes; las demás puertas tenían varios resortes para abrirse, tal como tirar hacia fuera de una aldaba, o dar media vuelta a izquierda y derecha; pero estos resortes sólo eran conocidos del marqués y de los facinerosos sus predilectos. Allí, pues, se guarecían los malhechores cuando eran perseguidos; y como estando en una posesión tan respetable, como que era nada menos que de un marqués, la tropa guardaba consideraciones al propietario, no sólo no registraban el jardín, sino que ni aun remotamente podían sospechar que aquel fuera el albergue de todos los desalmados compañeros del dueño de la posesión.

En el centro del jardín había una casa muy bien amueblada donde el marqués iba a conferenciar con sus camaradas los facinerosos cuando se trataba de robos y asesinatos, o con los exclaustrados y ex-realistas, vulgo latro-facciosos, cuando se tramaba alguna conspiración.

El piso del portal estaba enmaderado con tal primor, que no se advertía una gran puerta o trampa cerrada herméticamente y sujeta por la parte de afuera con un gran clavo. Para mayor disimulo había sobre el piso yerbas y flores esparramadas en tiempo de verano y algunos ruedos peludos en el invierno. Debajo de esta gran puerta de la trampa había otra mucho más gruesa sujeta por varias cerraduras, de las cuales sólo había llaves para dos personas. Una tenía el marqués de la Calabaza, que siempre que iba a la posesión llevaba el manojito de llaves en el bolsillo, y las otras llaves las guardaba constantemente el viejo Matalobos, que era el que por sus años y sus atrocidades inspiraba más confianza a la cuadrilla.

Cuando los ladrones salían de la cueva siempre se quedaba dentro Matalobos durmiendo muy descuidado, porque como los que

salían corrían el clavo a la trampa de afuera, para la cual no había llave. aunque algún preso de la cueva quisiera huir le era absolutamente imposible. Podría sorprender a Matalobos en el sueño y arrancarle las llaves. y de este modo lograría abrir las cerraduras de la trampa más baja. pero ¿cómo quitaba el clavo que estaba a la parte fuera de la otra? ¡Imposible!

Abierta la segunda trampa hay una escalera recta y pendiente, tan sumamente larga, que a la mitad de ella deja de percibirse la claridad del día. El interior de la cueva está débilmente alumbrado por una lámpara fúnebre que refleja una luz pálida y siniestra, como un rayo de luna en el cementerio. La cueva es inmensa, y a lo que parece tiene comunicación en muchos puntos por largos y torcidos callejones subterráneos, que sólo pueden conocerse a fuerza de años. Las paredes han criado con la humedad una especie de hollín, que impide acercarse a ellas. Tal es la prisión en que se encuentra Miguel Angel.

En este subterráneo, propiedad del marqués de la Calabaza, hay proporción para todo; los facinerosos se abrigan allí, celebran sus conciliábulos. y tienen sus sitios más recónditos para ocultar el fruto de sus rapiñas. Hay además un local espacioso que el marqués emplea para congreso de carlistas, y allí tienen sus sesiones de cuando en cuando los conspiradores facciosos más fanáticos y temibles de Madrid.

Son las cuatro de la tarde, aunque en la cueva nunca se sabe si es de día ni de noche. Miguel Ángel está recostado en un rincón contemplando a los bandidos, que celebran sus últimos triunfos con una borrachera. Todos están sentados formando círculo, en cuyo centro hay gran cantidad de bacalao, aceitunas, salchichón, pasas y vino por mayor.

— ¡A la salud del tío Pelos-tuertos!, gritó Matalobos con la bota en una mano y media pescada en la boca.

— ¡Que viva el alcalde D. Matías que nos proporciona el mejor bacalao de su casa!. contestó otro pájaro de la cuadrilla.

Los ladrones llamaban de apodo Pelos-tuertos al alcalde de la calle del Carmen. porque efectivamente este buen hombre tenía los pelos. como suele decirse. a contra pelo. Mis lectores habrán comprendido ya que los efectos que Candelas robó a D. Matías. fueron a parar a la cueva; y por eso en la francachela que celebran los facinerosos brindan a la salud del alcalde. [...]

CAPÍTULO XVIII

LAS INSTRUCCIONES DE MATALOBOS

Estaban los facinerosos tan perdidos que, como suele decirse vulgarmente, no se podían lamer. Los hijos de Adán no han visto sesión más ridícula, que la que Miguel Ángel presencié en la lóbrega posesión del marqués de la Calabaza. Matalobos resoplaba inflando los carrillos como si fuera viento y no vino lo que tenía en el cuerpo: todo se le volvía hacer esparabanos con los ojos, bizcos de puro alegres, y apenas decía una palabra acorde, y para eso lo poco que decía iba apoyado en una sarta de refranes tan extemporáneos, que sólo él podía comprender su aplicación. Sentóse en medio de los bandidos, dejando atrás a Pericón, hombre de buen humor que al verse en segunda fila, dio a su jefe un empujón. [...]

— ¿Cómo que no?, replicó Pericón, ¿y el orden de parada?

— Es verdad, no me acordaba de semejante cosa. Tú, Gaitero, a relevar al vigilante de la plazuela de la Cebada; tú, Cojitranco, al Prado; y los demás, a la Puerta del Sol.

La sociedad de los ladrones está efectivamente tan bien organizada, que tiene apostados sus vigilantes en todos los barrios de Madrid; y no satisfechos con esto, los ladrones saben proporcionar sirvientes a las casas de dinero, para que les abran la puerta. Ellos saben lo que pasa en todas las familias, si salen de casa y a qué hora vuelven, en una palabra, los que mandan son los dueños del campo; pero los ladrones son dueños de la capital. [...]

CAPÍTULO XX

LA COMISIÓN

Indudablemente parecerá exagerada la pintura que hacemos del marqués de la Calabaza, hombre malvado, corrompido, facineroso de profesión, que sin embargo disfruta grandes consideraciones en la sociedad, que tiene un título y todos los honores bárbaros de nuestras asquerosas costumbres. Pero, ¿es el marqués de la Calabaza un ente imposible? ¿No podríamos citar infinitos hombres plagados de títulos que han sido rateros o cosa parecida, y cuando ellos no



lo hayan sido. lo fueron sus padres o sus abuelos? Esto es positivo: conocemos muchos personajes que se hallan en este caso, y otros que si no han sido rateros, han pertenecido a familias humildes de nacimiento, aunque honradas. Desde luego conocerán nuestros lectores por las opiniones que profesa el autor de esta obra, que no se trata de ridiculizar a la aristocracia, porque su nacimiento o su origen no hayan sido aristocráticos; antes al contrario, el hombre virtuoso y patriota, que en atención a sus méritos y servicios llega a la cumbre del poder, es tanto más digno de consideración y aprecio, cuanto más humilde haya sido su cuna. No participamos de la opinión de los periódicos retrógrados de España, alguno de los cuales atacó al general Espartero, duque de la Victoria, diciendo: que, si había sido mal regente, era una consecuencia natural de su descendencia plebeya, pues nada bueno podíamos esperar del hijo de un carretero. Esto parece increíble que se haya impreso en el siglo XIX. Sin que nosotros tratemos de vindicar al general Espartero, no podremos menos de calificar de monstruosa la opinión del periódico a que aludimos. Al hombre debe juzgársele por sus obras y no por su nacimiento; porque el acierto, la virtud y todas las cualidades que deben adornar a un hombre de Estado no son patrimonio exclusivo de la aristocracia: un plebeyo es susceptible de abrigar pensamientos nobles y caballerescos como el primer aristócrata del mundo, así como no negaremos que no por ser un hombre aristócrata de nacimiento está imposibilitado de ser un buen ciudadano, si bien todas las probabilidades rechazan esta suposición. Y aquí querrán algunos decir que nos inclinamos a favor del pueblo guiados por el espíritu de partido; no hay tal cosa. Todos los hombres somos iguales al nacer; no se diga que la condición más o menos elevada del alma es inherente a la condición de la sangre; y esto es tan evidente, que no necesita demostración. Creemos que todos los seres vienen al mundo dotados de buenas y malas inclinaciones, y que éstas se modifican y trasforman enteramente con la educación. Y ahora preguntaremos: ¿es mejor la educación de los poderosos que la de los pobres?

Creemos que a esta pregunta todos responderán unánimemente, *no*. Porque los pobres aprenden los consejos de la madre que los cría, al paso que los ricos sólo oyen adulaciones de la nodriza. Porque hasta el dar de mamar a sus hijos es un oficio indecoroso para las grandes señoras. A los pobres se les enseña a trabajar para comer; los

ricos miran el trabajo como una cosa indigna de su clase; el amor al trabajo, según ellos, es una bajeza, es el justo castigo de los plebeyos. A los pobres se les predica el amor al prójimo; los ricos sólo profesan amor a las clases privilegiadas y parásitas. Cuando un pobre no obedece los preceptos de sus padres es reprendido y castigado con rigor; cuando los ricos tienen un capricho reprehensible es celebrado por los que los rodean, que necesitan medrar con adulación; y si no que se nos diga, ¿quién es el hombre independiente que se atrevería a reprender una mala acción al hijo de un príncipe? No, señor; a los niños de la alta clase es preciso mimarlos, es necesario aplaudirlos hasta cuando ultrajan, es indispensable contemporizar con sus malas inclinaciones, porque su elevado rango no consiente que un preceptor se atreva a reprenderles, y de este modo los malos pensamientos de una criatura, que una buena educación lograría disipar, se robustecen y crían hondas raíces con la adulación servil de los cortesanos. Por eso concedemos más virtudes a los pobres que a los poderosos.

Hemos hablado del origen plebeyo de la aristocracia, no porque lo tengamos por un desdoro, sino para probar la poca razón que tienen los aristócratas para insultar a los plebeyos; y como éste es un mal inevitable mientras existan esas creaciones de la vanidad y de la presunción, venimos a parar en que la aristocracia es un elemento antisocial. Quisiéramos ver recompensados a los ciudadanos que sirvan bien a la patria, sin esas distinciones que llevan en sí el germen de la desunión; quisiéramos ver abolidas esas jerarquías odiosas que hacen de la sociedad un regimiento, en que los generales parece que se degradan saludando a los soldados, en una palabra, aspiramos a la *igualdad*, a una *igualdad racional*, equidistante de la *anarquía* y de la *oligarquía*.

La educación de los pobres está muy distante de la perfección: lugar tendremos de explanar esta idea en otros capítulos; por hoy nos contentaremos con decir que no se confunda a los pobres honrados con los hombres de mal vivir. Estos últimos sólo aprenden a mirar como enemigo a todo el que tiene dinero, desde luego se declaran fuera de la ley, y he aquí por qué el marqués de la Calabaza, que ciertamente no se había criado entre aduladores, había recibido otra educación no menos funesta en la hez de la sociedad.

Fáltanos explicar la causa que movió a este hombre malvado a abrazar la bandera realista que insistía en defender con tesón.

Después de los sucesos referidos en el capítulo anterior por la mujer de la cueva, tardó algún tiempo en establecerse en Madrid, adoptando el título que sabemos: en el año 1823 vio que se perseguía con encarnizamiento a los liberales, y que el uniforme de voluntario realista era una garantía de seguridad inviolable. El absolutismo, es decir, el gobierno del capricho, sólo puede parecer bien a los malvados y a los necios: el marqués no era de los últimos; tenía bastante talento para conocer las ventajas del gobierno constitucional sobre el despotismo; pero era un malvado que necesitaba afianzarse y medrar con el apoyo del partido vencedor, y se hizo un furibundo realista, logrando nada menos que el grado de comandante de uno de los batallones que se formaron en Madrid. Así consiguió vivir respetado en la sociedad, y creció de día en día su popularidad, acaudillando los estúpidos serviles que perseguían a los liberales a los gritos escandalosos de «¡vivan las cadenas!», «¡muera la nación!», «¡viva la religión, y muera todo Dios que sea negro!»

Porque estas y otras lindezas decían los serviles, entre los cuales sólo pueden contarse los tontos y los pícaros; los primeros, porque no conocen todo el valor de su barbaridad, y los segundos, porque prefieren su bienestar al de toda la nación, o por compromisos parecidos al del marqués de la Calabaza. Ya hemos expuesto las razones que tuvo este *aristócrata* para hacerse absolutista, y por lo tanto no extrañaremos que siendo servil y malvado tuviera grande intimidad con los frailes, que son los que en la época a que se refiere esta historia sostenían la guerra de las provincias para colocar en el trono a D. Carlos, que más nació para donado que para rey. Así es que los frailes y el marqués de la Calabaza urdían en Madrid los planes más diabólicos contra las instituciones liberales, como ya hemos insinuado al hacer mención de la junta que el marqués iba a celebrar en su casa en el momento en que tuvo que salir en busca de Candelas, que sin dejar de correr llegó a la cueva con orden de dar libertad a Miguel Ángel. [...]

CAPÍTULO XXI

EL PUENTE DE TOLEDO

Hay cerca de Madrid una corriente que generalmente no tiene agua sino cuando llueve, a lo cual dan los madrileños el nombre de río Manzanares. De este río se puede decir lo de la casa de Astrearena, que tiene mucha fachada y poco fondo; porque cualquiera al ver de lejos los tres puentes principales, que son el de San Fernando, el de Segovia y el de Toledo, se imaginará que va a pasar el Duero o el Ebro, por no decir que el Nilo o el Wolga. El puente de Toledo, sobre todo, así por lo largo como por la belleza de la construcción, si eliminamos los dos mamarrachos puestos en medio por el singular Churriguera, es un puente magnífico, desde el cual se ve toda la parte de arboledas que hay a la parte del Mediodía, donde está el célebre CANAL, y por el otro lado la vista se pierde en otros muchos objetos que absorben la atención. Parece que a lo lejos se divisan piaras de merinas esparramadas entre la yerba, y las tales merinas son las camisas y calzoncillos de los habitantes de Madrid, cuyas prendas están colgadas al sol en una inmensa red de palos y cordeles que constituyen los lavaderos del Manzanares.

Dicen algunos que el río de Madrid tiene muchas narices, y yo lo creo así, siendo de opinión además que el tal río ha de ser muy enemigo del agua, puesto que sólo cuando llueve se le hinchan las narices. Entonces ya no me río de que le llamen río, porque se pone tan indómito y frenético, que algunas veces no respeta a su misma madre, y salta por donde le da la gana, causando muchos disgustos. Así ha sucedido en los días a que me refiero a consecuencia de un chaparrón que en el siglo pasado se hubiera llamado diluvio universal. Mucha gente sale de la corte a contemplar este dedo de mar, pues por mucho que suba, no puede llegar a brazo, que no deja de ofrecer interés por lo poco frecuentes que son estas avenidas, como que la gente lamenta la desgracia del puente de Toledo, que dicen ha quedado ciego, porque el agua le ha tapado los ojos. La tarde es clara y serena, el piso está seco, aunque conserva alguna humedad, y la gente de la corte bulle en todas direcciones, mostrando en los ojos su curiosidad y su extrañeza. Imposible será calcular el número de personas que hay en el puente; pero podemos asegurar que está tan cuajado, que apenas hay trecho para que pueda pasar una persona



sin apelar al resorte de los codazos, que es un medio prodigioso para hacer desviar a la gente. Desde la chaqueta al frac, desde la mantilla de terciopelo al rico velo de encaje, todo alterna en aquella desordenada confusión. Se ve un hombre con frac, gabán encima del frac y capa encima del gabán, al lado de un pobre descalzo que está en mangas de camisa, recibiendo de plano por infinitos conductos de la agujereada ropa el fresco cefirillo del mes de los gatos. Al otro lado del río una familia del bronce da fin a la bota, consume la merienda, y sacando la guitarra y el pandero, entona unas manchegas que bailan los jóvenes con envidiable alegría.

— Anda morena, dice el que canta, otra vuelta más y queda el galán entelerío.

— ¡Cante V. algo bueno, tío Sandunga!

— Alla va:

*Todos los que se casan
en el verano....
en llegando el invierno
ya están casados.*

— Bien por lo bueno, chica roja, bendita sea la sal de la canela, tío Sandunga.

— Vaya tía Sinhuesos, echemos nosotros un cuarto a espadas.

— ¡Calla condena! ¿Estás en tu juicio para pedirme que baile seguidillas?

— Vamos arriba, tía Sinhuesos, que en peores faluchos se ha embarcado este cuerpo bueno.

— Ea, pues que cante el tío Sandunga.

— Alla va:

*Todos los que se casan
en la cuaresma,
tienen los hijos machos,
las hijas hembras. [...]*

Tomo II

CAPÍTULO I

UN POETA

Pensativo estaba Miguel Ángel, sentado en un rincón del café Nuevo, el día o por mejor decir la noche del 5 de enero de 1836, sin reparar en el inmenso gentío que por doquier bullía con patriótico afán. Cada mesa era un congreso; pero no se discutía aquella noche como otras acerca de leyes y reformas, sino que se celebraban las noticias que corrían por Madrid de la señalada victoria conseguida por Espartero en los campos de Navarra. El café Nuevo era entonces el café del movimiento, de la revolución, allí se reunían todos los liberales más exaltados de Madrid como el año 1822 en la Fontana de Oro. Se pronunciaban brillantes discursos, se arengaba al pueblo en sentido democrático; sin salir de allí se batía completamente a don Carlos, se daba por hecha la revolución de Rusia, decapitando al autócrata; se arrollaba al Papa con toda su curia, y el pabellón español triunfante como en tiempo de Hernán Cortés, se extendía de polo a polo, iluminando al mundo con las luces de nuestra regeneración. El café Nuevo era una emboscada donde todos los días caía prisionero don Carlos. Luis Felipe habrá muerto sus veinticinco veces en el café Nuevo. El que estaba triste con la marcha de las cosas, si quería curar su melancolía, no tenía más que asistir al café Nuevo; donde nunca faltaban noticias nuevas, frescas, gordas y flamantes como acabadas de fundir. En cuanto uno sabía una noticia iba a depositarla en el café Nuevo; y de tal modo llegó a cundir la fama patriótica de los concurrentes a este café, que los serviles y los cangrejos, que todos son unos, cuando pasaban por la calle de Alcalá se inclinaban a la acera de la Aduana por no pasar junto al café Nuevo: en las tertulias aristocráticas y serviles, que todas son unas, se negaba la entrada a los que concurrían al café Nuevo; porque en el mero hecho de tomar un sorbete, un vaso de limón o una botella de cerveza en este café, ya llevaba un hombre la nota de demagogo, anarquista, revoltoso, enemigo del orden y otras lindezas con que los serviles adulaban a sus adversarios políticos.

Todo cambió luego de aspecto para mengua del pueblo español. En el año de 36 se brindaba en el café y fuera del café a la salud de



muchos valientes, acusados después de traidores a la patria; consecuencia fatal de las disensiones políticas. En aquellos años en que la unión, la armonía eran la bandera del partido liberal, los madrileños iban al café y hablaban sin recelo, porque no había espías, ni el gobierno los necesitaba. A medida que fuéronse inventando y poniendo en práctica por unos y por otros los estados excepcionales, el orden se desquició, la ley sucumbió, las garantías sociales desaparecieron: no hubo esquina, rincón, calle ni casa sin espía; faltaron los amigos a los amigos y los hermanos a los hermanos, porque el dinero pudo más que la lealtad castellana y la venció. Cada hombre parecía un traidor, cada traidor vistió muchos disfraces de leal; en una palabra, ningún hombre inspiraba confianza, porque la sociedad fue convertida en un hormiguero de espías y delatores.

Por todas estas razones, el café Nuevo degeneró también, y nadie se atrevió a hablar de política en él; porque cien ojos acechaban los pasos de cada hombre, y cien oídos recogían sus palabras. A lo mejor estaban dos amigos, y quien dice dos dice tres, y quien dice tres dice cuatro, tomando una copa a la salud de uno que cumplía años, de otro que se había recibido de abogado, o de alguno que tenía el inconcebible valor de casarse. Tan pronto como estos amigos alborotaban un poco, ya se veían ocupadas las columnas del café por hombres de mal semblante, o se veían cruzar a bandadas murciélagos de dos pies que pasaban alrededor de la mesa, como si dieran vuelta a una noria, alguno de los cuales se acercaba con cigarro en mano para encenderlo en la chufleta. Era notable la humedad del cigarro en tales casos: no parecía sino que le habían curado con baños de agua fría, porque tardaba horas enteras en encenderse; hasta que por último, viendo el polizonte que no se conspiraba se iba de allí sin encender el cigarro con la firme resolución de no fumar. Lo más notable de todo es que los mayores espías y perseguidores habían sido en los primeros años los mayores alborotadores. ¡Oh témpora! ¡Oh mores! ¡Oh tiempo de los moros!

Pero volviendo a la noche del 5 de enero de 1836, Miguel Ángel, acurrucado en un rincón del café, estaba tan absorto y tan distraído, que nada le llamaba la atención. Los gritos, las risas y los palmoteos seguían sin interrupción en cada mesa; el magnífico reloj del café tocaba de cuando en cuando el himno de Riego, el Trágala y otras canciones patrióticas que daban mayor realce a los brindis de los entusiastas liberales. Levantó Miguel Ángel la cabeza y vio a larga



distancia un hombre alto, seco, vivaracho, con largas y ensortijadas melenas, bigotes de granadero francés y perilla como una pera de don Guindo. Este hombre joven y entusiasta como los demás, estaba de pie sobre una mesa rodeada de patriotas, unos en traje militar y otros de paisano; pero todos animados del mismo sentimiento; todos participando de la alegría y del entusiasmo que electrizaba a todos los corazones. Reconoció Miguel Ángel a aquel hombre que puesto sobre la mesa con el brazo izquierdo extendido horizontalmente y una copa de licor en la mano derecha parecía la estatua de la crápula. y levantóse con objeto de hablarle a tiempo que oyó gritar y repetir de boca en boca esta palabra con que los hombres de numen solemnizan todas las noticias satisfactorias:

— ¡Bomba! ¡bomba!

El joven improvisador describiendo un semicírculo con la copa sobre las cabezas de los innumerables oyentes, contestó:

El despotismo pérfido y sangriento
reinar quiere otra vez con torpe maña;
necia es su pretensión, loco su intento:
castiguemos su afán, ardiendo en saña.
Ya es llegado, patriotas, el momento
de recobrar la esclavizada España,
sacudiendo de extraños la influencia,
su honor, su libertad, su independencia.

— ¡Bien, bien!

— ¡Vivan los hombres libres! [...]

CAPÍTULO II

LOS DOS AMIGOS

El café Nuevo seguía en el mismo estado de alegre bulliciosa agitación; para cada persona que se retiraba entraban dos a aumentar la fiesta de los incansables patriotas que con más empeño celebraban el triunfo de las tropas liberales. Las luces de las arañas, multiplicadas por el reflejo de los cristales tallados y de los hermosos



espejos, producían un resplandor magnífico que correspondía al objeto de la festividad de la noche. Cundían las noticias y los gritos, seguían las canciones del reló acompañadas en coro por la mayor parte de los concurrentes.

— ¡Qué hermoso es el café Nuevo en una de estas noches de contento para los liberales!, dijo el poeta.

— Seguramente, contestó Miguel Ángel. Aquí se vive, se respira con una satisfacción inexplicable, se olvidan los amores y las penas; por eso he venido yo a pasar el rato.

— Bien hecho, amigo mío, lo que importa es distraerse, que lo demás ya veremos de arreglarlo. Desde esta noche no te abandono, vendrás a vivir conmigo, comeremos lo que haya, y de camino que aprovecho tus consejos de moralidad, yo te daré ejemplos de desenfado que acabarán por borrar para siempre de tu imaginación ese porvenir sombrío y melancólico que te mata. Nada de tristeza, al que te ofenda en lo más mínimo, le hago una sátira que levante ronchas.

— Pues bien, amigo mío, acepto tu cooperación desde esta noche. Te voy a revelar todos los pesares que me atormentan para que me ayudes a combatirlos.

— Antes quiero que me des palabra de venir a vivir conmigo.

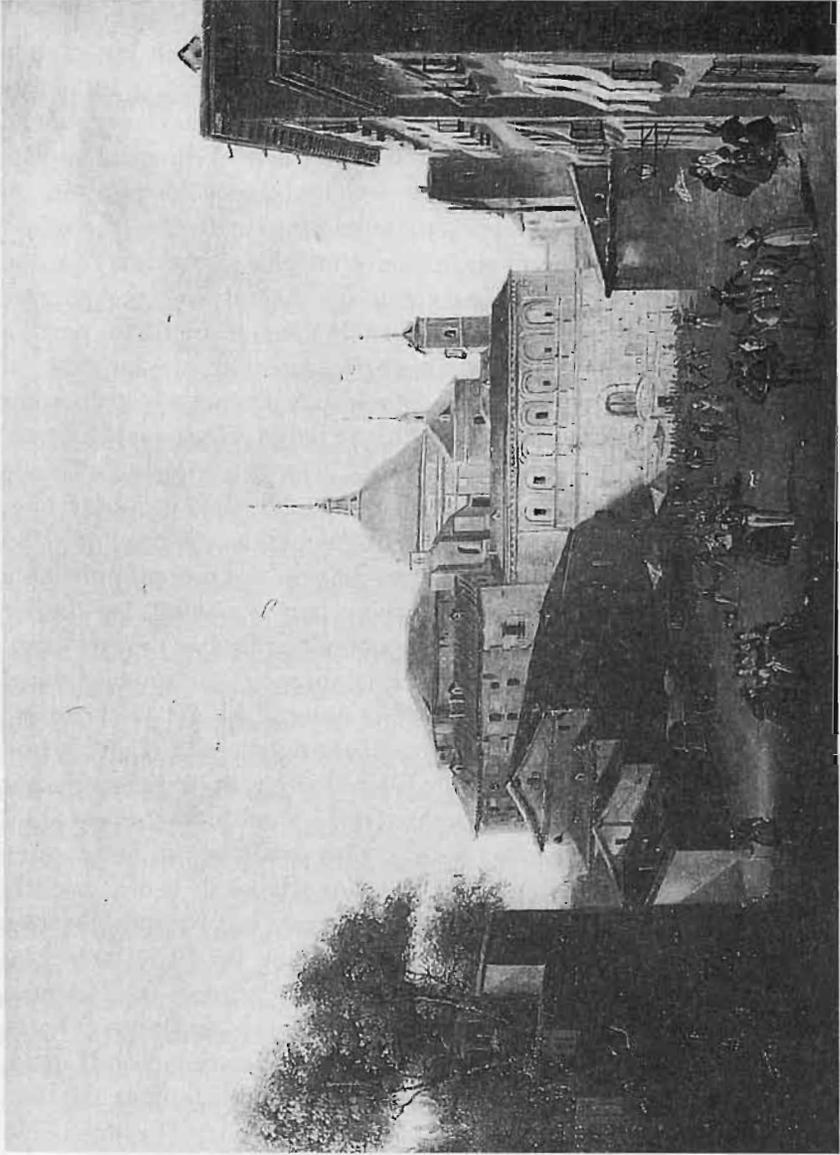
— Desde esta noche seremos compañeros de posada. ¿Dónde vives?

— En la calle de la Zarza, número 50, cuarto principal. Te voy a dar noticias de la casa, de la familia de la casa, de toda la vecindad, de toda la calle y de todo el barrio.

— Hombre, por la Virgen de Atocha, que no estoy ahora para oír una relación tan larga. Pero, ¿cómo has podido averiguar tanto en tan poco tiempo?

— Es muy sencillo, con hablar cinco minutos con mi patrona que charla por los codos. Y no sirve decirla, no me diga V. eso que no lo necesito saber; yo nunca he sido amigo de meterme en camisa de once varas; pero con mi patrona estoy seguro que nada ocurrirá en todo el barrio que no llegue a mis oídos. [...]

— No, por cierto, y si cayó, fue justamente porque los billetes parecían demasiado buenos, y abrieron el ojo a los golosos. En una hora que estuvo jugando, cambió un billete nada más: porque has de saber, que el tal juego era un semitrueno. Viendo que no podía cambiar los restantes se retiró con el poco dinero que pudo sacar, y dirigiéndose hacia la Puerta de Toledo tomó el camino de Aranjuez.



J^o M^o Avrial y Flores, *La plaza de la Paja*, 1838. MMM. Inv. 4005

sin advertir que uno de los que había en la casa jugando salió tras él y le siguió la pista, conservando siempre la distancia de unos quince a veinte pasos. La noche era oscura como boca de lobo; a la salida de la puerta, cuando perdió de vista los faroles, se encontró con un campo de tinieblas, bajo un cielo encapotado por inmensidad de negras y apiñadas nubes. El viento zumbaba fuertemente levantando gruesos granos de arena que, azotando la cara del viajero, ni aun le permitían escuchar si alguno le seguía. El que iba detrás, acechando una ocasión favorable para asesinarle y robarle el dinero, tampoco pensó en los inconvenientes que tenía el lance aventurado, ni remotamente imaginó que persona humana se apareciese en aquellas soledades a una hora avanzada y en una noche tan fría, tan oscura y tan cruel por el fuerte viento que hacía; sin embargo, otro hombre que también estaba en la saca de juego le siguió los pasos a la misma distancia que guardaba él para acechar, sin ser visto, al marido de nuestra patrona. Este último iba embozado hasta ocultar la nariz, lo mismo, ni más ni menos, que había estado en la casa de juego, sin tomar en él ninguna parte. Al llegar a la Puerta de Toledo este hombre misterioso paróse a reflexionar sobre lo que debía hacer; no sabía si seguir al malhechor que iba decidido a matar a otro tan malo como él, o si pedir auxilio a la guardia de carabineros que había en la puerta. Mientras este hombre se paró a pensar, los dos de adelante se alejaron mucho, porque ambos caminaban muy de prisa. El viento favorable hizo llegar estas palabras hasta donde estaba el hombre misterioso: ¡ladrones! ¡me han muerto! El embozado apretó el paso, y cuando llegó al puente se encontró un hombre tendido que se revolcaba en su sangre. Había recibido una fuerte puñalada por donde la sangre brotaba con profusión. El hombre misterioso atajó con un pañuelo la sangre del herido, y creyendo ver un bulto que a lo lejos se movía, se precipitó por entre los árboles de la orilla del río en busca del criminal. Con sorpresa sintió este hombre algunos tiros que en distintas direcciones hicieron silbar las balas sobre su cabeza. La orilla del río era una emboscada de ladrones que dormían allí en las noches frías del invierno, como en las templadas del mes de julio, con el fin de robar a los que entraran o salieran de Madrid, después de anochecido y antes de salir el sol. Había tantos y tan bien parapetados, que hubieran sido capaces de hacer frente a una compañía de granaderos; por lo cual el hombre misterioso se retiró de aquel sitio tan peligroso, y se dirigió a buscar al herido con la



buena intención de llevarle a su casa, y tal vez a curarle y protegerle hasta que pudiera andar por el mundo; pero ¡cosa extraña! allí ya no había nadie; el moribundo había desaparecido dejando un lago de sangre, cuyo rastro no pudo seguir el hombre misterioso por la oscuridad profunda de la noche. Tomó entonces el partido de retirarse a su casa, sin que haya vuelto a saber el paradero del pobre marido de doña Casimira. [...]

CAPÍTULO III

AMOR, CON AMOR SE PAGA

Imponente es una noche de alarma en Madrid. Todo respira melancolía y horror. En cuanto suena el tambor por esas calles todo bicho viviente se retira, los comerciantes cierran sus puertas, las patrullas de caballería recorren las calles causando un ruido monótono, interrumpido de cuando en cuando por los gritos sediciosos de los amotinados, y por el lúgubre lamento de las cornetas. La noche en que ocurrió la alarma fue tremenda; los tiros se oían en todas partes, sin que los sediciosos parecieran por ninguna; silbaban las balas, cruzábanse patrullas, agrupábase la Milicia desafiando al fuego graneado de los insurgentes con una serenidad digna de hombres que defendían sus vidas, sus haciendas, sus hijos y sus libertades. Para refuerzo de la Milicia y del ejército, que con tanto denuedo se aprestaban al combate, acudieron infinitos patriotas, armados de gruesos ciudadanos, es decir, de formidables garrotes, dispuestos a probar las virtudes del fresno sobre las costillas de los facciosos.

Porque los carlistas habían tenido la audacia de esparcirse en toda la capital, unos vestidos de paisanos y otros sacando a relucir el uniforme de voluntarios realistas, y salieron escandalizando a la humanidad con sus atrocidades; pero fueron tan eficaces esta vez las virtudes del fresno, que a la media hora habían sucumbido los serviles sin necesidad de apelar al sable ni a la metralla. Hubo palo aquella noche que valía un duro.

Miguel Ángel, que se había presentado en el Principal a pedir un fusil, se retiró cuando vio que la jarana no ofrecía gran cuidado. Con mucho sentimiento se encontró sin su amigo el poeta, que como

hombre de poca paciencia se había largado por esas calles de Dios, dando sartenazos a diestro y siniestro con un bastón de nudos que tenía. y que vino a ser moda en adelante por los buenos efectos que producía. Encontróse solo nuestro buen Miguel Ángel, y al entrar en la calle del Arenal, observó que un hombre iba corriendo y se dirigía hacia la calle de la Zarza. El hombre que así corría llevaba el uniforme de realista, según pudo notar Miguel Ángel a la escasa luz que daban los faroles de aquel tiempo. Echó este a correr tras él y le alcanzó.[...]

Iba a despedirse el marqués, cuando fueron interrumpidos por una persona que entraba en el portal dando voces de ¡mueran los traidores!, ¡mueran los serviles! Aquella persona era una mujer que charlaba por los codos; paróse al ver gente en su portal, y dijo:

— ¿Quién va allá?

— Gente de paz, contestó temblando el marqués de la Calabaza.

— Vengo asombrada, aturdida, espantada, prosiguió diciendo la mujer. sin que ninguno de los del portal la contestara una palabra.

Viendo la mujer que no la contestaban, redobló su incansable pico, creyendo que tenían los dos ganas de ponerse al corriente de sus relaciones. cosa muy natural en los habladores, que siempre interpretan favorablemente el silencio con que son escuchados.

— Miren Vds.. dijo la mujer, ahí en la calle de Majaderitos lo que han hecho esos indinos, maldita sea su estampa, han matado a un nacional al revolver de una esquina; y no contentos con eso, ha ido una tía bribona que se llama la tía Sinhuesos, ¿y qué les parece a Vds. que ha hecho a una pobre mujer que iba a entrar pacíficamente en su casa con un niño de pecho? Se le ha arrebatado de los brazos, porque el padre ha sido nacional, y zas.

— ¿Qué ha hecho?. dijo Miguel Ángel con sobresalto.

— Le ha estampado los sesos contra el suelo... Mire V. qué culpa tenía la pobre criatura de que el padre fuera lo que quisiera ¹. Y la mujer que tenía buen corazón echó a llorar como si el niño fuera suyo. Efectivamente. hay crímenes que no se conciben, y el más bárbaro de todos es ofender a una criatura, que ni aun defenderse puede, porque no conoce a sus enemigos ni el daño que la puedan hacer. Se dice que los legistas se habían olvidado de señalar la pena

¹ En el año de 36 murió en zarrote vil una mujer llamada por apodo la tía Cotilla, por matar un niño de un liberal arrojándole la cabeza contra el suelo.

correspondiente a un parricida, porque nunca concibieron que un hijo pudiera matar a su padre; pues bien, si el matar un hijo a su padre es un crimen enorme, atroz, que repugna cuando se concibe, yo no creo menor el delito de ofender a un niño inocente, conocido o desconocido.

Miguel Ángel quedó atónito al oír la espantosa relación de la mujer habladora, y el marqués, temiendo que su situación se agravaría demasiado si su contrario se enfurecía con tan horribles noticias, se despidió sin dar lugar a que la mujer acabara su narración.

— Pero aguarde V., dijo la mujer; si falta lo mejor, mire V., han caído muchos prisiones, y la tía Sinhuesos está ya también en chirona; sí señor; y se dice que esta noche habrá muchas prisiones de pájaros gordos.

— ¿Cómo? ¿Dice V. que habrá prisiones?, dijo el marqués dudando si le convenía ir a casa o no.

— Muchísimas. Ahora iba un piquete de nacionales a prender al marqués de Calabaza. Por cierto que el tal marqués es un solemne bribón.

— Pero señora, ¿qué pruebas...

— ¡Qué! ¿le defiende V.? Sí, señor, un malvado, y no me vuelvo atrás, y si no fuera por dar oídos a sordos, yo diría dónde está la marquesa y la causa por que se han separado ayer pidiendo divorcio.

Miguel Ángel conoció que aquellas revelaciones de la mujer no podían ser gratas a su padre, y cogiéndole por un brazo, le sacó del portal, dejando a la mujer hablando consigo misma.

— Pero, ¿dónde me lleva V.?, dijo el marqués temblando.

Nada contestó Miguel Ángel, que caminaba a su lado procurando bajar la cabeza para no ser conocido. Anduvieron bastante rato por las calles de Madrid sin hallar el menor inconveniente. Ya las tropas iban desfilando; las casas empezaban a iluminarse, los vivos a la libertad y los himnos patrióticos resonaban con vivificador entusiasmo por todos los ángulos de la capital de España. Entraron hijo y padre agarrados del brazo en un portal, y empezaron a subir escaleras.

— ¿A dónde vamos?, volvió a decir el marqués.

Miguel Ángel permaneció sordo a todas las preguntas de su padre. Cuando hubieron llegado al cuarto principal, reconoció el marqués el sitio donde se hallaba. Allí había vivido siempre su hijo; allí le había dado todo lo que necesitaba para vivir y hacer su carrera.

El pintor abrió la puerta, hizo entrar a su padre, y se salió volviendo a cerrar.

— ¿Pero qué me pasa a mí?, exclamó el marqués viéndose prisionero. ¿Dónde estoy?, ¿quién es V.?

— Yo soy Miguel Ángel, dijo éste con entereza, y V. es mi prisionero.

— ¡Hijo mío, piedad! ¿Encierras a tu padre!

— ¡V. encerró a su hijo! No hay más que una diferencia, y es que V. me encerró para asesinar-me, y yo le encierro a V. para salvarle la vida esta noche.

Siguió el marqués dando voces a su hijo, quejándose de su situación, pero en vano; porque Miguel Ángel acabadas las últimas palabras bajó la escalera, y viéndose en la calle, emprendió otra vez su camino hacia la de la Zarza, en busca del número 50 donde vivía el poeta.

CAPÍTULO IV

LA VÍSPERA DE REYES

Ya la tranquilidad se había restablecido en Madrid, y sus alegres habitantes se entregaban a sus tareas y a sus placeres. Al atravesar Miguel Ángel la Puerta del Sol oyó un ruido a lo lejos de cencerros y gritos que le desgarraban los oídos, a medida que se aproximaba más al extraño e inconcebible concierto desconcertado. Madrid es por razón natural el pueblo más ilustrado de España, con perdón de algunos forasteros, que por espíritu de provincialismo (sic) siempre dan la preferencia al pueblo en que nacieron. Un castellano viejo encuentra a Valladolid infinitamente mejor que Madrid; para un andaluz no hay otro Cádiz en el mundo; si se pregunta a un valenciano dirá que donde está Valencia está la perla de las ciudades; y por último, en el concepto de un catalán, el que no “ha vist a Barcelona no ha vist jamay cosa bona”. No negaré yo que en otros puntos hay bellezas locales de que carece Madrid, como la vista del mar, por ejemplo; pero las aldeas no pueden compararse con las villas, ni estas con las ciudades, ni las ciudades de segundo orden con las de primero, ni estas últimas con la capital de España. Por alguna razón es Madrid la primera de nuestras poblaciones. Los que

miran a Madrid con malos ojos, pueden convencerse de su error abandonando sus muros por un par de años, por un par de meses, he dicho mucho, por un par de días, y estoy seguro que al tercero han de acordarse de este pueblo magnífico, como se acuerda de su querida un amante ausente, como un proscrito se acuerda de su patria.

Madrid es pueblo para todos; lo mismo goza el sabio que el ignorante, el pobre que el rico, el hombre retirado del mundo que el libertino, ansioso de una vida de movimiento, de agitación, de placeres y de dolores. El que quiere disfrutar los goces de la alta sociedad, en ninguna parte de España lo consigue como en Madrid; el que quiere vivir en una aldea con toda su soledad, sus hábitos y sus miserias, tiene los barrios de Maravillas, Lavapies, Gil y Mon, y otros muchos que en nada se diferencian de Chamartín, Vallecas y los Carabancheles. Con la diferencia de que el día que uno de los vecinos de los barrios bajos quiere gastar un duro que le sobra, tiene todas las proporciones para emplearlo en los teatros, en los cafés, en los toros y en otras cosas que no abundan en los Carabancheles, en Vallecas ni en Chamartín. Hay en Madrid edificios magníficos como el Real Palacio, el Museo, la Casa de Correos y la Aduana, donde los legos tienen mucho que admirar y los inteligentes bastante que aprender. El que desea ilustrarse encuentra academias donde enseñan de balde los mejores profesores de las ciencias y las artes; tiene además bibliotecas llenas de libros, de cuantos libros puede apetecer para estudiar, cotejar y sacar apuntaciones, y si no bastan los libros tiene hombres eminentes en todos los ramos del saber a quien consultar una duda; porque en Madrid se hallan las primeras notabilidades científicas, artísticas y literarias. No diré yo que sean hijas de Madrid estas notabilidades; la mayor parte de los hombres célebres han nacido y se han educado en otros pueblos; ni será tan temerario que crea que en las provincias no nacen hombres de provecho; pero lo que puedo decir es que en cuanto un literato, un pintor, un matemático, un abogado, un médico, un músico, un cómico o un bailarín, despuntan un poco en provincia, al momento se trasladan a Madrid que es la patria común; por eso creo hallar en Madrid todo lo más selecto, y repito que podrá Madrid no ser la cuna de las notabilidades; pero lo cierto es que éstas se encuentran en Madrid.

Mas entre tantas cosas notables como abundan en este pueblo, hay costumbres estrambóticas, dignas de un país inculto. No hay

más que entrar en Madrid para convencerse de que lo sublime y lo ridículo marchan a la par, y que de la majestad a la caricatura no media un palmo de doncella.

Esto mismo reflexionaba Miguel Ángel a su paso por la Puerta del Sol, después de una alarma imponente, en que los madrileños volaban al combate con heroico entusiasmo. Después de un espectáculo majestuoso y sublime, el pueblo se entregaba a la algazara de las costumbres más ridículas y grotescas imaginables. Junto a Miguel Ángel atravesó una comparsa de granujas y curiosos de todos calibres rodeando a un gallego, que cargado con una escalera enorme iba a esperar a los Reyes Magos. No bien había pasado este grupo que siguió por toda la calle Mayor, cuando atravesaron otros muchos idénticos por la calle de Carretas a la de la Montera, de la del Arenal a la Carrera de san Jerónimo, etc., todos con la misma gritería: el canto desagradable del cuerno y de la zambomba y el monótono e intolerable sonsonete de los cencerros iban alumbrados por infinitas hachas de viento.

Parece mentira que en un pueblo como Madrid, y a la altura del siglo, haya hombres tan preocupados que crean en la venida de los Reyes, o tan glotones que por un mezquino convite hagan el oso toda una noche con la escalera a cuestas.

Cuando hubo pasado la noche, continuó Miguel Ángel su camino lamentándose de ver tales caricaturas; buscó el número 50 de la calle de la Zarza, y se encontró con que era justamente la casa en cuyo portal había estado con su padre. Entonces se acordó de la mujer que tanto le había roto la cabeza con su parola eterna, y no dudó un momento en que aquella era justamente la patrona de quien el poeta le había hablado en el café.

Efectivamente, no bien acabó de tirar del cordón de la campanilla, cuando salió una mujer hablando sola por el pasillo. [...]

CAPÍTULO V

LOS ESTRECHOS

El 1º de enero, que en Madrid es el primer día del año (no se si será lo mismo en Carabanchel), no se oye otra cosa en las calles de



la corte que el continuo pregón de infinidad de hombres y mujeres situados en las esquinas de *¡Motes nuevos!, ¡para damas y galanes!* Consiste este comercio en unas cuantas resmas de papel impreso de esta manera: un pliego es todo de papeletas de damas, que tiene cada una su orlita alrededor, y en medio dice:

S^{ra} D^a

Igualmente. hay otro pliego destinado a los galanes con su correspondiente....

Sr. D....

Los otros pliegos contienen en papeletas de la misma dimensión versos propios para que las damas los digan a los galanes, y la recíproca. Divídense las papeletas y se meten en un sombrero las que tienen el nombre de señora; en otro las de los caballeros. y en otros dos sombreros las de los versos; y hecha esta operación, uno se encarga de sacar las del primer sombrero y otro de leerla, y lo mismo sucede con las papeletas de los demás sombreros.

Esta es una diversión sencilla para unos, y para otros tiene su intrínquilis; por ejemplo, hay una mamá que la gusta un ciudadano para novio de su hija, y entonces se queda con la papeleta que tiene el nombre del caballero para sacarla cuando convenga. y éste es un medio de hacer que los jóvenes se den broma, y que luego estrechen las amistades, y que después se entiendan, se pongan de acuerdo... en fin, ya saben Vds. lo que puede suceder. Otras, y éstas son las damas jóvenes, que padecen de una enfermedad muy común en las mujeres, llamada *antojo*, van con la mira de caer con un galán generoso y rico, y como los versos que se ponen en boca de las damas son tan pedigüeños que siempre se reducen a decir «galán rumboso, dame un abanico, dame una sortija, dame esto, dame aquello». es fácil pescar algo al descuido o por casualidad. Lo mismo que hemos dicho de los *motes*, que también llaman *años nuevos*, acontece con los *estrechos*, con la diferencia de que en Madrid unas veces los denominan estrechos, otras *motes*, y otras Perico el de los Palotes.[...]

CAPÍTULO VIII

— ¡Adiós mis pavos!, ya saliste con tus principios de austera moralidad; yo no he pensado todavía en ese particular; te iré dando



cuenta de mis triunfos diariamente así como de las observaciones que haga, en vista de lo cual me dirás francamente tu parecer.

— Mi parecer desde ahora es que averigües la conducta de esa mujer, que conozcas su carácter y su genio; y si no te parece bien, si juzgas que el matrimonio no puede ser feliz, la olvides para siempre.

— Estoy en eso; por de pronto hay una circunstancia que no me agrada mucho. En casa de esta joven entra un famoso escritor que en mi concepto no lleva buenas miras.

— ¿Quién es?

— Es el célebre Larra, el genio privilegiado de nuestros días, que escribe con el pseudónimo de Fígaro; ¿le conoces?

— ¿Y quién no conoce a Fígaro?, ¿quién sabe leer en España que no busca con avidez sus brillantes artículos de literatura y de costumbres? ¿Quién no admira la agudeza de sus sátiras, la sublimidad de sus pensamientos profundos y sus críticas razonadas? ¡Hay amigo, nacen pocos Larras como nacen pocos Quevedos!

— Todo eso es verdad, pero no viene al caso; yo no hablo ahora del escritor, sino del hombre que me atormenta como rival.

— Larra es casado y con hijos, ¿qué recelo te puede causar?

— Mucho por lo mismo que es casado. ¿Es una obligación para los casados el contentarse con el pan de su casa? Figúrate tú que se le ha antojado mi dama, y que ella aunque no sea más que por el amor propio que tienen las mujeres, viendo que la ama un hombre de tanto talento... en fin, yo vigilaré y allá veremos. Ahora vamos a tus asuntos con la marquesa; ¿qué tal?, ¿se presenta bien?

— A pedir de boca.

— Es decir, que la marquesa te ha manifestado cariño.

— Tanto cariño como puede manifestar una mujer a su hijo y a un amante reunidos.

— Pues entonces, ¡ciertos son los toros!, exclamó el poeta frotándose las manos: pero, ¿quién lo había de decir conociendo tu moralidad?...

— El que conoce mi moralidad no puede menos de creer que yo me haría buen lugar en el corazón de la marquesa, contestó gravemente Miguel Angel. Yo no la he acompañado en calidad de amante, sino de un hijo que quiere volverla a la senda del honor. He vituperado agriamente sus debilidades de mujer, he oído la historia de su vida, y entonces he vacilado entre el deber de condenarla y el sentimiento de compadecerla. Me he comprometido a unir ese

matrimonio extraviado, y lo conseguiré restituyendo la calma y el honor perdido a mi padre y a esa desgraciada mujer. Esto es lo que hace un hombre que profesa rígidamente los principios de austera moralidad.

— Eso es otra cosa, contestó el poeta con más formalidad de lo que acostumbraba. Quiere decir que te has convertido en preceptor, en confesor y en médico de cabecera de esa señora para aconsejarla y para aplicarle un remedio que corte sus males de raíz. Ya nada tengo que decir de tu moralidad; me alegro que los hombres sean constantes en sus principios.

Y el poetaapuró el resto de la tortilla sin acordarse de que doña Casimira no la había catado: echó un trago del rico vino nacido en Valdepeñas y bautizado en Madrid, y limpiando los dedos en la servilleta.

— Ea, dijo, ya hemos cenado por hoy; mañana Dios dirá; pero ahora que me acuerdo, ¿dónde demonio se habrá ido nuestra patrona?

— ¿No te dije que se había picado de que yo no quisiera tomar nada?, contestó Miguel Ángel. He estado un poco brusco, lo confieso, pero si no podía complacerla, ¿cómo lo había yo de remediar? Yo siento que ese carácter servicial en demasía dé margen a que uno parezca terco, desatento y mal educado.

— Pues señor, dijo el poeta, ya no me cabe duda de que Doña Casimira se ha amostazado con el desprecio que has hecho de su tortilla de patatas.

No bien hubo acabado de decir esto Sinalefa, cuando entró Doña Camisira con un plato, y acercándose a Miguel Ángel, le dijo:

— Tenga V.; por si no le gusta la tortilla le traigo un plato de arroppe de mi tierra; coma V., que es cosa exquisita ². [...]

² Y ya que de arroppe se trata, no puedo menos de recomendar al público de buen gusto las exquisitas cajas de dulces de D. Francisco Arrufat que acaban de llegar a esta corte para su venta, y se despacharán a precios arreglados en el establecimiento de Manini y Compañía. No podía el Sr. Arrufat hacer cosa mejor que enviar sus dulces al despacho de los *Misterios de Madrid*, pues no dudo que los *Misterios* saldrán hechos un almorzar, porque como dice el adagio, al que anda entre la miel algo se le pega. Pero miento, todavía ha hecho una cosa más laudable el Sr. Arrufat, que ha sido enviar al autor de los *Misterios* un par de cajas para que las coma en su nombre. Este es un pensamiento sublime, altamente patriótico, por el cual no puedo menos de dar las gracias al Señor Arrufat, y confesar que es hombre de provecho, aunque no tengo el honor de conocerle más que para servirle y comer sus ricos y delicados dulces.

CAPÍTULO XIII

NUEVA DESGRACIA DEL TÍO PELOSTUERTOS

Salió Miguel Ángel de su casa decidido a no descansar hasta descubrir el paradero de Laura, y se dirigía a la casa en que vivía Teresa. cuando al pasar por los portales de la calle Mayor vio una nueva y flamante ropería, en la cual estaba el ex-alcalde, antiguo lonjista de ultramarinos, que desde que le robó Candelas ya hemos dicho que se deshizo de su lonja y se afilió en la lista de los roperos. Cuando pasó el pintor salió el tío Pelostuertos a la puerta, y dijo paseándose muy ufano:

— ¿Quiere V. algo, caballero? Aquí tiene V. buenos pantalones, levitas de moda, gabanes de todos colores.

Efectivamente, la tienda estaba bien puesta; había toda clase de ropas hechas, pantalones, gabanes, fraques, capotes, y porque nada faltara, hasta una casulla tenía colgada a la puerta.

Un caballero llegó a tiempo de pasar Miguel Ángel. Era un elegante en toda la extensión de la palabra. Sombrero de castor, frac azul con botones dorados, pantalón estirado, chaleco de terciopelo, sobre el cual brillaba una gruesa cadena de oro, las botas charoladas, guantes blancos como la nieve y la barba crecida. No diremos todavía si el tal elegante no llevaba capa, porque no la tenía, o por lucir el cuerpo, que todo esto podía suceder: lo cierto es que el caballero iba a cuerpo gentil, lo cual no dejó de observar el tío Pelostuertos, cosa muy natural en un ropero. Madrid es el pueblo de España donde se vive con más independencia; aquí no se advierte que un caballero salga de casa y se vaya al Prado a medio vestir, ni que entre en la iglesia o en la taberna; nadie critica las operaciones de los otros, y todos hacemos nuestra santa voluntad. Y cuando digo que en Madrid nada se repara, y que el mismo caso se hace del que va bien que del que va mal puesto, porque para un elegante hay ciento, y al lado de un roto nunca falta un descosido, me refiero a la generalidad del pueblo, que, por lo demás, en ninguna parte sufre un hombre revista más completa cuando sale de casa que en Madrid. Cada cual va a su objeto, y cada cual busca una falta que siente no encontrar en sus prójimos: por ejemplo, sale uno de casa con las botas viejas y nadie lo repara más que los zapateros, que andan siempre a caza de suelas gastadas y tacones doblados; si lleva las

botas sucias, lo repara el limpiabotas; si va mal peinado, lo atisba el peluquero; si lleva el cigarro apagado, le acechan cien chicos cargados de fósforos; por último, nadie puede pasar por una ropería si lleva el pantalón roto o camina a cuerpo, como le sucedía al elegante que cruzaba al mismo tiempo que Miguel Ángel por la puerta del tío Pelostuertos.

— ¡Buenos capotes, caballero!, dijo el dueño de la ropería.

El desconocido miró con curiosidad al tendero, examinó bien su fisonomía, y dijo:

— ¡Vive Dios que yo le quiero conocer a V.!

— No recuerdo, caballero, podrá ser muy bien; pero yo no tengo el gusto de conocer a V., sino para servirle: mire V. qué capotes tan exquisitos, paño del reino de primera. voy a descolgarlos todos: ¿le gusta a V. el color azul turquí, el verde bronce, verde manzana, verde botella, morado o negro?

El desconocido hizo una seña al tendero de que descolgase todos los capotes y se entró en la tienda. Mientras se prueba el capote y le ajusta, seguiremos a Miguel Ángel que distará de la tienda unos cuarenta pasos todavía.

El pintor ha sabido por su patrona que la madre de Teresa vivía antiguamente en la calle de Bordadores, núm. 5, que estaba como a unos sesenta pasos de la ropería. Iba Miguel Ángel absorto, cabizbajo, pensativo como de costumbre; entró en la calle y llegó a la casa que buscaba, cuando al subir los primeros escalones oyó hablar hacia el cuarto segundo, y se puso a escuchar el diálogo por las terribles palabras que llegaron a sus oídos.

— Ha muerto.

— ¿Qué dice V.?, ¿la señora Nicolasa ha muerto?

— Sí señor.

— ¿Y dónde están sus hijos?

— Van de pueblo en pueblo pidiendo una limosna.

— Y al subir Miguel Ángel la escalera, vio bajar un hombre alto y seco, que ocultando las lágrimas entre las manos iba diciendo:

— ¡Y yo soy la causa de esta desgracia!, ¡el juego!, ¡maldito vicio!

El pintor no pudo ver las facciones de aquel hombre; estuvo un momento reflexionando si le llamaría o le dejaría salir de casa con su error, y se decidió por lo último por no parecer curioso o indiscreto. Luego examinó bien las palabras de aquel hombre que iba desconsolado. ¡Y yo soy la causa de su desgracia! ¡El juego!, ¡maldito vicio!,

por las cuales sospechó que tal vez sería el padre de Teresa a quien todos juzgaban muerto en el río de Manzanares, después de haberse dejado ganar los jornales de un mes por el facineroso Lorenzo, como dijimos en los últimos capítulos del primer tomo. Lo que se sabía de cierto era que en aquellos días se había ahogado un hombre en el Manzanares, sin que pudiera ser socorrido por el hombre misterioso que, como recordarán nuestros lectores, se arrojó en su auxilio con heroico afán desde el alto Puente de Toledo. Los periódicos de Madrid, sin embargo, habían asegurado que el hombre ahogado en el río era un tal Pedro Ramírez, de oficio ebanista, es decir, el marido de la señora Nicolasa, el padre de Teresa, a quien hasta ahora conocemos más, añadiendo al dar la noticia que se había arrojado al agua a consecuencia de haber perdido la noche antes todos los jornales de un mes. De suerte que nadie ignoraba en Madrid la catástrofe, el nombre del ahogado y hasta las circunstancias del suceso. Ya no le quedó ninguna duda a Miguel Ángel de que el hombre que acababa de bajar la escalera llorando era Pedro Ramírez, que tal vez había logrado salvarse milagrosamente o no había pensado en suicidarse. Bajó el pintor precipitadamente la escalera, pero en balde; porque el hombre alto y seco había salido de la calle y no sería fácil adivinar su dirección. [...]

El pintor bajó de cuatro brincos la escalera y salió de la casa y de la calle de Bordadores veloz como el rayo. Iba formando su plan de ataque para averiguar el paradero de su madre y reconquistar a Laura, cautiva según él creía en la cueva de la quinta de Campo-Alegre. Decidióse a pedir auxilio a la autoridad y tomó el camino de la Puerta del Sol, cuando a pocos pasos fue interrumpido en su marcha por un gentío inmenso que inundaba la calle Mayor. Estaba la gente alborotada, unos gritando y otros riendo del lance que acababa de ocurrir, que es digno de que nos detengamos en él.

Se acordarán Vds. de un caballerito que llegó a la tienda del ex-alcalde, ex-almacenista de ultramarinos, del Sr. Matías, o como le llamaba el vulgo, el tío Pelostuertos; pues bien, aquel hombre tan fino, tan elegante, tan caballero al parecer, era nada menos que el célebre, el memorable, el famoso Luis Candelas, que no teniendo capote quiso hacerse con él por poco dinero.

— ¿Le gusta a V. este verde?, es el mejor de mi tienda, caballero.

— Yo quiero lo mejor que V. tenga, valga lo que valga, contestó Candelas echándola de garboso.

— Mire V. qué paño, caballero; mire V. qué terciopelo ese tan tupido y tan brillante.

— ¿Y cuánto vale este capote?

— Treinta y cinco duros, caballero.

— Ya me le dará V. en los seiscientos reales.

— No puede ser, caballero, le pido a V. lo que me tiene de coste; yo no quiero ganar ahora, lo que necesito es hacerme con buenos parroquianos.

— Eso sí, dijo el bandido maliciosamente, yo prometo ser el más constante de todos sus parroquianos.

— Pues entonces llévele V. en los treinta, caballero.

Candelas se puso el capote, se embozó bien, y fijando la vista en la casulla que estaba colgada, dijo:

— Ahora que me acuerdo, tengo que hacer un regalo al cura de mi parroquia, con que si está de venta esa casulla me la llevaré de paso.

— Sí señor, está de venta, y qué tela tan exquisita, y qué galones tan ricos tiene, mírela V. bien caballero, dijo el señor Matías descolgando la casulla.

— Sí, es buena, dijo Candelas; pero tiene poco vuelo.

— ¿Qué ha de tener poco vuelo? ¿Es muy grueso ese señor sacerdote?

— Es así, poco más o menos, del cuerpo de V.

— Pues entonces no crea V. que tenga poco vuelo, porque a mí me viene algo grande.

— ¿A ver?, póngasela V., dijo Candelas.

El ropero se plantó la casulla, volvió a Candelas la espalda para que viera como hacía buen cuerpo, y éste, aprovechando el momento de ver al ropero encasullado, salió de la tienda sin pagar el capote. [...]

CAPÍTULO XVIII

Despidióse Candelas y echó a andar hacía la calle de Bordadores: atravesó el Arco de San Gines, la calle del Arenal, metióse en un portal donde tiró los anteojos, la peluca y la levita, y poniéndose la casaca de cartero tomó el tolé hacia la calle del Carmen. [...]



CAPÍTULO XIX

Ya le daba lo mismo vivir que morir: tan acobardado estaba de la persecución de Candeñas, que abandonó la tienda y se fue por las calles publicando el chasco pesado. Acordóse de la modista que acababa de salir de su casa, y se decidió a ir a verla y contarla el suceso, y enseñarla los pasteles que tan caros le habían costado. Dejemos caminar al pobre D. Matías hacia la casa de su amiga la modista, ínterin nosotros, apartando la vista del desgraciado ropero, condenado por el bandido a morir en un asilo de mendicidad o en una casa de locos, llegamos antes que él a casa de Doña Vicenta Mormín, que si no me engaño éste era el nombre de la modista de la reina.

Este es un hecho tan conocido en Madrid, que apenas habrá cuatro personas en la capital que no hayan oído hablar del robo de la modista de la reina; por lo mismo he procurado bosquejarle con la posible exactitud, y al efecto he citado por su verdadero nombre a la modista, a quien no quiero hacer un personaje novelesco. Hablaré del robo ocurrido en su casa, porque es uno de los hechos históricos más notables y públicos del célebre Candelas, entre otros que le he atribuido hasta aquí, y que le seguiré atribuyendo sin que acaso pasaran por su imaginación una vez.

Para que la relación del suceso que voy a escribir en nada falte a la verdad histórica, al menos de puertas afuera, diré todas las señas de la casa, que conozco muy bien, porque la he frecuentado en algún tiempo.

Vivía, pues, Doña Vicenta en la calle del Carmen, número 32, esquina a la de la Salud, en el cuarto principal de la derecha. La casa es una de las mejores que hay en toda la calle del Carmen, tiene hasta cuarto tercero y excelentes bohardillas habitables. En la fachada de la calle de la Salud tiene dicha casa una pequeña puerta que da a una cuadra, donde se puede mantener y cuidar perfectamente un caballo, y aunque la modista no tenía caballo, era dueña de la cuadra por pertenecer al cuarto principal que ella habitaba, y a la cual se comunicaba por una pequeña escalera.

Había entonces un portero a quien conocí; pero cuyo nombre no recuerdo ahora. Era un tío viejo de mal genio, que vestía una levita gris y una gorra de cuartel, por haber sin duda militado y pertenecer además al regimiento que entonces se llamaba de Inválidos, vulgo culones.

Entendido esto, pasaremos al asunto de este artículo. Llegó Candelas a la casa acompañado de sus tres camaradas que iban vestidos de mozos de cordel: ya hemos dicho que el primero iba en traje de cartero, merced a la generosidad del tío Pelostuertos. Aguardaron todos a que el portero se descuidara para entrar, y entraron al fin, porque el portero se descuidó como suele acontecer; y vean Vds. lo que aprovechan las porterías, y díganme ¿de qué sirven los porteros? y sobre todo, ¿a qué conduce la manía de los aristócratas, que lo primero que procuran es poner con letras como melones en las paredes de su portal el rótulo enfático y necio de

NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO

¿Qué usos hacen los porteros de esta inconstitucional prerrogativa? De este voto de confianza que les prestan sus amos, ¿qué hacen? Incomodar al que va de buena fe que, como no espera descuidos de nadie para entrar en las casas, por fuerza ha de ser visto, y, siendo visto, por fuerza ha de ser incomodado por el fatuo portero que, dándose importancia, en cuanto siente pasos saca la cabeza por un ventanillo y grita como un energúmeno:

— ¿A dónde va V.?

Y por fuerza se les ha decir a donde va un hombre, sin lo cual no dejan pasar a nadie, como si porque un hombre diga donde va no hubiera ya nada que recelar. Lo mismo que sucede con esto pasa en las casas con los que llaman. ¿Quién?, dice muy adusto el criado, dispuesto a no abrir la puerta si no es a gente de mucha confianza; pero en cuanto oye decir *gente de paz* levanta el picaporte y franquea la casa sin más condiciones.

Hemos dicho que los ladrones pasaron sin permiso del portero, que ausente entonces de su portería o distraído quizás, o tal vez festejando a su mujer, que era todo un marimacho, los dejó pasar como Pedro por su casa. Candelas se adelantó con una carta en la mano, tiró de la campanilla, y salió el criado de la casa.

— ¿Quién?

— Abra V.

— ¿Quién es?

— El cartero.

Lo mismo hubiera sido contestar «gente de paz» para que abrieran la puerta; porque ya hemos dicho que esta contestación

equivale a un pasaporte refrendado, a una carta de seguridad, a una amplia licencia para cazar en vedado. No hay corazón de bronce que no se ablande al oír decir *gente de paz*, consigna conocida de todo el ejército social; sin embargo Candelas, por no exponerse a ser una excepción de las gentes de paz, quiso valerse de un medio más seguro y contestó de un modo que era imposible que dejaran de franquearle la entrada. ¿Quién se atreve a indisponerse con un cartero? La correspondencia es una de las primeras necesidades del hombre en sociedad. ya que uno espera carta de su amada, de sus padres, de sus amigos, ya que anhela saber una noticia y mucho más en tiempos de guerra, ya, en fin, que espera una letra de cambio, que no es el servicio más indiferente de correos; siempre desea uno pillar la correspondencia que examina con avidez y esperanzas. Por esto no es extraño que el criado de la señora modista, al oír anunciarse un sujeto tan principal y tan importante como el cartero, abriese la puerta sin temor ni reserva de ninguna especie. Cuando Candelas vio la puerta abierta, dijo para sí: «Esta presa es mía».

— ¿Cuanto?, preguntó el criado.

— Sesenta y cinco cuartos, contestó Candelas.

— ¡Sesenta y cinco cuartos!

— Sí, señor, es de Francia.

— Soy con usted, respondió el criado, y entró por dinero, dejando la puerta abierta y a Candelas por dueño ya de la casa.

Pero no hubo andado cuatro pasos el criado, cuando Candelas lanzándose a él con pañuelo en mano le tendió en el suelo y le tapó la boca para que no pudiera gritar. Los demás ladrones que estaban escondidos en el segundo tramo de la escalera corrieron a donde estaba su jefe, cerraron la puerta y penetraron hasta la sala donde estaba la señora modista sin dar escándalo ninguno en la vecindad.

Mis lectores podrán figurarse el miedo y el asombro de la modista al ver delante de sí a unos cuantos hombres mal vestidos que llevaban largas navajas y formidables pistolas en la mano, y que sin necesidad de las armas hubieran podido amedrentar a cualquiera, porque ya la cara decía más que las pistolas y las navajas de Albacete.

— ¿Qué es esto?, ¿quiénes son Vds.?, dijo la señora sobresaltada.

Candelas sin contestar una palabra se adelantó con otro pañuelo y tapó la boca a la señora para que no pudiera vocear. lo mismo que había hecho con el criado. Esto no impidió a la buena señora dar un

tirón al cordón de la campanilla para avisar a la criada, cosa que alarmó a los bandidos inexpertos que quisieron salir corriendo a poner otra mordaza a la persona que encontraran; pero Candelas, hombre inteligente, práctico en el oficio, les hizo una seña y todos permanecieron quietos en su puesto. Mientras tanto el capitán sacó una cuerda del bolsillo y amarró con ella las piernas y los brazos de la modista y su criado. No bien había acabado esta operación cuando llegó la criada diciendo desde muy distante:

— ¿Qué manda V., señora?

Nadie respondió: Candelas colocado en un rincón cerca de la alcoba esperaba la ocasión favorable de apoderarse de la muchacha, y efectivamente, viendo ésta que la señora no respondía, se adelantó, recelando que se habría puesto enferma. Pero no bien entró en la sala cuando se encontró amarrada entre los brazos de Candelas, que la puso su correspondiente pañuelo en la boca y sus ligaduras en brazos y pies como a los demás. Hecho esto, pasó Candelas a reconocer la casa, y no hallando a nadie volvió pidiendo a la señora de la casa las llaves de las cómodas, cofres y armarios; pero como esta buena señora no podía contestar ni moverse, no por eso se apuró Candelas, que con toda franqueza la metió la mano... en el bolsillo, sacó las llaves y empezó su expurgo de alhajas, siendo lo más particular que, antes de abrir una cómoda, ya sabía lo que había dentro, lo cual sólo puede explicarse por el activo, eficaz y, por decirlo así, jesuítico espionaje de los ladrones o por la infidelidad de los criados.[...]

Concluida esta operación [el robo], que duró muy poco, continuó Candelas su escrupuloso examen y haciendo alhajas de oro, plata y pedrería, fue cargando de efectos a sus camaradas que sucesivamente iban saliendo de la casa por la puerta de la calle de la Salud, sin que esto fuera observado por nadie más que el portero que, como andaba paseando de arriba a abajo, hubo de chocarle el ver salir tantos hombres cargados de casa de la modista, y, dirigiéndose a uno de ellos, le preguntó:

— Qué, ¿se está mudando la señora?

— Sí, señor.

— ¡Cuánto lo siento, dijo el portero apesadumbrado, era una gran inquilina!, pero, ¿cómo no me habrá dicho nada esta buena señora que siempre ha estado tan afable conmigo?

Ya Candelas había concluido su comisión extrayendo de la casa en que estaba doce o catorce mil duros entre alhajas y dinero, y,

quedándose solo, no quiso marcharse de allí sin desatar a la modista y a sus criados.

— Ahora, les dijo desatándoles los cordeles de los pies y el pañuelo de la boca, ya pueden ustedes gritar todo lo que quieran.

Pero ninguno se atrevió a chistar; quedáronse estáticos mirándose los unos a los otros, menos D. Matías que no miraba más que al suelo y permanecía en pie con los brazos cruzados como una estatua. Despidióse Candelas de la señora con mucha urbanidad, y dirigiéndose al ropero le dio un golpe en el hombro diciéndole con una expresión singular de dulzura:

— Hasta la primera, señor D. Matías; y echó a andar hacia la puerta principal que abrió a tiempo que el portero iba a llamar.

D. Matías nada contestó: sólo levantó la vista del suelo para mirar de reojo a Candelas sin poder articular palabra, y volvió a quedar inmóvil en la misma postura que antes, sumergido en las más terribles cavilaciones. A aquel hombre se le veía caminar por momentos al sepulcro o a una casa de orates; se iba trastornando su razón con las persecuciones crueles del más astuto de los bandidos, y hasta las carnes parecía que se le iban disminuyendo en proporción del juicio. Por fin Candelas salió triunfante y con el mayor descaro del mundo por la puerta principal, en tanto que el portero sin pedir permiso a nadie se coló en la sala, donde ya la señora y los criados, repuestos del susto, empezaron a gritar:

— ¡Ladrones!, ¡ladrones!!

Alborotóse la vecindad; de todos los cuartos salieron ciudadanos armados, dispuestos a perseguir a los bandidos, y unos corriendo a las buhardillas y otros hacia la calle, andaban en la más espantosa confusión³.

Pero todos estos pasos eran inútiles: ni en las buhardillas, ni en la calle, ni en la casa, parecían los bandidos, que estaban ya muy lejos de la calle del Carmen. Recordarán mis lectores que allá en la cueva del marqués de la Calabaza quedaron sorprendidos por el miedo, este señor, el jesuita D. Toribio, Pericón y otros al oír dar en la trampa fuertes golpes. Los que con tanta prisa como furia llamaban eran precisamente Candelas y sus compañeros que iban a esconder el dinero y las alhajas robadas a la modista de la reina.[...]

³ El autor de esta novela, que estaba a la sazón en el cuarto de 2º de la casa, tuvo el honor de ser uno de los que, empuñando el sable del miliciano nacional, salieron en persecución de los ladrones.



Tomo III

CAPÍTULO I

UN GRAN EMPLEO

Han pasado algunos meses. La decoración ha cambiado en parte; los trajes han variado algo, aunque los personajes son los mismos. Los acontecimientos políticos se suceden con rapidez y ofrecen tanto interés como inquietud. Hace tres meses que un periódico moderado empezaba su artículo de fondo con estas palabras, hablando del ministerio Mendizabal:

«Cayó por fin el ministerio de triste recordación, y ha caído de espaldas para no levantarse más.»

En el día a que nos referimos en la entrada de este capítulo a los tres meses, cuando sólo han transcurrido noventa días, numerosos grupos de paisanos recorren las calles de Madrid gritando: — ¡Viva la Constitución!, ¡viva Mendizabal!!!

Estos vivas son repetidos con entusiasmo por el pueblo, y sólo de tarde en tarde se observa un gesto de reprobación en algún transeúnte cabizbajo y mal vestido que parece exclaustrado, o en el ceño de una beata que tiene un primo faccioso y tres o cuatro hijas monjas.

El general Quesada, capitán general de Madrid, al frente de sus tropas recorre también la capital, queriendo imponer miedo con el aspecto militar de sus subordinados a un pueblo que por doquier le recibe con silbidos y otras manifestaciones no menos ostensibles de odio y de desprecio.

En la plazuela de Santa Ana hay un grupo de paisanos que gritan desaforadamente: ¡A las armas ciudadanos! ¡A las armas!, ¡viva la libertad!!! Y como por encanto la plaza se va llenando de jóvenes valientes, de liberales bravos, que abandonando los unos a sus padres, los otros a sus familias, a sus hermanos, a sus queridas, corren a empuñar denodados las armas de la patria, ansiosos de medirlas con los enemigos de la libertad, proclamando con ardor los santos derechos del pueblo. Otro tanto sucede en la plazuela de Santo Domingo, en la Plaza Mayor, en la calle del Desengaño, frente al convento de los Basillos, donde se dice que hay artillería y un gran depósito de fusiles que entregar a los defensores del pueblo.

Entre los ardientes defensores de la libertad se ven algunos



paisanos de mal aspecto, que observan los pasos y escuchan las conversaciones de todos; aquellos son los agentes de policía secreta. Entre los agentes se distinguen especialmente dos, cuya mirada escudriñadora quisiera penetrar en el corazón de todos los corazones y sorprender sus más recónditos secretos. Primero cuchichean entre sí; después avanzan y vuelven a replegarse cuando han hecho algún descubrimiento de importancia para comunicarse órdenes e instrucciones.

Uno de estos dos agentes es joven aún; va bien vestido, con humos de aristócrata, y lleva en el ojal del frac algunas cintas que en algún tiempo se concedían al mérito y a los servicios, y en el día a las intrigas y al favor. Sin embargo, este hombre a pesar del lujo con que viste, revela en sus palabras y modales una menos que mediana educación. A primera vista se descubre en sus miradas la pequeñez de su alma, y falta en sus mejillas el carmesí de la vergüenza; cualquiera le tomara al verle por un instrumento de traición, por un apóstata de conveniencia, o por un aristócrata pegadizo.

El otro espía tiene más años: su frente espaciosa revela grandes disposiciones; los frenólogos leerían fácilmente en las protuberancias de su cráneo la astucia, la perversidad y la perseverancia en el mal; sus cabellos canos infunden más temor que respeto, y parece que han emblanquecido menos por la fuerza de los años que por las cavilaciones y los remordimientos. Este hombre también va bien vestido; no lleva cintas en la levita, pero encubre con el guante de seda el puño del bastón, que encierra un signo misterioso. Es el signo de la autoridad del jefe de la *policía secreta*. [...]

CAPÍTULO VI

EL CARITO

En esto de los platos hay muchos engaños, unos son hondos y otros llanos. Lo mismo podemos decir de las casas de juego: todas son distintas en la forma, pero todas convienen perfectamente en el fondo. Los platos pueden ser más o menos llanos, o más o menos hondos; su mayor o menor concavidad no les podrá quitar nunca de ser platos, con la circunstancia de que un plato más grande que otro



es mayor plato sin que por esto sea más plato, porque plato por plato, tan plato es el plato chico como el plato grande, del mismo modo que si un gigante se llama Pedro, Juan o Diego, y un enano se llama Pedro, Juan o Diego, también podrá ser el uno en estatura más grande que el otro, podrá ser el otro más pequeño que el uno; pero no por esto será ninguno de los dos respecto del otro más o menos Pedro, más o menos Juan, más o menos Diego.

Hasta ahora se ha señalado con el nombre de garitos a las casas de juego donde concurrían personas viciosas de la hez del pueblo, en tanto que a las otras casas de juego se las conoce siempre con algún nombre particular, como *tertulia*, *reunión*, *sociedad*, *sarao* antiguamente y *soirée* o *suaré* desde que estamos montados a la francesa; pero todos estos nombres son sinónimos de *garito*, que, según los Diccionarios, es la casa donde concurren los tahures a jugar con fullерías o sea con engaños y trampas. Yo no encuentro diferencia ninguna. Si los que asisten a los juegos pequeños merecen el nombre de fullерos, igualmente le merecen los que en otra escala hacen iguales fullерías. Unos son viciosos y los otros también. Todo está en proporción; porque si los unos juegan una peseta no teniendo más que treinta y cuatro cuartos, otros juegan un millón de reales porque tienen cincuenta mil duros. Uno hace trampas en pequeño y otro fullерías en grande. Poco me importa que unos lleven chaqueta y otros levita, que unos usen sable y otros navaja de Albacete, que unos vistan faja de manolo y otros de general: todos son gariteros, porque todos concurren a lugares que, aunque diversos en la forma, siquiera por la identidad de los manejos no merecen otro nombre que el de garitos ricos o garitos pobres, garitos grandes o garitos chicos, garitos altos o garitos bajos, garitos flacos o garitos gordos; pero que en resumen son garitos, todos garitos, siempre garitos.

La casa de la marquesa de la Calabaza es un desorden desde que la señora abandonó las ideas anárquicas para afiliarse en las banderas del orden. En un club permanente de enemigos de la libertad que trabajan sin descanso por hacer retroceder a España a la época de Carlos II, para lo cual procuran a todo trance ganar prosélitos, pero prosélitos renegados de las filas liberales, porque de este modo consiguen muchas cosas a la vez. Primera: cada vez que un liberal se corrompe, se debilita su partido porque al fin pierde un defensor; segundo: porque el renegado desacredita su bandera antigua en el hecho de abandonarla; tercero: porque desacredita del mismo modo

a sus antiguos correligionarios haciendo perder totalmente la fe; pues basta que entre doce apóstoles haya un Judas para admitir las probabilidades de que pueda haber más de uno, y como dice el vulgo en tales casos: tan bueno será Pedro como su compañero. La casa de la marquesa, como hemos dicho, es el asilo de todos los apóstatas, y por consecuencia, ofrece el conjunto de hombres los más desmoralizados, los más cínicos y los más villanos de todos los partidos. En cuanto a religión, puede decirse que la susodicha casa es también el foco del fanatismo y de la estupidez: allí no hay cuestiones porque no hay diferencia de doctrinas, y si hay diferencia de doctrinas hay un elemento de unión y de convergencia el más poderoso de todos, que es la hipocresía. No se trata allí de defender la religión, sino de santificar los abusos de los malos sacerdotes: allí se defiende que, sin embargo de que Jesucristo era pobre, los curas deben ser ricos; que la humanidad del Salvador puede estar representada dignamente por el despotismo de sus servidores, los encargados de dirigir las conciencias; que la Inquisición era una institución santa y paternal, y en una palabra, que la religión debe ser una mina que puedan explotar a su gusto los hipócritas, mejor que un bien social. Por lo demás, los políticos y los religiosos que entran en la casa están de acuerdo en una cosa, que es en tirar de la oreja a Jorge; en jugar, en ganar aun a costa de mil fullerías, cosa en que no todas las conciencias reparan: en una palabra, ni los políticos son políticos, ni los religiosos son religiosos; los políticos y los religiosos son unos solemnes *gariteros* más bien que religiosos y políticos.

La marquesa, como ya saben mis lectores, tiene sus relaciones con D. Toribio, que se ha apoderado de su corazón como de su conciencia; por consiguiente tiene muy pocos deberes que cumplir. Después de la misa, la mesa para comer; después de la mesa para comer, la persona de D. Toribio, el jesuita, para rezar y otras frioleras; y después de todo esto, la mesa otra vez; pero no para comer sino para dedicarse a cierto ejercicio, que no se cómo se llamará entre los ricos, pero que cuando se trata de ajar a los pobres se llama *vicio*.

Es natural, la apostasía lleva consigo el vicio, el egoísmo y la superstición; no hay persona absolutamente preocupada que no sea absolutamente viciosa, no hay criatura que con la hipocresía deje de lucir todas las cualidades repugnantes que le son inherentes. He aquí el cuadro daguerrotípico que representa fielmente a dos perso-

najes de nuestra novela, el jesuita D. Toribio y la señora marquesa de la Calabaza.

A la misma hora en que Miguel Ángel esperaba la muerte en el cuartel de los Basilios, muerte que le preparaba su mismo padre, la señora marquesa, aquella mujer contagiada por el jesuita, aquella mujer que antes hubiera derramado abundantes lágrimas, se disponía a robar con la agilidad de sus dedos y la inmoral combinación de los naipes el dinero de sus contertulios, de sus amigos, sin dedicar un recuerdo de conmiseración al joven prisionero.

La mesa estaba rodeada de notabilidades en dos sentidos, como jugadores y como personas de viso en la sociedad.

Todo el mundo dice: «Justicia y no por mi casa». Es muy fácil ver un soldado arrestado por faltas leves, un padre reprendiendo las travesuras de sus hijos, un clérigo fanático predicando encantadoras doctrinas de moral, una autoridad castigando abusos, y, cosa extraña, es de notar que en pocos garitos de alto copete falta un padre de familias, un general, un alcalde y un canónigo. La fábula del cangrejo.

En casa de la marquesa están reunidos para jugar personas de todas las edades y de todas las clases y condiciones. Puede considerarse un infierno aquel asilo del vicio y de la prostitución en que cada diablo tiene su destino, y los que no son diablos son víctimas de los que lo son. Sin embargo, saquemos a cada uno de aquel infierno, y los demonios parecerán santos. Así es la sociedad; cada diablo tiene veinte caras o por lo menos veinte caretas.

En una casa de juego en que no median los compromisos ni las etiquetas de la sociedad, tiene derecho a tallar el que más dinero presenta para llevar la banca. Hasta de esto sacaba partido la coqueta cartuja, pues en su casa no había más ley que la que ella dictaba con la más ligera indicación. [...]

CAPÍTULO VIII

LA MUJER ESCUÁLIDA

Han salido a relucir tantos personajes en nuestra novela que casi ya no nos acordamos de algunos de ellos; sin embargo, procuraremos seguir los pasos a todos sin olvidarnos de ninguno, porque todos son



hijos de Dios y tienen el mismo derecho a que el lector sepa su historia hasta el fin. Procuraremos hacer una pequeña digresión en obsequio de la claridad.

Recordaremos primero que había un tal D. Hilarión Núñez, marido de doña Casimira, de quien no hemos vuelto a decir una palabra. Este pobre hombre sabemos que se entregó al vicio del juego, y que habiendo salido solo de Madrid por la Puerta de Toledo fue seguido por el bandido Lorenzo, con la intención de darle una puñalada para robarle el dinero que tuviera. También dijimos que un embozado, conocido hasta aquí por el *hombre misterioso*, siguió los pasos de Lorenzo para impedir la ejecución de su proyecto, cosa que no pudo conseguir, habiendo tenido el sentimiento de volverse sin poder descubrir otra cosa que unas manchas de sangre en las orillas del Manzanares. Pues bien: este hombre fue herido aquella noche, pero al fin no murió; aunque desde entonces todos sus amigos y su mujer le han tenido por muerto. Repetimos que D. Hilarión Núñez vive todavía, pero su situación cuando recibió las heridas era tan cruel que desapareció de Madrid, dejando a todos en el error, incluso su mujer, que de resultas de la noticia tuvo una enfermedad muy grave, tanto que, creyéndola muerta, cundió la noticia y al día siguiente se leía este párrafo en un periódico:

«Hace pocas noches se dice que fue asesinado en las cercanías de Madrid D. Hilarión Núñez, de cuyas resultas su esposa cayó en cama gravemente enferma y ayer a las diez dejó de existir.»

Esta noticia era falsa, porque aunque era verdad que la doña Casimira se halló a las puertas de la muerte, como se suele decir, no llegó a expirar. [...]

Pero Núñez estaba fuera de peligro porque había divisado los chacós de la tropa, y por esto conoció que los que le apuntaban eran facciosos.

— ¡Señores!, exclamó con arrogancia: yo no sé quiénes son ustedes, pero sean liberales o carlistas, no me importa morir con tal de exhalar el postrimer aliento gritando: ¡viva la libertad!!!!

— ¡Bravo!, ¡viva! ¡Es de los nuestros! ¡Adelante!, dijeron los hombres armados, y Núñez se adelantó, empuñó un fusil y se batió con los facciosos, portándose con tal denuedo y bizarría que fue admirado y distinguido en adelante. Por de contado adoptó un pseudónimo bajo el cual se hizo conocer y admirar después, habiendo llegado en poco tiempo al grado de capitán.

Vamos a referir un lance ocurrido en las cercanías de Madrid en la madrugada del día siguiente a la prisión de Miguel Ángel. El gobierno había llamado algunos regimientos a la capital de España, con el objeto de sofocar el casi irresistible espíritu revolucionario que se manifestaba entonces, y por esta razón se dirigían tropas a Madrid de varios puntos a marchas forzadas. Uno de los regimientos, que apenas habría pasado de Aranjuez, seguía naturalmente su camino, en tanto que algunos oficiales se habían adelantado en comisión para explorar el espíritu público, pues es de advertir que la mayoría del ejército era entonces favorable a las ideas reformistas: entre estos oficiales venían dos que debemos nombrar por el papel grande o pequeño que les toca representar en nuestra historia. El uno era don Hilarión Núñez, el marido de la charlatana doña Casimira, patrona de huéspedes, y el otro era un joven comandante, muy recomendable por sus virtudes, sus talentos y sus hazañas en la guerra. D. Florentino Aguirre era el nombre de este joven, el más apreciado de sus compañeros y de sus jefes, y no era de extrañar, porque a sus relevantes prendas como hombre y como militar reunía una hermosa presencia, un carácter tan dulce y simpático que se hacía querer de todo el mundo. Llevaba al pecho varias cruces, la mayor parte de San Fernando, ganadas en el campo del honor, y por su buena conducta se había asegurado un regular porvenir; pero después daremos más pormenores de este interesante joven, y entretanto nos contentaremos con decir a nuestros lectores que Aguirre, apellido que había adoptado voluntariamente, era el hijo de Isabel, aquella buena mujer que Miguel Ángel visitó en la calle de Bordadores, aquella señora a quien el jesuita D. Toribio dio el billete falso, y a quien nosotros, atendiendo a su físico, hemos conocido con el nombre de la *mujer escuálida*.

Pero volvamos al asunto, y va de digresiones: todavía no nos habremos olvidado de Laura, la hija del duque de Castro-Nuño; ni de Teresa, la antigua doncella de la modista de la reina, ni de su madre, que tuvo el desconsuelo de perder o creer perdido a su esposo, ahogado en el Manzanares el día en que desde el Puente de Toledo se arrojó el hombre misterioso a sacar un hombre que iba inútilmente luchando con las olas de la rápida corriente; también sabemos que por las intrigas de Pericón, el bandido, y del marqués de la Calabaza, estas tres mujeres salieron de Madrid con dirección a Andalucía, donde se las había hecho creer que tenían una pingüe herencia...

pues bien, las tres mujeres, desengañadas de la impostura, volvían a Madrid en la diligencia en la susodicha madrugada, siendo tales los deseos que tenían de ver la corte, que, aunque apenas se distinguía el tibio resplandor del alba por el oriente, no dejaban de asomar la cabeza por las ventanas del carruaje ansiosas de descubrir terreno.

Ya habían pasado de Valdemoro con mucho; llegarían al frente de una enorme cuesta conocida con el nombre de El Cerro de los Angeles, en cuya cima desde muy lejos se descubre un viejo torreón, cuando de pronto oyeron galopar caballos cuyos jinetes, aproximándose a la diligencia, dieron la voz de:

— ¡Alto!!! [...]

Los demás bandidos fueron maniatados y conducidos a Madrid, donde indudablemente les esperaba el patíbulo. Teresa fue colocada en la diligencia con todo el cuidado posible, y con los auxilios de su madre y de Laura pudo llegar hasta la corte.

Aunque la herida no era mortal, ofrecía serios temores si no se empleaban los medicamentos oportunos con la brevedad que exigía el caso; así es que al llegar a la Puerta de Toledo, los oficiales hicieron al mayoral de la diligencia dirigirse por la Ronda a la Puerta de Atocha, a fin de conducir la enferma al Hospital. Hicieronlo así, y a muy poco tiempo los viajeros se apeaban en la calle de Atocha, llevando todos a Teresa cuidadosamente adonde pudieran prodigarle los remedios que su situación reclamaba.

La escena que todos presenciaron en el Hospital les conmovió dolorosamente. Varias mujeres en estado de convalecencia recorrían con trabajo un espacioso salón. Una de aquellas mujeres era ciega, y para andar iba agarrada de otra infeliz en cuya fisonomía estaba pintada la muerte. Laura se abrazó a la más vieja reconociendo a la señora de Ximeno, a quien conoció en la calle del Carmen; la otra era la madre de Miguel Ángel.

— ¡Aguirre!!, gritó uno de los oficiales que conducían a Teresa, ven aquí, ayúdame tú.

Y acercándose una mujer flaca que parecía un esqueleto al joven Aguirre y examinándole detenidamente, se lanzó a sus brazos diciendo:

— ¡Sí, él es!, ¡hijo mío!!!

— ¿Mi madre?, se preguntó a sí mismo Aguirre. ¡Sí ella es!, madre mía, gracias a Dios que os vuelvo a estrechar entre mis brazos.

Aquella, efectivamente, era Isabel, la mujer escuálida de la calle de Bordadores, que, desamparada de la jesuita marquesa de la Calabaza, se había visto en la precisión de refugiarse en el hospital. [...]

CAPÍTULO X

EL TELÉGRAFO

Serían como las once de la mañana del 15 de agosto. Una inmensa muchedumbre inundaba las calles y plazas de la capital, principalmente la Puerta del Sol y la plazuela de la Villa. En cuanto a la Puerta del Sol, nada tiene de particular el que hubiese gente, porque siempre la Puerta del Sol ha estado abierta y franca para los ociosos, que no sabiendo cómo matar el tiempo van allí en busca de una distracción cualquiera, y como que los desocupados para llenar las horas del día y de la noche que no pasan en la cama o en la mesa, necesitan que la materia que eligen dé mucho de sí, todos se agarran a la política, que es el objeto más elástico en España de algunos años a esta parte.

La Puerta del Sol reúne, a ser el punto céntrico de Madrid, la circunstancia de tener inmediato el Principal, por lo cual es el sitio más vigilado constantemente, tanto del gobierno como de los revolucionarios. Gracias esto a D. Cayetano Cardero, que el día 18 de enero de 1835 tuvo la humorada de apoderarse con un regimiento de dicho punto principal. Allí se conoció su importancia por unos y por otros. El gobierno de entonces tuvo el placer de ver a toda la guarnición de Madrid, que ascendía a quince o veinte mil hombres, más cuatro batallones de la Milicia Nacional, sitiando a ochocientos infantes que colocados en la Casa de Correos se defendieron heroicamente desde las siete de la mañana hasta el anochecer, hora en que se verificó una capitulación la más gloriosa y la más vergonzosa a la vez: gloriosa para los pocos pronunciados que tuvieron la satisfacción de salir a la calle con el arma al hombro y tambor batiente, y vergonzosa para el gobierno que tuvo que confesar su debilidad y transigir con los que habían tratado de derribarle empezando por fusilar al capitán general Canterac.



Desde aquel día, repito, ha crecido el valor de la Puerta del Sol, que siempre fue el punto más interesante de Madrid. Porque así como los vencidos se apiñan en dicha plazuela y sus cercanías a recoger y urdir noticias cuando el temporal arrecia, y no pocos a tomar medidas para probar los medios de conquistar el fuerte, el gobierno, tan pronto como ve señales infalibles de tremolina, lo primero que hace es reforzar la guardia del Principal.

Así sucedió el susodicho día 15 de agosto; apenas podía transitarse no solamente por la Puerta del Sol, sino por las calles adyacente, y todos agrupados, ora difundían las mejores noticias, ora victoreaban a la Constitución, ora retrocedían acometidos por la tropa, que sin consideración ninguna derramaba confites de plomo a los que gritaban.

En la plazuela de la Villa he dicho que había mucha gente también, y en efecto estaba llena de curiosos atraídos por el telégrafo, que desde las diez de la mañana continuaba dando señales de algún acontecimiento notable. Era cosa divertida ver o por mejor decir oír a cada uno hacer explicaciones y comentarios acerca de los signos telegráficos; porque los más discurrían sin ton y sin son, pues como todos eran legos, daban a cada cosa la interpretación que más favorecía a su partido.

— Sí, decían unos, eso quiere decir que se ha pronunciado Zaragoza y que vienen a auxiliarnos cuarenta mil aragoneses.

— Pronto seremos libres. [...]

Al oír la guardia de los Basilio el grito de mueran los tiranos hicieron fuego en distintas direcciones. La alarma cundió y las autoridades tuvieron pretexto para sus proyectos homicidas. Pocos momentos después salían entre filas los prisioneros del cuartel a sufrir la pena de muerte; pero al ir a romper la marcha, se apareció como por encanto el oficial Aguirre gritando:

— Señores, ¡alto!, ¡alto!, ¡la reina ha jurado la Constitución!

— ¿Quién lo dice?, preguntó el oficial de la guardia.

— Yo, contestó Aguirre; yo, que traigo el parte telegráfico de La Granja. Aquí está.

Por el parte telegráfico constaba la verdad del hecho. La reina había jurado la Constitución en La Granja, y entre otros nombramientos enviaba uno para Miguel Ángel elevándolo a uno de los primeros puestos del poder ejecutivo.

Desde este momento las calles se vieron cuajadas de gente:

paisanos y militares, todos mezclados, pero todos con una cinta verde en el sombrero, en que estaba escrito el juramento de defender el código de Cádiz, y no se oye otra cosa que vivas a la libertad, a la Constitución y a la Independencia nacional. [...]

CAPÍTULO XVIII

Tropezó al llegar a la Puerta de Toledo con el grande inconveniente de que estaba cerrada y no podía salir; pero él aferrado en su idea de matar a Candelas anduvo más de media hora buscando sitio oportuno para saltar la muralla, lo que consiguió, no sin el trabajo de relajarse un pie y romperse las narices; cosa que en vez de desalentarle le prestó ánimo y rencor para llevar a cabo su proyecto.

Con efecto, llegó a su huerto, se colocó debajo de una higuera, y no tuvo necesidad de esperar gran rato, porque muy luego divisó un bulto que se subía por la tapia. Entonces, sin detenerse a dar el quién vive se echó la escopeta a la cara, apuntó lo mejor que pudo y su pulso permitía, y descargó la escopeta, teniendo el placer de ver caer a la parte afuera aquel bulto negro, que dio al descender un melancólico y prolongado gemido.

— ¡Hola!, dijo D. Matías; ya cayó el pájaro; estoy vengado.





María o la hija de un jornalero

(1845- 1846)

Tomo I

Prólogo

I. EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

Si hemos de dar crédito a varios historiadores, es curiosísimo el origen de este convento, suntuoso y magnífico, como solían ser todos los nidos de aquellos avechuchos con faldas, a quienes la ilustración del siglo lanzó de la sociedad, donde pretendían ejercer su despótico dominio, y en la cual parece tratan nuevamente de introducirse, para mengua de la civilización europea, seguramente con no menos santas intenciones de avasallar al pueblo y saciar en él su hidrópica sed de riquezas, de placeres y de venganzas.

Cuéntase, y no es chanza, que en 1217 vino por la gracia de Dios a la villa de Madrid, el mismísimo santo patriarca en persona... no hay que reírse. Ofreciéronle los madrileños una choza... que después fue la huerta del convento. No tardó la humilde choza en transformarse en ermita, y de tal modo fue extendiéndose, que a la vuelta de pocos años habíase ya convertido en espacioso templo.

Fue demolido en 1760, y como las gentes *in illo tempore* no tenían aún noticia de la hipocresía de los frailes, y miraban con veneración a esta langosta destructora, como si fuese en efecto un coro de ángeles y querubines, apresuróse todo el mundo a prodigar crecidas sumas en clase de limosna a los pobrecitos siervos de Dios, que no tardaron en edificar de nuevo el convento con asombrosa magnificencia, quedando concluido en 1784. El plan fue concebido



por fray Francisco Cabezas, y no es de extrañar que tan atinado anduviese aquel santo varón, a quien no le faltaría cabeza por cierto, cuando las ostentaba en plural.

Los arquitectos fueron Pló y Sabatini... ignoramos si este último sería pariente del aromático personaje que más trenes arrastra en la capital de la monarquía española.

Hay en efecto un personaje en Madrid llamado Sabatini (y perdónesenos la digresión), cuyos agentes échanse a volar por esos mundos de Dios a cosa de media noche como las brujas, y recogiendo el imán de sus afanes, lo conducen en sendas *carretelas* a su *común* depósito. Estos *tilburtes* odoríficos, crúzanse en distintas direcciones, precisamente cuando los habitantes de Madrid se retiran de las tertulias y espectáculos públicos, por manera que a lo mejor, se ven bandadas de elegantes de a pie acelerando el paso con el pañuelo en la boca y las narices, para evitar la aspiración de ciertos perfumes, que se parecen muy poco a las esencias de rosa y de jazmín.

Siendo esta una de las vituperables costumbres de Madrid, costumbre que pudiera muy bien mejorarse, siquiera retardando la hora de hacer los acopios, no podemos prescindir de hablar de ella, si bien con la rapidez y discreción que por su naturaleza merece, y con el solo deseo de que la autoridad competente ponga el remedio que imperiosamente exige la vindicta pública, tan alevosamente embalsamada. Volvamos al convento.

El templo de San Francisco el Grande forma una rotonda de 116 pies de diámetro y 153 de elevación.

Hay en él siete capillas.

En el altar mayor presenta un sencillo tabernáculo, enfrente del cual hay un grandioso cuadro de Bayeu. Los de las capillas son de Velázquez, Ferro, Maella, Goya, Calleja y Castillo.

Para que el curioso lector pueda formarse una idea exacta de la capacidad del convento, bastará decir que tiene doscientas celdas, noviciado, enfermería, varias oficinas, diez patios y espaciosa huerta.

Había pinturas de gran mérito en los claustros... En una palabra, el lujo, la magnificencia, la ostentación, la plata, el oro, cuanto hay de más rico y pomposo en los alcázares regios, veíase con profusión derramado en aquel templo, albergue de esos hombres embusteros, que decían se retiraban del mundo para dedicarse a la santa oración y pasar su vida en medio de las privaciones y de la pobreza.

Lo que ellos querían era fascinar a los pueblos con su infernal gazmoñería, como iban alcanzándolo ya, para afianzar el trono del despotismo teocrático... despotismo espantoso, basado en las torturas de la humanidad... despotismo horrible, ejercido por religiosos verdugos, por frailes asesinos, que se reunían en una caverna, jamás suficientemente execrada, para condenar al inocente, al sabio, al filósofo, a morir en la hoguera o en el cadalso, víctima de tremebundos martirios... despotismo degradante, que calificaba esta homicida institución de *Santo Oficio*... despotismo brutal, únicamente comparable con la tiranía militar, que no reconoce más leyes que el capricho de un general, ni acata más soberanía que el sable de un dictador.

Reservándonos para más adelante el desenvolver en el curso de nuestra historia todos los horrores, no sólo de la opresión teocrática, sino del dominio estúpido de las bayonetas, de esas bayonetas que paga el pueblo para que le sirvan, no para que le esclavicen, haremos ver a su tiempo el incuestionable y santo derecho que tienen los pueblos... no diremos de rebelarse contra sus opresores, porque cuando las naciones se alzan en masa para castigar a insolentes déspotas, ejercen un acto de su justicia soberana.

Bendigan los pueblos y acaten a los buenos gobernantes, pero a los tiranos se les debe hundir en el abismo.

También tendremos ocasión de levantar con energía nuestra voz independiente contra todo linaje de abusos, en particular contra los vicios de que adolecen esos onerosos sistemas tributarios, que gravitan y han gravitado sobre las masas trabajadoras para enriquecer a holgazanes de alto copete.

— ¿Y las atenciones del Estado? ¿Y el ejército?, se dirá.

No nos oponemos a que se paguen contribuciones equitativas para las precisas urgencias del gobierno, pero ¿a qué mantener un excesivo y brillante ejército tan costoso a la nación? Muy bien pudiera reducirse en gran parte, si no se hubiera desarmado y abolido la benemérita Milicia Nacional, cuyas glorias vindicaremos oportunamente en esta concienzuda producción, confundiendo con la verídica exposición de sus actos heroicos, a los infames detractores que la calumnian; pero en el ínterin, anudemos el hilo de nuestro relato.

El convento de San Francisco el Grande hállese situado en uno de los sitios más extraviados, más allá de Puerta de Moros, muy cerca

de la calle del Rosario, calle angosta y miserable, ocupada generalmente por la gente más pobre del pueblo.

Fray Patricio era uno de los frailes de más nombradía de aquel convento entre la gente devota.

Siempre que predicaba este buen padre, llenábase la iglesia de gente, porque efectivamente era seductora su elocuencia, en particular cuando trataba, y esto era muy a menudo, de la sensualidad de las mujeres y de la torpe lujuria de los hombres.

Pero es el caso que fray Patricio, como los más de los frailes, seguía la cómoda máxima de *haz lo que digo y no lo que hago*, porque tenía acreditado que no le eran indiferentes los encantos de las hijas de Eva; ésta es la única razón porque predicaba siempre en términos que parecían tener por objeto disminuir sus competidores entre los hijos de Adán. [...]

II. LOS DOS RIVALES

Tres años se pasaron sin que María entrase para nada en el convento de *San Francisco el Grande*, ni en ningún otro de Madrid, tal aversión había cogido a los frailes, desde que, hallándose ya en la edad de los galanteos, conoció perfectamente las cínicas y depravadas intenciones de fray Patricio, y el peligro que había corrido su honor sin ella sospecharlo.

Durante estos tres años acabó de formarse María, que era sin disputa la más bella joven de la calle del Rosario.

No podía salir de casa sin llamar la atención de todos los jóvenes, y no por el lujo de su traje, ni por sus atrevidas miradas, ni por su despejo en el andar.

María era tan hermosa como honrada, todos sus ademanes respiraban candor y honestidad.

Amaba la virtud sin ser mojigata, no había coquetaría en su modo de vestir, ni podía haberla porque era muy pobre, pero había esa gracia natural que una virtuosa niña destella a los quince años. Esta deliciosa edad es la edad de las ilusiones, y María las tenía también.

Su hermosura le daba la dulce esperanza de hallar un hombre que la hiciera feliz. No ansiaba riquezas para serlo. Deseaba un compañero que la amase como su padre amaba a su madre. Con este

motivo procuraba engalanar su hermosura del mejor modo que su pobreza le permitía.

Oía con agrado los requiebros de los jóvenes, cuando en sus expresiones no se propasaban, pero ni con sus miradas, ni con sus palabras o acciones, daba jamás lugar a sospechas, que pudiesen amancillar su honrada reputación.

A pesar de esto, un día en el mes de julio de 1833, se le aproximó un joven de poco más de veinte y tres años de edad, buen mozo, rubio, ojos azules, color sano, rostro afable, vestido con extremada elegancia, el sombrero ladeado sobre sus ensortijadas melenas y un puro en la boca.

— Reina mía —le dijo con la mayor dulzura y cierto aire picaresco que no dejaba de sentarle bien. Si le falta a usted un amigo, aquí está quien se ofrece no sólo a serlo toda su vida, sino a servirla como esclavo, siempre que usted se sujete a ser su amable compañera.

— Usted se ha equivocado, caballero —respondió María al agraciado joven de los ojos azules; y llena de rubor, bajó la vista y apresuró su paso.

El joven aceleró también el suyo, y con seductora sonrisa, añadió:

— ¡Hermosa!, un sí de esos lindísimos labios puede colmar mi felicidad y acaso la de usted... ¡Picarilla!, no dude usted que la amo de veras, y si se digna escuchar mis ofrecimientos, si se digna aceptar mi corazón, tengo, a Dios gracias, medios suficientes para proporcionar a usted toda suerte de comodidades. Vivo en la Fontana de Oro, Carrera de San Jerónimo. Mi habitación se convertiría en paraíso para mí, si usted, ángel hermoso, viniese a ocuparla en compañía de un amante que la adora. ¿Dónde vive usted? ¿Cuál es su nombre de usted?

— Vivo en casa de mis honrados padres —dijo la tímida joven con voz temblorosa. Para nada puede interesar a usted saber mi nombre.

— ¡Qué no puede interesarme su nombre de usted! ¿El nombre de la morena más salada que he visto en mi vida?...

— Soy una pobre; pero creo que mi pobreza no le da a usted derecho para burlarse de ese modo....

— ¡Yo burlarme! ¿pues qué? ¿Hay en Madrid ojos más retrecheros, ni cuerpecillo mejor contorneado que el de usted?

Dígame usted su nombre, hermosa, dígame en dónde vive; pero mejor será acompañar a usted... si es que no he de hacer mal tercio a otro amante... acaso más feliz que yo.

— Repito, caballero, que se ha equivocado usted, dijo María tartamudeando, y apresuró su paso en términos, que el joven tuvo por conveniente no insistir más.

Este gallardo mozo era don Luis de Mendoza, hijo de una de las más nobles y ricas familias de Aragón.[...]

Parte I

CAPÍTULO II

¿Quién ha autorizado a los mandarines militares a cometer semejantes tropelías? ¿Se alcanza con ellas contener la inmoralidad del soldado? No, porque no es él quien recibe el castigo. ¿Se alcanza corregir a las infortunadas mujeres? Tampoco, porque lejos de eso, se imprime en ellas para siempre el sello de la infamia, se las pone en el caso de no poder alternar con las mujeres honradas, y no se les dejan ya más que dos arbitrios en este mundo, el SUICIDIO O LA PROSTITUCIÓN. Y por lo mismo que con tan repugnantes castigos la prostitución se fomenta, conviene emplear medios decorosos para extinguir esas podredumbrosas huroneras de mujeres perdidas que infestan la sociedad.

Dése socorro a los pobres, déseles trabajo, y los vicios que no desaparezcan al desaparecer el hambre, serán hijos de la maldad, y podrán castigarse severamente; pero de un modo digno de toda nación culta, no con espectáculos horribles que nos confundan con hordas de salvajes. [...]

La calle del Rosario tiene fama de albergar muchas de esas mujeres que no han tenido bastante heroísmo para preferir una sujeción laboriosa, llena de hambre y privaciones, a una vida holgazana y alegre.

Véanse en consecuencia manolas de rompe y rasga, de las que suelen encajar una desvergüenza al lucero del alba con la misma facilidad que si se soplaran un sorbete.

Cruzan también por la misma calle hombres de capa parda, gran

patilla y sombrero calañés, y bastantes viejas de esas que cubren sus pingajos con un grande y sucio mantón de estambre a cuadros verdes y encarnados.

En la primavera particularmente no deja de ser bulliciosa la calle del Rosario. Las vecinas salen a tomar el sol en medio de ella y se peinan unas a otras, mientras las viejas se entretienen en murmurar del prójimo.

Multitud de chiquillos, porque parece que los pobres son más fecundos, jugando en camiseta los que no andan en cueros, entre las gallinas de la tabernera, interrumpen el paso de los transeúntes.

En esta calle vivía Anselmo *el Arrojado*, con su numerosa familia.

La pared que termina el convento de San Francisco el Grande, coge toda una acera de la calle del Rosario: a la otra acera hay una hilera de miserables casas, por cuyas puertas principales apenas puede pasar un hombre sin bajar la cabeza.

Muchas de las celdas del convento tienen su ventanilla que da a la calle del Rosario. [...]

CAPÍTULO III. EL CÓLERA

Mientras la virtuosa familia del jornalero, postrada ante una imagen, oraba con fervor para que no desamparase la Divina Providencia al pundonoroso Anselmo, preparábanse en Madrid inauditas escenas de sangre, desolación y muerte.

De cuantos males han afligido a la humana naturaleza, ninguno se ha conocido hasta el día más horrible y aterrador ni que más estragos haya causado en todas partes que el conocido con el nombre de *cólera-morbo asiático*.

Este devastador azote, cuya intensidad puede asegurarse ha sido igual en los ardientes climas del Asia y en los glaciales del Norte, ha acometido con la misma fuerza en todas las estaciones, sin perdonar clases, condiciones, sexos ni edades, burlando el activo celo de los más hábiles profesores de medicina.

Hacía días que en Madrid habían ocurrido algunos casos leves de esta cruel enfermedad; pero tan pocos, que no había aún cundido la alarma por las masas del pueblo.

Además, como en semejantes circunstancias es prudente de parte de las autoridades la circunspección; y como la multitud suele atribuir a otras causas aquellos accidentes, no parecía sino que para halagar sus deseos, se hiciesen ilusiones hasta las personas más ilustradas, esforzándose en no dar crédito a la existencia de la funesta calamidad.

El mismo día de la Virgen del Carmen hemos dicho ya que la calle que lleva este nombre, cuando María fue a vender su canario, bullía de una multitud de gentes alegres que dilataron su diversión hasta la media noche.

¡Horrible contraste!... ¡Dos horas después, aquel centro de júbilo, de animación, de vida, de amores... habíase convertido en lúgubre cementerio!...

Apenas había casa donde no se llorase alguna muerte...

El llanto se mezclaba con los ayes de moribundos: el alarido de la desesperación, de la orfandad, de la viudez, con el fervoroso clamoreo de los sacerdotes y con el sonido aterrador del martillo que improvisaba fúnebres ataúdes.

Este espectáculo espantoso ocurrió a la misma hora en todas las más principales calles de Madrid, por manera que el terror cundió por todas partes aumentando el número de víctimas de un modo desolador e inaudito.

Las gentes transitaban manifestando en las alteradas facciones de sus rostros cadavéricos el espanto de que se hallaba poseído su corazón.

Cruzábanse aceleradamente multitud de sacerdotes con el Viático, y aunque sin duda por alguna sabia providencia de la autoridad, no se doblaba a muerto, ni la fúnebre campanilla acompañaba a Dios por las calles, abundaban por desgracia en ellas otros espectáculos lúgubres que hacían estremecer.

Veíanse pasar incesantemente en todas direcciones, no ya las camillas o parihuelas con dos o tres cadáveres en cada una, sino carros atestados de víctimas que se dejaban hacinadas a centenares en las parroquias.

Este iracundo desarrollo de la enfermedad homicida, llenó todos los espíritus de estupor, y ofreció a la gente soez y desmoralizada, a los malvados que suelen albergarse en las grandes capitales y particularmente en Madrid, donde un representante de la nación, secretario del jefe político, ha declarado en pleno parlamento que existe en la actualidad más de cien casas relacionadas con los

ladrones; ofreció, repetimos, una ocasión favorable para ejercer su profesión... el robo y el asesinato ¹.

Pero es preciso que los que califican de inmunda *plebe* a las honradas masas del trabajo y de la virtud, que forman el verdadero pueblo español, no confundan a este pueblo heroico con una turba soez de asesinos.

El hombre que consagra su juventud, sus bríos, su vida entera a un trabajo penoso que apenas le produce para sustentar una existencia fatigada, cuando hay tantos medios de degradación e infamia para enriquecerse en medio de la holganza y de los placeres, da una prueba incontestable de que la virtud ha echado hondas raíces en su pecho, de un modo que ya no es posible se separe jamás de la senda del honor.

El pueblo pobre, pero honrado; el pueblo pobre, pero industrioso; el pueblo pobre, que con sus afanes y sudores, con su talento, con su aplicación y su incesante fatiga crea las riquezas, sin que recoja de ellas más que una mezquina parte que no sufraga para las más sagradas atenciones... este pueblo heroico, contempla con paciencia a los magnates que le insultan, que le roban, y en escandalosas orgías, en festines báquicos, en opíparos banquetes, en magníficas carrozas tiradas por lujosos alazanes, enjaezados de oro y ornados de riquísimos penachos, despilfarran el fruto del sudor del artesano infeliz!... pero todo tiene sus límites, y acaso no está lejos el día de la expiación.

¹ En la sesión del 4 de marzo de 1845, dijo entre otras cosas el señor Esteban Collantes:

«Decía, señores, que no podía dar detalles sobre el número de vagos que hay en Madrid, pero sí los daré respecto de sus clases, y el Congreso conocerá que no están todos comprendidos en la denominación de vagos. Sabido es que en Madrid muchos se procuran su subsistencia con el robo y estafa, y así tienen distintas denominaciones. hay ladrones del trun, espadistas, santeros, estampistas, ladronas, ladronas viandantas, peristas, ladrones del atraco, ladrones de la sociedad secreta, ladrones del dos, barateros, pasteleros, petardistas, monederos falsos, falsificadores y expendedores de documentos del Estado.

Estas son las clases en que están divididos los malhechores en Madrid; según los instrumentos de que se valen o los medios que emplean, así toman las distintas denominaciones. Hay más de cien casas que se conocen con el nombre de *peristas*; en estas se compra a los ladrones lo que roban, y como compran por dos o tres lo que vale veinte, dicen que encuentran en ello una *ganga* o una *pera*. El mayor número de malhechores es el de el *dos*, y se les da este nombre por la sutileza con que hacen los robos, pues meten los dos dedos nada más para sacar de los bolsillos los relojes, el dinero o alhajas. A los individuos que pertenecen a esta sección se los llama de la *sociedad del dos*. Por estos pequeños apuntes que he leído al Congreso y otros muchos que tengo en la secretaría, podrán conocer los señores diputados que de algo sirve la policía en Madrid, y de algo sirven también los agentes de protección y seguridad pública.»

En contraste con las altas virtudes del pueblo trabajador, ha habido siempre en España los abusos aristocráticos, la hipocresía apostólica y la depravación de los enemigos del trabajo. He aquí las primordiales fuentes de todos los males, de todos los vicios, de todos los crímenes que turban el sosiego de la sociedad.

Limitándonos ahora a las consecuencias de la vagancia, lamentable es por cierto que en el seno de las Cortes españolas se haya dicho por el mismo secretario de la autoridad encargada de la seguridad pública, que en Madrid hay más de cien casas relacionadas con ladrones organizados ².

¿Qué hace la policía?... ¿Para qué sirven entonces esos ponderados agentes de seguridad y protección pública? Para atormentar a los vecinos honrados que obedecen fielmente los bandos de la autoridad?

A los hombres de bien, a los ciudadanos pacíficos se les vigila, se les veja, se les oprime por todos conceptos, y se dice luego de muy buena fe que en Madrid hay más de cien casas relacionadas con los ladrones!!!... ¿Y a estos se les dejará en paz? No es de esperar de la autoridad competente, ni del celoso diputado que tan excelentes datos ha sabido reunir en la secretaria que dirige. No es de esperar, no, de la autoridad cuya rectitud y firmeza de carácter en hacer respetar cierta justa providencia a los que por su elevada posición en la sociedad se juzgan dispensados de acatar las leyes, merece

² También en Barcelona hay sociedad de ladrones. A últimos de septiembre de 1845 hemos leído en los periódicos de la corte.

SOCIEDAD DE LADRONES.

«Se ha descubierto en Barcelona una sociedad de malhechores, bien organizada para su objeto y con extensas y combinadas ramificaciones en todo el antiguo principado de Cataluña. Así parece que lo ha revelado uno de los salteadores condenado poco hace al último suplicio, e indultado de la pena capital, merced a esta revelación.

En virtud de sus declaraciones se ha procedido a ciertos registros, y a ser ciertos los grandes hallazgos que se refieren, las joyas y presas recogidas valen algunos miles de duros. El *Fomento* dice haber oído hablar a persona que puede estar bien informada, de un riquísimo puño de espada antiquísimo que tiene muchos y granados diamantes engastados de oro, de magníficos y antiguos adornos de brillantes, y de un nuevo escondite descubierto en que se espera hallar nuevas preciosidades.

Dicho periódico hace en un artículo oportunas reflexiones sobre esta organización de los criminales, y este género de asociaciones para el mal:

«Los adelantos del siglo, dice, han refinado la maldad: a la osadía violenta ha sucedido la astucia solapada, el aislamiento ha sido reemplazado por concertadas combinaciones, y los peligros de robo que antes amenazaban solo a los viajeros y casas apartadas de poblado, se hacen temer ahora en el centro de las grandes ciudades y en el seno de las familias más bien resguardadas.

honorífica mención. El jefe político se ha propuesto extirpar el más torpe y degradante vicio, el semillero de toda raza de criminales... el germen de todos los atentados... el juego, en una palabra.... esa desenfrenada pasión que domina al hombre, que le despoja de los bellos modales que la más esmerada educación haya podido proporcionarle y le convierte en ilota, le asocia a despreciables tahures, le desmoraliza y degrada cuando no le conduce al suicidio y tal vez al cadalso... ¡El juego!... pasión horrible, repetimos, que ha causado lágrimas acerbas a innumerables familias... que arrebató en un momento inmensas riquezas, ganadas a veces a fuerza de estudio, de trabajo y de virtudes heredadas de generación en generación... que arruina las más colosales fortunas, bien merece la atención de una autoridad celosa; y así como el actual jefe político de Madrid desarrolla toda su energía para hacer desaparecer de la sociedad madrileña esta plaga destructora, sin que le arredren las alharacas de la aristocracia resentida, de esperar es que toda suerte de malhechores que perturbar pueden el reposo de los pacíficos habitantes de Madrid, sufran incesante persecución hasta ver extirpadas esas gavillas de malvados, relacionados con más de cien casas de la capital de España.

Este, pues, y no otro es el foco de cuantos atentados se han cometido en Madrid en todas épocas, éste y no otro es el germen de los asesinatos cometidos el 17 de julio de 1834, de los cuales vamos

«No diremos nosotros si son peores los antiguos forajidos, a los de nuevo cuño, la existencia de unos y otros prueba algún defecto capital en la sociedad que sufre esas plagas terribles, y que es preciso no levantar mano hasta extinguirlas.

«De todos modos la asociación de ladrones que se supone planteada en esta capital, convence que la desmoralización ha llegado al último grado, que hay en el fondo de la sociedad muchos elementos de destrucción, que pueden acarrear terribles desgracias, si no se conjura el mal con tiempo.

«No basta, empero, acometer y destruir los efectos visibles de ese mal, es preciso atacarle y destruirle en su origen. Como medios eficaces, aunque obren con lentitud e imperceptiblemente, señalaremos la instrucción moral y religiosa de las masas: que la ilustración sólida y bien entendida se difunda cuanto sea posible, y con la ignorancia se verá desaparecer la perversidad y la corrupción. Conviene además una administración protectora que fomente la industria, la agricultura, todas las artes y oficios, y proporcione trabajo y adecuado bienestar a todas las clases: entonces la vagancia será un verdadero delito y podrá ser castigada con toda severidad y sin contemplación. La extirpación de la mendicidad fuera también otro medio eficaz para combatir el mal de que nos quejamos. puesto que esas gentes vagamundas que bajo el salvo conducto de sus andrajos recorren incesantemente el país, y penetran en las casas espiando impunemente sus secretos, son siempre los mejores agentes y auxiliares de los ladrones.»

a ensayar una rápida descripción en el siguiente capítulo ³, por el enlace que tuvieron aquellas sangrientas escenas con la historia de *la hija del jornalero*, y la parte que tomó en tan desastrosos acontecimientos Anselmo *el Arrojado*, digno padre de María. [...]

CAPÍTULO X. LA CASA DE CORREOS

La ventajosa situación que este vastísimo edificio ocupa en Madrid, pues campea en el punto más céntrico y da vistas a las principales calles y famosa Puerta del Sol, hácele ser uno de los más notables de la corte. Tiene sin embargo defectos de arquitectura imperdonables, que no examinaremos minuciosamente, porque no tanto es analítico el objeto de nuestra historia, como descriptivo; sin que al dar un fiel trasunto de algunos de los principales monumentos de la capital de España, rehusemos el derecho de hacer sobre ellos alguna que otra observación que nos parezca oportuna.

La Casa de Correos fue desde su construcción, severa y justamente censurada por los inteligentes; fundándose muy en particular en el poco gusto que en las galerías se nota, en la inmensa elevación de las paredes que circuyen el patio, en la ninguna elegancia de los arcos, y sobre todo en la ridícula situación de la escalera principal, que según los críticos de entonces había olvidado el arquitecto. Acaso creería este varón ilustre, que se destinaba aquel edificio para nido de golondrinas. Gran polvareda levantó este garrafal olvido, y estaba ya tan adelantada la obra cuando reparó en él su director, que hubo que añadirle la escalera donde mejor cupo.

¿Y por qué sucedió todo esto? Porque casi siempre ha habido en España las mismas preocupaciones, las mismas necesidades en ciertas gentes, la misma prevención para ponderar el mérito de los artistas extranjeros, en desdoro de los que hacen honor a esta patria ingrata que dejó perecer de hambre al gran Cervantes.

³ Muchos meses antes de que Mr. Eugenio Sue publicase la descripción del COLERA en el JUDIO ERRANTE, estaban escritos este capítulo y el siguiente. la identidad del asunto hizo tan semejantes algunas de las escenas que describe aquel ilustrado escritor con las que teníamos trazadas, que hemos hecho el sacrificio de omitirlas a pesar de haberlas escrito nosotros antes y leídas algunas de nuestros amigos, para que la maledicencia no nos acuse de plagiarios. Nos hemos limitado pues a referir los hechos más notables.



Habiendo en España hombres hábiles en todos los ramos de la humana inteligencia, el duque de Alba trajo de París una persona para dirigir el empedrado de las calles de Madrid. Llamábase el empedrador francés *Jacques Marquet*.

En aquellos tiempos florecía en la capital de la monarquía española, entre los más célebres arquitectos nacionales, el entendido don Buenaventura Rodríguez, quien entre otros muchos planos de magníficos monumentos, había presentado con anticipación a la venida del empedrador de París, el de la Casa de Correos; pero fue preferido bien pronto el de *Monsieur Marquet*, y al español Rodríguez se le confirió la dirección del empedrado. *Al arquitecto las piedras y la casa al empedrador*, decían entonces los críticos de buen talante; pero otros más severos censuraron amargamente la escandalosa injusticia del gobierno y la incapacidad de *Monsieur Jacques*.

Muy bien pudieran aplicarse a la Casa de Correos de Madrid los siguientes versos:

Absorto ante un frontispicio
contemplando su elegancia,
preguntó un tal don Mauricio:
¿han hecho aquí ese edificio,
o le han traído de Francia?

Pero dejémosle como está, y vamos a referir lo que pasó en él el 18 de enero de 1835.

El reloj del Buen-Suceso, acababa de dar las cinco de la mañana.

Una fuerza de unos veinte soldados presentóse a manera de patrulla frente la Casa de Correos, donde tiene la guarnición de Madrid su Principal; y como dio perfectamente el santo y seña, no inspiró el menor recelo.

Pocos momentos después sorprendieron a las centinelas, apoderándose de las armas de la guardia, reforzándose con quinientos cincuenta hombres del Regimiento de Aragón 2.º ligero, iniciados en la conspiración; y a los cuarenta cazadores de la Guardia Real provincial, que habían sido sorprendidos y se negaron a tomar parte en la sublevación, se les encerró en clase de prisioneros.

Don Cayetano Cardero, víctima de la hipocresía con que supieron fascinarle los emisarios del *Angel exterminador* que se fingían

ardientes patriotas, dirigía el movimiento con inteligencia y arrojo, creyendo sin duda prestar un buen servicio a la libertad de su patria.

Prometimos hacer revelaciones de alta importancia y contamos en este número la de la existencia de esa homicida sociedad *apostólica* que no tardaremos en describir más por extenso, dando a luz sus máximas destructoras, y patentizando sus íntimas relaciones con toda clase de gentes de mal vivir. Esta secreta inquisición, que para divinizar en España el despotismo teocrático daba a sus individuos el título de defensores del altar y el trono, atropellaba por todos los obstáculos para alcanzar sus fines. Hasta el asesinato era considerado y premiado como una acción meritoria, si ofrecía consecuencias favorables al tenebroso club. Uno de sus medios de *exterminio* y acaso el más eficaz, era fomentar la desunión de los liberales, crear partidos y enconar sus pasiones, como probaremos más adelante. Pero si alguno cree que nuestra revelación es una ficción meramente fabulosa para dar interés a nuestra novela, díganos ¿qué objeto tenía la insurrección de la Casa de Correos y otras que no han producido más que víctimas? El *Angel exterminador* ha existido y existe acaso más envalentonado que nunca. La prensa apostólica está patentizando su audacia.

El infortunado general Canterac, sin más acompañamiento que su valor y un ayudante del mismo regimiento de Aragón, presentóse a caballo ante los sublevados, llamó al oficial Cardero, y a las primeras reconvenciones que le dirigió, contestaron los rebeldes vitoreando a Isabel II y al Estatuto Real, como para manifestar que sólo estaban descontentos del ministerio. Indignado el general, habló militarmente, recordó con energía a los amotinados los deberes que impone la ordenanza al soldado pundonoroso; pero su voz fue ahogada por la mortífera detonación de una descarga que le derribó al suelo ya cadáver bañado en su propia sangre.

Pero esta sangre preciosa no fue la única derramada en aquel día fatídico, que empezó por el asesinato de una de las primeras autoridades de Madrid.

Púsose en movimiento toda la tropa y Milicia Urbana, bajo las órdenes del general Bellido.

A las nueve de la mañana despertaron al señor ministro de la Guerra, supo lo que ocurría, montó a caballo, y mientras las tropas leales y Milicia Urbana divididas en cuatro columnas avanzaban hacia Correos por la calle de Alcalá, Carrera de San Jerónimo y

calles de la Montera y Carretas, apareció por la calle Mayor a la cabeza de la guardia saliente de Palacio y algunas piezas de artillería que se colocaron enfrente de la casa del conde Oñate.

En esta casa entró el ministro de la Guerra y su comitiva, entre cuyos individuos notábase un paisano medio embozado en su capa, que asomándose de vez en cuando a uno de los balcones, dejaba ver en su diabólica sonrisa, que aquel espectáculo de muertes y estragos no le era repugnante.

Este personaje siniestro... era fray Patricio.

Acercóse por último al ministro de la Guerra y le habló con ademanes de un hombre frenético. Debió sin duda convencerle con su feroz elocuencia, pues bajando el ministro a la calle, mandó él mismo a la artillería romper el fuego.

Silbaba la metralla homicida; el mortífero plomo cruzóse en todas direcciones.

Los cristales de las lujosas tiendas y de los balcones inmediatos crujían y saltaban rotos al estampido del cañón: y este hélico estruendo se confundía con los ayes de las víctimas... ¡Aún deplora la patria entre ellas al brigadier don Felipe Zamora!... ¡Allí perdió su brazo derecho el bizarro capitán don Luis Palafox!... ¡Y el HOMBRE FUNESTO que no supo contener los asesinatos del 17 de julio de 1834, seguía a la cabeza del gobierno!

Contemplaba fray Patricio estos desastres, y en su rostro de demonio veíase esculpido el infernal placer que hacía latir su corazón de tigre.

No parecía sino que se tratase de reducir a escombros la capital de la monarquía, cuando hubiera podido vencerse a los sublevados con sólo tenerles acorralados en la Casa de Correos, en donde debían carecer en breve de todo linaje de recursos.

Aquellas autoridades que tanta energía ostentaban desplegar, ¡qué vergüenza! ¡qué baldón! después de haber puesto en la mayor alarma y conflicto a todo el vecindario, suspendieron de repente sus hostiles arranques, y haciéndoles desconfiar del éxito las pocas simpatías que habían sabido granjearse en el país, imploraron cobardemente a S.M. la Reina Gobernadora el perdón amplio, completo, general, de los amotinados. Otorgóle en efecto la reina madre, y don Cayetano Cardero ¡cosa inaudita! ¡con sus quinientos setenta hombres, salió de la Casa de Correos, y con el general Solá a la cabeza, desfilaron por las calles de la Montera y Fuencarral a

tambor batiente y bandera desplegada, recibiendo los honores de la tropa y milicia que permanecían formadas en los mismos puntos!!!

Cayó Llauder; pero el HOMBRE FUNESTO continuó a la cabeza del gabinete, autorizando mil absurdos, entre los cuales descolló el famoso tratado de Elliot, que con visos de humanitario y benéfico tan vilmente amancillaba el decoro nacional. El escaso talento del autor del Estatuto acrecentó los males de la patria, en términos que el ejército carlista adquirió preponderancia sobre las tropas liberales. EL HOMBRE FUNESTO hubo de comprender por fin su ineptitud para el gobierno, y depuso la cartera; pero para mayor desgracia fue a parar el 13 de junio en manos del célebre Toreno.

CAPÍTULO XI. ¡ABAJO EL MINISTERIO!

Durante los siete años de lucha fratricida entre liberales y carlistas, jamás la causa de la civilización habíase visto en el inminente peligro a que los malos gobernantes la habían conducido, como en el mes de agosto de 1835.

Mientras las provincias se insurreccionaban todas contra el despótico, orgulloso e inepto ministerio que presidía Toreno, mientras la nación se alzaba contra el Estatuto Real, mientras la justa indignación de los pueblos y la terquedad del poder daban cima a escándalos inauditos, en una palabra, mientras la espantosa anarquía reinaba entre los liberales; los carlistas, hábilmente auxiliados por la poderosa sociedad del *Angel exterminador*, evalentonábanse con sus triunfos. Las facciones del Principado, las de Aragón y Valencia, particularmente las de los cabecillas Carnicer, Quilez, el Serrador, y sobre todo la del feroz Cabrera, invadían a su placer montes, valles y poblaciones, sin ver nunca los ejércitos de Isabel II.

Y no se crea que la facción se redujese como en un principio a hordas de salvajes, no. Eran tropas aguerridas, uniformadas, llenas de entusiasmo, constantes, valientes y sufridas, porque el sufrimiento, el valor y la constancia jamás abandonan al soldado español, cualquiera que sea la causa que defienda.

Estas tropas tenían poderosos auxiliares en todas partes, desde el villorrio más infeliz hasta la capital de la monarquía. En Madrid estaba el foco de todas las maquinaciones carlistas; en las Cortes, en las dependencias del gobierno, en las oficinas de las autoridades, en



el ministerio y hasta en Palacio mismo tenía agentes activos y vigilantes la sociedad del *Angel exterminador*.

Esta sociedad que representaba al partido absolutista y clerical de toda Europa, recibía inmensos recursos de todas partes, e instrucciones directas de Roma.

El exterminio de los que no pensasen como ella era el emblema de sus individuos, y los más de ellos, sin embargo, honrábanse con el título de ministros del Salvador, como si el Divino Salvador, todo bondad y mansedumbre, ordenáse la desolación y la matanza.

Esta sociedad era dirigida por un jefe de travesura, audacia y talento. Este jefe era fray Patricio, cuya posición en Madrid había variado por los medios que se explicarán más adelante.

Jesuíticamente montada esta asociación de hombres ambiciosos y sagaces, tenía grandes ramificaciones, como hemos insinuado ya, y la mayor parte de sus individuos habían aprendido en los conventos a ser embusteros, hipócritas y egoístas, y a saber amoldarse a toda clase de condiciones. Los que por su desgracia hayan tenido que tratar con frailes, saben muy bien hasta qué punto llega la habilidad de ciertos hombres para embaucar a los demás con sus modestos ademanes, con su melífluo acento, humildad fascinadora, y fingida práctica de todo linaje de virtudes.

La sociedad del *Angel exterminador* no admitía como socios más que entes hábiles en esta escuela; pero recibía como auxiliares, o por mejor decir, instrumentos de sus disposiciones, a toda clase de personas por criminales que fuesen.

El *Angel exterminador* ejercía en consecuencia, aunque ocultamente, poderoso dominio sobre el partido liberal. Agitaba las pasiones, encendía odios, fomentaba desórdenes, y en las mismas juntas de los verdaderos patriotas, resonaba siempre alguna voz díscola que proponía medidas de perdición. Esta voz era el eco del *Angel exterminador*.

Era el 15 de agosto, día de la Asunción de Nuestra Señora.

Aquella tarde debía haber estallado una conspiración contra el ministerio Toreno, que aunque aparecía en sentido liberal, había sido fraguada en el club de los exterminadores. Figuraban en ella patriotas esclarecidos, llevados de buena fe por su amor a la libertad del pueblo.

El objeto de la tenebrosa reunión de sacerdotes verdugos era que los liberales empezaran a degollarse entre ellos, y cuando la sangre

corriera por las calles de Madrid, completar la obra, es decir, el exterminio de cuantos no fueran sus afiliados, lanzando a la lucha sus feroces auxiliares.

Los milicianos urbanos que estuvieron de piquete en la plaza de los toros, debieron haber dado el grito de *¡abajo el ministerio!* y aunque allí no se atrevieron, retiráronse concluida la función a su cuartel, vitoreando la Constitución del año 12.

Inmenso gentío seguíales entusiasmado.

Era el anochecer.

El cuartel de los urbanos estaba en la Plaza Mayor. Las dos compañías permanecieron formadas, alegando que no romperían filas ínterin no fuese depuesto el ministerio, y satisfecho el general clamor de la nación.

Aquí creció el entusiasmo de todo punto. Disparáronse varios tiros al aire, y el vecindario entero de Madrid se conmovió. Los tambores de la Milicia Urbana recorrieron las calles aumentando la alarma con el toque de generala. En breve se vio la Plaza Mayor no sólo llena de milicianos, sino de toda clase de gente armada. Cinco batallones de milicianos llegaron a formarse.

Construyéronse barricadas en las bocas calles (sic) de la Plaza Mayor, que estaba iluminada. Pusiéronse avanzadas centinelas, y se borró la inscripción de *Plaza Real*.

Agolpóse el pueblo madrileño a las inmediaciones de la Plaza; pero los mismos pronunciados destacaron patrullas para mantener el orden y alejar a las masas que se mostraban interesadas en el triunfo de los insurrectos, que se entregaron aquella noche al más ardiente entusiasmo, lisonjeándose de que el éxito coronaría sus esperanzas.

Amaneció el 16, y apareció en la *Gaceta* una alocución de la Milicia Urbana al pueblo y guarnición de Madrid, manifestándole que su levantamiento era el eco glorioso de la nación entera, que no se trataba más que de derribar un ministerio criminal que conducía el trono a un precipicio, a un ministerio que alentaba a los enemigos de la libertad, y con su orgullo, sus actos arbitrarios y desacertadas disposiciones sumergía a la patria en el caos de la anarquía. Protestaba sobre todo su amor al orden y su respeto a Isabel II.

La guarnición de Madrid que había permanecido formada en el Prado en fuerzas imponentes con el general Quesada a su cabeza, hizo movimiento en la tarde del 16, y fue aproximándose a la Plaza Mayor la infantería y artillería. Colocáronse varias piezas en dispo-

sición hostil, y a media noche empezaron los milicianos urbanos a retirarse a sus casas después de varias intimaciones del general Quesada, en que se daba a entender que el voto de la nación no sería despreciado.

Al amanecer del 17, la Plaza Mayor fue pacíficamente ocupada por la tropa de la guarnición.

No era este el resultado que esperaban los *exterminadores*.

Mientras en la Plaza Mayor se victoreaba a la libertad y a la unión de sus defensores, una turba de sacerdotes homicidas fraguaba en las tinieblas planes de sangre y desolación.

En la calle del Divino Pastor, la sociedad del *Angel exterminador* hallábase reunida. Conduciremos a ella a nuestros lectores para que se convenzan del espíritu de asesinato que dominaba a los defensores de *Carlos V*, particularmente a ciertos religiosos sacrílegos, que en vez de predicar la paz, la reconciliación, la mansedumbre que recomienda el Evangelio, holgábanse en agitar la tea de la discordia y aguzar impíos el fratricida puñal.[...]

CAPÍTULO XII. LOS DEFENSORES DE LA RELIGIÓN

Una de las calles de más nombradía por la gente de trueno que acude a ella en el célebre barrio de las Maravillas, es la calle de la *Palma Alta*. Las tabernas abundan en proporción de los aficionados que del verdadero populacho de Madrid acuden a revolcarse en el cenagal de la inmoralidad.

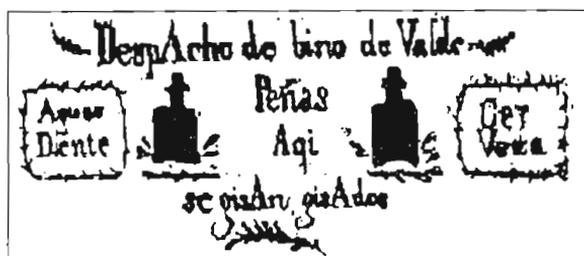
Hemos dicho el *verdadero populacho*, porque nosotros no confundiremos nunca a las clases pobres del pueblo, a las masas laboriosas, a los jornaleros honrados, a los artesanos virtuosos, con la hez de esas turbas soeces y repugnantes, hijas de la holganza, de la prostitución y del crimen.

Abundan por desgracia en Madrid, como en todas las capitales populosas de los países más civilizados, entes salvajes, cuyas bárbaras y depravadas costumbres horrorizan. Esta asquerosa sociedad suele componerse de mozalbetes rateros, mozuelas pervertidas, barateros, viejas inmorales, tahures, mujeres adúlteras, rufianes, presidiarios, desertores, ladrones, asesinos y malhechores que no debieran existir donde tanto oro cuesta la policía civil.



Entre las desiguales casuchas de la calle de la Palma Alta, cuyas ennegrecidas paredes véanse agujereadas por balconcillos rotos y ventanas informes, en cuyas carcomidas vidrieras por milagro se nota un vidrio entero, descollaba por su aparente aseo la taberna del tío Gazpacho.

Esta taberna, si bien no tenía más que un solo piso con su correspondiente sótano, era de una capacidad inmensa. Su fachada presentaba una puerta cuadrada con ventanillas colaterales. Estaba recién blanqueada, y como dos palmos en rededor del portal, pintada de amarillo. Encima de la puerta veíanse las inscripciones siguientes⁴:



Distinguíase desde la calle la primera pieza con su correspondiente aparador a la derecha, y a la izquierda una mesa de pino, encima de la cual campeaban varios platos simétricamente colocados con algunos comestibles, como bacalao frito, huevos duros, buñuelos, chuletas asadas y chorizos, intercalados con pimientos, cebollas, pepinos y tomates, descollando entre estos imanes del Valdepeñas, algunas sardinas que por lo quemadas de la sal parecían doradas a fuego.

En el espacio que mediaba entre la mesa y el aparador, había una puertecilla adornada con un pabellón de percal limpio y blanco como la nieve, sujeto a tres clavos romanos. Esta puerta conducía a un salón de bastante capacidad, en el que había seis mesas simétricamente colocadas con bancos alrededor.

Otra puertecilla en el fondo daba a un pasillo que tenía a derecha e izquierda varios dormitorios, y remataba en unos escalones que

⁴Estas inscripciones desatinadas abundan en Madrid por indolencia de la autoridad; pues nada más fácil que nombrar una comisión para corregir semejantes barbaridades, que hacen concebir una pobre idea de nuestra civilización.

conducían a un vastísimo sótano, donde el *tío Gazpacho* tenía excelentes vinos.

El *tío Gazpacho* era un hombre atroz, de unos cincuenta años, muy amigo de frailes y curas, y había sido sargento de realistas en los tiempos de Calomarde. Era hombre corpulento, extremadamente moreno, ojos expresivos, pelo canoso, mucha patilla y aire y acento andaluz que había adquirido en Sevilla, donde se enriqueció en su juventud ejerciendo la profesión de baratero. Llevaba su sombrero calañés, pantalón blanco, camisa de color a cuadros, faja encarnada y chaqueta sobre el hombro. Era sin embargo hijo de Madrid, y hacía veinte años que estaba casado con la señora Damiana, mujer de unos cuarenta años, bien parecida aún, y se conocía que en sus quince había sido una rozagante moza. Todavía presumía con su zagalejo corto, mantilla de ancha tira de terciopelo echada a la espalda, peineta terciada y cesto de trenzas.

Este digno matrimonio no había tenido sucesión.

La mujer servía a los parroquianos de arriba, y el marido se entendía con los del sótano; porque es preciso ya decir que ésta era una madriguera de carlistas auxiliares del *Angel exterminador*.

El *tío Gazpacho* había recibido órdenes superiores para reunir un buen número de sus dignos parroquianos y prodigar el vino y aguardiente entre la asquerosa turba de que hemos hablado al principio de este capítulo, hasta encender en ella un santo fervoroso entusiasmo en pro de la religión y de Carlos V.

Este objeto iba lográndose maravillosamente.

Figúrese el lector en aquel inmenso, lóbrego y abovedado subterráneo, una multitud de indómitos salvajes avezados a todo linaje de excesos, entregarse sin freno a la embriaguez.

Lo más repugnante era ver entre aquellos bárbaros a infinitas manolas, con su cigarro en la boca y el vaso en la mano, animar aquella escena de corrupción.

Cuatro candiles colgados de sus correspondientes clavos en las paredes, iluminaban las distintas mesas en que se hallaban los convidados repartidos.

— Hoy me he de beber la sangre de los negros, decía *Juana la Esgalichaa*, poniendo en jarro el brazo izquierdo, y alzando la mano derecha con un vaso de vino lo mesmito que cuela por mi gaznate este jarabe de Valdepeñas.

— Pus yo, Juanilla, exclamó la Bernarda no me he de quedar en

zaga, porque tengo mucho rincón a esos malditos herejes, y quisiera verlos a toos asaos como esta chuleta que me engullo.

— No hay cudiao, añadió la *tía Espinilla*, vieja tan contrahecha como descocada y feroz, dende que esos flamasones degollaron a los probes frailes como si fueran marranos, les tengo unas ganas que me parece voy a hacer hoy morcillas con sus mondongos.

La *tía Espinilla* fingía olvidar que también ella y sus amigos figuraron en los asesinatos y profanaciones de los templos.

La aparición de un nuevo personaje llamó en este momento la atención de los concurrentes. Era un personaje siniestro, de una facha repugnante. [...]

Parte II

CAPÍTULO II. LA PUERTA DEL SOL

Nada hay seguramente en Madrid tan famoso como la *Puerta del Sol*. La celebridad de esta plaza se ha hecho europea, y sin embargo es de las más irregulares de Madrid; pero como está situada en su centro y desembocan en ella las calles principales como son la Mayor, la de Preciados, la del Carmen, la de Carretas, Alcalá, Montera y Carrera de San Jerónimo, es tan numerosa la concurrencia, que las más de las veces se transita por ella con dificultad.

En este sitio fabricóse por lo años de 1520 un castillo que tenía por objeto defender a Madrid de las turbas de bandidos que infestaban sus cercanías. Encima de su puerta había un sol pintado; pero, desapareciendo después este castillo con el aumento de la población por aquella parte, quedó sólo para recuerdo el nombre de *Puerta del Sol*.

Aunque esta plaza es irregular, como hemos dicho, la elevación de las casas, el inmenso edificio de Correos, y sobre todo las brillantes vistas que ofrecen las hermosas y anchas bocas calles (sic) que la rodean, justifican su celebridad.

La *Puerta del Sol*, bullendo siempre de holgazanes de buen humor, de toda suerte de carruajes que cruzan, de aguadores que clamorean, de ciegos que se desgañitan, de políticos que disputan, de cesantes que bostezan, de manolas que rondan y en fin de toda



clase de gentes de ambos sexos y de todas edades y condiciones que transitan, presenta el cuadro más animado de Madrid.

Cuando María abandonó la casa paterna, iba por las calles sumergida en profundas meditaciones, sin dirección, sin plan, hasta que llegó maquinalmente a la *Puerta del Sol*, donde el bullicio y general alegría de la multitud, contrastaba acerbamente con el doloroso afán de aquella infeliz criatura.

Arrollada por una turba de curiosos que se agolpaban en derredor de unos ciegos, vióse María obligada a seguir la dirección de los demás y quedó encerrada en el apiñado círculo que formaban.

Templó un ciego su violín, y a poco rato entonó a duo con su compañera de oscuridad, que tocaba la guitarra, las siguientes seguidillas interrumpidas por los aplausos y risotadas de los oyentes, cuya mayoría se componía de mujeres andrajosas, soldados de rostro abrutado, aguadores y mozos de cordel.

La mujer que pretenda
salir de agobios
es preciso que entienda
de cazar novios,
Que hay malandrines
que cortejan a todas
con malos fines.

«Yo soy como una malva»,
dice el que es ducho,
y agota luego en salva
todo el cartucho;
Pero el demonio
hace que huya a la idea
del matrimonio.

Una graciosa niña
de ojitos bellos,
debe saber la viña
que tiene en ellos.
Con tales ojos
toda hermosura alcanza
ricos despojos.

Mire a los sacristanes
con dulce gesto,
pues no hay en sus afanes
nada ingesto.

Cada piropo
sabe a cosa bendita
con el hisopo.

Este canto que excitaba la general hilaridad, acibaraba el tormento que sufría la desolada joven. Logró por fin, no sin tener que emplear grandes esfuerzos, salir del recinto en que aquella turba de *diletanti* la tenía encerrada; pero abrumada de tristes pensamientos, sin saber a donde dirigir sus pasos. En tan penosa incertidumbre observó que la puerta principal de la iglesia del Buen Suceso estaba abierta, y animada por cierta esperanza verdaderamente angelical, introdujose en el templo para dirigir a la Virgen sus plegarias, a fin de que se dignase iluminarla en tan apurado trance. Serían ya las cuatro de la tarde.

La iglesia de *Nuestra Señora del buen Suceso* es de mezquina construcción y nada absolutamente tiene de recomendable su decoración artística; pero el sitio privilegiado que ocupa en la *Puerta del Sol*, hale dado celebridad. Particularmente su fachada es raquítica y de mal gusto. En ella está colocado un reloj que es el que generalmente sirve de norma a los demás. Este reloj está alumbrado de noche.

El ejército invasor de Napoleón dejó el interior de este templo excesivamente mal tratado: después se repararon los daños que en él había hecho la perfidia y el espíritu de profanación de venganza; pero se le habilitó con extremada sencillez.

Dícese que la imagen de Nuestra Señora que se venera en el altar mayor fue hallada en un monte por dos hermanos de la congregación de los Obregones.

Dejemos por un momento a María postrada ante esta veneranda imagen, orando con fervor, para dar cuenta a nuestros lectores de un suceso, que aunque ajeno de esta historia, merece quedar consignado en ella, toda vez que algunos de los héroes españoles que figuraron en él fueron fusilados, unos en esta misma iglesia y otros en su patio. [...]

El 2 de mayo de 1808 dio Madrid el grito de *¡independencia nacional o muerte!* y un puñado de valientes, a cuya cabeza se

hallaban los capitanes don Pedro Velarde y don Luis Daoiz, osaron desafiar al aguerrido, numeroso y vencedor ejército francés, que bajo las órdenes de Murat ocupaba la capital de España.

Refugiados en el parque, armaron al pueblo con los fusiles de ochenta soldados franceses que rendidos a discreción fueron encerrados en un patio, y colocaron algunas piezas enfilando la calle de San Pedro.

Presentáronse fuerzas francesas, y fueron ahuyentadas por una descarga de fusilería. Desde este momento el entusiasmo inflamó el pecho de todos los valientes madrileños, empeñóse la lucha por todas partes, y la sangre corrió a torrentes.

Una nueva columna francesa aproximóse al parque y fue destruzada por el fuego de los cañones.

Entonces dirigióse contra él la primera división westfaliana al mando del general La-Grange. Empeñóse un vivísimo fuego de artillería y fusilería, y en aquel momento fue cuando encontró Velarde su gloriosa muerte recibiendo un balazo en el pecho a los 28 años de su edad.

Esta desgracia; la falta absoluta de municiones, el cansancio y la enorme superioridad de los franceses, obligaron a oír a un general francés que al frente de otra división hizo señal de parlamento.

Recibióle Daoiz, vióseles hablar algunos segundos, y repentinamente ponerse en guardia y batirse. En este acto precipitáronse contra nuestro valiente multitud de granaderos franceses, de los cuales se defendió solo con sin igual denuedo, hasta que cayó mortalmente herido.

Entonces los franceses, abusando de su triunfo, colmaron su venganza... salpicaron todas las calles, paseos y hasta los templos de Madrid, de sangre española, de esa sangre que sólo circula por las venas de los héroes, de esa sangre de los Cides y Padillas, que ha sellado la honrosa verdad de que EN ESPAÑA SE MUERE CON VALOR, PERO NO SE SUFRE EL YUGO DE LOS EXTRANJEROS. Hasta en los templos de Dios, hemos dicho, llevaron la matanza nuestros enemigos, y en la iglesia y patio de *Nuestra Señora del Buen Suceso* fueron inhumana y cobardemente fusilados varios desgraciados madrileños, según consta en la inscripción que se puso al lado de la epístola.

El 2 de mayo de 1808 fue un día de luto para España; pero lo fue también de gloria y heroísmo.

Postrada María ante la imagen de la Virgen, seguía orando cuando se le aproximó una vieja vestida de negro y le dijo:

— Hija mía, ese fervor con que te encomiendas a esa santa imagen me llena de alegría, porque... la verdad... en el día son tan pocas las jóvenes que pisan estos santos lugares!...

Estas palabras fueron pronunciadas con tanta amabilidad, que María no pudo menos de dirigir una mirada llena de dulzura a la vieja.

— Señora —respondió la afligida joven— me veo en una situación tan lamentable, que sólo Dios o su divina Madre pueden inspirarme alguna idea de consuelo. Esto es lo que estoy suplicando a esta inmaculada Virgen.

— ¿Y qué es, hija mía, lo que causa tu desasosiego? preguntó la vieja.

— Señora —respondió María— me veo abandonada. He tenido que dejar la casa de mis padres a fin de no morirme de hambre con ellos, y quisiera hallar una colocación en cualquiera casa, que me proporcionase mi subsistencia, y algo si pudiera ser para dar algún socorro a mi pobre familia.

— Pues has de saber, hija mía, que esta divina imagen ha oído ya tus plegarias.

— ¿Cómo así, señora? —exclamó María.

— Porque yo se una casa, en donde esta misma noche te recibirán, y con tal de que sepas coser medianamente y tengas disposición para aprender lo que allí se enseñe, estarás como el pez en el agua, y podrás reunir algunos ahorrillos para socorrer a tus padres.

— ¡Ah! ¡señora!... ¡dice usted bien!... ¡sin duda la Virgen ha oído mis plegarias... ¿Cuál es, señora, esa casa que dice usted?

— Casa de la marquesa de Turbias-aguas, en la Red de San Luis. A cualquiera que preguntes te dará razón.

Dicho esto desapareció la vieja, que ya habrá adivinado el lector era la tía Esperanza.

María dio gracias a la Virgen por aquella singular aventura, y aguardó a que anocheciese para ir a casa de la marquesa de Turbias-aguas.

CAPÍTULO III. EL PALACIO DE LA MARQUESA DE TURBIAS-AGUAS

Al dar comienzo a la descripción de las costumbres sociales de eso que se llama EL GRAN MUNDO, con las ridiculeces de ciertas notabilidades llenas de presunción, sin más elementos de figurar que la depravación y extravagancia de sus actos, no llevamos otra idea que poner en cotejo a esos entes corrompidos, con la buena sociedad de Madrid, cuyas virtudes describiremos a su tiempo para vergüenza de los que siguen la senda de la inmoralidad.

Desde la tienda más humilde hasta los marmóreos palacios de la elegante aristocracia de Madrid, nótase franqueza, amabilidad y esmerados modales en la mayoría de las gentes, que indican la cultura de que han tratado de despojar a los españoles ciertos extranjeros de ruin calaña, y si hay vicios en Madrid, si se cometen crímenes, distan mucho, tanto en su gravedad como en su número, de los que se perpetran en Londres, París y otras capitales, hallándonos sin embargo nosotros a merced de las revueltas políticas que tienen enconadas las pasiones.

Es preciso sin embargo confesar, aunque pese a los grandes señores, que hay más ilustración en las masas populares y trabajadoras, que en las dos aristocracias que con ridículo empeño se disputan en la actualidad la primacía. Mientras admiramos las virtudes de los artesanos que no tienen otra ambición que la de atender con su trabajo a las precisas urgencias de sus familias, y sacrifican su reposo y escasos recursos en las aras de la patria para verla libre de toda dominación opresora, vemos con indignación que una turba de miserables especuladores que han sabido aprovecharse de las públicas calamidades para atesorar riquezas, quieren probar que no hay más positiva aristocracia que *la del oro*, y lanzan una mirada de desdén a la aristocracia *de la sangre*. Ésta por su parte defiende con tesón la importancia de sus viejos pergaminos. En una y otra aristocracia descuellan los entes más ridículos de la sociedad; creen los unos que el dinero les da derecho a figurar en los primeros puestos de la nación, y ensartar sandeces en la tribuna parlamentaria; y llevan los otros su imbecilidad hasta el extremo de suicidarse de hambre en la mesa para lucir asiático lujo en el coche, agobiados de trampas y de pleitos. Estos mentecatos llegan a figurarse que porque desprecian a la multitud, porque no saludan a los que nacieron en humilde cuna sin las riquezas que ellos despilfarran,



han alcanzado tan elevada posición en el mundo, que les debe el pueblo el mismo respeto y veneración con que acata la efigie de la Divinidad; pero el pueblo, que ha compadecido hasta ahora la demencia de tan vanos como estúpidos personajes, va cansándose ya de los crímenes a que les conduce su orgullo, y acaso no está lejos de convertirse en ira y venganza el desprecio que a su vez ha prodigado hasta ahora al insomne delirio de los magnates opulentos que le oprimen para divinizarse. No tratamos de excitar el encono del pueblo contra ciertos monopolistas... nuestro objeto es advertir a estos ambiciosos el peligro que corren, para que moralicen sus costumbres, porque lo que ellos llaman *costumbres del buen tono* son bacanales de asquerosas *orgías*, nombre que han dado los palaciegos al espectáculo de sus indecentes crápulas.

Hablemos ya del origen de una de esas casas donde se reúnen los criminales de alta jerarquía, tipo de intrusas usanzas, que forman contraste con la proverbial gravedad y honradez españolas, con la finura y elegancia de muchos capitalistas probos y personas condecoradas con títulos de nobleza, cuyos bellos sentimientos pondremos en acción en la tercera parte de nuestra historia.

La conducta de los años sirve generalmente de norte a los criados. Con frecuencia suelen verse, entre las familias honradas, a esos criados fieles, de una probidad a toda prueba, que más por amor que por interés, sirven con esmero y cariño a los que saben tratarles con la dignidad que toda humana criatura se merece. Pero cuando los que mandan, engreídos de su alta posición en la sociedad, por su riqueza, o por una vanidad insensata, se erigen en señores para tratar como esclavos a sus sirvientes, lejos de granjearse gratitud y respeto, son el objeto de secretas murmuraciones, el blanco de la maledicencia y del escarnio entre las personas que se ven humilladas porque nacieron más pobres.

De esta calaña eran los criados de la marquesa de Turbias-aguas.

Todas las tardes solían salir a paseo en coche la marquesa y su hija, y entonces era cuando el mayordomo Ambrosio y la camarera principal, llamada Inés, entre quienes mediaban relaciones más que amistosas, mezclaban en sus amorosos coloquios los más atrevidos sarcasmos contra la reputación de sus dos amas. [...]

CAPÍTULO V

De repente enderezó Anselmo su gallardo cuerpo, pasóse las yemas de los dedos por los ojos, tomó su gorra de miliciano, y dirigiéndose al hombre negro, exclamó con serenidad:

— Llevadme ahora donde gustéis.

El hombre negro, Anselmo y la fuerza armada abandonaron aquella triste habitación, dejando sumidos en la amargura a la ciega Luisa y a sus inocentes hijos.

Anselmo, sin hablar una sola palabra, siguió con paso firme al hombre negro.

Al pararse en la cárcel de Corte, no pudo dejar de hacer un movimiento de terror. El valiente militar que había prestado grandes servicios a su patria, el miliciano urbano ejemplo de subordinación y pundonor, el marido fiel, el padre cariñoso, el ciudadano pacífico, el honrado jornalero fue encerrado en un hediondo e insalubre calabozo.

— ¿Por qué se me encierra así? preguntó al fin el desdichado. El hombre negro respondió con aspereza al desaparecer:

— Por asesino.

— ¡Por asesino! gritó Anselmo estremecido, y ocultó su rostro entre sus manos. [...]

Así era la verdad. A Anselmo se le encarcelaba por haber sido acusado de cómplice en los asesinatos de los conventos cometidos el 17 de julio de 1834. Pero... ¡maldad inaudita! ¡horrible ingratitud! ¡Fray Patricio, el abominable fray Patricio que le debía la vida, acababa de acusarle valiéndose de otro malvado!... Sólo un fraile diabólico... era capaz de tan detestable calumnia.

¡Espantosos efectos de la delación! ¡En España ha bastado muchas veces la delación de un infame para hundir a personas inocentes en lóbregos calabozos!!!

Pero ya que en el día está todo el mundo expuesto a ser arrebatado del seno de su familia y conducido a la cárcel pública, sean siquiera más humanos los hombres que gobiernan a esta nación digna de mejor suerte. Las cárceles de Madrid son un baldón perenne de incuria, de falta de civilización, de falta de humanidad. La de Corte está imperiosamente reclamando remedio, pero remedio pronto y eficaz por su hediondez, por su insalubridad y hasta por su estado ruinoso. La del *Saladero*, si bien más ventilada por su



situación, es pequeña en demasía, porque la mujer decente, ruborosa, que desea estar separada de las que son la degradación de su sexo, cuyas reyertas e insolente lenguaje hacen insufrible su compañía, la que ha sido injustamente encarcelada y quiere evitar el roce de las malas mujeres, no puede por no haber aposentos a propósito. A esta infeliz no le queda más recurso que fingir alguna dolencia y huir del crimen para aspirar a hediondez de los enfermos.

Esto es espantoso... es imperdonable... mayormente cuando es ya un axioma que las cárceles son lugares de segura detención; pero no de castigo. Y cuando no recae mancha ninguna contra el individuo encarcelado, merced al abuso que la arbitrariedad ha hecho de esta medida contra ciudadanos pacíficos en los últimos años de políticas revueltas, es criminal abandono no mejorar las cárceles de Madrid, cuando Barcelona y Sevilla están dando en esta parte un noble ejemplo que acredita su filantropía e ilustración.

¿Qué importa que haya en Madrid un presidio-modelo mejor montado que la escuela politécnica de París, si sólo sirve para hacer más chocante el contraste escandaloso que forma con esos tristes lugares de pestilencia, de tormento e insalubridad?

En uno de estos calabozos fue encerrado el infeliz Anselmo, acusado por fray Patricio de haber sido uno de los que asesinaron a los frailes en el mes de julio de 1834.

Cuando estos crímenes se perpetraron, los culpables quedaron impunes... porque en España siempre suele andar cobarde y torpe el gobierno. Rara vez se aplica el castigo a la inmediación del crimen; y mientras la impunidad alienta a los delincuentes, se deja que el tiempo borre la memoria de los atentados para hacerlos espiar. El castigo que aplicado oportunamente hubiera producido saludable escarmiento, produce después compasión hacia los delincuentes, e indignación contra los hombres del poder. [...]

CAPÍTULO VIII. EL PRADO

Era uno de los primeros días de abril, uno de aquellos días deliciosos, en que la naturaleza ostenta sus lujosas galas, su encantadora lozanía, y aparece la primavera con su cetro de oro y su diadema de flores, iluminada desde el cenit por un sol esplendente

y magnífico, halagada por las amorosas brisas, que meciendo los dilatados ramajes de las lilas, llenan el ámbito de los jardines de aromáticos perfumes, y saludada en fin por el arrullo de las cristalinas fuentes y el dulcísimo canto de los pajarillos, que gorjean melodiosos en la verde espesura de los argentinos álamos y frondosidad de las acacias.

El Prado, esa deliciosa llanura de cerca de diez mil pies de extensión, dividida en anchurosas calles simétricamente marcadas por añosos y gigantescos árboles, embellecida por las amenas vistas de hermosísimos jardines y edificios suntuosos, ostenta en su recinto ocho colosales y bellísimas fuentes de primorosa ejecución, inventadas y diseñadas por don Ventura Rodríguez en el reinado de Carlos III. Todo es sorprendente y magnífico en este grandioso paseo, célebre ya en la más remota antigüedad por los amoríos caballerescos y palaciegas tramas a que daba ocasión la corte que permanecer solía en el Retiro.

Aquel hermoso día declinaba ya; pero si bella había sido la mañana, la tarde era apacible y ofrecía solaz en pos de la siesta, como si se hubiese adelantado el rigor del estío. Esto suele ser frecuente en Madrid.

Recién regado aquel espacioso recinto, destellaba por todas partes amenidad y frescura.

Numerosa concurrencia ocupaba particularmente el centro de aquella prolongada extensión. Solo este centro, que comprende desde la fuente de Cibeles hasta la de Neptuno, tiene unos dos mil pies de longitud y doscientos de latitud.

La fuente de Cibeles es de asombrosa arquitectura. Sentada la diosa en una carroza tirada por dos leones, ofrece un grupo de magnífico efecto. Los leones fueron ejecutados por don Roberto Michel y la Cibeles por don Francisco Gutiérrez. Varios juegos de agua caen sonoramente en una anchurosa pila.

La fuente de Neptuno ostenta a este dios de formas colosales puesto de pie sobre un carro de concha tirado por dos caballos marinos. Nueve delfines juguetean en torno. Saltos de agua graciosísimos caen también en una pila circular. Esta fuente forma perfecta simetría con la de Cibeles. Cierta erudito y entendido escritor ha dicho de Neptuno que «por no haber dado más altura al pilón o rebajado más la base de toda la máquina, ha resultado que el carro, los caballos y delfines ruedan y nadan, no en el agua como

debieran, sino sobre peñas»¹. Nosotros no encontramos semejante defecto en esta obra sublime del famoso Juan Mena, porque vemos que este sabio escultor ha querido hacer también el agua de piedra para darle el movimiento que debía recibir de la agitación de los caballos y delfines y de la violencia de las ruedas. Esta agitación está perfectamente desempeñada en el encrespado movimiento y las undulaciones que representa la piedra y que no alcanzaría el agua, siendo en tal caso impropio que permaneciese tranquila, azotada por tan diversos objetos.

En medio de este predilecto sitio conocido por EL SALON, osténtase otra grandiosa fuente, la de Apolo. Una estatua de estos dios, obra maestra de don Alfonso Vergaz, descuella entre otras cuatro estatuas que representan las estaciones, no menos sabiamente ejecutadas por don Manuel Alvarez. El juego de las aguas está combinado con tanta inteligencia, que además de la buena vista que ofrecen al derramarse de pila en pila, producen un murmullo armónico y agradable.

Divídese la extensión de este ameno salón en varios paseos, separados por las hileras de frondosos árboles que se pierden en las nubes y entoldan en verano gran parte de tan deliciosa llanura. Uno de aquellos paseos exteriores, está exclusivamente destinado para los coches y caballos.

Entre el salón del Prado y el Retiro hay un espacio al cual se le ha dado el nombre de *Campo de la lealtad*, por haberse erigido en él el glorioso monumento que encierra las cenizas de Daoiz, Velarde y demás patriotas, inmolados la mayor parte en aquel mismo sitio, el 2 de mayo de 1808, por la tiranía del ejército usurpador.

En 1822 se aprobó por el ayuntamiento el modelo que presentó don Isidro Velázquez, y en 1840 se terminó esta obra fúnebre, de la cual vamos a ensayar una ligera descripción.

En el centro de un hermoso jardín circular, de elegante verja cercado, levántase una gigantesca pirámide cuya cúspide se pierde entre las nubes. El verde esmeralda que ofrecen las plantas del jardín, matizado por los variados colores de flores selectas, seméjase a una magnífica alfombra perfumada de esencias que embalsaman el ambiente.

La elevada pirámide que parece unir la celestial morada de las

¹ Manual de Madrid, pág. 405.

almas con la de los restos de aquellos héroes divídese en cuatro cuerpos. El zócalo octagonal forma el primer cuerpo, es de piedra berroqueña azulada, y tiene diez pies de elevación y cincuenta y uno de diámetro. Cuatro escalinatas conducen al sobretecho, en el cual campean otras tantas piras de elegante arquitectura.

Forma el segundo cuerpo un imponente sarcófago de veinte y tres pies de línea en cada una de sus cuadradas faces, por veinte y uno y medio de alta, de igual piedra, pero imitando en su matiz el granito oriental, con sus molduras de mármol blanco.

En la principal de las cuatro fases, cobijase bajo un espacioso rehundido la urna que atesora las veneradas cenizas de las víctimas. Las dimensiones de esta urna marmórea tienen ocho y medio pies de elevación y tres cuartos de latitud.

En otro rehundido de la parte posterior, campea, en relieve de piedra blanca del Colmenar, el león de España agarrado a las armas nacionales. Bellísimas antorchas y lacrimatorios, que destellan dulce melancolía, completan los fúnebres adornos; y en dos fachadas laterales se leen las siguientes inscripciones:

LAS CENIZAS DE LAS VÍCTIMAS DEL 2 DE MAYO DE 1808 DESCANSAN EN ESTE CAMPO DE LEALTAD REGADO CON SU SANGRE. HONOR ETERNO AL PATRIOTISMO.

A LOS MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA ESPAÑOLA, LA NACIÓN AGRADECIDA. CONCLUIDO POR LA MUY HEROICA VILLA DE MADRID EN EL AÑO DE MDCCCXL.

Los retratos de Daoíz y Velarde, las armas de la villa de Madrid, ramos de ciprés y coronas de laurel, son los relieves de las cuatro faces del frontón.

Otro zócalo octagonal de tres y medio pies de alto y diez y seis de diámetro forma el cuerpo tercero, en el cual descansa un dórico pedestal de quince pies de alto con cuatro estatuas que simbolizan las bellas dotes del pueblo español: Patriotismo, Valor, Virtud y Constancia. Estas estatuas son de los escultores Pérez, Tomás, Elías y Medina.

Un obelisco de poco más de cincuenta y dos pies de altura, construido de piedra imitando el granito oriental, termina la imponente elevación de este majestuoso monumento, en el cual se

celebra todos los años el DOS DE MAYO, un aniversario solemne, al que concurren las autoridades y el pueblo madrileño, con toda la pompa fúnebre que merecen tan tristes como gloriosos recuerdos. [...]

¡Fragilidad humana! En Madrid abundan los tontos de cierto género, como en todas las populosas capitales. Hay gentes, que enorgullecidos unos por sus rancios pergaminos, y deseosos otros de aparentar ser más de lo que son, desdénanse de alternar con la honrada multitud, y prefieren aproximarse más a los irracionales que a las personas. Hacen bien en buscar a sus semejantes.

Estos entes ridículos, llevaban su fatuidad hasta el extremo de apiñarse en la parte exterior de uno de los paseos y limitarse a una angosta callejuela que rozaba con los caballos y coches, sufriendo continua nube de sofocante polvo. Este paseo era conocido por el nombre de París. Por algunas palabras y coloquios sueltos que solían oírse de trecho en trecho, los lectores que no hayan tenido la fortuna de conocer personalmente esta Babilonia, podrán formarse una idea de los títeres que bullían en el París de Madrid.

— ¿Estuviste ayer en el teatro del Príncipe, marqués?

— Oh no, ciertamente, *mon ami*... Dios me preserve de volver al espectáculo español...

— Pues se representó una linda comedia jocosa...

— Yo la conozco perfectamente, a fe mía... es un sainetón... Me apestan las comedias... me dan esplín... Yo estoy por las óperas, *mon cher*... ¡Qué duo tan precioso el de los *Puritanos*!...

*Suoni la tromba, e intrepido
lo pugneró da forte.
Bello è affrontare la morte
Gridando: Libertà!*

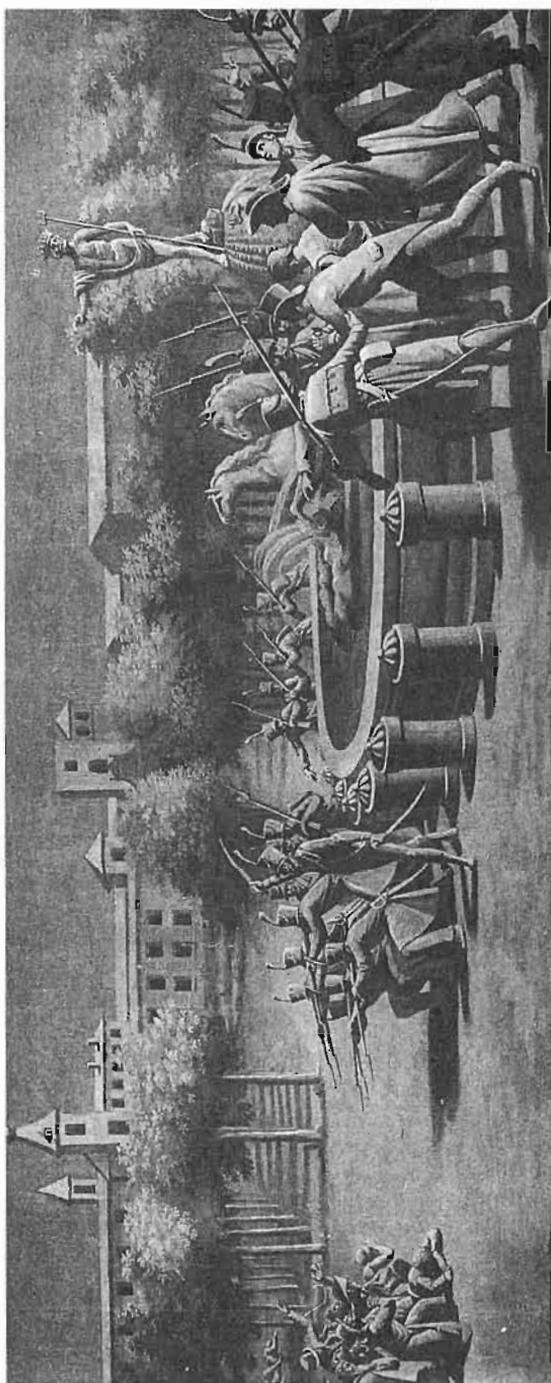
Y entusiasmados ambos filarmónicos y llamando la atención de todos con sus gorjeos y contorsiones, zambulléronse entre aquella animada multitud.[...]

CAPÍTULO IX

No es nuestro ánimo, por cierto, el excluir las óperas de los teatros nacionales. El que no es sensible a las delicias de la música nos merece compasión; pero creemos que se conciliarían todos los extremos, destinando un solo teatro para las óperas, y aun haciéndolas alternar con funciones de declamación. Creemos que si las representaciones españolas se decorasen con el lujo y esmero que se emplea en las óperas y bailes, el público concurriría a ellas, y de este modo se disfrutaría de todo, y hallarían una honrada subsistencia multitud de artistas que perecen ahora de hambre. Esta mejora alcanzaría a los escritores dramáticos, pues habría posibilidad de dar más dramas nuevos, y hasta las mismas empresas adquiriría, en nuestro concepto, más lucrativos resultados.

En medio de tan lastimoso abandono vemos descollar en la escena de Isidoro Maiquez y Rita Luna una infinidad de talentos privilegiados, dignos intérpretes de Talía y Melpomene. Citaremos en primer lugar a la inimitable doña Matilde Diez, que por la asombrosa naturalidad con que desempeña todo linaje de caracteres, ha merecido la honrosa calificación de *Perla del teatro español*. Doña Bárbara Lamadrid en el género trágico es excelente. Doña Juana Pérez ha sabido conquistar con sus aciertos un lugar honorífico entre las damas de primer orden. Doña Jerónima Llorente es una *característica* que no tiene rival en España, y pocas habrá que la aventajen en los teatros extranjeros. Don Carlos Latorre es sin disputa de los primeros trágicos de Europa. Don José García Luna es un actor aventajadísimo. Don Antonio de Guzmán puede ponerse en parangón con los más famosos *graciosos* de las naciones cultas. Don Luis Fabiani sabe cautivar las simpatías del público, Don Juan Lombía es inimitable en ciertos caracteres; pero en todos los que representa manifiesta siempre inteligencia exquisita, estudio profundo y gran conocimiento de los efectos teatrales. Otro tanto puede decirse de Don José Valero y Don Joaquín Arjona. No acabaríamos nunca siuviésemos que nombrar individualmente a todos esos jóvenes actores y actrices que descuellan en la escena española por sus aciertos y noble ambición de gloria; y toda vez que es preciso concluir, citaremos con orgullo a D. Julián Romea, modelo de perfección en muchos papeles de los que toma a su cargo. No creemos que haya en París ni Londres quien aventaje a este joven artista, por todos conceptos admirable.





Antonio M^a Tadei, *Fusilamiento en la fuente de Neptuno*, MMM. Inv. 1479

¿Y qué protección ha dispensado el gobierno a los que de un modo tan ostensible aumentan las glorias del país que le dio el ser? ¿Qué recompensas han obtenido su mérito, su aplicación, sus afanes? Olvido, y nada más que olvido... El premio, las condecoraciones, los ricos presentes... ¡se guardan para las notabilidades extranjeras!

Cuando a pesar de tan escandalosa apatía de parte del gobierno, vemos en el arte dramático, sin más aliciente que su noble ambición de gloria, a tantos jóvenes poetas que avanzan por la senda de la inmortalidad, cuando tenemos actores que pueden rivalizar con los primeros de las naciones más cultas, es verdaderamente lastimosa, es criminal la indiferencia con que mira el gobierno el teatro español.

Es urgente un buen edificio en sitio a propósito.

Los teatros principales de Madrid son el del Príncipe, el de la Cruz y el del Circo; pero ninguno de estos edificios es digno de la capital de España. El del Príncipe, después de haber sufrido un incendio, fue reedificado en 1806 bajo la dirección del arquitecto Villanueva. Es mezquino en demasía. Sólo caben en él unas 1200 personas. El de la Cruz se arregló en 1737 por Ribera. Este arquitecto ha dejado mil testimonios de su mal gusto, y no es el menos chocante este edificio, cuya estrambótica fachada y desordenado interior le hacen irremediable. Hay en él unas 1400 localidades. El teatro del Circo es de mucha mayor capacidad, pero tuvo principio el año 1835 para las funciones que daba la compañía gimnástica del Mr. Paul en la Plaza del Rey, y a pesar de sus mejoras, adolece siempre de su origen.

Otro hay empezado entre la plazuela de Isabel II y la plaza de Oriente, que aunque demasiado excéntrico, se asegura que nada dejará que desear. Lo cierto es que el proyecto es grandioso y lo será también el edificio a juzgar por lo que de él va construido. Sólo el escenario tiene cien pies de fondo. Parece que excederá en extensión al de la Academia Real de Música de París y otros de los primeros coliseos de Europa. Habrá en él grandes salones de descanso y de baile. La fachada frontera a la calle de Arenal, es imponente y majestuosa. Pero Dios sabe cuando estará este edificio habilitado para la *farándula*, aunque no han dejado de lucirse en él bastantes *faranduleros* desde que se destinó este teatro a la representación de farsas políticas; porque hay que saber que en una de sus vastísimas salas celebra sus sesiones el Congreso de los señores diputados. [...]

María asistió por primera vez al teatro de la Cruz a la representación de la ópera de Bellini titulada *I Capuleti ed i Montechi*. Su hermosura llamó igualmente la atención de los espectadores. Todos los anteojos se dirigían a uno de los palcos principales. En este palco las naturales gracias de María formaban contraste con los ridículos dengues de la voluminosa marquesa de Turbias-aguas.

Hacía ocho días que los encantos de María obtenían repetidísimos triunfos de esta naturaleza. Sus atractivos eran objeto de admiración y elogios en la tertulia de la marquesa. Jóvenes y viejas rendían tributo de vasallaje a la hechicera María; pero esta virgen adorable, lejos de envanecerse con sus lauros, ruborizábase de ellos, sin que el haber pasado tan repentinamente del colmo de la indigencia a una mágica aglomeración de satisfacciones, comodidades y placeres, hubiese pervertido en lo más mínimo su candoroso corazón. Creía que su familia participaba de su bienestar; que no estaba lejos el momento de abrazar a sus padres y hermanos, de verles felices, y estas dulces ilusiones tenían para ella más encantos que los goces materiales a su nueva y brillante posición debidos. La incauta niña era demasiado buena para penetrar el lazo infernal que se le tendía bajo tan halagüeñas apariencias.

Dejemos a María radiosa y triunfante, dejémosla rodeada de pompa y magnificencia; y antes de trasladarnos al santo asilo de mendicidad, donde su madre y sus hermanos lloraban acerbamente su infortunio, hagamos una leve reseña del estado político de la nación española en el mes de mayo de 1836. Revelemos la influencia que ejerció en los escandalosos acontecimientos de la corte la sociedad de los exterminadores y hablemos de las bellas esperanzas que bajo todos aspectos lisonjaban el amor y la ambición de su jefe fray Patricio. [...]

CAPÍTULO XI. SAN BERNARDINO

Sabido es que en todas las grandes poblaciones y precisamente en las que marchan al frente de la civilización europea, es en donde está más arraigado el vicio. Hemos hablado ya de esos héroes de taberna, de esos bárbaros cuyas feroces costumbres son únicamente comparables con las que nos describe de los salvajes el famoso



Cooper, a quien Sue, el humanitario y justamente célebre Sue, apellida el Walter-Scott americano.

Con todo, podemos decir con orgullo, a pesar de las calumnias que nos prodiga la *envidia extranjera*, suponiendo que en España estamos aún por civilizar, que si bien es verdad que en Madrid se cometen excesos de todo jaez, no son tan frecuentes ni repugnantes como los espantosos cuadros de esos tipos odiosos y sanguinarios que hormiguean en las capitales de Francia e Inglaterra.

Hay por desgracia entre nosotros entes pervertidos que deshonoran la humanidad. Hay asesinos como los que hemos bosquejado en la taberna del *tío Gazpacho*. Hay en la alta sociedad personas inmorales a la manera de la marquesa de Turbias-aguas y sus contertulios. Hay beatas hipócritas como la tía Esperanza, sacerdotes crapulosamente desmoralizados y criminales como fray Patricio; pero esta escoria, este asqueroso fango de degradación contrasta con mil heroicas virtudes que resplandecen en las clases todas de la sociedad madrileña.

Hay también en Madrid sacerdotes, dignos discípulos de Jesucristo, llenos de moderación, de caridad y mansedumbre evangélica, hay también en Madrid grandes y nobles, que lejos de envanecerse con sus títulos, líganse en vínculos fraternales a las clases industriosas... El verdadero *buen tono* existe también en la aristocracia de Madrid; no ese *buen tono* ridículo, basado en una gravedad insoportable y en el desprecio de los demás, sino el que destella por todas partes esmerada educación, virtuosa franqueza, finos modales, elegancia y moralidad. Hay en la aristocracia de Madrid señoras benéficas, que no se desdeñan de socorrer a las clases menesterosas.

Hace un año que se estableció en Madrid una *Junta de beneficencia domiciliaria* bajo la presidencia de la señora duquesa de Gor, y esta sociedad filantrópica, compuesta exclusivamente de señoras de la aristocracia, ha hecho tales progresos, que durante el corto tiempo de su existencia, ha repartido más de CIEN MIL REALES a las familias menesterosas de la corte.

Celebramos tener esta ocasión de tributar merecidos elogios a estas personas benéficas, a quienes más que sus vanos títulos, colocan en posición noble y elevada sus bellos sentimientos de humanidad. Véase pues como no tenemos empeño en humillar a los ricos para ensalzar a los pobres. Nuestra severa censura sólo se dirige contra la maldad, do quiera que se oculte.

Dijimos en el capítulo primero de la primera parte de nuestra historia: «¿Por qué no se han de crear en Madrid y en todos los puntos populosos, sociedades benéficas?... El pensamiento de facilitar a los pobres socorro en sus apuros, enfermedades y escaseces, no puede ser más hermoso y humanitario. Invitamos a los capitalistas españoles a que concilien sus beneficios con los que el pueblo reportaría de la propagación de tan provechosas instituciones. Dedicuen siquiera a tan filantrópico objeto una pequeña parte de esos millones que consumen los cantores y bailarines extranjeros... y su patria les bendecirá.»

Esto decíamos, y hemos visto posteriormente con la más dulce satisfacción en todos los periódicos de la corte el anuncio de una empresa respetable que con el título de SOCIEDAD AMIGA DE LA JUVENTUD acaba de instalarse en Madrid con el objeto de libertar a los mozos de las quintas, y dotar a las jóvenes cuando contraigan matrimonio.[...]

Otra empresa humanitaria acaba de instalarse en Madrid con el título de *La Isabela, sociedad filantrópica universal de auxilios mutuos*. La junta directiva nos ha hecho el obsequio de remitirnos los Estatutos de esta sociedad. Su objeto es altamente moralizador y provechoso. [...]

También debemos encarecer la utilidad de las cajas de ahorros. Verdad es que para alcanzar los beneficios de semejantes establecimientos es preciso haber ahorrado antes alguna cantidad; pero esto no disminuye las ventajas que ofrecen al artesano económico. En ellas puede depositar el sobrante de sus necesidades con la esperanza de que el capital impuesto ha de producirle mayor suma para atender a cualquier infortunio que le sobrevenga.

En 1839 establecióse en Madrid una *caja de ahorros* y ha dado muy buenos resultados. Ojalá no tuviésemos que lamentar su falta en las capitales de provincias, puesto que hasta el día no contamos en toda la Península más que tres o cuatro, y es preciso reflexionar que el porvenir de las masas trabajadoras no es tan lisonjero y seguro, que no sean indispensables estos elementos para contrarrestar a poca costa las consecuencias de la adversidad.

En todos los países civilizados han producido grandes ventajas las *cajas de ahorros*, y el jornalero que una vez las experimenta, compara sus necesidades con el producto de su trabajo y se afana por economizar. Arregla su conducta, se moraliza, y he aquí un gran paso

hacia la civilización del pueblo, porque las costumbres se mejoran, el amor al trabajo crece y se propaga, la vagancia disminuye y se evitan crímenes horrendos. [...]

Los madrileños en general son amables y bondadosos. Su talento es precoz, y unen la instrucción de la sociedad a la de los libros. Su erudición no es profunda; pero es amena, su conversación está sembrada siempre de chistes, agudezas y muy a menudo de punzantes sátiras. Brillan siempre por su elegancia y buen gusto en el vestir. A pesar del bullicio de mil distracciones, esméranse en adquirir una instrucción *sólida*; y hablan de todo con bastante acierto. Su grata locuacidad y adorable franqueza hacen su trato encantador.

Los madrileños en general, sin olvidar el sexo de los hechizos, son honrados, pundonorosos y en extremo caritativos. Jamás cierran el oído a los lamentos de la mendicidad. Sirva de prueba el siguiente relato histórico:

Merced a los incesantes desvelos de una autoridad celosa que estaba al frente de la administración civil en aquella época ², expidióse en 3 de agosto de 1834 una real orden para que se plantease *El Asilo de mendicidad de San Bernardino*.

En medio de los horrores del cólera, apelóse a la caridad individual del sensato y filantrópico vecindario de Madrid, y sin embargo de haberse limitado sabiamente el *maximum* de esta caridad a 4 reales al mes, produjo lo suficiente para su creación y sostenimiento.

El 18 de septiembre del mismo año entraron los mendigos en este benéfico albergue, cuya inmensa moralidad e importancia se ha acreditado cada día más en los pocos años que lleva de existencia. Pero no parece sino que esta misma importancia y moralidad de la institución sean en la actualidad motivos de desprecio para los hombres del poder. Poco les importa a los que nadan en riquezas acaso inmoralmemente adquiridas que las clases menesterosas perezcan de hambre por las calles. Prodíngase el oro para premiar apostasías, para galardonar deshonorosas delaciones y acaso calumnias detestables, se reparte a manos llenas entre los que contribuyen a vejar y oprimir al pueblo, y un establecimiento de trascendentales consecuencias en favor de la moralidad social, de la prosperidad

² Don Joaquín Vizcaíno, marqués viudo de Pontejeos, era entonces corregidor.

pública, y sobre todo en alivio de la humanidad desvalida, ¡se ve enteramente abandonado del gobierno!!!

El pueblo de Madrid se ha lanzado presuroso a enjugar el llanto de la orfandad y la miseria, pero sus esfuerzos son insuficientes para atender a las precisas urgencias de tan benéfico asilo, y si el gobierno no le tiende una mano protectora, no tardará acaso en desmoronarse este santo edificio de beneficencia, cuya existencia es ya indispensable. El objeto de este establecimiento es recoger a los pobres que vagan por las calles, moralizarles y hacerles útiles a la sociedad. [...]

CAPÍTULO XII. MADRID EN EL CAMPO

El domingo 15 de mayo de 1836 a las cuatro y media de la tarde, la elegante carretela de la marquesa de Turbias-aguas, en la que iban esta buena señora con su Otelo en brazos y su don Venturita al lado, y María, bajaba al trote de dos briosas yeguas normandas por la calle de la Montera, y como estuviesen obstruidas las de Carretas y Concepción Jerónima, que son el tránsito para la de Toledo, con el paso de tropas de la guarnición que habían tenido revista, dirigióse la berlina a la calle de la Paz, pasó rápidamente por la plazuela de la Leña, y al atravesar la de Santa Cruz para tomar la calle Imperial, aconteció uno de esos lamentables sucesos tan repetidos en Madrid, donde parece que la severidad de la justicia no alcanza a las clases elevadas.

Son ya tan frecuentes las desgracias que ocasionan los coches atropellando a los que transitan a pie por las calles, que repetidas veces ha clamado la prensa periódica contra semejantes escándalos; pero lejos de remediarse, apenas pasa día sin que lllore alguna familia una catástrofe de esta naturaleza.

Nadie nos aventaja en acatar el derecho que toda persona acomodada tiene de hacerse conducir en carruaje. En todos los países civilizados se consiente y protege este lujo; pero esto no autoriza esa superioridad insultante que se arrogan los señores de los coches sobre la gente de a pie. No basta el brusco aviso de un cochero salvaje. No. Si hubiese en España verdadera policía, debieran los carruajes detenerse ante cualquier grupo o muchedumbre, y respe-

tar a las masas del pueblo que valen en todos casos mucho más que los encopetados personajes con todos sus bordados y condecoraciones.

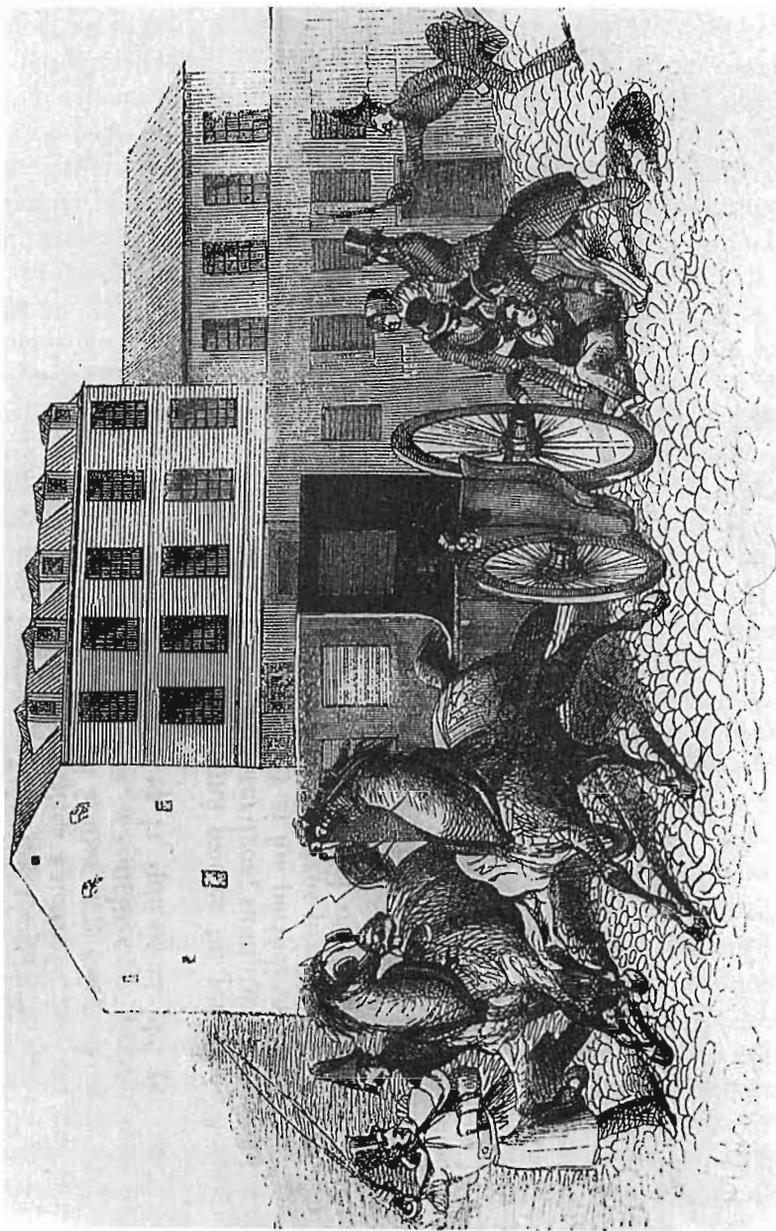
Tampoco debiera permitirse a ninguna clase de carruajes correr por las calles de Madrid. ¿De qué sirve que grite el cochero y agite su látigo, cuando un pobre impedido atraviesa penosamente una calle, o juegan en ella distraídos algunos muchachos, o transita algún sordo o algún anciano, en fin, que no tiene agilidad ni fuerza para salvarse? Pues bien, el cochero cree cumplir su obligación dirigiendo a las personas los mismos gritos con que hace obedecer a sus caballos, y quiere que como brutos le obedezcan los hombres. Esto es degradante... es insufrible... y si la persona avisada no se aparta, aún cuando no haya oído el aviso del bárbaro cochero, sigue su curso el carruaje, y aunque algún infeliz sea víctima de semejante brutalidad, impune queda el cochero, impune el dueño del coche, que considerarse debiera como cómplice del asesinato.

Laudable es el celo de los que tienen la fortuna de poder lucir magníficos trenes, y conocen el respeto que se merece la inmensa mayoría del pueblo que no puede gastar en coches, pero es irritante que haya entes tan orgullosos, que crean que los pobres deben someterse a la voz de los lacayos. No les basta insultar con su lujo la pobreza de las clases proletarias, sino que exigen que les deje todo el mundo el paso libre, so pena de ser pisoteado por los caballos de su carroza. De este modo se cometen todos los días asesinatos, y los asesinos quedan impunes, porque son asesinos que van en coche. [...]

Al atravesar velozmente la plazuela de Santa Cruz, atropelló la carretela de la marquesa de Turbias-aguas a una pobre mujer que llevaba dos niños de la mano. Los niños pudieron escaparse; pero la mujer era ciega, cayó y recibió tan fuertes contusiones, que quedó sin sentidos... moribunda.

El lector habrá adivinado ya que esta infeliz era la madre de María, a quien condujeron exánime a San Bernardino, después que algunas gentes piadosas conocieron por su traje que pertenecía a aquel asilo de mendicidad.

Cortísimo trecho faltábale que andar a la desventurada Luisa para llegar a la cárcel de corte; y cuando esperaba que las caricias de su tierno esposo, de quien estaba separada hacía algún tiempo, que a la pobre mujer le parecía un siglo, proporcionarían a su corazón



Madrid. - Un accidente de circulación en 1848.

Un accidente de circulación en 1848. fondo E. Casariego, MMM. Inv. 18381

sensible, dulce solaz que mitigaría sus padecimientos... Cuando se lisonjeaba de recibir, de la propia boca de su querido Anselmo, favorables noticias acerca del estado de su causa, porque Luisa sabía que su marido no podía haber cometido crimen alguno... Cuando sólo faltaba un breve instante para llegar a sus brazos... un nuevo infortunio, más terrible que cuantos habían agobiado hasta entonces a aquella mujer adorable, arrebatóle casi con la vida sus hermosas esperanzas, sus halagüeñas ilusiones. Bruscamente atropellada como llevamos dicho, cayó en el suelo, donde fue revolcada y pisoteada por las fogosas yeguas, debiéndose atribuir a un raro prodigio de la Providencia, el que no se la hubiese encontrado ya cadáver. Aquella infeliz respiraba aún, pero daba poquísimas esperanzas de vida. Prodigáronle cuantos auxilios reclamaba su lamentable situación; pero todos los síntomas eran funestos. La ciega no pudo recobrar el conocimiento ni el habla... su palidez era mortal.

¡Contraste desgarrador!... ¡mientras en elegante carroza iba la hija a una alegre romería, dos mozos de cordel conducían en una pobre camilla a su madre moribunda a San Bernadino!

Ninguno de los personajes que iban en la carretela reparó en esta catástrofe, tal fue la rapidez con que el cochero procuró alejarse de aquella escena, dirigiéndose por la puerta de Toledo a la pradera de San Isidro, para entrar en Madrid por la puerta de Segovia, según las órdenes que había recibido.

El día de San Isidro todo el pueblo de Madrid, exceptuando los ridículos entes que se vanaglorian de no pertenecer al pueblo, se abandona a la romería del Santo Patrono.

Cuentan los historiadores que, a orillas del célebre Manzanares, doña Isabel, esposa del emperador Carlos V, fundó en 1528 la ermita del santo patrón de Madrid, en acción de gracias por haber recobrado la salud su hijo don Felipe bebiendo el agua de la vecina fuente, que según tradición, allá en los tiempos de los milagros, siendo labrador el buen santo, hizo manar a un golpe de ahijada, porque su amo tenía sed. Esta ermita está situada en una colina de frondosos árboles sombreada. En 1724 costeó el marqués de Valero la capilla. Vese junto a la ermita un fúnebre cementerio.

¡Miseria humana! ¡Mezquina *pequeñez* de los *grandes* hombres que llevan su orgullo hasta más allá de la tumba! ¡En este cementerio sólo se permite enterrar a los personajes de elevada alcurnia!... ¡Ni aun convertidos en asquerosa podredumbre, roídos por viles gusa-

nos, hechos miserable polvo, sumidos en la nada, quieren ser confundidos con la plebe! ¡Hasta este extremo se ridiculizan los magnates! Su insensata altivez, su orgullosa ignorancia, nos merecen tan solo una mirada de desprecio, una sonrisa de compasión.

Todo el espacio que media desde esta colina hasta Madrid, ofrecía un cuadro de asombrosa animación. No parecía sino que toda la capital de España habíase despoblado para beber el agua milagrosa que curó al príncipe don Felipe. Bebíase mucho en efecto; pero aquella agua salutífera era sin embargo lo que menos se bebía.

Al son de las alegres campanillas, el ligero calesín con dos preciosas manolas *a bordo*, que por los cuatro *costaos* derramaban la sal de España, cruzábase con el coche de colleras que volvía a guisa de vapor en busca de nuevo flete. No había aún venido de allende los Pirineos el descubrimiento de los omnibus, así es que los simones solían hacer su agosto el 15 de mayo.

Quienes de los de chaquetilla, corbata de sortija, sombrero calañés y patilla redonda, aparecían en enjaezados jacos, quienes de los de gabán y sombrero blanco lucían sus caballos briosos; éste montaba una mula espantadiza, aquél un rocinante de alquiler. La muchedumbre pedestre apiñábase con predilección a la parte del puente de Segovia. Los puestos de *tostaos*, higos, pasas, bollos y buñuelos, alternaban con los santitos y campanillas de barro ocupando entrambos bordes de la alameda. Mil tiendas improvisadas, y hasta fondas de campaña, abastecían, no sólo de golosinas sino de los más exquisitos manjares a toda aquella inmensa cuanto bulliciosa y alegre multitud, que iba poblando los caminos, coronando las alturas, y se extendía por último en báquicos grupos por la verde pradera, donde llegaba a su colmo la común hilaridad.

¡Oh glorioso San Isidro labrador! Sólo vos por un milagro como el de la fuente podíais hacer que en España *la igualdad* no sea una mentira siquiera una sola vez al año.

En la pradera de San Isidro no había distinciones ni privilegios, todo el bello ideal de una república hacíase ostensible en la fraternal alegría que animaba a todos los habitantes de aquella momentánea colonia. La fastidiosa etiqueta de la corte estaba allí prohibida, confundíase el frac con la chaqueta, el chal con la mantilla de manola, no había distinción de sexos ni edades... Viejos, jóvenes y niños de ambos sexos formaban una sola familia; pero una familia sin suegras ni nueras, es decir, una familia de individuos retozones y

bien avenidos, que corrían, cantaban, brincaban, se abrazaban y bullían con frenético entusiasmo al son del pandero, de las castañuelas, guitarras y bandurrias. Los frasquetes de licores pasaban sin cesar de mano en mano, y merced a las libaciones continuas, fermentaba con ellos el gozo en los ánimos de la insaciable muchedumbre, enteramente abandonada a todo linaje de goces.

Aquí un grupo de chistosos manolos jalea a una salada pareja que baila el voluptuoso fandango al compás de la sonora bandurria, allí una reunión de horterillas en mangas de camisa, con el pañolito de colores de seda de la India cruzado por el cuerpo, juega a *la una tiraba la mula* y saltan como chiquillos unos por cima de otros: más allá, señores ya respetables por su edad, imitan una corrida de toros, y lidian a un casado muy gordo, cuya *cara mitad* tiene fama de cabeza de chorlito; pero más que todo llama la atención de los corazones sensibles a las delicias gastronómicas, el manducante espectáculo que se prepara entre los álamos gigantes, que parece miden la distancia que hay de la tierra al cielo y sombrean las frescas orillas del Manzanares.

No lejos de tres enormes cacerolas de cobre rojizo, que contenían, una de ellas dos riquísimas liebres en estofado, otra jamón en arroz, y otra callos con chorizo extremeño, con más guindillas que la antesala del jefe político de Madrid, danzaban multitud de individuos de ambos sexos, diferentes edades y categorías, aguardando el momento de consumir el sacrificio, para lo cual sólo faltaba que estuvieran las víctimas en sazón. [...]

CAPÍTULO XV

En mayo de 1836 el naciente establecimiento de San Bernardino necesitaba recursos para atender a sus imperiosas urgencias, y uno de los pensamientos fue ceder una de las corridas de toros a beneficio de aquel asilo de mendicidad.

Sabedores de ello algunos jóvenes de ilustres familias de Madrid, jóvenes frenéticamente aficionados a la tauromaquia, creyeron este el mejor momento de lucir su valor y destreza, y contribuir generosamente al alivio de los pobres, ofreciéndose a lidiar en unión con el célebre Montes, el intrépido Sevilla, Hormingo, y otros toreros de acreditada celebridad.



Llegó el lunes 16 de mayo, día señalado en los carteles para esta función extraordinaria, que debía empezar a las cuatro en punto de la tarde. Después de una noche tempestuosa, amaneció el más hermoso día del estío.

A las tres resonaba por todo Madrid el festivo clamor de *a los toros*, y todo Madrid poníase en bullicioso y precipitado movimiento.

Así como en un continuado y fuerte aguacero corren las aguas a torrentes por todas las calles, y uniéndose en algún punto céntrico forman un solo raudal que corre estrepitosamente hacia su declive, tupidas masas de todas las clases del pueblo desembocan presurosas y alegres por todas partes en la anchurosa y hermosísima calle de Alcalá, y apiñadas forman un solo torrente que se precipita por ambos lados hacia la plaza de toros, dejando el centro para los calesines de las sandungueras manolas, los tilburís de los elegantes, las berlinas de los aristócratas, los briosos corceles de gallardos jinetes, y los enjaezados jacos de los salerosos chulos. Cruzábanse con todos estos carruajes y caballerías los coches simones ³ que habían dejado ya en los tendidos a la gente *crua* que los había *arquilao*, e iban en busca de nuevos inquilinos.

La muchedumbre de los lados llevaba toda la misma dirección con extraordinaria celeridad. Todos los semblantes chispeaban de gozo, todos sudaban de ansiedad, de afán por llegar al teatro de la anhelada lucha. *A los toros, a los toros*, se oía por todas partes, y unida esta continua exclamación a otras voces de hilaridad, al ruido de las campanillas y chasquidos de los látigos y a los continuos gritos de *¡El naranjero! ¡Cosa güeña! ¡Coronela!... ¡Coronela! ¡chis! ¡chas! ¡chis!... Agua... ¡acabadita de coger! ¡Agua! ¡Geh! ¡Geh!... ¡Arre Castaña! A cuarto los abanicos, ¡a cuarto! ¡Tostaos!... ¡tostaos!... ¿Quién quiere bollos?...* unidos, repetimos, estos clamores al general bullicio, al continuo y acelerado movimiento de tan zambra multitud, y al bombo del *tío Vivo*, formaban un cuadro de animación y de vida, a cuya descripción renunciamos por temor de que falte a nuestras pinceladas su verdadero colorido.

A las cuatro menos cinco minutos llegaba a la plaza de los toros la elegante carretela de la marquesa de Turbias-aguas.

Esta plaza de forma circular es de más de mil pies de circunferencia, y caben en ella cómodamente más de doce mil personas entre

³ Y ahora los populares Omnibus.



los tendidos (bancos al descubierto) donde se sienta la verdadera democracia, las gradas cubiertas, que ocupan personas ya más acomodadas, y los ciento diez palcos donde, entre lo más *entona* de la corte, no se desdeñan algunas señoras de la elevada nobleza de presentarse en traje de manolas, ni los duques y marqueses tienen inconveniente en aparecer con su calañés y chaquetilla de majo, o ponerse en mangas de camisa cuando aprieta el calor.

Los distintos trajes de la inmensa multitud que ocupa aquel recinto, las agudezas verdaderamente españolas que se oyen, la fraternal alegría que resplandece en todos los semblantes, los silbidos con que se obsequia a la pobre mujer que por acaso atraviesa el circo destinado a la lucha, los tíos que alargan abanicos con sus enormes palos, y los que con singular destreza bombardean tendidos, gradas y palcos con las naranjas que les compran, la multitud de carros que riegan la plaza y los aficionados a pavonearse por la arena hasta que se les echa de ella con timbales y clarines destemplados, presentan un conjunto animadísimo, un espectáculo singular.

A la primera campanada de las cuatro anuncia el clarín *el despejo*, y aparece en la plaza un lucido piquete de lanceros a caballo, precedidos de tres alguaciles vestidos a la antigua, caballeros en fogosos corceles, que al son de la bélica trompeta rodean el recinto de la lid y se retiran tras de las gentes que le ocupaban, quedándose solos en el palenque dos alguaciles.

A una señal de la autoridad que preside la función, atraviesa la plaza uno de los alguaciles, ocúltase por una de sus salidas, y reaparece al frente de la lucida cuadrilla de lidiadores, a cuatro de fondo en cinco filas, formando en la primera, al lado de Montes, uno de los aficionados, que por su gallarda presencia, lucido traje y aire garboso llama la atención general. Era rubio como el oro, y su picaresca fisonomía, sin dejar de expresar nobleza y dignidad, veíase animada por una sonrisa indefinible.

Las delanteras de los palcos vistosamente colgados con sedas y damascos de variados matices bordados de oro y plata, estaban generalmente ocupadas por esas hermosas coquetas de Madrid, capaces de volver el juicio al ente más taciturno. Todas las miradas se clavaron en el rubio marquesito de Bellaflor. Su aparición fue saludada por un general aplauso. Todas las hermosas agitaron sus pañuelos, menos María, que perdió enteramente el color y se quedó sumergida en profundas reflexiones.

Seguían a los lidiadores de a pie, los picadores y dos tiros de ligeras y vistosamente enjaezadas mulas, que se retiraron a su destino.

Después del general saludo a la autoridad, ocupó cada diestro su sitio, y el otro alguacil, atravesando a escape la plaza, al arrullo de los silbidos del pueblo, entregó a uno de los chulos la llave del toril.

Sonó el clarín, rompió la música militar, y al lanzarse la fiera en la liza, volaron como por encanto multitud de palomas en distintas direcciones.

El toro era de la acreditada ganadería del marqués de Casa-Gaviria, buen mozo, retinto claro, de pezuña reducida, gran cola, ojos centellantes y aguzados pitones, en una palabra, era un toro de buen trapío. Salió del chiquero removiendo la cabeza con la cerviz erguida, ostentando por divisa una preciosa moña encarnada con borlas de oro. Arremetió de frente, ligero como un gamo, y el intrépido Bellaflor corrió a su encuentro, y en medio de la plaza hízole con mucha gracia y serenidad un recorte de maestro, que entusiasmó a los espectadores.

Sevilla puso a este bicho cuatro varas con pérdida de dos caballos, Hormigo le plantó tres y dio un marronazo que pudo costarle la vida como a su jaco, sin el auxilio de Montes, pues midió el picador lindamente la tierra, y estuvo en gran peligro hasta que la fiera dejó el bulto por la capa del célebre Paco.

No contento el intrépido Montes con haberse llevado el toro al centro del circo, y sin más objeto que entretenerle ínterin se rehabilitaban los picadores, hízole con la capa la más vistosas suertes, con sorprendente serenidad, con sin igual maestría y gracia verdaderamente andaluza. Sorteóle en primer lugar *a la Verónica* situándose en frente del toro y dándole la capa al embestir; pero con tal acierto que nada dejó que desear. Hízole luego la suerte *de espaldas* salvando el cuerpo con vistosos quiebros. Entretúvole después con varias suertes *a la Navarra*, colocándose en línea recta frente del toro, y en el acto mismo en que acometía, sacaba el diestro la capa rápidamente por debajo del hocico de la fiera, dando una vuelta airoso sobre los pies, que había tenido inmóviles hasta este momento; y concluyó por fin con el donoso capeo de *la tijera*, que terminó poniéndose la capa con mucho donaire, quedándose *plantao* de espaldas casi entre los cuernos del toro, que tantas veces burlado, respetaba ya al torero que tenía delante, el cual, sin hacer caso de la



corta distancia que mediaba entre él y la fiera que a su espalda jadeaba, correspondía risueño con expresivos saludos a los aplausos del admirado público, que resonaban en todas partes.

Después de Montes, a nadie hemos visto verificar estas vistosas suertes con tanto lucimiento, como a su sobrino José Redondo, conocido por *el Chiclanero*, joven de apuesto y gallardo continente, que si no tiene desgracia alguna, oscurecerá en breve la fama de sus predecesores.

Anunció el pañuelo del presidente la suerte de las banderillas, y los otros dos jóvenes aficionados pusieron en ella con inteligencia y bizarría. Claváronle dos pares de rehiletos cada chulillo, en medio de generales aplausos, y hacía un efecto asombroso cuando estas vistosas banderillas se abrían y llenaban el aire de multitud de pájaros.

Tocaron a matar, y plantóse el bizarro Bellaflor frente el palco de la presidencia con la muleta y espada en la mano izquierda y montera en la derecha. Reinó un profundo silencio, y el torero aficionado exclamó con mucho donaire andaluz y en acento claro y sonoro: Ceño presiente, por ucía, por toa la gente honrá de Madril y por la más zaláa de las morenas. Al decir las últimas palabras dirigió una expresiva mirada a María, que estaba en el palco inmediato al de la presidencia.

María estaba pálida y trémula... parecía un sueño cuanto pasaba.

Aproximóse impávido a la fiera el gallardo joven, presentóle con maestría y donosura el encarnado trapo, arremetió la fiera lanzando espumarajos por la boca, burlóla con mucha gracia el interesante diestro, dándole algunos pases de muleta al natural, que hubieran honrado al mismo Pepe Hillo. Estrepitoso aplauso resonaba por todas partes; mas en el momento de dar la estocada al toro, un general clamor de espanto fue seguido de un silencio aterrador.

El toro tenía en alto en una de sus astas al gallardo joven de los cabellos de oro, en quien habrá ya reconocido el lector a don Luis de Mendoza, amante de María, a quien herido en un desafío vio caer sin sentidos y estaba en la inteligencia de que había muerto. Una nueva catástrofe la privaba del amante adorado que acababa de recobrar. Al verle María colgando de las astas del toro, lanzó un ay lastimero, y se desmayó. [...]

Parte III

CAPÍTULO VI. LA BUENA SOCIEDAD

En el capítulo tercero de la segunda parte dimos una sucinta idea del carácter franco y amable de los madrileños, de sus méritos y virtudes. Ahora vamos a ensayar nuestras débiles fuerzas en la descripción de la *buena sociedad* de Madrid, para que se vea el contraste que forma la cultura y moralidad de su inmensa mayoría, con esos extremos de asqueroso libertinaje, que hemos retratado en la taberna del *tío Gazpacho* y en el palacio de la marquesa de Turbias-aguas. El objeto moral de esta tercera parte de nuestra historia es describir los encantos de la VIRTUD junto a las trágicas consecuencias del VICIO, para que este singular contraste sirva de saludable lección.

El bello espíritu de fraternal asociación ha germinado prodigiosamente en España, y más en su ilustrada capital. ¡Cosa extraña en medio de las vicisitudes políticas que tantos odios engendran! De algunos años a esta parte florecen en Madrid varios establecimientos artísticos y literarios, debidos únicamente a la noble ambición de gloria que alimenta esa brillante juventud llena de halagüeñas ilusiones, llena de hermosas esperanzas, llena de fe en el porvenir, esa juventud estudiosa y lozana, amante de los progresos de su patria; entusiasta por las artes y la literatura. El *Liceo*, el *Instituto*, el *Museo lírico y dramático* y el *Museo matritense*, citarse deben con orgullo como modelos, y dudamos que en París y Londres haya sociedades de este género mejor organizadas y que más ópimos frutos vayan produciendo. Hay otras nacientes que auguran los más bellos resultados.

Compónense estas reuniones de un crecido número de socios. Cada una de ellas tiene sus tendencias peculiares, y está bajo la dirección de una junta nombrada por los socios; pero consideradas en globo, véñse en ellas jóvenes ilustrados unidos por los vínculos de la más cordial amistad no sólo cultivar con gloria las letras y las artes, sino propagar al público su ilustración, y proporcionarle gratos espectáculos que recrean los sentidos y moralizan las costumbres.

Celébranse sesiones de competencia, juegos florales, conciertos, funciones dramáticas, y siempre ofrecen sus salones un bello cuadro de fraternal animación.

Tienen estos establecimientos cátedras públicas regentadas por los socios, donde se enseña literatura, pintura, música, dibujo, matemáticas, lógica, filosofía moral, geografía y varios idiomas. Hay colegios para niños de ambos sexos, escuela de adultos, y gimnasio. Las sesiones de competencia y funciones dramáticas y líricas son siempre concurridísimas, y gracias a estos adelantamientos de nuestra civilización, apenas queda en Madrid una que otra casa de gente gazmoña, que por no ofender a Dios, dejan de asistir a esta clase de diversiones y a los teatros públicos; pero en cambio pasan devotamente la santa noche desollando al prójimo (las mamás se entiende) con sus lenguas viperinas, mientras las candorosas hijas cuchichean, cuando menos, con su indispensable futuro.

Tampoco faltan tertulias de gentes bonachonas, a quienes todavía divierte pasar largas horas haciendo ambos y ternos, y cubriendo de judías los azulados cartones al arrullo del acompasado clamoreo del amo de la casa (que suele ser un caballero muy gordo), cuando saca las bolas de un ridículo viejo de su mujer y canta los números con toda la prosopopeya de un necio senador. Hay también señoritos y señoritas de tan buena pasta que no encuentran diversión más socorrida ni de más preciosos lances que los juegos de prendas; pero estos recursos han ido caducando desde que se descubrió la vacuna, como la fama de cierto poeta desde el *invento* del *Estatuto real*, y como la yesca desde la *promulgación* de los fósforos.[...]



Tomo II

Parte IV

CAPÍTULO VI. EL CAFÉ NUEVO

Érase una de aquellas tardes de julio en que hace en Madrid un calor insoportable.

Todos los cafés y chuferías estaban atestadas de gente.

Los mozos de estos establecimientos volvíanse tarumbas, tal era la confusión de parroquianos que ansiaban ser atendidos a la vez.

Un café había en Madrid de famosa nombradía. Su situación en la calle de Alcalá frente de la Aduana, su espaciosa extensión, sus majestuosas columnas, su profusión de espejos, su magnífico y colosal reloj, y más que estos y otros elegantes adornos, el buen servicio y delicadeza de toda suerte de bebidas, habíanle dado cierta preponderancia sobre los demás establecimientos de su clase.

Este café, que murió el año próximo pasado de puro VIEJO, el último día de su vida era tan NUEVO como el día que le bautizaron, porque su padrino tuvo la humorada de ponerle el nombre de CAFE NUEVO, humorada que a la sazón censuró con chiste el malogrado *Fígaro*.

La muerte del *Café nuevo* fue sin la menor duda uno de los más espantosos *suicidios* que se han cometido en la capital de la monarquía española. El *Café nuevo* fue víctima de otro *café nuevo*. ¡El hermano contra el hermano!... ¡Horrible imagen de la guerra civil!... El asombroso lujo con que en la misma calle de Alcalá, más



inmediato al Prado, esquina a la de Peligros, se estableció otro *café nuevo* que nada dejaba que desear, mató en nuestro concepto al viejo *Café nuevo*; y como el nuevo café tenía el título de café *suizo*, probado queda que su antecesor fue *suicidado*... como si dijéramos fusilado por una compañía de suizos.

El *Café nuevo* estaba siempre lleno de la gente más avanzada en ideas liberales, y por esta razón era también conocido por el *café del movimiento*. Cuanto más desiertos estaban los demás cafés por recelos de algún alboroto, más concurrido estaba el nuevo donde no pocas veces solían ponerse en acción los liberales de buena fe, que, sin saberlo, eran instrumentos de los conspiradores. Estos aguardaban muy quietecitos en su casa la vuelta de la tortilla para coger de ella su correspondiente cacho, mientras los pobres patriotas de pulmón que se lanzaban al peligro por esas calles de Dios, tenían que contentarse con el desahogo de haber dado desaforados vivas a las libertades patrias. Esto cuando tenía buen resultado el pronunciamiento, porque en el caso contrario, iban a la plazuela de la Cebada por la corona de los mártires.

¿Habéis estado en las inmediaciones de una playa? ¿Habéis oído el sordo rumor del mar embravecido? Pues semejante a él era el murmullo del *Café nuevo*. Multitud de mesas veíanse rodeadas de hombres que hablaban de política con efervescencia. Sus voces hacían casi imperceptibles los sonidos del reloj. Entre este clamoreo continuo distinguíanse de vez en cuando ciertos estampidos parecidos a los disparos de fusilería. Eran los tapones de las botellas de cerveza que saltaban a combatir el techo dando libertad al comprimido licor, que fermentaba como los ánimos de aquella patriótica concurrencia.

He dicho que en todas las mesas se hablaba de política y he dicho mal, porque una había rodeada de imberbes personajes, de precoces pedantuelos que disparataban atrozmente echándola de sesudos literatos. Para ellos no había nada bueno... ni teatros, ni actores, ni escritores... Sólo ellos lo hacían todo bien y se prodigaban recíprocamente elogios, pero si alguno se ausentaba, al momento le ponían en berlina y sacaban todos sus trapillos a relucir. En el día abundan también los mozalbetes de semejante ralea, y no podemos menos de aconsejarles que, si quieren llegar a ser algo, deben estudiar en los buenos libros y no en los cafés. Que la celebridad no se adquiere haciendo cuatro malos epigramas o ensartando chocarrerías a pote

en soeces periodicuchos... Pero dejemos esto. Los niños necios son tan incorregibles como los hombres envidiosos: unos y otros son dignos de compasión. Su enfermedad les consume, y es enfermedad que no tiene cura. Consolémonos con ver a tantos otros jóvenes que son la gloria y el orgullo de su patria.

Hablábase en otra mesa de elecciones, y se daba por muy seguro el triunfo del partido progresista. [...]

Parte VII

CAPÍTULO IX. EL DORMITORIO BLANCO

Una de las calles de Madrid que por su extraordinario bullicio rivaliza en celebridad con la famosa Puerta del Sol es sin duda alguna la dilatadísima calle de Toledo. Mejor que en el Congreso de los padres de la patria, véanse en ella representadas todas las provincias que constituyen la nación española.

Por ella aparecen el macareno hijo de la tierra de *María Zantísima* con la rica aceituna sevillana; el indomable carromato catalán con su excitante salchichón de Vich; el extremeño con sus picantes chorizos, que tan ricamente condimentan la sabrosa y nunca bien ponderada olla nacional, y enardecen la sangre de los descendientes de Atanarico; el cartaginés y el murciano con sus carros atestados de naranjas y granadas, como deseosos de templar con ellas los efectos del comestible anterior; el hijo de Pelayo, con su enorme calzado a guisa de *Judío Errante*, que aunque no entra por la puerta de Toledo, sino por la de Segovia o portillo de San Vicente, se enseñoa de todas las calles de Madrid con su cuba de *horchata de ranas* a cuestras, ejerciendo sus sansónicos bríos y luciendo su *dulcísimo* dialecto en la cuna de los Vargas y de los Cisneros; tampoco dejan de cruzarse algunos devotos de la Virgen del Pilar, aunque el terco y franco aragonés suele introducir en la corte los estomacales melocotones de su país por la puerta de Alcalá; el honrado nieto de Sancho Panza, precedido de una recua de jumentos más retozones que calaverillas de buen tono o literatos en ciernes, o entronizado en algún carro cargado de pellejos del famoso Valdepeñas...



del néctar que sabe
la pena más grave
en gozo tornar,

según opinión de nuestro lírico Meléndez; y por último, la galera del alegre valenciano, que con sus blancos y holgados zaragüelles en verano, y sus calzones de pana azul en invierno, sin ser jugador de manos ni valerse en consecuencia del arte de birlibirloque, sabe, por medio de su inteligencia mercantil, convertir esteras en horchata de chufas, y cacharros en melones, con cuyos géneros especula a las mil maravillas durante las cuatro estaciones del año, y así pasa la vida jovialmente cantando su canción favorita:

Vendo en otoño sandía,
durante el invierno esteras,
loza por las primaveras,
y en verano horchata fría.
¿Quién la bebe?
¡Fresquita como la nieve!

En una palabra, por la calle de Toledo suelen transitar cuantos se descuelgan de las provincias todas, con intento de abastecer a Madrid de todos los regalos *manducables* que produce el fértil suelo español, fruto de los afanes y sudores del honrado y pobre labriego, para que se refocile acaso en su sabor el haragán de los palacios.

La reunión de todos estos transeúntes ante el parador de Cádiz o de la posada del *tío Berrinche*, forma un bellissimo cuadro lleno de animación.

La diversidad de trajes que se ofrecen a la vista, los distintos dialectos que se oyen por todas partes, y la concurrencia de los madrileños a aquel barrio, que es indudablemente el más populoso de la capital, presentan un espectáculo asombroso: y este indefinible bullicio cobra mayor vida y agitación conforme va introduciéndose el forastero en la coronada villa. Infinidad de zapaterías, hojalaterías, tabernas, posadas y mil tiendas de todos géneros, transforman esta calle en un verdadero mercado, que hace más concurrido la proximidad del Rastro, célebre zacatín o reunión de prenderías, en donde se

¹ Escritor Carlista.

venden ropas de uso y toda especie de trastos inútiles, desde la espada del rey Wamba y el dedal de Clitemnestra hasta el cetro de Montemolín, desde la lanza de don Quijote hasta los espolines de don Carlos y los algodones del tintero de don Jaime Balmes ¹.

En 1567 empezaron en esta calle su huronera los *pobrecitos* padres de la Compañía de Jesús, y bajo el patronato de doña María de Austria construyóse en 1651 la actual iglesia de San Isidro, templo grandioso y riquísimo de magnificencia como cosa de los *beneditos* jesuitas. Cuando, conocida la hipocresía de estos hurones, fueron extrañados del reino por Carlos III, con cajas destempladas como suele decirse, destinóse este templo para iglesia real colegiata; a donde fueron trasladados con religiosa pompa el 4 de febrero de 1769 los cuerpos de los santos esposos Isidro y María de la Cabeza, cuyas urnas fueron colocadas en el altar mayor. El cuerpo del glorioso patrón de Madrid se conserva ileso, a excepción de una pequeña avería en los pies, dentro de dos magníficas cajas. La interior es de filigrana argentina, donativo de la reina doña Mariana de Neobourg, y la exterior, de bronce, plata y oro, regalada por el colegio de plateros de Madrid. Sobre un grupo de nubes campea entronizada la estatua del santo, obra de don Juan de Mena, y colocadas lateralmente en simetría están las de la Fe y Humildad, debidas a la destreza de don Manuel Alvarez y don Francisco Gutiérrez. En el segundo cuerpo hay un gran cuadro pintado por don Antonio Rafael de Mengs, que representa la Santísima Trinidad. Otras pinturas de Ricci, de Jordan, de Alonso Cano; de Morales, de Donoso, de Coello, de Carducho, de Palomino y de Herrera, contribuyen a la decoración de este altar, de la capilla de la Soledad, de la de San Ignacio, sacristía y demás puntos de la iglesia, cuya magnificencia es por todos conceptos asombrosa.

La fachada de este suntuoso templo es acaso por su aspecto majestuoso la más imponente de todas las de las iglesias de la corte. Consta de tres puertas entre cuadruplicadas semi-columnas con pedestales y una pilastra a cada lado. La cornisa que termina sobre las columnas ostenta una hermosa balaustrada, y completan la obra dos torres laterales no terminadas aún.

Este es el edificio más notable de la calle de Toledo. Las casas particulares no son de extremada elegancia.



Ramón de Navarrete, Jacinto Salas y Quiroga, y Alfonso García Tejero

Ramón de Navarrete, nació en Madrid en 1820 para morir en la misma ciudad en 1897. Destacó en la época como escritor costumbrista y periodista de sociedad, aspecto este, el de cronista de sociedad, que satirizó Valle Inclán en su obra La corte de los milagros. Se valió de diferentes pseudónimos, “Leporello”, Mefistófeles”, etc., aunque el más comocido de ellos fue “Asmodeo”. Colaboró en la importante revista de la época el Semanario Pintoresco y en Los españoles pintados por sí mismos. En estas obras publicó trabajos importantes, de crítica en la primera, y sobre tipos costumbristas en la segunda. Escribió numerosas obras de teatro, alguna de ellas estrenada en París, como Don Rodrigo Calderón, de 1841. Entre las novelas, sobresalen Creencias y desengaños, Madrid y nuestro siglo, Misterios del corazón y Verdades y ficciones.

Es uno de los escritores que a mediados de siglo reflexionó sobre el papel de la novela en esa época y sobre su utilidad, tanto educativa como testimonial. En este sentido, Navarrete es partidario de la novela de costumbres, y no de la novela histórica, precisamente porque comprende que su modelo no sirve para pintar los tiempos modernos. Sus ideas sobre la novela las expresó en un artículo titulado “La novela española”, publicado en 1847 en el Semanario Pintoresco. Apoya la novela de costumbres contemporáneas, al estilo de los franceses Balzac, Sue o Soulié; admira sobremanera a George Sand y a Balzac, pero se queda con Sue, finalmente, imbuido por la influencia de este autor, que arrasaba por entonces. Sue es para él el novelista del presente, a la vez poeta y filósofo.



Navarrete es un buen narrador, es más novelista que Ayguals, Villergas o Salas. Se deja llevar, como ellos, por la utilización política de la literatura, pero tiene, quizá por sus reflexiones sobre el género, más conciencia de lo que es una novela, de su autonomía como género y de que no hace falta apoyarse en los hechos históricos para construir una obra de ficción y hacerla verosímil. En Madrid y nuestro siglo despliega una fábula que se apoya en la ciudad, en la topografía madrileña, para hacerse real, y no en los hechos políticos. Describe excelentemente las formas de vida de los habitantes del Rastro, de los vendedores, etc., haciendo además gala de sus conocimientos de esas formas de vida al reseñar los interiores de sus viviendas.

Los personajes tienen pasado y están individualizados como tales, y no de una forma plana, como sucede en los de Ayguals, Villergas e incluso algunos de Tapia. Madrid aparece ya con sus temas y tópicos configurados: la Puerta del Sol, los toros, las descripciones de las calles más importantes, etc. Es ya una geografía novelesca por la que deambulan personajes, no personas que existieron en la vida real.

* * *

Al igual que Navarrete, Salas describe los interiores de las casas, pero en este caso de la burguesía madrileña, no de los trabajadores, como era el caso del autor de Madrid y nuestro siglo. Es una variante de la descripción costumbrista de las casas por dentro, que practicó Mesonero.

Salas nació en La Coruña en 1813 y murió en Madrid en 1849. En su breve existencia fue uno de los que con más animación participó en la vida literaria. Realizó numerosos viajes por Europa y América, que reflejó en sus Viajes de 1840, publicó poesías en 1834, con un prólogo romántico y revolucionario, pero es importante sobre todo por haber fundado la revista No me olvidéis en 1837. En su editorial observa que el verdadero Romanticismo no es inmoral, ni tiene nada que ver con las fantasmagorías y los crímenes, sino con el liberalismo, la búsqueda de la libertad individual y la ilustración. Actitud que contrasta con la más encendida que propuso en sus poesías.

Participó también en el Semanario Pintoresco Español y en Los españoles pintados por sí mismos. Algunos consideran su novela como un precedente de Galdós, pero como tal precedente pueden considerarse muchas otras del período, algunas de las cuales se han extractado en esta antología.



Salas está muy cercano a Ayguals en su forma de moralizar, en los métodos que emplea y en los recursos narrativos. Parece depender más de ellos que otros como Navarrete. El episodio del juego es relevante en este sentido. Ahora bien, a diferencia del editor y empresario, que describía Madrid con meticulosidad de viajero, Salas no da cabida a ese espacio en su novela, hace la descripción moral de los habitantes de la ciudad y, si nos muestra las casas por dentro, es para observar la relación que existe entre el individuo y su medio; recurso que utilizó unos años antes Navarrete en su novela.

A diferencia de Ayguals y Martínez Villergas, Salas tiene una visión positiva de la aristocracia. Por sus páginas pasan, como tópicos ya construidos, la cárcel de Madrid, a la que dedica todo un capítulo y abundantes reflexiones, y otros lugares de la ciudad. Esto le sirve para, desde la anécdota, reflexionar sobre lo que está mal en la ciudad. Salas hace una narrativa de ficción que se desarrolla en Madrid, pero también para Madrid porque siempre aprovecha la oportunidad para decir qué está mal y como se puede mejorar o, al menos, para exponer la necesidad de mejorarlo.

Su novela, en cuanto a formas e intenciones, está más cerca de la de Tapia, Ayguals o Villergas, pues mezcla la Historia y la ficción, y se sirve de ésta para ejemplificar su ideología. Pero, como sucedía en las obras de los autores citados, la política no pasa a integrar la ficción, no se produce esa implicación entre los dos elementos.

A pesar de ello, esta novela es un serio intento de hacer ficción teniendo como protagonista la vida cotidiana de Madrid, en sus diversas clases sociales y diferentes ambientes. Lo melodramático, que también estaba presente en Tapia y Navarrete, ocupa aquí un lugar central en la estructura de la novela, tomado posiblemente de los autores citados.

Salas escribe una novela, con las virtudes y los defectos propios de los años cuarenta. Ahora bien, García Tejero es incapaz de ello, y su Pilluelo de Madrid es una mezcla de sátiras, cuentos y coplas de ciego.

Alfonso García Tejero fue amigo de Ayguals de Izco y de Martínez Villergas, con los que participó en diversas empresas periodísticas y literarias. Como ellos, practicó el género de la novela por entregas y, del mismo modo, su literatura se caracteriza por esa fuerte implicación

con la política y los hechos históricos del presente. Escribió en periódicos como El huracán, El mundo de los niños, El dómine Lucas, y dirigió El miliciano y El paleta. Progresista políticamente, escribió sátiras que a veces le crearon problemas, como el panfleto en verso titulado El turrón de la boda, de 1846, contra los pretendientes de la reina Isabel.

No se sabe cuándo nació, pero sí que murió en Madrid en 1890, tras haberse dedicado al teatro, a la poesía, a la novela y, últimamente, al periodismo. Entre sus novelas históricas destacan El conde de Olivares, El guardia del rey, El hechicero de Sancho el Bravo. Entre las satíricas, El cantor de las montañas. Esta y El pilluelo de Madrid son una mezcla de leyendas, cuadros de costumbres y versos, al modo de las misceláneas que se publicaban entre el siglo XVI y el XVIII, donde describe situaciones, lugares y escenas del Madrid contemporáneo, a medio camino entre el formato costumbrista y la articulación novelesca. Literatura de combate y de amplia recepción en el mercado editorial de mediados de siglo, que emplea los géneros literarios con amplitud de miras y al servicio de objetivos sociales.

Madrid y nuestro siglo

(1845)

Tomo I

CAPÍTULO PRIMERO. LA PLAZUELA DE SAN MIGUEL

— ¡Tía Juana! ¡Tía Juana!... Ya pasó la señorona tapada, y ya desaparece también *el desganchao* de su puesto.

Debíamos haber comenzado por explicar que lo que vamos a referir pasaba en la plazuela de San Miguel un día de los del mes de marzo de 1841, a las seis de la mañana; y que la mujer que acababa de hablar era una robusta verdulera, como de treinta años de edad, y aquélla a quien se dirigía tenía en frente del suyo un cajón de carne, para vender al por menor. La tía Juana frisaba en los cincuenta, y los sulcos que se advertían en su frente y en sus mejillas eran mejor fe de bautismo que cualquier papel de esta especie. Por lo demás, su fisonomía viva y graciosa, sus rasgados ojos negros, su dentadura blanca y sólida aún, revelaban que en sus abriles debió ser la mejor moza del barrio de la Paloma, o del de Lavapies. Así corrían diferentes versiones acerca del estado y de la primitiva profesión de la carnicera, si bien ella sostenía contra viento y marea que era viuda, y que su marido le dejara bienes bastantes para dar principio a su comercio. Sin embargo, como nadie había conocido al difunto, y sí muchos tratado a la vieja manola antes de que se casase, prevalecía generalmente la idea de que su antiguo oficio le proporcionó ahorros suficientes, y que a su gracia juvenil tenía que agradecer sus comodidades en la edad proveyta; porque la tía Juana



pasaba por la carnicera más rica de toda la plaza. Fácil es de suponer que con este aliciente, y no teniendo nada de repugnante, no le habían de faltar proporciones; pero la supuesta viuda solía contestar tirándole las pesas a la cabeza al que se atrevía a requerirla de amores. ¡Tardo recato a la verdad en compensación de su prístina desenvoltura! No se le conocían a la tía Juana pariente ni habiente; por eso algunos la creían inclusera; si bien ella hablaba de un tío bodegonero, nada menos, en Jerez de la Frontera: aunque nadie podía murmurar de las costumbres de la vendedora, llamábanla de mote *Mala lengua*, porque a ninguno dejaba a vida, y destrozaba reputaciones con la misma facilidad que una pierna de carnero, o un solomillo de vaca. Algunas buenas cualidades compensaban estos defectos; era campechana como pocas; fiaba con frecuencia a los pobres, y daba el peso cabal a todos, por cuyo motivo los mejores parroquianos de Madrid eran los de la tía Juana.

La vecina, aquella que iba a despertar naturalmente la mordacidad de esta, se distinguía por la frescura de su tez; por su hermosísimo pelo negro que recogía en trenzas de un fabuloso número de ramales; por su talle suelto y flexible, y por un pie calzado siempre con esmero y aun con lujo. Llamábase Angela la verdulera, y tenía por apodo *Manos listas*, aludiendo a la ligereza con que daba un bofetón al más pintado, y aun a su marido mismo, que solía aguantarlos con resignación ejemplar. Verdad es que éste la amaba con un amor tan respetuoso, tan puro, tan inmenso, que parecía absorber todas sus potencias. El vulgo, propenso siempre a ridiculizar lo que no concibe, apellidaba *Bragazas* a aquel hombre dominado enteramente por su mujer; que sufría sus golpes sin oponer resistencia, que toleraba sus injurias con ademán humilde, y que lloraba cuando temía una ofensa a su honor; porque es de advertir que *Bragazas* era celoso sobre todo encarecimiento, si bien por un efecto de su misma pasión, renacía en él fácilmente la confianza en cuanto su mujer levantaba el grito, le hacía una caroca, o le daba un sopapo en castigo de sus sospechas. Y por cierto que eran éstas infundadas, porque todos a una en la plaza de san Miguel proclamaban a *Manos listas* por la más honráa de las verduleras pretéritas, presentes y futuras. Angela amaba tiernamente a su marido y a sus hijos; dedicábase con asiduidad a cuidar de sus intereses, y con su chispa natural indicaba a Juan Bravo (que éste era el verdadero nombre de su esposo) las especulaciones en que podía aumentar su peculio. Ella fue quien le



aconsejó antes de casarse que tomara en arrendamiento un huerto, camino de Hortaleza; ella, quien resolvió que Juan estuviese allí al cuidado de la hacienda, y que trajese la hortaliza todos los días a vender a Madrid; ella, en fin, la que puso el cajón de verduras, comercio en que le iba muy bien, y que progresaba diariamente. Si nuestros lectores quieren saber el origen de Manos listas, les diremos que sus padres fueron labradores en Chinchón; que al quedar huérfana entró a servir en una casa del mismo pueblo, y que allí conoció también a Juan Bravo, el cual vivía con un tío solterón, que le dejó algunos bienes a su muerte. [...]

Tomo II

CAPÍTULO CUARTO. EL RASTRO

Mientras Angela refiere menudamente a su libertador los sucesos de aquella mañana, adelantémonos un poco y conduzcamos al lector al barrio donde luego han de parar ellos, y a la casa misma donde han de refugiarse; en una palabra, llevémosles al Rastro, llamado por otro nombre la *nueva América*.

El aspecto que ofrece aquel extremo de Madrid es a la vez singular y pintoresco. Las casas son viejas y antiguas exteriormente, y sucias y feas por dentro; sus moradores pertenecen casi siempre a las clases más ínfimas de la sociedad, o a las más desgraciadas, porque allí un cuarto cuesta la mitad que en los puntos céntricos de la corte. No se busquen mansiones adornadas con lujo, magníficas tiendas ni espléndidos carruajes; no se espere tampoco oír en las horas primeras de la noche los dulces acordes del piano o del arpa, partiendo de un gabinete tibiamente iluminado. En vez de esto se escuchan con frecuencia los irregulares sonidos de la guitarra, que rasquea (sic) un aficionado, y que, acompañándose con el popular instrumento, entona seguidillas, rondeñas o la jota. — Pero otro tanto que de vulgar tiene el cuadro asimismo de animado y alegre: aquí, el canto *inarmónico* del barbero que, sentado a la puerta de la tienda, entretiene los ratos ociosos; allí, el ruido de las tijeras de los esquiladores, que concierta maravillosamente con el de la música; allá, las voces desaforadas de los ciegos, que ejecutan la *Manola* o



los *Toros del puerto*; más lejos, el sordo rumor de una quimera, inaugurada Dios sabe dónde, y concluida entre vino y sangre en medio de la calle. — Quién sale de una chufería después de haber remojado el paladar con una agua negruzca que llaman gratuitamente horchata; quién, de un almacén de vino, dando encontrones y haciendo sss, entre las risotadas del vulgo y los dicitrios de los chicos; quien, por último, ajusta en doce cuartos un pedazo de paño fino, que tuvo el honor de recortarse nada menos que en el taller de Utrilla. — Un anticuario levanta orgullosamente una espada llena de glorioso orín, y da por ella seis duros, porque el vendedor le asegura que la blandía el Cid en la conquista de Valencia; un padre de familia busca y encuentra en un baratillo las ropas que le robaron en su propia casa el día antes; un buñolero sale con una vara de fresno, y en ella dos docenas de buñuelos, que relame detrás de la primera esquina que topa, para que el aceite que chorrean no se desperdicie; por último, dos furias, vulgo mujeres, andan a la greña o *al azote*, porque la una vio a la otra el domingo anterior *palicando* en Chamberí con su cortejo, soldado de caballería por más señas. — Son tan comunes, tan frecuentes, estas batallas campales, masculinas o femeninas, en aquellos sitios, que nadie se altera ni se incómoda por ellas; el mercader sigue vendiendo, su parroquiano comprando; a lo sumo se suspende por dos o tres minutos el regateo para ver si le arrancó muchos pelos la Alifonsa a la Nemesia, o para contar las muelas que, gracias a un soplamocos regular, andan perdidas por el suelo. Semejantes reyertas sólo suelen terminar cuando uno o una de los combatientes queda inútil, o cuando acude la turba multa de alguaciles y *demás funcionarios*, a castigar el delito, ya que no supieron evitarlo. Otras veces ofrece el barrio escenas menos terribles y de opuesto género: ya es una rifa de huevos que se verifica bajo el patrocinio de aquellos que tienen por deber impedirla; ya es una encerrada con la cual se obsequia a dos viudos que contrajeron segundas nupcias; ya es, en fin, una grita que se da a una *lechugina* o a un *lechugino* extraviados, que aciertan a atravesar por delante de un grupo de manolas y de majos. — En los días de carnaval presenta el Rastro un espectáculo singular: no pasa nadie por allí sin llevar su competente maza; no transcurre medio minuto sin que suene alguna explosión de mistos inflamados, que son el solaz de los chicos, y el espanto de las viejas o de los transeúntes. — Hay otra diversión no menos común y graciosa en



semejante época, y consiste en clavar en el suelo una peseta falsa; al ver cualquiera la moneda, inclínase naturalmente para tomarla, y entonces los vendedores de hierro viejo, sacando enormes cencerros que tienen escondidos, agitando gruesas campanas, o haciendo ruido con almireces y sartenes, forman un estrépito horrible, mientras el pobre chasqueado se retira confuso y cariacontecido. — Las tiendas del barrio ofrecen todas el mismo aspecto de vejez y abandono. Tabernas en gran número, prenderías infinitas, barberías, carnicerías, buñolerías, y almacenes de comestibles, he aquí los únicos tráficos a que allí se abren templos. En la forma, en la suciedad, y en la fecha de su adorno, todos se parecen; en la manera soez y grosera de recibir a los compradores, poquísimos se diferencian sus dueños. — Las palabras más obscenas y más cónicas son de uso común entre tales gentes: los niños aprenden a balbucirlas en la cuna, y a los dos o tres años las aplican con sin igual inteligencia. Así, la desmoralización es precoz; así, el embrutecimiento moral ayuda al desarrollo de los instintos criminales; así, el ejemplo de unos contagia y vicia a los otros. — Además, hay una costumbre horrible en los infelices destinados a vivir en semejante condición; en vez de extirpar los gérmenes de los vicios, se los fomenta con predicciones imprudentes.

— ¡Tú has nacido para dar carne a la horca!, dice un padre a su hijo travieso, maltratándole con dureza.

— ¡Tú has de ser una mujer mala!, dice la madre a una niña de seis años, porque es alegre y juguetona.

Y en la infancia, que es la edad en que se da entera fe a los agüeros; en la niñez, que es tan susceptible de impresiones, aquellas dos malhadadas criaturas se acostumbran a creer en lo infalible del pronóstico, y sucumben y delinquen porque creen en la ley implacable de la fatalidad.

Ya es hora de que, después de haber descrito el telón del teatro, describamos éste, y hagamos salir a algunos actores.

Figúrese el lector un tenducho húmedo, oscuro y hediondo, al que se entra bajando seis escalones de piedra, sucios, derruidos y desiguales. — En el fondo se ve una vidriera casi huérfana de cristales, sin cortinillas ni cosa que lo valga, dejando distinguir detrás dos camas que fueron de pino blanco, y que son ya de pino negro; un jergón miserable cubre solamente las delgadas tablas de la una, y un colchón de lana por mitad doblado se alcanza a divisar en

la otra. — En medio de estos dos lechos hay un cofre enorme de piel, sobre el que están revueltas diferentes prendas de ropa; más lejos, se miran dos taburetes cojos y derrengados.

Para completar esta pintura de aquella miserable alcoba, fuerza es decir que sus paredes negras como el carbón, a pesar de estar dadas de yeso, ofrecen no pocas grietas y rajadas, que sirven de nido a molestos bichos en el verano, y que en invierno mantienen en un grado bastante bajo la temperatura.

La otra pieza, a un tiempo sala de la familia y tienda, es digna de lo que va referido. Del techo penden innumerables telarañas, y de clavos, aquí y allá fijos, ya un marsellés roto por los codos, ya un zagalejo de algodón verde, ya, en fin, un pañuelo de paño algo raído y deteriorado. — Una mesa de madera blanca sirve de mostrador, para comer y otros diferentes usos; algunas sillas de Vitoria, esparcidas por el cuarto, completan aquel triste ajuar, y cuando no bastan para todos los individuos que allí se reúnen, todavía tienen un felpudo viejo donde pueden cómodamente sentarse. — Olvidábamos decir que en un rincón, y en un barreño desportillado, al amor de una escasa lumbre, hierven dos pucheros, exhalando un vapor nauseabundo que a cien leguas apesta; aquellas vasijas contienen el alimento para la familia, la cual consta nada menos que de ocho personas. [...]

CAPÍTULO OCTAVO. JUAN BRAVO

Abandonando ya la horrible morada del ropa-vejero, trasladémosnos a la mansión humilde, pero limpia y cómoda, que ocupaba Angela con su marido y sus tiernos hijos en una antigua casa de la Plaza Mayor. Cerca de cien escalones altos y desiguales, después de atravesar un portal sucio y oscuro, conducían a la elevada guardilla del hortelano; mas, al llegar arriba, olvidábase fácilmente la fatiga y el cansancio, para admirar el aseo, el orden y el aspecto risueño que todo ofrecía allí. En la meseta de la escalera había una ventana enrejada, donde se veían ya algunos tiestos pintados de almazarrón, y en ellos diferentes plantas aromáticas, como zándalo, geranio y malvarrosa, que exhalaban siempre un dulce y tibio perfume, junto a la puerta pendía un cordón de seda



encarnada, que servía de llamador; y atravesando el dintel de aquélla se entraba en una salita abovedada, aunque notable por el buen gusto de su sencillo adorno. Unas largas cortinas de muselina banca como la nieve cubrían la entrada de la alcoba, situada en el lienzo frontero de la escalera; las paredes tenían un friso de pintura fina hasta la mitad de su elevación; el suelo estaba dado de ocre, resplandeciendo como un cristal, y de trecho en trecho le ocultaban felpudos de colores: las sillas eran amarillas, imitando a caña, y en un sofá correspondiente se ostentaba un blando almohadón de merino azul. Una mesa sencilla de caoba, con su cajón en medio, servía de apoyo a un espejo como de vara y media, con marco de nogal chapeado; una cómoda de la misma madera colocada en el extremo opuesto servía de altar a una urnita que encerraba un San Juan de cera; a los lados había dos candeleros antiguos de bronce, con dos bujías de la Estrella, que sólo se encendían en las grandes solemnidades. En fin, la ventana, por la cual entraba la luz del día, tenía en su antepecho otras tres o cuatro macetas, donde crecían rosales, enredaderas y jacintos; una colgadura igual a la de la alcoba impedía también allí que los rayos abrasadores del sol deslustrasen los muebles, privándoles de su brillo. — Hemos olvidado hacer mención de dos o tres cuadritos de santos que adornaban las tapias; de un ruiseñor que revoloteaba en su jaula, y de una cuna de pino pintado, que hacía las veces de rinconera.

El resto de la casa presentaba el mismo aspecto de limpieza y de comodidad: en la alcoba, una cama anchurosa y blanda servía para reposar el matrimonio; cerca, y en un tablado verde, dormían los dos niños mayores, y el más pequeño solía pasar las noches, mitad en su cuna, que se trasladaba al dormitorio desde la sala, o en el propio lecho de sus padres. — Un angosto pasadizo paralelo a la alcoba, conducía a otra pieza reducida y abrigada, que hacía las veces de comedor: su mueblaje era más pobre, pero no menos límpio: una mesita blanca, un armario igual (donde se encerraban las provisiones y dos cubiertos de plata, que sólo salían *cuando repicaban gordo*), y media docena de sillas de Vitoria, componían el modesto ajuar de aquella estancia, que desembocaba en una cocina clara, espaciosa y bien dispuesta.

La espetera deslumbraba con su prodigioso brillo, debido a la tierra de Segovia o a la arena de San Isidro: componíanla dos velones que parecían de oro; una chocolatera que hubiera podido pasar por

plata; un perol donde se hacían arroz con leche o natillas los días de San Juan, del Angel de la Guarda, y de Navidad; un cazo del mismo metal, dos sartenes resplandecientes, y, en fin, un número regular de cacillos, espumaderas, trévedes, etc. En anchos y bien dispuestos vasares se ostentaban platos de la Moncloa que componían la vajilla de lujo, y otros en menor cantidad de barro de Talavera, que era el servicio ordinario; por último, junto al almirez, brillante como todo lo demás, se veían colocadas en diferentes agujeros algunas cucharas de palo con sus correspondientes tenedores. — Excusado es decir que no faltaban en tablas *ad hoc*, una razonable cantidad de cazuelas, pucheros, barreños, y en fin, todo lo que es indispensable en una casa bien organizada.

Eran las dos de la tarde, y junto al fogón de su casa se hallaba sentado Juan Bravo en un taburete de pino, cuidando de la comida que se guisaba al amor de una lumbre abundante. Sus dos hijos de más edad acurrucados igualmente cerca del hogar, alargaban sus manitas yertas hacia el fuego, y dirigían ansiosas miradas a los manjares que debían ser su alimento.



El Dios del siglo

(1848)

Tomo I

II. UN CONCIERTO IMPROVISADO

Lentamente, sí, pero con paso más bien que fatigado muelle, subían por la espaciosa calle de Alcalá de Madrid dos personas asidas cariñosamente del brazo. Era la más joven una doncella adornada con la frescura de diez y seis abriles, con la pureza de un alma inocente, y con la radiosidad de un entendimiento despejado. Sus rubios y pendientes bucles velaban sus frescas mejillas, no tanto, empero, que impidiesen a los ojos investigadores de los mozos atrevidos el leer un cántico de amor en aquellas páginas de rosado marfil. Vestía de blanco, si bien, por un extraño e inconcebible capricho, en vez de la suelta y flexible mantilla, llevaba esa molesta y absurda armazón de cartón y trapos con que se resguardan de la intemperie las poco afortunadas moradoras y de rígidos climas. La persona que la acompañaba tendría apenas cincuenta años, y en el carácter general de su fisonomía, dulce y benigna, al paso que varonil, conocíase sin trabajo, que era padre de la sencilla joven.

El aspecto de la capital en aquella hora causaba, en verdad, sorpresa. Por la inmensidad del espacio circulaba una suavísima y amorosa brisa que preservaba de todo celaje las infinitas estrellas, brillantes como carbunclos encendidos. Un manto de vivísimo azul, sembrado de luceros, cubría las calles, y en el opuesto horizonte, por entre las ramas de los árboles frondosos, alzábase la luna llena de

majestad y poesía. Su luz misteriosa iba poco a poco extendiéndose, como si tuviese por objeto ir guiando los pasos de los que, a tales horas, se retiraban del Prado. No en tropel y como afanosos de terminar una jornada se deslizaban los grupos de paseantes, sino en paz y sosiego, como quien, tras un día de sensaciones dulces, busca un descanso lleno de ensueños e ilusión. Así acaba el día en el estío, bajo una atmósfera impregnada de perfumes: suspirando dulcemente como si entonces el sol velase su luz tan solo por no ofender el pudor del alma embriagada de dulzura. [...]

Soto no se atrevió a dar el brazo a la condesa, pero la esperó al pie de la escalera. Juntos subieron a una carretela elegante que los condujo a la calle de Carretas, en donde vivía doña Isabel Noroña, honrada matrona que daba su nombre a una casa en que se reunían los principales jugadores de Madrid y las dueñas más apuestas y bien entretenidas.

Una capital, por reducida que sea, como a Madrid sucede, encierra en sus muros mucha gente advenediza y sin oficio, rufianes y mujerzuelas que andan a caza de aventuras y de dinero. Unos sucumben y, descendiendo rápidamente los escalones del vicio, van a sumirse en el cieno de la miseria y humillación; éstos son los más; otros, diestros cual aves de presa, o afortunados o atrevidos, navegan con próspera fortuna, y se alzan sobre los cadáveres de sus víctimas, sobrenadando por entre tropiezos y dificultades. Los primeros se llaman jugadores, nombre de oprobio que lleva en sí envuelta el símbolo de la pobreza, de la holgazanería, de la trampa; son como los parias, a quienes todo el mundo puede insultar impunemente, mal vistos, peor recibidos, despreciados, vilipendiados, incapaces hasta de protección. Los segundos pasan por caballeros muy cumplidos, generosos, casi pródigos, incapaces de faltar a su palabra, prontos siempre para socorrer la indigencia, sobre todo de las huérfanas desvalidas; no regatean jamás en las tiendas, ni ajustan cuando encargan, ni toman la cuenta a sus criados. Son queridos, son buscados, son el encanto de las tertulias por la amenidad de su trato, y por su ligereza. Si juegan es por pasatiempo, y no necesitan ocultarse como los *jugadores*; el dinero les sobra, ¿por qué no han de hacer de él el uso que les pareciese?

Así juzga el mundo y así lo publica en pregones.

Vida del hombre malo: *juega y pierde*.

Vida del hombre bueno: *juega por pasatiempo... y gana*.



Tipos populares en 1846, fondo E. Casariego, MMM. Inv. 18417

La casa de doña Isabel era una casa en que no se reunían más que hombres *buenos* en este sentido; allí se jugaba y se ganaba por pasatiempo, y, como alguien había de perder forzosamente, las víctimas se renovaban y desaparecían en cuanto eran inmoladas. Si algún hijo de familia conseguía reunir unos cuantos miles de reales o duros, allí iba y los dejaba; si un forastero llegaba a Madrid con dinero para pasar seis meses y pretender una toga, en casa de doña Isabel solía perderlos en tres tallas; si un empleado recibía un regalo cuantioso, como recompensa de su condescendiente trato, sólo por sus manos pasaba a las de los entendidos banqueros, ante cuyos dedos cubiertos de ricas sortijas, caía en lluvia de onzas de oro. En suma, aquella escogida reunión, repartida en soberbios y bien alhajados salones, en que a torrentes derramaban luz cien bujías, en que circulaban por todas partes pajes y mayordomos con bandejas cubiertas de sorbetes y dulces, era, ni más ni menos, que una cueva de ladrones, a dos pasos de un cuerpo de guardia, en la calle de Carretas, esto es, en el centro de Madrid.

Don Sisebuto tenía ese instintivo horror que profesan al juego los hombres de dinero, por la sencilla razón de que éstos gustan de ganar sin riesgo, y para jugar es preciso arriesgar; o tal vez porque cada uno conoce su juego, unos el de naipes, otros el de acciones y otros el de títulos del 3 por 100. Por todas estas razones entró, con cierta repugnancia, en la sala de juego de doña Isabel, a que lo llevó la condesa; mas, como esta insistió en la necesidad, cedió. [...]

LA SERENATA

En uno de los parajes más concurridos de la calle de Fuencarral, no lejos de la Red de San Luis, hay una casa de moderna construcción, cuya fachada por fortuna y casualidad, no está embadurnada con colores chillones, sino antes bien pintada con gusto, imitando piedra de Colmenar y berroqueña. El hierro del balconaje se asemeja al oscuro bronce, y las maderas que desde la calle se ven, en vez de parecerse a porcelana, impropiedad tan vulgar en Madrid, tienen el color elegante y alegre de la caoba. No es la entrada, como otras tantas, sucia, lóbrega y estrecha, sino espaciosa, cuidada y alegre, dando una idea favorable de los moradores de la casa.



La habitación es a la familia lo que el vestido a la persona: ella basta para revelar las tendencias e inclinaciones. En la coronada villa capital de España especialmente, donde todavía no ha cundido el amor a las comodidades, y en donde se confunde el lujo con la decencia, nada hay que dé más cabal idea de las cabezas de familia o de las señoras, que son las que más parte tienen por lo regular en estos arreglos, que la elección de casa.

Personas hay que dan crecidos precios por cuartos inmundos en donde la fetidez se mezcla a la fealdad, tan sólo por habitar en un barrio conocido o poder ocupar habitaciones espaciosas. Poco les importa que las alcobas sean tristes y mal sanas, si hay muchas; que no haya papeles ni adornos en piezas interiores, si la sala y gabinete que han de ver las visitas están pintadas de un color muy subido, en disonancia tal vez con los escasos muebles; que la escalera sea estrecha y negra, si es poca; que el portal esté colgado con los trapos de una preñera, si la casa parece segura, y finalmente, que toda huelva a lugar, si pueden decir que cuesta mucho.

Por lo general estas personas carecen del instinto que hace amar lo bello y son ciegas de entendimiento. Viven en las tertulias, en el paseo, en las tiendas, y la casa les importa poco. Carecen de decoro doméstico, defecto tan vulgar en España, y ni respetan a los demás ni se respetan a si mismos. El desorden es el elemento habitual de estas familias: ceden a sus caprichos antes que a su razón, y rara vez acatan las leyes sociales.

Las mujeres, en tales familias, se visten para salir y se quitan la ropa al volver; tendrían vergüenza de estar decentes en sus casas.

Los hombres fuman cigarros de la vuelta de abajo, juegan al tresillo a real, y se mirarían mucho antes de gastar tres pesetas en un par de guantes.

Es el primer paso para el cinismo.

Hay, por el contrario, otras personas que buscan para vivir un cuarto, aunque sea tercero, en casa de entresuelo, con habitaciones bonitas, como capillas, reducidas como camarotes, adornadas como confiterías; jaulas doradas en que no es posible menearse sin tropezar con puertas, en que no cabe un piano, ni un sofá, ni un mueble útil. Frecuentemente estas personas se lamentan de que su habitación no sea bastante bonita, de que no tenga bastantes chimeneas (aunque en el que fondo del corazón se alegran de esta



económica circunstancia), y de que no esté en mejor barrio; pero, *para Madrid* es regular. ¡El papel es tan lindo!

Tales personas pecan, no por el entendimiento, sino por el corazón; suelen ser frívolas, avaras y amigas de la exterioridad. Quieren engañar al público y no engañan a nadie. Dan una importancia suma a unos cuantos rollos de papel pintado, que es lo más barato de cuanto se emplea en una casa, como se la dan al vestido que encubre un corazón dañado, a un título de advenedizo que sólo sirve para cubrir con su velo un nombre manchado. No temen la estrechez ni la poquedad, si pueden decir que viven bajo el mismo techo que el conde de A... o el banquero B..., aristocracia de nuevo cuño, más insolente que la antigua y menos respetable que ella.

Es el primer paso para la corrupción.

Sólo, entre estas dos clases, que son opuestos polos, hay una raza de personas cuerdas y sensatas que pesan los inconvenientes y las ventajas, que saben cuán en la infancia está Madrid en punto a comodidades, que sacrifican algo al decoro y algo a la comodidad; pero que no se inclinan demasiado ni a uno ni a otro extremo.

A esta categoría pertenecía don Carlos de Zúñiga, quien, a fuerza de molestias e investigaciones, había logrado hallar un cuarto alegre en la casa de la calle de Fuencarral, cuyo exterior hemos descrito ya. No eran espléndidas las habitaciones, ni adornadas con ese lujo de molduras y espejos que exigen en París hasta los artesanos; pero era decente y, por lo menos, repartido y arreglado con lógica. No sólo el estrado era decente, sino también lo interior de la casa, pues nada hay más singular y ridículo que vivir mal y aparentar vivir bien. Lejos de pensar así don Carlos, acostumbrado al bienestar y holgura que dan veinte años de carrera diplomática, había cuidado, al tomar la casa, de que hubiese en ella cuartos que, con pequeño cuidado, pudiesen ser dignos de recibir a huésped tan poética como era la linda Otelina, su joya y amor en la tierra.

En efecto, la blonda alemana no podía quejarse, pues su padre había, con particular esmero, escogido su morada, que consistía en un cuarto ventilado en que estaba el fresco y puro lecho, cubierto de bordada y blanca gasa, cuyas paredes charoladas brillaban como un terso espejo; en un salón para hacer labor, con muebles de palo santo, cubiertos de ligera persa; y en un reducido tocador, misterioso y vedado a toda indiscreta y atrevida mirada. El salón tenía un balcón sólo, que daba a la calle, y que ocultaban por fuera pintadas

persianas y por dentro un trasparente y dobles cortinas. Del techo pendía una lámpara de durísimo pórvido, encendida de noche, y cuya dulcísima luz penetraba hasta el lecho de flores de la poética doncella. Entre uno y otro muelle sofá había un reclinatorio cubierto de damasco encarnado, encima del cual colgaba un cuadro de no grandes dimensiones, representando a la Virgen, copia hábilmente hecha por Otelina, de la célebre y admirable Concepción de Bartolomé Murillo. No se veían allí más que dos libros: la *Biblia* en alemán y la *Imitación de Cristo* traducida al español, libro raro impreso en 1495, por Fadrique Alemán de Basilea. Por lo demás, todo allí respiraba pureza y suavidad: ni los muebles parecían puestos para adorno, ni inspiraban abandono; ni había deseo de llamar la atención, ni de disimular recreo; ni irreverencia, ni fanatismo, ni lujo, ni pobreza. [...]

MODO DE ENRIQUECERSE

No es receta ni específico el título que antecede; es deducción de hechos tan verídicos, que los sabe y conoce todo aquel que saberlos y conocerlos quiere. No es la fortuna para quien la busca, dice el proverbio; pero, bien considerado el caso, es el dinero de quien se emplea en buscarlo. Pero, ¿quién se emplea en buscarlo? Por lo general, los hombres que no saben qué hacer de él, los hombres que lo guardan, los que lo martirizan en sus cofres de hierro.

Don Sisebuto de Soto era uno de estos hombres dotados de una paciencia singular, de una longanimidad estupenda y de una pertinacia estólida. Dos horas llevaba ya de antesala en una de las oficinas generales de Madrid, perteneciente al ramo de amortización, y todavía no sabía si don Ricardo de Aragón, oficial décimo nono de la hacienda pública se hallaba o no en el edificio. Un barrendero lo había dejado pasar por recomendación a la sala de los porteros, y estos señores, hasta que acabaron de leer la Gaceta, y de hacer y fumar el octavo cigarrillo de papel, no se dignaron darle audiencia. Entonces solamente se enteraron de que deseaba ver a don Ricardo, y, como lo tomasen por un pretendiente de escalera abajo, no se dieron mucha prisa a contestarle.

— No es hora de audiencia, le dijo uno con énfasis. Vuelva V. a eso de las tres.



— Vengo a cosa urgente y no puedo volver. Anoche me mandó venir el oficial.

— No sé si llegó ya; creo que no.

— Si me hiciese V. el obsequio de informarse.

— Cuando llame alguien, entraré y lo veré.

Quiso la suerte que llamasen entonces; el portero entró, pero no vio nada, porque se le olvidó.

Llamaron segunda vez, y el portero entró. Lo único que vio esta vez fue que el empleado no estaba en la mesa; mas, no se detuvo a examinar dónde se hallaba.

— Espere V. un rato, puede que esté despachando con el jefe. En saliendo le avisaré, aunque es contra las órdenes que tengo. ¿Quién es V.?

Hasta entonces no se le había ocurrido hacer tan indispensable pregunta.

— Soy Sisebuto de Soto.

— ¡Calla!, es V. ¡Qué casualidad! Pues, usted fue mi inquilino hace unos ocho años.

— ¿En dónde? preguntó colorado ya de vergüenza Soto.

— En la calle del Nao, núm. 44, cuarto tercero; por cierto que pagaba V. medianamente nada más, y eso que estaba V. por tres reales y cuartillo al día. Lo que sobre todo me disgustaba es que jamás se dejaba V. ver la estampa.

— ¿Qué quiere V.? Aquellos eran malos tiempos; ahora que yo tengo casas, se lo que V. debió entonces padecer.

— ¡Calla! ¡V. casas! Pues, su pelaje de V., amiguito... Y, ¿cómo diantres ha hecho V. dinero?

— Prestando al gobierno, contestó Soto al oído.

— ¡Ya!, y antes, porque para prestar es preciso tener.

— No, querido, V. se engaña; para prestar al gobierno lo primero y principal que se necesita es no tener nada.

— ¡Calla! V. me asombra. [...]

UN LUNES DE TOROS

Hay barrios en Madrid donde jamás se estampó la huella de una bota de charol, y no son, por cierto, los barrios peores. Allí se vive de

distinto modo que en lo interior de la capital, se toma el sol en medio de la plaza, se baila en la calle, se holgazanea en todas partes y se come lo que Dios da, cuando Dios lo envía. Ni allí se sabe lo que es teatro, ni hipódromo, ni circo, ni tertulias, ni coches.

Las casas de esos barrios son grandes como pueblos, con celdas como conventos, sucias como aduares árabes y oscuras como mazmorras. Ni hay vidrios en todas las ventanas, ni maderas en todas las puertas, ni todas las puertas tienen llaves, ni todas las llaves cierran. De ventilación, sí hay sobra. El viento silba por aquellos desabrigados corredores, y se pasea como una culebra de cuarto en cuarto, azotando los pies, rara vez bien resguardados, de los infelices habitadores de tales casas.

Llamamos infelices a aquellas buenas gentes por los goces que no conocen, más bien que por las miserias que pasan. Al considerar cómo vivirían si en su morada reinase el orden y la limpieza, si tuviesen protección contra los elementos, si pensasen en el mañana, causa dolor recordar cómo viven, sin más consuelo que el de un trato estéril y con frecuencia egoísta. Allí los niños se crían para vagos y las mujeres para... mendigas, sin que el trabajo aligere el peso de las horas y asegure una existencia constante y tranquila. Nadie allí interrumpe su sueño, ni deja su asiento al sol de enero por las faenas domésticas; mejor les parece consagrar un día al recreo y el siguiente a las lágrimas, que pasar una vida monótona y uniforme. Hoy pan y toros; mañana ni toros ni pan.

De este barrio, uno es el de las Salesas.

En una de aquellas casas de vecindad, que los celadores de policía urbana no han visitado jamás, en que los protectores de la humanidad nunca han pensado, donde no hay crímenes, pero sí incuria, elementos a propósito para una feliz combinación del trabajo y la asociación, aduares que, a muy poco coste, pudieran convertirse en falansterios, asilo en el día de holgazanes, vivía, en el verano de 1836, una joven manola de las pocas que todavía quedan en esta imperial y coronada villa. Era joven y hermosa, no adornada con esa belleza femenina que tan bien cuadra en los tocadores de la Carrera de San Jerónimo, sino llena de ese espíritu varonil, sin el cual serían unas tristes víctimas de la inmoralidad esas muchachas del pueblo a quienes Dios no dio más amparo que el de su entereza y vigor de alma. Llamábase Angustias, sin duda por antonomasia, porque con verla bastaba para conocer que jamás había tenido

ninguna. Sus rasgados ojos parecían dos centinelas que velaban en la custodia de su honra, y sus dientes de perlas se asemejaban a una impenetrable fortaleza, por la cual no pasaban las prisioneras palabras sino armadas y apercebidas para la defensa. De Angustias, en verdad, aunque manola, nadie había tenido que decir mal ninguno, porque, si es verdad que no podía vivir sin querido, también era hecho probado que, en cuanto cualquiera de ellos se quería proparar y ponía los ojos más alto que los pies o más bajo que los labios, de un revés que les daba la forzuda moza, les dejaba eterna señal en el rostro. [...]

— Pues, amigo, confieso que... que me resigno a esa informalidad, y que, cuando me paguen, diré que... que me han pagado.

— No dirás tal, antes a todos dirás que no has cobrado un real.

— Pero, ¿por qué?

— Porque si dijese la verdad, comprometerías a los jefes que nos dan la pitanza...

— ¿De su bolsillo?

— No de su bolsillo, sino de fondos que no son suyos, y luego hay otra consideración para callar.

— ¿Cuál es?

— Es que a nosotros nos conviene el que se tenga lástima a los empleados y que anden menos buscados los destinos, y, a fuerza de decir que estamos mal pagados, suele haber algún tonto que lo crea y no nos perjudique.

— Todo bien pensado, replicó el socarrón andaluz, aunque nos paguen, si no es con formalidad, es como si no nos pagasen, y ya entiendo por qué debemos decir que hay atrasos. ¿Qué mes está mandado abonar?

— El de enero.

— Luego te deben...

— A mí no me deben un cuarto; ¡qué borrico eres!, exclamó con aire de enojo el complaciente veterano, alejándose enfadado de su nuevo amigo.

Con tan buenas nuevas, apenas se divulgó la noticia de que iba a repartirse una paga y que, con este objeto, se habían extendido ya las nóminas provisionales, echando galanas cuentas, se fue a visitar a Angustias, y queriendo emplear bien el dinero que debía recibir, la convidó a los toros. Ella, como buena manola, no conocía diversión más grata que ésta, en la cual veía nada más que una lucha entre la

fuerza brutal del toro y la debilidad ingeniosa y diestra del hombre, lucha admirable en que salía siempre vencedor el combatiente menos fuerte. Aceptó, pues, y aún se brindó a pagar con sus ahorros la calesa, siempre que a tanto no llegasen los recursos de su galán, pues quería que fuese completa la fiesta.

El lunes tan deseado llegó por fin, y a la hora designada, que era la de las dos de la tarde, se dirigió a la plaza de las Salesas Antonio; pero, no con aquel aire arrogante y emprendedor que tanto gustaba a las mozas, sino con talante abatido y cabizbajo como si acabase de experimentar alguna desgracia imprevista y terrible. Estaba, empero, vestido esmeradamente con flamante marsellés, faja jerezana y corbata amarilla de seda, que sujetaba una sortija de luciente similar. Entró pausada y tristemente, y sin quitarse el breve sombrero gacho, se dejó caer sobre una silla de enea. Saludó apenas a su amada, y de un modo absorto y distraído, se puso a jugar con una vara que llevaba, siguiendo el bordado de los botines de cuero.

— ¿Qué significa ese gesto, señor guapo?, preguntó Angustias algo ofendida de que no se reparase más en su garbo y en sus dijes, pues, como lunes de toros, había sacado sus trapitos de cristianar a relucir.

No contestó el mozo, sino que siguió en sus reflexiones melancólicas, apenas reparando en lo que escuchaba.

— Se le habrá a V. cansado la lengua de cantar requiebros y suspiros a alguna ninfa, cuando tanto calla. ¡Que esto me suceda a mí!, exclamó con rabia, ¡y en un día de toros!!

— Angustias, hay hombres en el mundo que debía el gobierno (desde que era empleado, había adoptado las fórmulas oficinescas, según las cuales el gobierno debía hacerlo todo) mandar enterrar vivos.

— Vamos, ¿qué quiere decir esa retahila? ¿Tiene V. algún rival en su nueva conquista?

— Mira, Angustias, te juro que cuando veo a esos ricazos que tienen el corazón como una palata, necesito acordarme que he sido soldado y pensar en tus ojazos negros para no cometer un desatino. Me da pena tener vergüenza de morir ahorcado.

— Pues, Antonio, si has venido aquí para no decir nada, ya puedes marcharte; a mí no me ha de faltar quien me acompañe.

Salió entonces Antonio de su letargo, y, haciendo un esfuerzo, tomó la mano de su amiga.

— Vamos, le dijo, a los toros; ya es tarde.

— ¡Qué toros, ni qué calabazas!, replicó ella, retirando la mano y doblando la mantilla con anchas cintas de terciopelo que había desdoblado ya para ponerse. Yo no salgo de casa con gente tan mohina y tan agarena.

— Pues, ¿qué he dicho?, preguntó el mozo temiendo el haber proferido alguna blasfemia sin saberlo siquiera. Vamos, hermosa Angustias, vamos a los toros y te contaré lo que me pasa.

— Cuéntamelo antes, si no no salgo.

— Si tengo la cabeza como un globo aereostático; si tengo el corazón encogido como una avellana. Ese bribón de hombre...

— Pero, sepamos quién es ese bribón.

— Pues, ¿no te lo dije? Don Sise-bruto, archibruto archicanalla.

— Y ¿qué te hizo don Sisebuto?

— Nada, en gracia de Dios, friolera, la mayor felonía que un hombre puede hacer a otro: engañarlo a uno, robarlo, asesinarlo.

Aquí siguió otra pausa.

— Habrá que sacarte con ganchos las palabras. ¿Quieres o no quieres contarme lo que pasó?

— Ya sabes que fue ese canalla quien me vendió aquella célebre levita...

— En seis duros, ya lo sé.

— ¡Cuando yo me la vuelva a poner!, primero ando en diciembre en mangas de camisa.

— Y después de eso, ¿qué sucedió?

— Ya sabes que el fue quien me proporcionó el destino que tengo.

— También lo sé.

— Ya sabes que hoy debía yo cobrar 120 rs. por doce días de sueldo de este mes.

— Adelante.

— Pues señor, no he cobrado un cuarto. El portero mayor me presentó la nómina para firmar, y cuando le pedí el dinero para contarle antes, me presentó el recibo que he dado yo a don Sisebuto, con el *recibí* puesto por él y la orden del jefe para que se le diese a él no a mí. Figúrate la rabia que se habrá apoderado de mí. Estoy hecho un basilisco.

Angustias se quedó aterrada al escuchar semejante rasgo de maquiavélica maldad y avaricia. Al volver en sí de su enajenamiento, preguntó:

— ¿Y firmastes?

— No quise, sin saber por qué.

— Hiciste bien; yo he oído decir que no se puede descontar a los empleados más que la tercera parte de su sueldo para pago de deudas. La tercera parte de seis son dos, te quedan cuatro, y si yo fuera que tú. para castigo de ese mal hombre, jamás le daría esos cuatro.

— Bueno, pero se los tomaría él. Si no este mes, el que viene.

— Primero renunciaba yo el destino.

— Y, ¿de qué habría yo entonces de vivir?

— De tu trabajo, de peón de albañil, si no hallabas otra cosa.

— Ya, pero él me iría cobrando.

— Mira, Antonio, yo no se lo que haría, pero si me hallase en tu caso, me iría a América, cambiaría de nombre, me moriría de hambre, antes que pagar a ese pillo que te vendió finezas para mejor engañar a un infeliz.

— ¡Echa!, ¡echa!, pues no corre poco en gracia de Dios tu pícara imaginación. ¡Nada menos que morirse uno de hambre por no pagar seis duros!

— A un bribón, para que él reventase de coraje.

— En eso sí creo que tienes razón.

— ¿Y qué piensas hacer tú?

— Aguantarme, firmar, callar y.. tener paciencia, que un día llegará en que, por 120 reales tan mal ganados, le plante yo 120 veces los cinco dedos en su puerca cara; pero, dejemos eso que ya es hora de los toros, y todavía me quedan unos reales para el caso.

— No quiero que pagues tú, replicó la generosa manola; ya que ese bribón te ha engañado, yo seré quien te convide.

Trabóse una lucha de generosidad entre los dos amigos, en la cual venció Angustias, cuya energía tomó mayores proporciones al ver que Antonio no impedía a toda costa el que cobrase los seis duros el avariento Soto.

Poco después rodaba por la calle de Alcalá una molesta y antediluviana calesa en que iban los dos jóvenes silenciosos y tristes, meditando sordamente inconexos proyectos de venganza.

¡Qué dulces son las mañanas de verano, y qué poética es en ellas la calumniada Madrid, corte de las Españas! Cuando, durante semanas y meses, parece el cielo una inmensa conca de zafiro que encierra en su ámbito dilatados mares y tierra; cuando la luz, en las primeras horas del día, brota invisible y se refleja en los cielos, hay en el aire un ambiente de amor y bienaventuranza que sólo los elegidos pueden imaginar en el Paraíso. Bañada la tierra con la oscuridad de la noche, despierta más húmeda y reposada; la naturaleza se sonríe, los pájaros trinan y los corazones de fuego hallan aún reposo y tranquilidad.

Si por Madrid corriere un caudaloso río, si cercasen sus feos muros extensos jardines, vegas dilatadas, frondosos bosques, cosas todas menos difíciles de alcanzar de lo que a primera vista parece, en esta hora de sosiego abandonarían el lecho las bellas y galanes, y buscarían recreo en la frescura de la campiña; pero, por hermoso que sea el cielo, al pensar en los eriales contornos de Madrid, en esos campos de seca tierra, en Carabanchel, en Alcobendas, en Fuencarral, ¿quién puede abandonar los regalos del hogar doméstico? Desde cualquier balcón se ve el cielo diáfano y suave, y es más cómodo el aspirar de allí el aire puro que salir a mancharse con el polvo que se desprende del suelo. Por eso en Madrid escasean los paseos matutinos; a estas horas no se piensa aún en el bullicio del mundo, sino en la naturaleza, y la soledad requiere un conjunto de armonía que sólo dan los árboles y las bullidoras corrientes.

A pesar de estos elementos escasos de recreo, encuéntranse, de vez en cuando, por las calles de la corte, algunas jóvenes o galanes que, ligeramente vestidos y con rostro jovial, se dirigen a los puntos extremos de la población. Es circunstancia notable que no hay a semejante hora rostros afligidos ni turbados con las faenas de la vida, ni se lee en las frentes aquella inquietud atormentadora que es el padrón en que están escritas las flaquezas del corazón. Los amores del alba son los más castos, los requiebros del crepúsculo matutinal son los más puros, y las miradas de la aurora son las más inocentes. Decía el antiguo proverbio: «al que madruga, Dios ayuda»; y nosotros decimos, que al que ha madrugado, Dios le ha ayudado, porque esta sola inspiración es un favor del cielo. [...]

Había oído hablar del jardín célebre del valenciano, casi único



punto de Madrid en que se veían flores, obra de especulación que ha tenido pocos imitadores, a pesar de su éxito favorable. A él se dirigió, sospechando quizá, aunque sin confesarlo, que de allí salía el hermoso ramo de flores que hacía diariamente su embeleso. Hallábase situado aquel nombrado jardín en el barrio del Barquillo, uno de los más abandonados y asquerosos de Madrid, y que, con pequeño esfuerzo, pudiera llegar a ser el primero de la capital, por su hermosa situación, por su vasto espacio y por su mismo anterior abandono. Todo, hasta llegar a las tapias del cercado, ofende la vista y lastima los sentidos, pero apenas Otelina puso los pies sobre el verde musgo y cruzó por debajo de la enramada, sintió que penetraba al corazón la frescura, y se sonrió llena de júbilo. Acompañábala Juana, su doncella, joven de suma viveza y travesura, quien, con sus agudezas, solía entretenerla y divertirla. [...]

LA SUBIDA DE SANTA CRUZ

Es en el día la estrecha calle que sube de la Mayor de Madrid a la iglesia parroquial de Santa Cruz un dechado de limpieza y elegancia. Por todas partes soberbias y elevadas casas, balconaje de imitado bronce, fachadas de pintado mármol; pero, en la época a que nos referimos, aunque tan cercana a nosotros, era aquel barrio uno de los más tristes, de los más lóbregos, de los más abandonados de la imperial y coronada villa. Todavía estaba en pie la mole informe y absurda de San Felipe el Real, y de su puerta de los carros se desprendían fétidas miasmas que perfumaban la sucia cacharrería que exponía a la vista del público los objetos que en las casas menos pulcras se ocultan los más, desacato que ahora, en el año de gracia de 1848, ya no se tolera más que en las ferias de la calle de Alcalá, una vez cada doce meses. Por entonces no había allí más moradores que los tenderos, cuyas familias, tapándose la respiración y destapándose los ojos, para no romperse las narices ni perder el sentido de náuseas, subían por una oscura escalera a un cuarto principal con honores de desván, o entraban a una trastienda con honores de calabozo. No se conocían allí más sillas que de humilde paja, ni más espejos que uno con marco de caoba que había servido de tocador a la ama de la casa, ni más alfombra que de junco en el verano y de



esparto en el invierno, si bien, en cambio, las cucharas de plata podían servir de cucharones, y eran no menos las onzas encerradas en el cofre de hierro que las telarañas de la sucia cocina, que no es poco decir.

Tal era por lo menos la casa número 47, con molino de chocolate y tienda de géneros ultramarinos, propia de don Hermenegildo Santisteban. Debía este honrado comerciante tener buen abolengo y ser de casa solariega, si se atiende a la sonoridad del apellido, aunque el ser montañés no dejaba duda acerca del particular. De los cincuenta años que tenía, los cuarenta y dos los había pasado despachando géneros, precisamente en aquel mismo sitio, en donde pensaba morir en gracia de Dios, como hasta entonces había vivido. A los ocho de edad, atravesado en un mulo, lo mandó su padre desde Revilla de Camargo, provincia de Santander, hasta Madrid, consignado a un don Juan de Maoño, natural del mismo pueblo, quien a la misma edad había llegado a Madrid de igual modo, pues, desde tiempo inmemorial, la tienda a que nos referimos perteneció siempre a un hijo de Revilla.

El joven Hermenegildo sacó buenas disposiciones, pues a los veinte años ya su amo creyó que debía en conciencia, darle dos reales diarios para tabaco, además de la comida y vestido que le daba desde el principio de su rápida carrera. A los veinte y cinco tuvo un aumento de sueldo, a los treinta consiguió permiso para casarse con una parienta que recibió de encargo del referido Revilla de Camargo, y desde entonces fue socio de la casa. Como su antecesor no tuvo hijos, él fue a los treinta y cuatro años de servicio y cuarenta y dos de edad, dueño y señor de todo el caudal de la casa, con sola la obligación de mantener mientras viviese a una antigua criada, que, a dar crédito a las malas lenguas, había sido bastante hermosota allá en sus mocedades. El, por su parte, era hombre de buenas costumbres, y, desde que se había quedado viudo, ningunas faldas habían barrido la escalera de su casa. [...]

JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

Era don Félix de Montelirio mozo de corazón esforzado, al mismo tiempo que de mucho seso y entendimiento; conjunto de circunstan-



cias que lo había movido a dar el arriesgado paso que sirve de argumento a la última parte del capítulo precedente, pues no queremos ofender al sagaz lector, diciéndole que él fue quien llamó, aunque en vano, a la puerta del cauto tendero de la subida de Santa Cruz. Tantas circunstancias se reunían en el joven andaluz, porque, fuerza es que digamos ya algo de su origen, que entre los mancebos de su clase (ahora diremos cuál esta sea) que se hallaban, por entonces, en Madrid, era el primero y como jefe de todos.

La aristocracia española, sin formar, precisamente por desgracia suya, lo que pudiera llamarse una clase aparte en la sociedad con carácter especial e instintos propios, ha sido en todos tiempos muy apreciable. Desdeñando las ventajas que podrían sin duda alguna acarrearle el nacimiento y la riqueza, ha tenido la sensatez de considerar los privilegios al través del prisma de la razón más escrupulosa, y de pesarlos en la balanza de la filosofía y de la religión. De aquí cierta llaneza y sencillas costumbres, que, inspirando más amor que miedo, ha generalizado entre nosotros la cultura de las clases inferiores y ha destruido la envidia, que es el cáncer más horroroso de las naciones modernas. Las revoluciones, por lo mismo, en España, no han participado jamás de ese carácter cruel que puede solamente inspirar el espíritu de casta, sino que, antes bien han servido para perpetuar los instintos democráticos, que son el más indispensable elemento de cuantos entran en la felicidad de los pueblos meridionales.

Si por el cultivo de las letras juzgamos, hallaremos, en los pasados siglos, los nombres de los duques de Medina Sidonia, Alburquerque y Alba; de los marqueses de Villena y Astorga; de los condes de Benavente y Rivadeo, y otros infinitos no menos ilustres, reunidos a los de Juan el Trepador, el Roperero, Gabriel el músico, judíos unos, y otros nuevos católicos, con el noble y loable intento de formar ese *cancionero general*, del cual tantas veces se ha dicho que es una Iliada, sin Homero. Si de aquellos días de gloria en que Carlos V derramaba la fama del nombre español por todo el orbe, venimos a los presentes tiempos, de igual modo veremos, en los primeros días del Liceo de Madrid, unidos a duques y plebeyos, llenos unos y otros del santo afán de propagar las luces, y contribuyendo todos, cada cual según sus recursos intelectuales, a fin tan santo.

En las bellas artes, en las ciencias y hasta en los trabajos mecánicos, se ha notado siempre igual fraternidad y buen acuerdo.



Todo Madrid conoce a un duque, de ilustre alcurnia, que ha pasado días y días en el taller de un ebanista, a quien llamaba amigo, traduciéndole artículos del *Diario de conocimientos útiles*, sin desdenarse a veces de tomar el escoplo de alfagia y la regla lesbia para ensayar por sí mismo la ventaja de nuevos métodos.

En el ejército, en el clero, en todas las carreras del Estado, hallaremos confundidos en honrosa unión, nombres de los más ilustres recuerdos y otros que salen del olvido por vez primera y que los nietos repiten con orgullo. [...]

Tomó II

LAS TAPADAS DE OGAÑO

Hasta los primeros años de la época venturosa en que nos hallamos, pocos de nuestros lectores conocían la cárcel de corte de Madrid más que por fuera; en el día, los tuviéramos por personas de escasa valía, si no la conociesen también por dentro. En efecto, ¿quién no ha estado o no ha tenido algún amigo querido que haya estado en la cárcel? Ya no es semejante contratiempo una deshonra; al paso que llevamos, y Dios permita que, en tal camino, no andemos tan deprisa, será lo sí el no haber residido siquiera veinte y cuatro horas bajo el mismo techo que los cabillistas de la serranía de Ronda o los trabucaires de Cataluña.

Esta consideración poderosa debía movernos a decir sencilla y meramente, que don Félix de Montelirio se hallaba en la cárcel de corte, entrando desde luego en materia, sin detenernos a manejar el pincel.

Mas, abrigamos la esperanza halagüeña de que nuestro librito alcance la dicha de salir de los muros de Madrid, y circule no sólo por los campos que corren desde el Pirineo a Gades, como dijera un poeta del siglo pasado, sino que visite hasta esos países venturosos que hermocean la ceiba, la palmera y el tamarindo. Por eso, y por lo que puede convenir a nuestros fines literarios, vamos sumariamente a dar idea, lo más sucinta que posible sea, del encierro conocido en Madrid por el nombre de *cárcel de Corte*.

No lejos de la Plaza Mayor, paraje que en otro tiempo era el más frecuentado de Madrid, y, por consiguiente, el menos a propósito

para el caso, existe un edificio de forma irregular y tan derruido por la incuria, como por el tiempo, en que celebran sus sesiones los magistrados que tienen sobre sí el encargo de administrar justicia y aplicar las disposiciones de la ley. Da uno de los costados a una calle tan pendiente, tan estrecha, tan lóbrega y tan sucia, que sólo el entrar en ella parece ya un castigo. Como a la mitad de la cuesta hay una puerta que custodian soldados y sobre la cual propondríamos que se escribiesen aquellas fatídicas palabras del Dante:

Lasciate ogni speranza voi che entrate, si la estrechez de la calle diera al mísero que penetra en aquel horroroso recinto posibilidad de leerlas. Mas, en verdad, que desde el mismo momento en que se ven aquellas tiznadas y carcomidas puertas, aquel vestíbulo asqueroso y reducido, aquellas baldosas quebradas por la planta del verdugo, el corazón se hiela con la tupida malla del dolor y la sonrisa desaparece de los labios.

Tras de la segunda puerta, rasa y de un color que se asemeja a hierro —pues es singular que en las cárceles todo se parece al metal tosco de que se forjan grillos y cerrojos—, sentado ante una mesa cubierta de sebosa baqueta, impera el alcaide, cuyo ojo investigador y ejercitado examina con minucioso empeño a entrantes y salientes, lanzando a todos, no esa mirada benévola que distingue al hombre del bruto, sino ese rayo penetrante y abrasador que es el primer castigo del encarcelado.

Desde el hediondo patio hasta las más elevadas boardillas, el edificio está lleno de cuartos y habitaciones todas entre si diferentes, si bien todas horrendas. Hay en el piso principal extensos corredores en donde, a través de una negra reja, se divisa una sala cuadrilonga, muy inferior, por cierto, a las jaulas que dan los monarcas a las fieras, de que, para recreo de su vista, forman colección; allí, en confusa e incoherente mezcla, vense hombres de distinto nacimiento, iguales ante el martirio, sin más diferencia ya entre sí sino que a unos sirve de cama una manta aragonesa, a otros una capa raída y a otros el rojo pavimento.

En los pisos superiores hállanse, cierto es, cuartos de mayor o menor cavidad; mas, con ventanas sin cristales, con puertas en partes mil agujereadas, con paredes tiznadas y con techos inseguros.

¿Cuál es el orden que se sigue en la elección de uno u otro local para los encarcelados? ¿Es por ventura la presunción del delito del reo el regulador a que se atiende para lanzar a los míseros entre las



turbas que sólo ven a sus familias a la escasa claridad de los barrotes mugrientos, y a otros menos culpables alojarlos en los asquerosos cuartos que son un lujo en aquella mansión del dolor? Como hay categoría de criminales, ¿hay diferencia en el trato?

Si así fuese, aun maldiciendo la existencia de una mazmorra que es desdoro del siglo, que es un padrón de ignominia para la civilización moderna, más cuidadosa de las fieras que de los hombres, habría que enmudecer ante la inflexible fuerza de la lógica; mas, no es así; el dinero, ese infernal agente de toda injusticia, de toda iniquidad, que pesa tanto en la balanza de la consideración humana como el mayor y más sagrado de los merecimientos, allí también distingue a un infeliz de otro.

El menguado que ha hurtado una gallina para mantenimiento de sus hijuelos hambrientos, por carecer de ese agente de favor, habrá de yacer sepultado entre asesinos y barateros, comiendo el mismo nauseabundo rancho, oyendo las mismas maldiciones del réprobo, viendo el mismo desdeñoso gesto del carcelero, en tanto que el parricida, cuyo puñal buscó una pingüe herencia en las entrañas que le dieron el ser, goza del sosiego de la soledad, único bien de los desgraciados. No es el crimen, es el oro quien se encarga de elegir morada para cada reo, y no el oro siquiera, sino el cobre, que, en este siglo que llamamos de civilización, ya el más vil de los metales hasta para contentar a los hombres mezquinos y codiciosos. Como en una fonda, así, en aquella antesala de la justicia, se alquilan cuartos y se suministran manjares, siendo, durante la permanencia en ella, iguales todos los méritos y todos los crímenes, si el vil dinero, tentador de los corrompidos, no hiciese diferencia de hombre a hombre. ¡Preparación singular para escuchar con respeto y sumisión los fallos de los hombres! ¡Recibir un castigo previo, por el sólo delito de ser pobre! ¡Oh! ¡Justicia humana! [...]

INESPERADA VISITA

Hay en la calle de Hortaleza, no lejos de la plaza de Santa Bárbara, una casa alta y angosta, la cual descuella tanto por cima de las demás que el viento azota y el sol calienta sus habitaciones superiores, como si se hallasen situadas en medio del campo.

Ocupa[n] el portal empedrado de puntiagudos guijos una prendera a la izquierda y un zapatero a la derecha, quienes tapizan casi herméticamente la entrada, dejando sólo paso a los yentes y vinientes, según y cuando les place y acomoda. Allí, de un lado, sobre el trípode banquillo, la lezna, la pez y el bramante lucen su negra y odoriferante unión; en tanto que, del otro, cuelgan, o desparramadas yacen. levitas sin cuello, un guante sin compañero, siete medias de todos tamaños y colores, una guitarra rota, un retrato de familia agujereado en la nariz, una plancha sin asa, un cepillo de los dientes usado, una copa sin pie y un quinqué descompuesto.

Subiendo por la oscura escalera, de repente, en la segunda meseta, hay un boquerón irregular con irregulares barrotes de hierro, al través de los cuales se ve un patio tapizado de canales de cerdo, de cadáveres mutilados por mano de un inflexible tocinero. En el primer piso vive un clérigo que fue fraile y vive con el producto de la santa misa y tal cual sermón que, traducido de Bossuet o Massillon, declama con gangoso acento en semana santa o en cualquier otra festividad anual. En el cuarto segundo vive la tocinera, mujer de nueve arrobas cumplidas y sus cincuenta otoños no completos. Su sala principal se parece a la celda de una abadesa, tal es la blancura de las cortinas, de las paredes y hasta de las sillas en que no se sientan más que los vecinos puntuales a dar los días.

Ocupa el cuarto tercero un empleado cesante en el ramo del viento, suscrito al *Diario de Avisos* con el objeto de saber cuando dan una paga, concurrente a la Puerta del Sol, a las tiendas y paseos donde nada se gaste, en suma, y se pueda tropezar con quien hable de la injusta postergación en que están las clases pasivas. Por último, el cuarto piso, con nombre de tal en el día y que ascendió a él desde el de bohardilla que un tiempo tuvo, está dividido en cinco habitaciones distintas que sirven para casas de huéspedes. Hombres sin oficio ni beneficio, jugadores *tronados*, menestrales con poco trabajo, pretendientes de baja esfera, mendigos vergonzantes, de todo esto hay allí, y, por el estipendio de tres o cuatro reales al día, no falta quien dé a una persona cama más o menos limpia, chocolate más o menos espeso, comida más o menos abundante y cena frugal, a la luz mortecina de un candil o de una vela, en que entren, por iguales partes, el pábido y el sebo.

De estas cuatro habitaciones sólo una tenía cordón de campani-lla, siendo preciso, en las demás puertas de entrada, emplear como



llamador la mano. Precisamente de aquel único cordón tiraba una mañana de verano, bastante temprano, una joven manola vestida con decencia, pero con modestia. Llamó una vez, y como nadie abriese ni contestase, llamó otra y otra, hasta que, viendo que era inútil su porfía, determinó sentarse en el último escalón y esperar.



El pilluelo de Madrid

(1848)

LOS CIEGOS

No los hay como los ciegos,
que, aunque no ven, oyen mucho;
penas se ahorran no viendo
las miserias de este mundo.

Muy tranquilo me hallaba *Yo el Pilluelo*... (yo tengo derecho a decirme *Yo*, como lo hacen los reyes), cuando fui sorprendido por la visita de cuatro ciegos y uno a medio cegar que les servía de lazarillo: y como los pobres y los inocentes tenemos siempre de par en par las puertas de nuestro asilo, sin miedo a los ladrones ni a los puñales, se colaron hasta mi pequeño gabinete los ciudadanos músicos, y ya estaban cerca de la mesa, cuando dijeron. ¡Ave María!...

— Sin pecado, les contesté: ¿se ofrece algo, señores?

— El caso es, dijo el lazarillo, que un amigo de usted, señor estudiante, nos ha informado de que trata de dar algunas funciones en esta buhardilla; y como nosotros andamos siempre oliendo en donde guisan, nos hemos dirigido aquí a ofrecer nuestros servicios, por si tiene usted la bondad de que mis compañeros y yo formemos la orquesta, si es que ya no tiene apalabrados a otros.

— Hasta hoy, le respondí, no he buscado a nadie, pero como se hace preciso divertir a los amigos en los intermedios de *las sombras chinescas*, no hay inconveniente en que ustedes asistan, siempre que sepan cantar, porque algunas noches habrá que complacer a los espectadores con ciertas cancioncillas.





Tipos populares en 1846 (II), fondo E. Casariego, MMM. Inv. 18418



Por canciones no hay que llorar, exclamó el más autorizado de los ciegos: yo soy el maestro de capilla, quiero decir, de esta cuadrilla, y a mi cargo queda el dar gusto al público poniendo en música las letrillas que usted nos regale; y, si no sirve de incomodidad, cantaremos un instante para ver qué le parecen nuestras voces.

— Hagan ustedes lo que gusten; aunque desde luego supongo que cantarán con la suficiente habilidad para lucirlo en una buhardilla.

Usted nos honra, me contestaron todos, y en seguida empezaron a templar los instrumentos; y cuando ya estaban afinados, dijo el de la bandurria:

— Este buen hombre estará ya cansado de oír la Aguadora, la Manola, el Calesero y demás canciones del día. Cantaremos si os parece esas trovas que ha compuesto *Lagartillo* el ebanista.

— Crea usted, señor PILLUELO... (mal venía el señor con lo pillo, pero en este Madrid se dice señor aunque sea a las más asquerosas mujercillas y hasta el zapatero más roto y remendón). Relativamente a esta clase del pueblo está muy bien, porque tan señores son como doña María la Gloria de Portugal, con sólo ser racionales, por la dignidad y derechos que con todos nacieron; pero respecto de mí no podía consentirlo, porque soy una excepción a la regla; y así es que le advertí me tutease como si hubiésemos comido juntos toda la vida. Les expuse estas observaciones, y el ciego no se hizo de rogar, que al instante me dirigió un *tú* tan grande como una casa.

Ya extrañé yo el que no me le hubiese dirigido antes; porque los ciegos, como no ven, son más descocados y familiares. En esto se parecen a las doncellas que son más atrevidas en la oscura noche, que al rayo de la luz.

— Ya decía yo, exclamó aquel a quien interrumpí, que tú manifiestas cara, y eso que no te veo, de ser hombre así, así, de los nuestros, es decir, alegre y campechano. En la voz te lo he conocido, y no extrañes esto porque podría decirte, si estuviese dentro de un círculo de mujeres, cuál era la más hermosa, y lo adivinaría por la voz. Esta y otras circunstancias sabrás en adelante si, como lo espero, nos admites para la orquesta. ¡Ea! muchachos, cantemos las del ebanista *Lagartillo*, que me parece le han de gustar al PILLUELO más que la Norma. Estas que vamos a entonar no las podemos arrojar por los aires ni en la Puerta del Sol, ni en la calle de Carretas, por la sencilla y poderosa razón de que no hay libertad de canto. Has de

creer que, desde que no entonamos patrióticas, nos vemos fastidiados y mohinos. El cólera francés, como en el día se dice por el pópulo, no ha perdonado ni a los pobres voceadores de proclamas, extraordinarios y suplementos. Nuestras gargantas están oprimidas, y no falta más que nos cuelguen de un árbol como a los perros.

— ¡Ea!. basta de palique... y empezó una música agradable, si bien en demasía fuerte y aguda para mi reducido gabinete buhardillesco.

El tono parecía así como de entierro... y las coplas, si mal no recuerdo, fueron las siguientes:

El alma se me destroza,
se me parte el corazón,
al saber que en Zaragoza
buscan la Constitución
y no parece esta moza.

Y si sacan los candiles
anda la marimorena,
y al punto los alguaciles
los conducen a la treña
entre espadas y fusiles.

¡Pobre niña,
qué oculta estás!...
De tu escondite,
¿cuándo saldrás?...

Ya no se ve un nacional
por toda la población:
no es fruta de la estación
la casaca liberal.

Doctrinillo de París,
a quien los libres dan pena,
ya tragaréis como anís
de libres la taza llena.

¡Pobre niña,
qué oculta estás!...
De tu escondite,
¿cuándo saldrás?

De Marina un ministrillo
contrataba embarcaciones,
y cuando tuvo doblones
sacó su pasa-portillo.

Muchachos, así anda ello...
así anda ello, muchachos
desde que manda el tío Tello
dirigido por *gabachos*...

¡Pobre niña,
qué oculta estás...
de tu escondite,
¿cuándo saldrás?

Concluyeron de cantar, y en recompensa les di las siguientes *letras*, y no de cambio; y se retiraron tan contentos como niños en Pascuas. Cuando bajaban por la escalera oí que iban repitiendo aquella copla de...

Muchachos, así anda ello,
así anda ello, muchachos...
etc. etc. [...]

LA MADRILEÑA

Canción.

A la señorita doña L. de V.

Cándida niña, que cruzas
la pradera del canal,
brillante, fresca y marcial
como rosa de abril.

Madrileña encantadora,
una beldad circasiana
no es como tú tan galana,
airosa, linda y gentil.

Bajas al Prado, y las flores
de tu belleza envidiosas,
te hacen paso cariñosas
y te brindan su esplendor.

Eres, Luisa, con tu hechizo
la diosa del Manzanares,
digna de dulces cantares
de sublime trovador.

Cuando vas, Luisa, al Retiro
con esa blanca mantilla,
vas realzando a Castilla
vertiendo galas y aroma.

De Madrid, astro fulgente,
con esa faz de azucena
eclipsas a las del Sena,
las del Támesis y Roma.

Extranjeros, contemplad
a la Virgen española
como Venus en la ola
cuando el mar atravesó.

Veréis lucir los encantos
de esta linda madrileña,
rosa temprana y risueña
que el Paraíso crió.

Muy venturosa es la tierra
en que brilla un claro sol,
como el suelo español
jardín de hechizo y placer.

Todavía más dichoso,
madrileña celestial,
es el hombre sin rival
que ame a un ángel por mujer.

No envidiara, niña tierna,
de tu amor la palma bella,
si no hubiese otra doncella
señora de mi pasión.

El dueño de mi albedrío
es Emilia de mis ojos:
hoy ausente causa enojos
que los llora el corazón.

Luce, Luisa, luce alegre
las gracias de tu hermosura,
y goza de la ternura
de tu rendido adalid.

Yo cantaré tus loores,
y diré al son de mi lira,
que entusiasmado te admira
El PILUELO DE MADRID.



Bibliografía

A) Novelas seleccionadas.

FULGENCIO AFÁN DE RIBERA, 1729. *Virtud al uso y mística a la moda*, Pamplona, Juan Masranzo.

ANTONIO MUÑOZ, 1739. *Aventuras en verso y prosa del insigne poeta y su discreto compañero*, Madrid, Gerónimo Ortega.

DIEGO DE TORRES VILLARROEL, 1727-28. *Visiones y visitas de Torres con Don Francisco de Quevedo por la Corte*, ed. Russell P. Sebold, Madrid, Espasa-Calpe, 1966.

DIEGO DE TORRES VILLARROEL, 1743. *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras*, ed. Guy Mercadier, Madrid, Castalia, 1966.

JACINTO M^a DELGADO, 1786. *Adiciones a la Historia del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, Madrid, Blas Román.

JOSÉ FRANCISCO DE ISLA, 1787. *Historia de Gil Blas de Santillana, robadas a España y adoptadas en Francia por M. Le Sage, restituidas a su patria y a su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nación*, Madrid, Manuel González.

PABLO DE OLAVIDE (Atanasio Céspedes y Monroy), 1800. *El incógnito o el fruto de la ambición y Marcela o los peligros de la corte*, ed. Estuardo Núñez, Lima, Bibl. Cásicos del Perú, 1987.

- EUGENIO DE TAPIA, 1838-39. *Los cortesanos y la revolución*, Madrid. Hijos de Catalina Piñuela.
- JUAN MARTÍNEZ VILLER GAS, 1844-45. *Los misterios de Madrid*, Madrid. Establecimiento Artístico-Literario de Manini y Cia.
- WENCESLAO AYGUALS DE IZCO, 1845-46. *María o la hija de un jornalero*, Madrid, Imp. de W. Ayguals de Izco.
- RAMÓN DE NAVARRETE, 1845- 46. *Madrid y nuestro siglo*, Madrid, Viuda de Jordán e hijos.
- JACINTO DE SALAS Y QUIROGA, 1848. *El dios del siglo*, Madrid, José M^a Alonso.
- ALFONSO GARCÍA TEJERO, 1848. *El pilluelo de Madrid*. Biblioteca pintoresca, original, curiosa y entretenida dedicada a don Wenceslao Ayguals de Izco, Madrid, Imp. de W. Ayguals de Izco.

B) Bibliografía sucinta sobre Madrid y la novela empleada en la confección de la Introducción y de las presentaciones.

- ALONSO CORTÉS, Narciso, *Juan Martínez Villergas*, Valladolid, Biblioteca Studium, 1913.
- ALONSO SEOANE, M^a José, “La obra narrativa de Pablo de Olavide, nuevo planteamiento para su estudio”, *Axerquia*, 11 (1984), pp. 11- 49.
- ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, *La novela del siglo XVIII. Historia de la literatura española*, Madrid, Júcar, 1991.
- ARMONA Y MURGA, José Antonio, *Noticias privadas útiles para mis hijos*, eds. Joaquín Álvarez Barrientos, Emilio Palacios Fernández y M^a Carmen Sánchez García, Ayuntamiento de Madrid, 1989.
- BAKER, Edward, *Materiales para escribir Madrid*, Madrid, Siglo XXI, 1991.
- CARBAJO ISLA, María, *La población de la villa de Madrid desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- FERRERAS, Juan Ignacio, *Los orígenes de la novela decimonónica, 1800- 1830*, Madrid, Taurus, 1973

- FERRERAS, *La novela por entregas. 1840-1900*. Madrid, Taurus, 1972.
- MARTÍNEZ VILLERCAS, Juan, *Textos picantes y amenos*, ed. Arturo Martín Vega, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1991.
- NAVAS RUIZ, Ricardo, *El romanticismo español*, Madrid, Cátedra, 1992.
- ROMERO TOBAR, Leonardo, *La novela popular española del siglo XIX*, Madrid, Fundación J. March/Ariel, 1976.
- ZAVALA, Iris M., *Ideología y política en la novela española del siglo XIX*, Salamanca, Anaya, 1971.



Índice de ilustraciones

J. Muñoz Morillejo, <i>Iglesia de San Sebastián</i>	47
<i>Dormitorio de una posada secreta</i> (siglo XVIII)	61
<i>Matanza de frailes en 1834</i>	101
<i>El primitivo Congreso de los diputados</i>	112
<i>Registro policial</i>	142
J. M ^a Avrial y Flores, <i>La plaza de la Paja</i>	157
A. M ^a Tadei, <i>Fusilamiento en la fuente de Neptuno</i> (1820).....	224
<i>Un accidente de circulación en 1848</i>	232
<i>Tipos populares en 1846</i>	263
<i>Tipos populares en 1846 (II)</i>	284



Índice

	pág.
Presentación	XII
Introducción: escribiendo Madrid	IX
FULGENCIO AFÁN DE RIBERA Y ANTONIO MUÑOZ	
<i>Virtud al uso y mística a la moda</i>	5
<i>Aventuras del insigne poeta y su discreto compañero</i>	11
DIEGO DE TORRES VILLARROEL	
<i>Visiones y visitas de Torres con Quevedo por la Corte</i>	41
<i>Vida</i>	57
JACINTO M ^a DELGADO	
<i>Adiciones a la historia de Don Quijote</i>	67
JOSÉ FRANCISCO ISLA	
<i>Aventuras de Gil Blas</i>	79
PABLO DE OLAVIDE	
<i>El incógnito o el fruto de la ambición</i>	85
<i>Marcelo o los peligros de la Corte.</i>	89



EUGENIO DE TAPIA	
<i>Los cortesanos y la revolución</i>	97
JUAN MARTÍNEZ VILLERGAS Y WENCESLAO AYUALS DE IZCO	
<i>Los misterios de Madrid</i>	123
<i>María o la hija de un jornalero</i>	189
RAMÓN DE NAVARRETE, JACINTO SALAS Y QUIROGA Y ALFONSO GARCÍA TEJERO	
<i>Madrid y nuestro siglo</i>	253
<i>El dios del siglo</i>	261
<i>El pilluelo de Madrid</i>	283
Bibliografía	291
Índice de ilustraciones	295



Este libro, *Madrid en la novela II*,
se acabó de imprimir durante
el mes de septiembre de 1993
en la imprenta de la
Comunidad de Madrid













MADRID EN LA NOVELA II

"Madrid en la novela II" reúne de forma antológica la obra narrativa de varios autores que escribieron entre 1700 y 1850. Los fragmentos seleccionados hacen referencia siempre a Madrid, ya sea de forma descriptiva, ya en cuanto al carácter moral de los madrileños. En esos ciento cincuenta años, con muchas dificultades, se comienza a dar la transformación de la ciudad en escenario novelesco, algo que se consolidará con la novelística de Pérez Galdós. Madrid no es ya sólo objeto de la descripción costumbrista y geográfica, sino que poco a poco logra su condición de lugar de ficción. Y, como son años muy conflictivos y de cambio en la historia de España, la novela será testigo de esas alteraciones políticas, de las que dará cuenta de forma comprometida, como resulta de las obras de Martínez Villergas, Ayguals de Izco, Tapia y otros.

Comunidad de Madrid
Consejería de Educación y Cultura

